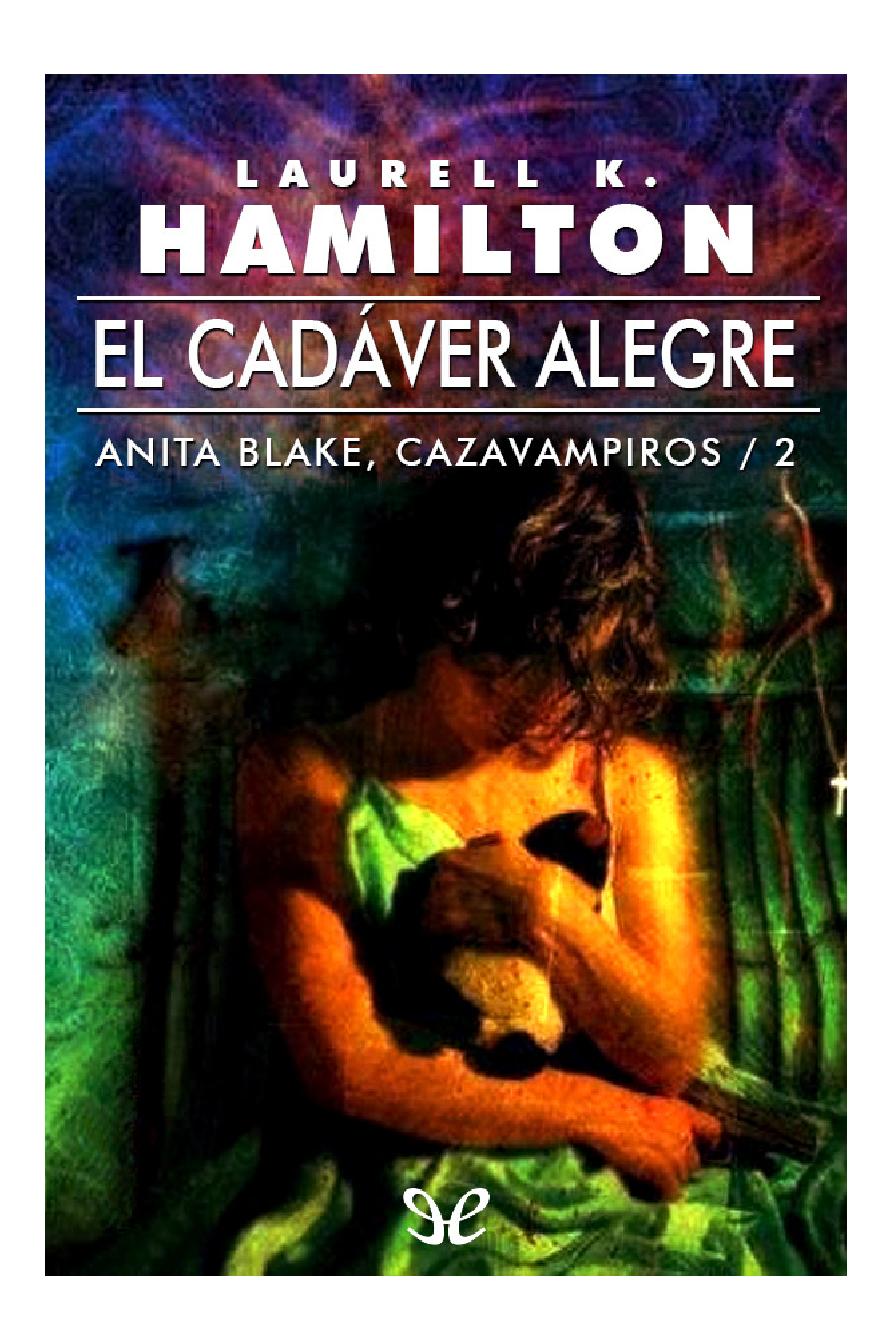

LAURELL K.
HAMILTON
EL CADÁVER ALEGRE
ANITA BLAKE, CAZAVAMPIROS / 2

La reanimación de cadáveres se ha convertido en un negocio muy lucrativo, al menos en San Luis, y en gran medida gracias al jefe de Anita Blake, un verdadero embaucador con un fino olfato para los negocios que le enseñó cómo sacar partido de su talento y le ofreció trabajo en Reanimators Inc. Pero cuando reciben una oferta de un millón de dólares para que Anita reanime un cadáver de casi trescientos años, la joven se niega en redondo… y empiezan los problemas.

Con el segundo título de la serie protagonizada por Anita Blake, Laurell K. Hamilton renovó las expectativas generadas con *Placeres Prohibidos* y siguió sentando las bases de uno de los hitos de la literatura vampírica moderna. Sin alardes y recurriendo a un lenguaje coloquial ágil y chispeante, la autora construye narraciones tremendamente adictivas en las que desarrolla uno de los análisis más certeros que ha dado la literatura de género sobre los miedos y prejuicios representados en los monstruos.



Laurell K. Hamilton

El Cadáver Alegre

Anita Blake, cazavampiros-2

ePub r1.3
Titivillus 21.10.17

Título original: *The Laughing Corpse*
Laurell K. Hamilton, 1994
Traducción: Natalia Cervera
Ilustración de portada: Alejandro Terán

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Para Ricia Mainhardt, mi agente:
bella, inteligente, certera y honrada.
¿Qué más podría pedir un escritor?

Como siempre, a Gary, mi marido, quien, al cabo de casi nueve años, sigue siendo mi amorcito. A Ginger Buchanan, nuestra supervisora editorial, que creyó en Anita y en mí desde el principio. A Carolyn Caughney, nuestra supervisora editorial británica, que nos ha llevado a Anita y a mí al otro lado del charco. A Marcia Woolsey, que leyó el primer cuento de Anita y le gustó. (Marcia, por favor, ponte en contacto con mi editorial; me encantaría hablar contigo). A Richard A. Knack, buen amigo e historiador alternativo honorario. Al final conseguiste leer el resto del libro. A Jami Lee Simner, Marella Sands y Robert K. Sheaf, que garantizaron que este libro se mantuviese por sí solo. Suerte en Arizona, Janni. Te echaremos de menos. A Deborah Millitello por cogerme de la mano cuando lo necesitaba. A M. C. Sumner, vecino y amigo. ¡Vivan los historiadores alternativos! Gracias a todos los que asistieron a mis lecturas en la Windycon y en la Capricon.

¿Quién es Anita Blake? ¿Cómo llegó a convertirse en reanimadora, ejecutora judicial de vampiros y asesora de la policía? ¿Hay que tener poderes especiales para levantar muertos, o se trata de un trabajo más? ¿Qué terribles sucesos de su pasado hacen que tema y odie con tal intensidad a los vampiros, en un mundo en que son legales, fuente general de fascinación y generadores de estilos y modas? ¿Es posible mantener el equilibrio caminando por el filo de la atracción y el pánico que le inspira Jean-Claude, ahora amo de los vampiros de la ciudad? ¿Estará esta chica de mejor humor cuando llegue el invierno y pueda guardarse cómodamente el armamento en los bolsillos del abrigo, en vez de tener que ingeniárselas cada día para esconderlo debajo de la camiseta? ¿Es posible disimular una pistola y varios puñales llevando un traje de dama de honor en la boda de tu mejor amiga?

Por supuesto, ninguno de estos misterios llega a resolverse en El Cadáver Alegre. *Y no es porque Anita Blake se ande con contemplaciones, ni mucho menos porque se muestre timorata. Muy al contrario, desde la primera página nos introduce de lleno en su mundo; leerla es meterse en su cabeza. Sin embargo, ella misma desconoce muchas de las respuestas, en otras prefiere no pensar y algunas le dan mucho miedo. Con su mala leche y su verborrea cotidiana, entre dosis trepidantes de acción, misterio y crímenes terribles, las reflexiones de la protagonista dejan entrever sucesos de su pasado que podrían explicar cómo se convirtió en lo que es y muestran sentimientos y emociones en perpetua contradicción con la indiferencia que pretende aparentar ante quienes la rodean. No, los misterios que la rodean no se resuelven, pero*

sí se levantan algunos velos que conducen a revelaciones sorprendentes.

En esta segunda aventura de la Ejecutora, que comienza apenas un mes después de concluir la primera, el personaje de Anita se va afianzando y definiendo. Esta vez, los vampiros pierden el protagonismo para convertirse en un elemento circunstancial, a excepción del inevitable Jean-Claude, cuya sola presencia es capaz de alterar y desconcertar a Anita, sabedora de que la morbosa atracción que siente por él y las promesas de un poder que ya ha podido paladear son para ella un peligro mucho mayor que cualquiera de sus temibles enemigos. Ahora el vudú, los zombis y los poderes de Anita como reanimadora son los elementos de este peculiar universo alternativo en los que se centra la trama, conducida de nuevo a través de una investigación policial. Si en Placeres Prohibidos *Anita se ve obligada a colaborar en la investigación a regañadientes, en* El Cadáver Alegre*, la naturaleza de los crímenes a los que se ve enfrentada y las circunstancias que los rodean son tan impactantes para ella que atrapar al culpable se convierte en una obsesión.*

Es evidente que el combinado es explosivo, y que el misterio, el terror, la acción, la sangre a borbotones y las sorpresas están servidos. Aquellos a quienes les gustó Placeres Prohibidos *disfrutarán aún más con este nuevo libro y esperarán impacientes el próximo. A los que se acerquen a la serie por primera vez, les recomiendo la lectura previa del primero. Sin que esto signifique que ambos no puedan leerse de forma independiente, sí se perderían algunas referencias muy valiosas, no para seguir la trama de éste, pero sí para disfrutarlo plenamente.*

Por último, una advertencia: cuidado, que engancha. Más allá de la fantasía, la ambientación y el misterio, engancha Anita. Una chica que no se parece a nadie pero a la que cualquiera podría parecerse; que no provoca exactamente simpatía, sino una suerte de empatía intermitente y una creciente curiosidad por sus secretos. Al terminar el libro se quiere saber más sobre ella, independientemente de las aventuras que le toque vivir en el próximo. Lo más probable es que hubiera encajado igual de bien en cualquier otro género; es fácil imaginársela en una novela negra ambientada en los cincuenta. Afortunadamente, la autora y el destino han querido crearla rodeada de criaturas terribles y sucesos extraordinarios. Mejor así.

CARMEN PILA

La casa de Harold Gaynor, resplandeciente bajo el sol de agosto, estaba rodeada de un césped verde intenso, elegantemente tachonado de árboles. Bert Vaughn, mi jefe, aparcó en la gravilla del camino, tan blanca que parecía sal gema tamizada a mano. Los aspersores, audibles aunque situados fuera del campo visual, proporcionaban una hierba inmaculada en mitad de la sequía más intensa que había sufrido Misuri en los veinte últimos años. Pero no había ido a hablar con el propietario de las medidas de ahorro de agua, sino de levantar muertos.

No me refiero a la resurrección; a tanto no llego. Me refiero a los zombis: los cadáveres putrefactos y tambaleantes en plan *La noche de los muertos vivientes*. Esos zombis. Aunque la cosa no es tan espectacular como en las películas de Hollywood; simplemente, soy reanimadora. Es un trabajo más; hay quien se dedica a vender.

Sólo hacía cinco años que la reanimación tenía su epígrafe de actividad económica; antes era sólo una maldición vergonzosa, una experiencia religiosa o una atracción turística. Y sigue siéndolo en algunas zonas de Nueva Orleans, pero aquí en San Luis es un negocio, y muy rentable, en gran medida gracias a mi jefe. Es un marrullero, un embaucador y un cretino, pero vaya si sabe ganar dinero; algo muy útil para cualquier empresario.

Bert había sido jugador de fútbol americano en la universidad. Medía un metro noventa y tenía unos hombros impresionantes, aunque empezaba a criar barriga cervecera. Un traje azul oscuro hecho a medida se encargaba de ocultarla, pero por ochocientos

dólares, ya podría ocultar una manada de elefantes. Llevaba el pelo rubio platino cortado al uno; quién me iba a decir que ese peinado volvería a ponerse de moda. Su bronceado de marino dominguero le realzaba el tono claro de los ojos y el pelo.

Bert se ajustó la corbata de rayas azules y rojas, y se enjugó una gota de sudor de la frente.

—Han dicho en las noticias que se está estudiando la posibilidad de usar zombis en los campos contaminados de pesticidas. Podría salvar vidas.

—Los zombis se pudren, Bert. No hay manera de evitarlo, y las neuronas no les duran lo suficiente para que sirvan de mano de obra.

—Era sólo una idea; el caso es que los muertos no tienen derechos.

—Por ahora.

Levantar muertos para usarlos de esclavos está mal. Está mal y punto, pero nunca me hacen caso. Al final, el Gobierno decidió regularlo y organizó un comité nacional, formado por reanimadores y otros expertos; los integrantes teníamos que inspeccionar las condiciones laborales de los zombis de nuestra zona.

¿Condiciones laborales? No se enteraban de nada; los zombis no pueden tener condiciones laborales dignas, y si las tuvieran ni se darían cuenta. Puede que caminen y hasta que hablen, pero están muy, muy muertos.

Bert me dedicó una sonrisa indulgente, y contuve el impulso de largarle un par de hostias.

—Charles y tú estáis en ese comité, ¿no? —comentó—. Lo de visitar las empresas y ver cómo tratan a los zombis es una publicidad cojonuda para Reanimators, Inc.

—No lo hago por eso.

—Ya lo sé: es una de esas causas perdidas que tanto te gustan.

—Hijoputa prepotente —le dije con una sonrisa encantadora.

—¿Verdad? —contestó radiante.

Sacudí la cabeza; nunca consigo ganarle un duelo dialéctico, porque le da tres leches lo que opine de él, siempre que siga trabajando en su empresa.

Me habían vendido la chaqueta azul marino como si fuera de verano, pero era mentira; en cuanto me bajé del coche, el sudor me

resbaló columna abajo. Bert se volvió hacia mí, entrecerrando los ojitos. Con unos ojos como los suyos, las miradas de desconfianza salen solas.

—Todavía llevas la pistola —me dijo.

—La chaqueta la esconde; el señor Gaynor no se dará ni cuenta.

El sudor empezaba a formar charcos bajo las correas de la pistolera, y me daba la impresión de que la blusa de seda se estaba licuando. Intento no usar pistolera de sobaco con ropa de seda, porque las correas la arrugan y se forman bolsas, pero me gustaba tener a mano la Browning Hi-Power de
9 mm.

—Vamos, Anita, no creo que la necesites para ir a ver a un cliente en plena tarde. —La voz de Bert tenía el tono condescendiente que se usa con los niños: «Vamos, bonita, sabes que lo digo por tu bien».

Pero no lo decía por mi bien; lo que no quería era espantar a Gaynor. Nos había mandado un cheque de cinco mil dólares… sólo por ir a su casa a hablar con él. Señal de que sería muy generoso si aceptábamos el caso, y Bert se ponía tierno sólo de pensarlo. A fin de cuentas, a él no le tocaba reanimar el cadáver; me tocaba a mí.

La pega era que, probablemente, Bert tenía razón: no necesitaría la pistola en pleno día. Probablemente.

—De acuerdo, abre el maletero.

Bert abrió el portaequipajes de su casi flamante Volvo mientras yo me quitaba la chaqueta, y se situó delante de mí para que no me vieran desde la casa. Menudo drama si se dieran cuenta de que guardaba una pistola en el coche. ¿Y qué iban a hacer? ¿Cerrar a cal y canto y pedir ayuda a gritos?

Enrollé las correas y dejé la pistolera en el maletero impoluto, que tenía el olor plasticoso y vagamente quimérico de los coches nuevos. Cuando bajó el capó, me quedé parada como si pudiera seguir viendo la pistola.

—¿Vienes o qué? —preguntó.

—Ah, sí. —No me hacía ninguna gracia quedarme desarmada, fuera cual fuera el motivo. Supongo que era mala señal. Bert me indicó por señas que lo siguiera.

Eché a andar cuidadosamente por la gravilla con mis tacones negros. Las mujeres podemos elegir entre un montón de colores,

pero los zapatos cómodos son cosa de hombres.

Bert estaba frente a la puerta y lucía ya su mejor sonrisa profesional, supurante de sinceridad y a juego con el alarde de buena disposición de sus ojos gris claro. Era una máscara que podía ponerse con la soltura de quien acciona un interruptor; si quisiera, podría sonreír así a alguien que le confesara un parricidio..., siempre que estuviera dispuesto a pagar por reanimar el cadáver.

Cuando se abrió la puerta supe que Bert se había equivocado al decirme que no necesitaría pistola. El tipo medía poco más de metro setenta, pero llevaba un polo naranja a punto de reventar y una cazadora negra que parecía demasiado pequeña; era como un insecto justo antes de la muda, y daba la impresión de que las costuras cederían en cuanto se moviera. Unos vaqueros negros lavados a la piedra le ceñían la estrecha cintura, como si lo hubieran estrujado antes de que se secara la arcilla. Tenía el pelo muy rubio. Nos miró en silencio con ojos vacuos, como los de un autómata, y estuve a punto de darle una patada en la espinilla a Bert cuando vislumbré una funda de sobaco bajo la cazadora.

—Hola, soy Bert Vaughn. Mi colaboradora, Anita Blake. —O no había visto la pistola o se hacía el sueco, pero el caso es que le dedicó una sonrisa radiante—. Tenemos una cita con el señor Gaynor.

El guardaespaldas, porque no podía ser otra cosa, se apartó del umbral. Bert lo interpretó como una invitación a pasar, y yo lo seguí a regañadientes. A Gaynor se le salía la pasta por las orejas y quizá necesitara guardaespaldas. Puede que hubiera recibido amenazas, o bien era uno de ésos a los que les gusta la ostentación y se rodean de gorilas, los necesiten o no.

Pero también era posible que se tratara de otra cosa, algo para lo que hicieran falta armas, músculos y tipos de ojos muertos e inexpresivos. No era un pensamiento halagüeño.

El aire acondicionado estaba a tope, y el sudor se me quedó pringoso al instante. Seguimos al guardaespaldas a través de un gran recibidor alargado con las paredes recubiertas de madera oscura de pinta carísima. El suelo lucía una alfombra de aspecto oriental, probablemente tejida a mano.

En la pared de la derecha había unas puertas de madera descomunales; el gorila las abrió y, de nuevo, se hizo a un lado

mientras cruzábamos el umbral. Pasamos a una biblioteca; fijo que nadie se había leído ninguno de los libros, pero llenaban las paredes de arriba abajo en estanterías oscuras. Había incluso un segundo piso lleno de estantes, al que se accedía por una elegante escalera curvada y estrecha. Todos los volúmenes estaban encuadernados y tenían un tamaño uniforme, y sus colores apagados se combinaban formando un *collage*. Ni que decir tiene que los muebles estaban tapizados en cuero rojo claveteado en bronce.

Un hombre que estaba junto a la pared más alejada sonrió al vernos entrar. Era corpulento y de cara rechoncha y afable, con doble papada. Estaba sentado en una silla de ruedas eléctrica y tenía las piernas tapadas por una manta de cuadros.

—Señor Vaughn, señorita Blake, cuánto les agradezco que hayan venido. —La voz hacía juego con la cara: era afable, puñeteramente amistosa.

Uno de los sillones de cuero estaba ocupado por un negro delgado. Seguro que medía más de metro ochenta, aunque era difícil calcular cuánto: estaba hundido en el asiento, con las piernas estiradas y los tobillos cruzados; sólo las piernas ya eran más largas que yo. Me miraba con los ojos marrones como si tuviera que aprenderme de memoria para un examen.

El guardaespaldas rubio se apoyó en una estantería, pero no podía cruzarse de brazos: le faltaba chaqueta y le sobraban músculos. No es nada conveniente apoyarse en la pared para hacerse el duro si no se pueden cruzar los brazos: echa a perder el efecto.

—Ya han conocido a Tommy —dijo Gaynor. Señaló al otro guardaespaldas con un gesto y añadió—: Éste es Bruno.

—¿Te llamas así de verdad, o es un apodo? —le pregunté a Bruno, mirándolo a los ojos.

—Es mi nombre. —Se mostró ligeramente incomodado—. ¿Por qué? —me preguntó al ver que sonreía.

—Es que nunca había conocido a un guardaespaldas que se llamara Bruno de verdad.

—¿Se supone que eso tiene gracia?

Negué con la cabeza. No era culpa del pobre Bruno; es como ser chica y llamarse Venus. Todos los Brunos tienen que ser guardaespaldas; es de cajón. ¿Policía, quizá? Nooo, era nombre de

malo. Volví a sonreír.

Bruno se incorporó con un movimiento que denotaba fuerza y flexibilidad. No parecía ir armado, pero su presencia imponía. «Cuidado —decía—. Peligro».

Supongo que no debería haber sonreído.

—Anita, por favor —interrumpió Bert—. Lo siento, señor Gaynor, señor… Bruno. La señorita Blake tiene un sentido del humor algo particular.

—No te disculpes en mi nombre, Bert; no me gusta. —Además, no sabía por qué se había molestado; tampoco es que hubiera pensado en voz alta.

—Bueno, bueno —dijo Gaynor—, no pasa nada. ¿Verdad, Bruno?

Bruno negó con la cabeza y me miró, más perplejo que enfadado.

Bert me lanzó una mirada asesina y se volvió, todo sonrisas, hacia el hombre de la silla de ruedas.

—En fin, señor Gaynor, supongo que no andará sobrado de tiempo, así que díganos: ¿cuánto tiempo hace que falleció el zombi que desea levantar?

—Así me gusta: directo al grano. —Gaynor se interrumpió y se quedó mirando hacia la puerta, por la que entraba una mujer.

Era alta, de piernas largas, rubia, y tenía los ojos de color azul zafiro. Llevaba un vestido, si es que podía llamárselo así, rosado de un tejido sedoso que se ceñía a su cuerpo ocultando lo que imponía la decencia, pero sin dejar mucho margen a la imaginación. Recorrió la alfombra con los pies embutidos en unos zapatos de tacón de aguja de color rosa, perfectamente consciente de estar acaparando las miradas masculinas.

Echó la cabeza hacia atrás y rió, pero no se oyó ningún sonido: su rostro se iluminó, movió los labios y le centellearon los ojos, pero todo en absoluto silencio, como si le hubieran apagado el volumen. Se apoyó con la cadera en Harold Gaynor y le pasó la mano por los hombros. Él le rodeó la cintura con un brazo, con lo que le subió más aún la falda, por si no fuera ya bastante corta.

¿Sería capaz de sentarse con ese vestido sin montar un espectáculo? Ni de coña.

—Les presento a Cicely —dijo Gaynor. La chica le enseñó a Bert

unos dientes profidén, con esa risita insonorizada que le hacía chispear los ojos. Cuando me miró a mí, le flaqueó la sonrisa y se le apagaron los ojos, mostrando un conato de inseguridad. Gaynor le dio unas palmaditas en la cadera, y ella recuperó la sonrisa y nos saludó con una inclinación de cabeza—. Quiero que levanten un cadáver de doscientos ochenta y tres años.

Me quedé mirándolo alucinada; no sabía si se daba cuenta de lo que pedía.

—Bueno —dijo Bert—, casi trescientos años; demasiados para levantar un zombi. La mayoría de los reanimadores sería incapaz, directamente.

—Soy consciente de ello —dijo Gaynor—; por eso he solicitado los servicios de la señorita Blake. Sé que ella puede hacerlo.

—¿Anita? —Bert me miró. Yo nunca había levantado un muerto tan antiguo.

—Sí que puedo —dije. Bert y Gaynor intercambiaron una sonrisa, complacidos—. Pero no me da la gana.

Bert se volvió lentamente hacia mí; su sonrisa se había esfumado. La de Gaynor, en cambio, seguía en su sitio. Los guardaespaldas estaban inmóviles, y Cicely me miraba con amabilidad inexpresiva.

—Un millón de dólares, señorita Blake —dijo Gaynor con su voz suave y afable.

Vi que Bert tragaba saliva y que agarraba con fuerza los brazos del sillón. No había nada que se la levantara más que el dinero; seguro que no se le había empinado más en toda su vida.

—¿Entiende lo que está pidiendo, señor Gaynor? —le pregunté.

Gaynor asintió.

—Yo suministraré la cabra blanca. —Su voz no había perdido ni un ápice de amabilidad, y seguía sonriendo, pero los ojos se le habían ensombrecido. Estaba inquieto, expectante.

—Vamos, Bert —dije poniéndome en pie—. Nos marchamos.

Bert me cogió del brazo.

—Siéntate, Anita, por favor. —Me quedé mirándole la mano hasta que me soltó. Su máscara de cordialidad se resquebrajó, dejándome ver la cólera que sentía, pero enseguida recuperó la compostura—. Es una remuneración muy generosa.

—Lo de «cabra blanca» es un eufemismo. Se refiere a un

sacrificio humano.

Mi jefe miró a Gaynor y volvió a mirarme a mí. Me conocía lo suficiente para creerme, pero se resistía.

—No lo entiendo —dijo al fin.

—Cuanto más antiguo es el zombi, de mayor envergadura es la muerte necesaria para levantarlo —expliqué—. Y cuando han pasado unos siglos, no vale nada que esté por debajo de un sacrificio humano.

Gaynor había dejado de sonreír y me miraba con gesto sombrío. Cicely seguía con cara amistosa, casi sonriente. ¿Habría algo de seso detrás de aquellos ojos tan azules?

—Pero ¿de verdad quiere hablar de asesinatos delante de Cicely? —le pregunté.

Gaynor me brindó una sonrisa exagerada. Mala señal.

—No entiende una palabra de lo que decimos. Es sorda.

Me quedé mirándolo fijamente, y él asintió. Cicely me miraba confiada. Estábamos hablando de sacrificios humanos, y ella ni siquiera se daba cuenta; si sabía leer los labios, lo disimulaba muy bien. Supongo que hasta los minusválidos, digo los incapacitados, pueden frecuentar las malas compañías, pero a mí no me parecía bien.

—No soporto a las mujeres que cotorrean sin parar —dijo Gaynor.

—No trabajaría para usted ni por todo el oro del mundo —dije sacudiendo la cabeza.

—¿Y no podrías matar un montón de animales, en vez de uno solo? —preguntó Bert. Como empresario será cojonudo, pero no tiene ni pajolera idea de reanimación.

—No —dije mirándolo fijamente.

Él seguía quietecito en su sillón. La perspectiva de dejar escapar un millón de dólares le estaría dando retortijones, pero no se le notaba. Siempre tan competente en las negociaciones.

—Tiene que haber alguna forma de arreglarlo —dijo con voz tranquila y una sonrisa profesional. Seguía intentando llegar a un acuerdo; no entendía de qué iba todo aquello.

—¿Conocen a alguien más que pueda reanimar un zombi de esta edad? —preguntó Gaynor.

Bert me miró, desvió la mirada hacia el suelo y luego la levantó

en dirección a Gaynor. La sonrisa profesional había desaparecido; por fin le había entrado en la cabeza que hablábamos de asesinato. La pregunta era: ¿le importaría?

Siempre me había preguntado hasta dónde era capaz de llegar mi jefe, y estaba a punto de averiguarlo. Pero que yo no supiera si iba a rechazar el encargo dice mucho sobre él.

—No —dijo Bert en voz muy baja—. No, supongo que yo tampoco puedo ayudarlo, señor Gaynor.

—Si es cuestión de dinero, puedo aumentar la oferta, señorita Blake.

Un estremecimiento recorrió los hombros de Bert, pobre. Pero lo disimuló bien: un punto para él.

—No soy asesina a sueldo, señor Gaynor —dije.

—No es eso lo que tengo entendido —soltó Tommy, el rubio. Lo miré: seguía con los ojos vacuos, de autómata.

—No me dedico a matar personas por dinero.

—Se dedica a matar vampiros por dinero.

—Son mandamientos judiciales, y no lo hago por el dinero.

Tommy sacudió la cabeza y se apartó de la pared.

—Se dice que le gusta ensartar vampiros —dijo—… y que no tiene reparos en matar a quien sea para llegar hasta ellos.

—Me consta que ha matado a personas, señorita Blake —dijo Gaynor.

—Sólo en defensa propia. Nunca he asesinado a nadie.

—Creo que ya va siendo hora de que nos marchemos. —Bert se había puesto en pie.

Bruno se levantó con un movimiento fluido y se quedó con los brazos a los lados y las manazas medio cerradas. Seguro que era alguna postura de artes marciales. Tommy seguía de pie y se había abierto la cazadora para mostrar la pistola, como en las películas del Oeste. Era una Magnum 357; eso hacía agujeros muy grandes.

Me quedé plantada mirándolos; ¿qué otra cosa podía hacer? Igual era capaz de apañármelas con Bruno, pero Tommy iba armado, y yo no. Fin de la discusión.

Me trataban como si fuera peligrosísima. Con uno sesenta no impongo demasiado, pero basta con levantar muertos y matar vampiros para que la gente se lo piense mejor. A veces me sentaba mal que me trataran como a un monstruo, pero dadas las

circunstancias… Se podía aprovechar.

—¿De verdad creéis que he venido desarmada? —pregunté como quien no quiere la cosa.

Bruno miró a Tommy, que hizo un amago de encogerse de hombros.

—No, no la he cacheado —dijo. Cuando el negro soltó un bufido, añadió—: Pero no lleva pistola.

—¿Quieres apostarte la vida? —pregunté sonriente mientras echaba la mano hacia atrás, lentamente; que pensaran que llevaba una pistolera en la espalda.

Tommy se puso tenso y flexionó los dedos junto a la pistola. Si desenfundaba, moriríamos, pero estaba dispuesta a volver del otro mundo para atormentar a Bert.

—No hay ninguna necesidad de que muera nadie, señorita Blake —dijo Gaynor.

—Desde luego que no. —El nudo que se me había formado en la garganta se deshizo, y empecé a apartar la mano del arma imaginaria. Tommy hizo lo propio con la de verdad. Bien por los dos.

Gaynor volvió a sonreír, como si fuese un Papá Noel bonachón y lampiño.

—No hace falta decir que no les serviría de nada informar a la policía.

—No tenemos pruebas —dije asintiendo—. Y ni siquiera nos ha dicho a quién quiere levantar de entre los muertos, ni por qué.

—Sería su palabra contra la mía —añadió.

—Y estoy segura de que tiene amigos influyentes —dije con una sonrisa.

—Puede estarlo. —Su sonrisa se acentuó, y se le marcaron unos hoyuelos en las mejillas regordetas.

Les volví la espalda a Tommy y a su pistola. Bert me siguió, y salimos al sol bochornoso del verano. Bert parecía aturdido, y en aquel momento casi me caía bien: me alegraba saber que hasta él tenía límites, que había algo que no estaba dispuesto a hacer ni por un millón de dólares.

—¿En serio serían capaces de matarnos? —Su voz mostraba más firmeza que sus ojos, ligeramente acuosos. Qué valiente. Abrió el maletero sin necesidad de que se lo pidiera.

—¿Con el nombre de Harold Gaynor en la agenda y el ordenador? —Cogí la pistolera y me la puse—. ¿Sin saber si le habíamos mencionado la visita a alguien? —Negué con la cabeza—. Demasiado arriesgado.

—Entonces, ¿por qué les has hecho creer que ibas armada? —Me miró a los ojos mientras hacía la pregunta, y por primera vez detecté incertidumbre en su mirada. El supertacañón necesitaba unas palabras de consuelo, pero ya no me quedaban.

—Fácil, Bert: podía equivocarme.

La tienda de vestidos de novia estaba en Saint Peters, justo después de la salida de la 70 Oeste. Se llamaba El Viaje de la Doncella. Qué mono. Quedaba entre una pizzería y un salón de belleza llamado Oscuridad Total, un local de ventanas cegadas y perfiladas con neones de color rojo sangre, para gente a la que le apeteciera ir peinada y con las uñas arregladas por un vampiro.

Sólo hacía dos años que el vampirismo era legal en los Estados Unidos. Seguía siendo el único país que lo había legalizado, pero a mí no me miréis, que yo no voté a favor. Si hasta se había montado un movimiento por el sufragio vampírico. Por aquello de «no al pago de impuestos sin derechos ciudadanos» y toda la pesca.

Dos años antes, si un vampiro se metía con alguien, iba yo, le clavaba una estaca al muy cabrón y fin de la historia. Pero ahora tenía que solicitar una orden judicial de ejecución. Si no la tenía y me pillaban, podían acusarme de asesinato. Cómo echaba de menos los viejos tiempos.

En el escaparate había un maniquí rubio con suficiente encaje blanco para ahogarse en él. Los encajes, las perlas cultivadas y las lentejuelas nunca han sido santo de mi devoción. Las lentejuelas en particular. Había acompañado dos veces a Catherine a elegir el traje de novia, pero no tardé en darme cuenta de que no le serviría de gran ayuda: no había ni uno que me gustara.

Catherine era una gran amiga; si no, no habría ido allí ni de coña. Me decía que ya cambiaría de opinión cuando me casara. Pero la verdad es que dudo que enamorarse implique la pérdida del

buen gusto. Que me peguen un tiro si algún día me compro un vestido con lentejuelas.

Tampoco habría mirado dos veces los vestidos que Catherine eligió para las damas de honor; pero fue culpa mía, por no haber ido el día de la votación. Trabajaba demasiado y odiaba ir de compras. Total, que terminaron clavándome ciento veinte dólares más impuestos por un vestido rosa de tafetán, que parecía salido de un baile de fin de curso.

Cuando entré en el local no se oía nada más que el runrún del aire acondicionado. Los tacones se me hundían en la moqueta, de un gris tan claro que casi parecía blanco. La señora Cassidy, la encargada, me vio entrar. La sonrisa se le desdibujó durante un instante, pero la recuperó en cuanto consiguió controlarse. Qué valiente, la señora Cassidy.

Le devolví el gesto, aunque no me hacía ninguna gracia la hora que tenía por delante.

La señora Cassidy andaría entre los cuarenta y los cincuenta. Era delgada; tenía el pelo de un rojo tan oscuro que casi parecía castaño, y lo llevaba recogido con un moño a lo Grace Kelly. Se ajustó las gafas de montura dorada.

—Veo que ha venido a la última prueba, señorita Blake.

—Espero que de verdad sea la última —dije.

—Bueno, hemos estado ocupándonos del… problemilla. Y creo que hemos dado con una solución.

Detrás del mostrador había una pequeña habitación llena de trajes envueltos en plástico. La señora Cassidy sacó el mío de entre dos vestidos rosa idénticos, se lo colgó del brazo y avanzó hacia los probadores con la espalda muy rígida, entrando en calor para la batalla inminente. Yo no necesitaba calentar; siempre estaba lista para el combate. Aunque tener que discutir de trapitos con la señora Cassidy era mil veces peor que vérselas con Tommy y Bruno. Mira que la cosa podría haber terminado mal, pero por suerte no había pasado a mayores. Gaynor me los había quitado de encima. «De momento», había dicho.

¿Qué habría querido decir exactamente? Probablemente, sólo eso. Yo había dejado a Bert en la oficina, todavía alterado por la experiencia. No estaba acostumbrado a la parte sórdida y violenta del negocio; del trabajo sucio nos encargábamos Manny, Jamison,

Charles y yo, los reanimadores de Reanimators, Inc. Bert se quedaba a salvo en su agradable despacho y nos enchufaba a nosotros los clientes y los problemas. Hasta aquel día.

La señora Cassidy colgó el vestido del gancho de un probador y se alejó. Antes de que yo entrara se abrió la puerta de otro probador, y salió Kasey, la niña de ocho años que iba a llevar las flores en la boda de Catherine. Tenía el ceño fruncido. Su madre, aún con traje de oficina, la siguió. Elizabeth Markowitz, que se empeñaba en que la llamáramos Elsie, era alta, delgada, morena y de piel cetrina. Y era abogada. Trabajaba con Catherine, y también le tocaba ser dama de honor.

Kasey parecía una versión reducida y suavizada de su madre.

—Hola, Anita. ¿Verdad que estoy ridícula con este vestido? —dijo en cuanto me vio.

—Venga, Kasey —dijo Elsie—, es un vestidito precioso. Esos volantitos rosa son chulísimos.

En mi opinión, más que un vestido parecía una petunia inflada de esteroides. Me quité la chaqueta y entré en el probador para evitar la tentación de abrir la bocaza.

—¿Esa pistola es de verdad? —preguntó Kasey.

No me había dado cuenta de que todavía la llevaba.

—Sí —contesté.

—¿Eres policía?

—No.

—Kasey Markowitz, haces demasiadas preguntas. —Su madre la reprendió mientras se me acercaba con una sonrisa de agobio—. Lo siento, Anita.

—No pasa nada —dije.

Unos minutos después estaba subida a una plataforma y rodeada por un círculo de espejos casi perfecto. Algo es algo: con los zapatos a juego, rosa y de tacón, el vestido tenía la longitud adecuada. La pena es que también tenía unas mangas de farol minúsculas y dejaba los hombros al aire, así que se me veían casi todas las cicatrices.

La más reciente era la del antebrazo derecho, que todavía no se había curado del todo y estaba rosada. Pero no era más que una herida de cuchillo; algo pulcro y limpio en comparación con el resto. La del hombro izquierdo no estaba mal: a un vampiro le

había dado por morderme y no soltar, como un perro con un trozo de carne, y me había partido la clavícula y el brazo. También tenía una quemadura con forma de cruz en el antebrazo izquierdo. Los siervos humanos de algún vampiro se habían sentido imaginativos y encontraron divertido hacérmela. A mí no me hizo ni pizca de gracia.

Parecía la novia de Frankenstein en el baile de graduación. Vale, puede que no fuera para tanto, pero a la señora Cassidy le parecía terrible: estaba convencida de que las cicatrices iban a distraer la atención del vestido, la fiesta y la novia. Catherine, la novia en cuestión, no estaba de acuerdo: creía que yo merecía participar en su boda, porque éramos muy buenas amigas. Y debíamos de serlo, porque yo estaba pagando una fortuna para que me humillaran en público.

La señora Cassidy me dio unos guantes largos de satén rosa. Me los enfundé hasta el final. Nunca me han gustado los guantes; cuando los llevo, tengo la impresión de que estoy tocando el mundo a través de una cortina. Pero esos espantos brillantes y rosados me cubrían los brazos y ocultaban las cicatrices. Hala, qué pinta de niña buena. Ya.

La mujer ahuecó la falda de raso y me miró en el espejo.

—Yo diría que va a funcionar. —Se enderezó para mirarme, dándose golpecitos en el carmín de los labios con una uña pintada —. Creo que he dado con algo para cubrir esa…, esto…, eso. —Hizo unos gestos vagos en mi dirección.

—¿La cicatriz de la clavícula? —pregunté.

—Sí —contestó, aliviada.

De repente caí en la cuenta de que la señora Cassidy no había pronunciado en ningún momento la palabra *cicatriz*. Le debía de parecer sucia o grosera. Me miré en el círculo de espejos y sonreí, haciendo un verdadero esfuerzo por contener las carcajadas. Pero cuando me tendió un amasijo de cintas rosa y flores de azahar falsas se me pasaron las ganas de reír.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Esto —dijo, avanzando hacia mí— es la solución de nuestro problema.

—Vale, pero ¿qué es?

—Es una gargantilla, un complemento.

—¿Me lo tengo que poner en el cuello?

—Sí.

—Ni de coña —dije, negando con la cabeza.

—Señorita Blake, he probado lo posible y lo imposible para ocultar esa… marca. Sombreros, peinados, cintas, prendidos de flores… —enumeró, levantando los brazos en un sincerísimo gesto de rendición—. Ya no sé qué más hacer.

Me lo creía. Respiré profundamente.

—La entiendo, señora Cassidy, de verdad. Sé que soy peor que un grano en el culo.

—Jamás he dicho eso.

—Lo sé; por eso me toca decirlo a mí. Pero esto es el repollo con lazos más espantoso que he visto en mi vida.

—Si se le ocurre algo mejor, señorita Blake, soy toda oídos. —Hizo lo que hacen las personas elegantes en vez de cruzarse de brazos. El «complemento» le colgaba casi hasta la cintura.

—Es enorme —protesté.

—Servirá para ocultar su… cicatriz —dijo por fin, apretando los labios.

Casi se me escapó un aplauso. La doña había conseguido decir la palabrota. ¿Se me ocurría algo mejor que aquel adefesio? Pues no. Suspiré.

—Vale. Póngamelo. Lo mínimo que puedo hacer es ver cómo queda.

—Apártese el pelo, por favor —dijo muy sonriente.

Obedecí, y me puso la gargantilla. El encaje picaba; las cintas me hacían cosquillas, y no me atrevía ni a mirarme al espejo. Cuando hice de tripas corazón, levanté la vista lentamente y me limité a poner unos ojos como platos.

—Es una suerte que tenga el pelo largo —dijo la señora Cassidy—. Yo misma se lo peinaré el día de la boda para darle el último toque al camuflaje.

La cosa que llevaba alrededor del cuello era como un híbrido entre un collar de perro y un prendido de flores para la muñeca más grande del mundo. Las cintas brotaban de mi cuello como setas después de la lluvia. Era horripilante, y ningún peinado podría arreglarlo. Pero, mira tú por dónde, de la cicatriz no quedaba ni rastro. ¡Tachán!

Sacudí la cabeza. ¿Qué podía decir? La señora Cassidy interpretó mi silencio como una capitulación. Más quisiera. Menos mal que justo entonces sonó el teléfono y nos ahorró otro disgusto.

—Vuelvo enseguida, señorita Blake.

Se alejó, clavando silenciosamente los tacones en la moqueta. Me miré en los espejos. Tengo el pelo negro y los ojos marrones, tan oscuros que parecen negros. Es la herencia latina de mi madre. La tez clara me viene de la sangre germánica de mi padre. En cuanto me maquillo un poco parezco una muñeca de porcelana. Y con un vestido rosa inflado tengo un aspecto frágil, delicado y diminuto. Mierda.

Las otras damas de honor medían un metro setenta y cinco como mínimo. Y hasta era posible que a algunas les quedara bien el vestido, pero me extrañaría. Para colmo de males, teníamos que usar miriñaque. Me estaba entrando complejo de subproducto de *Lo que el viento se llevó*.

—Bueno, bueno, si está preciosa…

La señora Cassidy había vuelto y me miraba sonriente.

—Parezco un merengue rosa.

A ella se le desdibujó la sonrisa y tragó saliva.

—Por lo visto, tampoco le ha gustado esta idea —dijo con la voz muy tensa.

Elsie Markowitz salió de los probadores. Kasey iba detrás, con cara de pocos amigos. No era para menos; la entendía perfectamente.

—Anita —dijo Elsie—, estás estupendísima.

Ah. Estupendísima, justo lo que me faltaba por oír.

—Gracias.

—Me encanta la gargantilla. ¿Sabes que todas vamos a llevar una igual?

—Cuánto lo siento —repliqué.

Frunció el ceño.

—A mí me parece que va muy bien con el vestido.

Me tocó a mí arrugar la frente.

—No lo dirás en serio.

—Por supuestísimo que sí. —Elsie se había quedado a cuadros—. ¿Qué pasa? ¿Acaso no te gustan estos vestidos?

Decidí mantener la boca cerrada para no ofender a nadie. Al fin

y al cabo, ¿qué otra cosa se puede esperar de una mujer que tiene un nombre tan bonito como Elizabeth pero prefiere que la llamen como a un caniche?

—¿Está completamente segura de que no queda nada más que podamos usar de camuflaje, señora Cassidy? —pregunté.

Ella asintió. Una vez, pero con firmeza.

Suspiré y sonrió. Había ganado, y lo sabía. Yo supe que estaba derrotada en cuanto vi el vestido, pero ya que me tocaba perder, tenía que hacerle pagar el pato a alguien.

—Vale, me rindo. Me lo pondré.

La señora Cassidy sonrió encantada; Elsie sonrió a secas, y Kasey sonrió con complicidad. Me levanté la falda hasta las rodillas y bajé de la plataforma. El miriñaque giró como una campana, y yo tuve la sensación de ser el badajo.

En aquel momento sonó el teléfono, y la señora Cassidy fue a contestar. Caminaba flotando en una nube: se libraba de mí. ¿Qué mayor dicha se le podía pedir a una tarde?

Yo hacía esfuerzos ímprobos por sacar la enorme falda a través de la puerta de la zona de los probadores cuando me llamó.

—Señorita Blake, es para usted. Un inspector de policía, el sargento Storr.

—¿Ves, mamá? —dijo Kasey—. Ya te dije que era poli.

No di explicaciones; hacía unas semanas, Elsie me había rogado discreción. Consideraba que Kasey era demasiado pequeña para oír hablar de reanimadores, zombis y ejecuciones de vampiros. Y no sería porque los críos de ocho años no supieran qué era un vampiro; eran el acontecimiento mediático de la década.

Traté de llevarme el teléfono al oído, pero las putas flores no me dejaban. Sostuve el auricular entre el cuello y el hombro, y estiré la mano para desabrocharme la gargantilla.

—Hola, Dolph. ¿Qué hay?

—¿Puedes venir a la escena de un crimen? —Su voz era agradable, como la de un tenor.

—¿Qué tipo de crimen?

—De los bestias.

Cuando por fin conseguí quitarme la cosa, se me cayó el teléfono.

—¿Estás ahí, Anita?

—Sí, es que tengo un problemilla de vestuario.

—¿Qué?

—Nada, nada. ¿Por qué quieres que vaya?

—Quien lo haya hecho no es humano.

—¿Un vampiro?

—Tú eres la especialista. Por eso prefiero que vengas a echar un vistazo.

—De acuerdo. Dame la dirección, y salgo para allá. —Al lado del teléfono había una libreta de papel rosa claro con corazoncitos, y un boli con un Cupido de plástico en la punta—. Saint Charles —repetí, mientras apuntaba—. Estoy a un cuarto de hora.

—Bien. —Colgó sin despedirse.

—Hasta ahora, Dolph —dije sólo para sentirme superior. Volví al probador para cambiarme.

Aquel día me habían ofrecido un millón de dólares, sólo por matar a alguien y reanimar a un zombi. Después había tenido que ir a probarme el vestido de dama de honor. Y ahora tocaba un asesinato y, según Dolph, de los bestias. Joder con la tardecita.

«De los bestias», había dicho Dolph. Se había quedado más que corto. Todo estaba lleno de sangre, como si hubieran rociado de pintura las paredes blancas. Una sábana carmesí ocultaba la mayor parte de un sofá blanquecino estampado con flores marrones y doradas. Las pulcras ventanas dejaban pasar un rectángulo de luz de la tarde que daba a la sangre un tono rojo cereza resplandeciente.

La sangre de verdad tiene un color más vivo que el que se ve en el cine y la televisión; en grandes cantidades es de un rojo tomate muy intenso, pero si es más oscura queda mejor en la pantalla. Toma realismo.

Sólo es roja, verdaderamente roja, cuando está fresca. Aquélla ya llevaba tiempo allí y debería haberse apagado, pero el juego de luces la mantenía como nueva.

Tragué saliva con dificultad y respiré profundamente.

—Te estás poniendo verde, Blake —dijo una voz casi encima de mí. Di un salto, y Zerbrowski rió—. ¿Te he asustado?

—No —mentí.

El inspector Zerbrowski medía aproximadamente uno setenta y tenía el pelo moreno rizado, algo canoso. Unas gafas de pasta le enmarcaban los ojos marrones. Tenía el traje marrón arrugado, y una mancha, probablemente de la comida, le decoraba la corbata amarilla y marrón. Me sonreía, como siempre.

—Te he pillado, Blake, reconócelo. ¿Nuestra intrépida cazavampiros va a echar la pota encima de las víctimas?

—Te están saliendo flotadores, ¿eh, Zerbrowski?

—Oooh, qué disgusto. —Se llevó las manos al pecho y se contoneó—. No me digas que ya no me deseas tanto como yo a ti.

—Corta el rollo. ¿Dónde se ha metido Dolph?

—En el dormitorio principal. —Alzó la mirada al tragaluz del techo abovedado—. Ojalá Katie y yo pudiéramos permitirnos una casa así.

—Sí, no está mal. —Miré el sofá; la sábana se pegaba a lo que tuviera debajo, como cuando se cae el zumo y se deja un trapo encima. Había algo que no encajaba. Entonces caí en la cuenta: el bulto de debajo no podía ser un cuerpo humano completo. Fuera lo que fuera, le faltaban trozos.

La habitación empezó a dar vueltas, y aparté la vista, tragando saliva convulsivamente. Hacía meses que no se me revolvía el estómago en la escena de un crimen. Por lo menos, el aire acondicionado estaba encendido; algo es algo: con bochorno huele peor aún.

—Oye, en serio, ¿necesitas salir? —Zerbrowski me sujetó por el brazo como si fuera a llevarme a la puerta.

—Estoy bien, gracias —volví a mentir, mirándolo a los ojos, aunque no lo engañé. No es que estuviera bien, pero aguantaría.

Me soltó el brazo y se apartó.

—Me encantan las chicas duras. —Me saludó con sorna.

—Vete al guano. —No pude evitar sonreír.

—Al final del pasillo, abre la última puerta de la izquierda y verás a Dolph.

Se perdió entre la multitud. Una escena del crimen es como un enjambre: repleta de actividad frenética y gente apiñada. Y no me refiero a los curiosos, que se quedan fuera, sino a los policías de uniforme y de paisano, a los técnicos, al tipo de la cámara de vídeo… Me abrí paso entre el gentío con la identificación plastificada en la solapa de la chaqueta azul marino, para que los policías supieran que no me había colado y, de paso, para que no se preocuparan al verme armada.

Mientras superaba el atasco que se había formado junto a una puerta, en mitad del pasillo, capté unas pocas frases sueltas. «Dios, cuánta sangre». «¿Ya han encontrado el cadáver?». «¿Te refieres a lo que queda de él?… Aún no».

Me abrí paso entre dos policías de uniforme, y uno de ellos

protestó. Encontré un hueco libre justo delante de la última puerta de la izquierda; no sé cómo se las habría arreglado Dolph, pero estaba solo en la habitación. Igual acababan de salir los demás.

Estaba arrodillado en mitad de una moqueta color arena con las manos regordetas, enfundadas en guantes de látex, apoyadas en los muslos. Llevaba el pelo negro tan corto que sus orejas parecían varadas a los lados de la cara redonda. Se puso en pie al verme entrar. Medía más de dos metros y tenía la constitución de un luchador; de repente, la cama con dosel pareció minúscula.

Dolph dirigía la Santa Compaña, la brigada policial de creación más reciente. Oficialmente se llamaba Brigada Regional de Investigación Preternatural, o simplemente, BRIP. Se ocupaba de todos los delitos relacionados con lo sobrenatural, y en ella acababan todos los agentes problemáticos. Sabía perfectamente por qué habían destinado allí a Zerbrowski: tenía un sentido del humor retorcido y despiadado. Pero Dolph era el policía perfecto; sospechaba que le había tocado los cojones a alguien de arriba, y no me extrañaría que hubiera sido por exceso de celo.

Junto a él, en la alfombra, había otro bulto tapado con una sábana.

—Anita. —Siempre habla igual: ahorrando palabras.

—Dolph —contesté.

Se arrodilló entre la cama y la sábana empapada de sangre.

—¿Preparada?

—Sé que lo tuyo no es hablar, pero ¿te importaría decirme qué se supone que busco?

—Quiero saber qué ves, no que me digas lo que yo te haya dicho que veas. —Viniendo de Dolph era todo un discurso.

—De acuerdo. Vamos allá.

Despegó la sábana de la cosa ensangrentada de debajo. Miré y volví a mirar, pero sólo conseguía ver un montón de carne sanguinolenta. Podría ser de vaca, de caballo, de ciervo…, pero ¿humana? Imposible del todo.

Mis ojos lo registraban, pero mi cerebro se negaba a procesarlo. Me acuclillé al lado, con la falda recogida bajo los muslos. La moqueta hacía *chof* cuando la pisaba, como si le hubiera llovido encima, pero yo sabía que no era lluvia.

—¿Tienes unos guantes de sobra? Me he dejado las cosas en la

oficina.

—Bolsillo derecho de la chaqueta. —Levantó las manos; tenía los guantes manchados de sangre—. Cógelos tú; mi mujer no soporta que le manche de sangre los trajes.

Sonreí. Asombroso; a veces, el sentido del humor se vuelve obligatorio. Tuve que extender los brazos por encima de los restos para sacar un par de guantes de talla única. Los guantes de látex tienen un tacto polvoriento, y me dan la impresión de estar poniéndome condones en las manos.

—¿Puedo tocar sin miedo de estropear pruebas?

—Sí.

Tanteé con dos dedos. Era consistente, como un corte de ternera. Hasta que noté las costillas bajo la carne no caí en la cuenta de qué había estado viendo. Era un trozo de caja torácica humana: la parte del hombro, con el hueso blanco a la vista donde habían arrancado el brazo de cuajo. Eso era todo. Nada más. Me puse de pie tan deprisa que me tambaleé. Más *chof* en la moqueta.

De repente hacía un calor sofocante. Me aparté del despojo y me encontré delante de un tocador, con el espejo tan lleno de sangre que parecía un muestrario de laca de uñas. Rojo cereza, Carmesí de carnaval, Manzana caramelizada.

Cerré los ojos y conté hasta diez muy despacio. Cuando los abrí tuve la impresión de que había bajado la temperatura. Entonces me di cuenta de que había un ventilador de techo encendido. Ah, sí, me encontraba perfectamente. La cazavampiros que no se arredra ante nada. Y qué más.

Dolph no dijo nada cuando volví a arrodillarme junto a aquello; ni siquiera me miró. Qué gran tipo. Intenté examinar la carne con objetividad y ver lo que tuviera que ver, pero ya no resultaba tan fácil. Era más llevadero cuando no sabía a qué parte del cuerpo correspondía. No lograba ver nada que no fueran los restos sanguinolentos, ni dejar de pensar que aquello había sido un cuerpo humano. Lo había sido: ahí estaba la clave.

—No veo nada que indique el uso de armas, aunque eso te lo podrá decir el forense. —Alargué la mano para volver a tocarlo, pero me detuve—. ¿Me ayudas a levantarlo para que pueda ver la cavidad pulmonar? O lo que quede de ella…

Dolph soltó la sábana y me ayudó a ladear los restos. No había

nada debajo de las costillas; los órganos habían desaparecido. Tenía todo el aspecto de un costillar de ternera, con excepción de la parte de arriba, donde quedaba un trozo de clavícula.

—De acuerdo —dije sin aliento. Me puse en pie, con las manos ensangrentadas apartadas de los costados—. Tápalo, por favor.

El inspector colocó la tela de nuevo y se levantó.

—¿Qué impresión tienes?

—Violencia. Mucha violencia. Una fuerza sobrehumana, como si hubieran descuartizado el cadáver con las manos.

—¿Por qué con las manos?

—No hay marcas de cuchillo. —Intenté reír, pero me atraganté —. Casi diría que usaron una sierra de carnicero, pero los huesos… —Sacudí la cabeza—. Esto no lo han hecho con nada mecánico.

—¿Algo más?

—Sí. ¿Dónde está lo que falta?

—Desde aquí, la segunda puerta de la izquierda.

—¿El resto del cadáver? —Volvía a hacer demasiado calor.

—Echa un vistazo y dime qué ves.

—Coño, Dolph, ya sé que no te gusta influir en los peritos, pero no quiero ir a ciegas. —Se limitó a mirarme—. Por lo menos, dime una cosa.

—A ver. ¿Qué?

—¿Es peor que esto?

Pareció meditar la respuesta.

—No. Y sí.

—Vete a la mierda.

—Lo entenderás cuando lo veas.

No quería entenderlo. A Bert le había encantado que la policía me contratara de asesora, y me había dicho que así ampliaría mi experiencia. Pero lo único que se había ampliado era la gama de mis pesadillas.

Dolph encabezó la marcha hacia la siguiente cámara de los horrores. En realidad, yo no quería ver el resto del cadáver; sólo quería irme a casa. Dolph se quedó pensativo frente a la puerta cerrada hasta que lo alcancé. En la puerta había un conejo de cartón, como en Pascua, y debajo, un cartel en punto de cruz: CUARTO DEL BEBÉ.

—Dolph —dije en voz baja. El ruido del salón llegaba atenuado.

—¿Sí?

—Nada, nada.

Me llené los pulmones y solté todo el aire. Podía hacerlo. Podía hacerlo. Virgen santa, no quería hacerlo. Recé entre dientes mientras la puerta se abría hacia dentro. Hay ocasiones en las que no se puede seguir adelante sin un poco de inspiración divina, y sospechaba que estaba ante una de ellas.

La luz del sol entraba por una ventana pequeña de cortinas blancas, con patitos y conejitos cosidos en los bordes. Las paredes azul celeste estaban decoradas con recortes de animales. No había cuna, sino una de esas camas infantiles con media barandilla que no sé cómo se llaman.

Allí no había tanta sangre, gracias a Dios, para que luego digan que no atiende los ruegos. Pero en un rectángulo de luz intensa de agosto había un osito recubierto de sangre. Un ojo de vidrio redondo me miraba con sorpresa desde el peluche apelmazado.

Me arrodillé junto a él. La moqueta no hizo *chof*; no estaba pringada de sangre. ¿Qué leches pintaba allí un osito lleno de sangre coagulada? Por lo demás, no parecía que hubiera más sangre en la habitación. ¿Lo habrían colocado allí a propósito? Levanté la mirada y vi una cómoda blanca con más conejitos pintados, y es que hay gente que no se complica la vida con la decoración. La huella de una mano había quedado marcada nítidamente en la superficie blanca; me acerqué a gatas para calibrar su tamaño. Tengo las manos bastante pequeñas, más que la mayoría de las mujeres, pero la que había dejado la huella era diminuta. Dos o tres años, quizá cuatro. Paredes azules: probablemente era un niño.

—¿Cuántos años tenía el niño?

—En el dorso de la foto del salón pone: «Benjamin Reynolds, tres años».

—Benjamin —susurré, mirando la huella de la mano ensangrentada—. En esta habitación no hay ningún cadáver; aquí no han matado a nadie.

—No.

—¿Por qué querías que la viera? —le pregunté desde el suelo.

—Si no lo ves todo, tu opinión no sirve de nada.

—Voy a tener pesadillas con ese puto osito.

—Y yo.

Me levanté y estuve a punto de alisarme la falda; no os hacéis una idea de la cantidad de veces que me toco la ropa sin darme cuenta y me la pringo de sangre. Pero aquel día no.

—¿Lo del sofá del salón es el cadáver del niño? —pregunté rezando para que no fuera así.

—No.

—Gracias a Dios. ¿Es de la madre?

—Sí.

—¿Y el niño?

—No lo hemos encontrado. —Titubeó un momento e hizo la pregunta—: ¿Crees que se lo ha comido entero?

—¿De forma que no quede nada que encontrar, quieres decir?

—Sí. —Había palidecido. Y supongo que yo también.

—Es posible, pero ni siquiera los nomuertos pueden comer tanto. —Respiré profundamente—. ¿Hay algún indicio de… regurgitación?

—Regurgitación. —Sonrió—. Bonita palabra. No, no parece que el bicho haya vomitado. Por lo menos, no por nada que hayamos visto.

—Entonces, es probable que el niño esté en algún lado.

—¿Podría seguir vivo?

Levanté la vista hacia él. Quería contestar que sí, pero estaba casi segura de que no, así que me quedé en tierra de nadie:

—Ni idea. —Dolph asintió, y yo cambié de tema—. Ahora toca el salón, ¿no?

—No.

Salió de la habitación sin decir nada más, y lo seguí; ¿qué otra cosa podía hacer? Pero no me di prisa. Si le iba hacer de poli duro y lacónico, que esperase.

Doblé la esquina, siguiendo sus espaldas anchas, y atravesamos el salón hasta llegar a la cocina, donde una puerta corredera de cristal dejaba ver la terraza. Había cristales por todas partes, que destellaban bajo otro tragaluz. Era una cocina inmaculada que parecía sacada de un anuncio, toda llena de baldosas azules y madera clara.

—Qué bonito —dije.

Vi gente en el jardín; se habían trasladado al exterior. El seto los ocultaba de la vista de los vecinos curiosos, como había ocultado al

asesino la noche anterior. En la cocina sólo quedaba un inspector tomando notas junto al fregadero reluciente.

Dolph me indicó con un gesto que mirase bien.

—Vale —dije—. Algo atravesó la puerta de cristal. Tuvo que hacer muchísimo ruido, y se oiría aunque estuviera puesto el aire acondicionado.

—¿Tú crees?

—¿Algún vecino oyó algo?

—Nadie lo reconoce.

Asentí, pensativa.

—Se rompe el cristal. Alguien, probablemente el hombre, se asoma a ver qué ha pasado; hay estereotipos sexistas que no suelen fallar.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Dolph.

—El aguerrido cazador que protege a su familia.

—De acuerdo, salió el hombre. ¿Qué pasó después?

—Llega, ve lo que ha entrado por la ventana y avisa a gritos a su mujer. Probablemente le dice que se marche. Que coja al niño y salga corriendo.

—¿Y por qué no que llame a la policía?

—No he visto ningún teléfono en el dormitorio. —Señalé con un gesto el de la pared de la cocina y añadí—: Puede que este sea el único, y para llegar hasta él habría que pasar por encima del hombre del saco.

—Sigue.

Me volví para mirar el salón; desde allí se veía el sofá, cubierto por la sábana.

—El intruso, fuera lo que fuera, atacó al hombre y lo dejó fuera de juego, pero no lo mató.

—¿Por qué lo dices?

—¿Esto es un examen o qué? Casi no hay sangre en la cocina; se lo comió en el dormitorio, y no creo que se dedicara a llevarlo a rastras después de matarlo. Lo perseguiría hasta la habitación y lo mataría allí.

—No está mal. ¿Quieres inspeccionar el salón?

La verdad es que no quería, pero no lo dije en voz alta. De la mujer quedaban más restos, y tenía el torso casi intacto. Le habían envuelto las manos en bolsas de papel, y habían extraído muestras

de debajo de las uñas. Esperaba que sirvieran de ayuda. Los ojos del cadáver, muy abiertos, estaban clavados en el techo, y la chaqueta empapada del pijama se pegaba al lugar que había ocupado la cintura. Tragué saliva y levanté la prenda con el índice y el pulgar.

La columna vertebral resplandeció al sol, blanca y húmeda, colgando como un cable arrancado del enchufe.

—La desgarraron, como al… hombre del dormitorio.

—¿Cómo sabes que era un hombre?

—Si no había nadie más, tenía que ser el hombre. No tenían invitados, ¿verdad?

—No que sepamos —dijo Dolph negando con la cabeza.

—Entonces es el hombre, porque la mujer conserva las costillas y los brazos. —Intenté contener la cólera de mi voz; Dolph no tenía la culpa—. No trabajo en la policía, así que ¿te importaría dejar de preguntarme cosas que ya sabes?

—De acuerdo —dijo asintiendo—. A veces me olvido de que no eres uno de los chicos.

—Gracias, supongo.

—Ya me entiendes.

—Sí, y hasta sé que es un cumplido, pero ¿podemos seguir hablando fuera?

—Claro. —Se quitó los guantes ensangrentados y los dejó en una bolsa de basura que había en la cocina. Lo imité.

El calor me apresó como una envoltura de plástico, pero fuera me sentí mejor, más limpia. Me llené varias veces los pulmones de aire caliente y húmedo. Ah, el verano.

—Pero no me equivoco al suponer que no ha sido nada humano, ¿verdad? —dijo el inspector.

Había dos agentes de uniforme que contenían a la multitud arremolinada en el jardín y la calle. Niños, padres, adolescentes en bici… Joder, menudo circo.

—No te equivocas. Fuera lo que fuera, no sangró al atravesar el cristal.

—Ya me he fijado. ¿Qué significa eso?

—Hay pocos nomuertos que sangren.

—¿Cuáles sangran?

—Los zombis recientes, un poco. Los vampiros son los únicos que pueden sangrar casi tanto como una persona.

—Entonces, ¿no crees que fuera un vampiro?

—No. Además, comió carne humana, y los vampiros no pueden digerir nada sólido.

—¿Podría haber sido un algul?

—No hay cementerios suficientemente cerca, y la casa no ha quedado tan mal. Los algules habrían destrozado los muebles, como animales salvajes.

—¿Un zombi?

Sacudí la cabeza.

—No sé qué decir. Los zombis devoradores de carne no son nada frecuentes, pero haberlos, haylos.

—Tres casos documentados, ¿no? En todos ellos, los zombis conservan más tiempo las características humanas y no se pudren.

—Buena memoria —dije con una sonrisa—. Y sí, eso es: los zombis que comen carne no se pudren, o se pudren más despacio.

—¿Son violentos?

—No que se haya visto.

—¿Y los zombis, en general? —preguntó.

—Sólo si se lo ordenan.

—¿Qué significa eso?

—Alguien que tenga suficiente poder es capaz de pedirle a un zombi que mate.

—¿Y usarlo de arma?

—Algo así —confirmé.

—¿Quién podría haberlo hecho?

—Bueno, no estoy muy segura de que haya sido eso.

—Ya, pero ¿se te ocurre alguien?

—Buf. Hasta yo podría, pero yo no he sido. Y nadie que conozca sería capaz de hacer nada así.

—Eso lo decidiremos nosotros —dijo sacando la libreta.

—¿De verdad quieres que te dé nombres de amigos míos para que les preguntes si les ha dado por levantar un zombi y mandarlo a matar a esta familia?

—Sí.

—Esto es increíble —dije con un suspiro—. De acuerdo: Manny Rodríguez, Peter Burke y… —Me detuve antes de pronunciar el tercer nombre.

—¿Qué pasa?

—Nada, que acabo de acordarme de que tengo que ir al entierro de Burke, así que no te sirve de sospechoso.

Dolph me miraba sin disimular su desconfianza.

—¿Estás segura de que no puedes darme más nombres?

—Te avisaré si se me ocurre alguien más —solté sin flaquear, toda sinceridad. Nada por aquí, nada por allá.

—Eso espero.

—Faltaría más.

Dolph sonrió y sacudió la cabeza.

—¿A quién intentas proteger?

—A mí. —Me miró extrañado—. Digamos que no quiero que nadie se enfade conmigo.

—¿Alguien concreto?

—Parece que va a llover.

—Joder, Anita, necesito tu ayuda.

—Ya te he ayudado.

—El nombre.

—Tranquilo. Espera a que haga unas averiguaciones y, si eso, ya te diré algo.

—Oh, qué generosa. —Un tono rojizo le iba subiendo por el cuello. Nunca había visto a Dolph enfadado, pero algo me decía que estaba a punto.

—El primer asesinato fue de un vagabundo; creímos que se lo habían comido los algules mientras dormía la mona, porque estaba cerca de un cementerio. Caso cerrado. —Su voz iba subiendo de tono poco a poco—. Después encontramos a una pareja joven, en el coche del chico. Tampoco se los habían cargado muy lejos del cementerio; llamamos a un exterminador y a un cura. Caso cerrado. —Bajó la voz, pero era tensa, como si se estuviera tragando los gritos. Su cólera era casi palpable—. Y ahora esto. Ha sido la misma bestia, sea lo que sea, pero no hay un puto cementerio en varios kilómetros a la redonda, así que no han sido algules, y puede que se hubiera podido evitar si te hubiera llamado con el primer caso o el segundo. Ya le voy pillando el truco a esta mierda sobrenatural y tengo más experiencia, pero no es suficiente. Ni de lejos. —Tenía las manos crispadas alrededor de la libreta.

—Nunca te había oído hablar tanto.

Soltó una risa entrecortada.

—Necesito el nombre.

—Dominga Salvador. Es la sacerdotisa vodun más importante del Medio Oeste, pero si le mandas a la policía no soltará prenda. Ni ella ni nadie.

—¿Y contigo sí que hablarían?

—Sí.

—Vale, pero será mejor que me digas algo mañana mismo.

—No sé si podré concertar una cita con tan poca antelación.

—O lo haces tú o lo hago yo.

—De acuerdo, de acuerdo, ya veré cómo me lo monto.

—Gracias, Anita. Por lo menos tenemos un sitio por el que empezar.

—Pero puede que no sea cosa de zombis; es sólo una conjetura.

—¿Qué podría ser, si no?

—Bueno, si hubiera sangre en el cristal, yo diría que podría haber sido un hombre lobo.

—Cojonudo, justo lo que necesitaba: un cambiaformas descontrolado.

—Pero no había sangre.

—Así que es más probable que se trate de algún nomuerto.

—Exactamente.

—Bueno, pues habla con esa tal Dominga y dime algo cuanto antes.

—A la orden, mi sargento.

Me miró con cara de pocos amigos y volvió a la casa. Mejor que entrara él; yo sólo quería largarme, cambiarme de ropa y prepararme para levantar muertos. Aquella noche me esperaban tres clientes, o tres futuros zombis.

El psiquiatra de Ellen Grisholm consideraba que le vendría bien enfrentarse al padre que había abusado de ella de niña; el problema era que llevaba varios meses muerto, así que me tocaba levantarlo para que su hija pudiera insultarlo a gusto. Según el médico, sería una liberación. Supongo que hace falta un doctorado para poder soltar esas gilipolleces.

Las otras dos reanimaciones eran más normalitas: una disputa por un testamento y un testigo de cargo que había tenido el mal gusto de sufrir un infarto antes del juicio. Aún no estaba muy claro que el testimonio de un zombi fuera admisible ante un tribunal,

pero estaban suficientemente desesperados para intentarlo, y dispuestos a pagar por ello.

Me quedé plantada en mitad del césped amarillento. Me alegraba ver que la familia no era adicta a los aspersores; menudo derroche de agua. Igual hasta reciclaban las latas y los periódicos. Igual hasta eran ciudadanos respetuosos con el medio ambiente. O puede que no.

Un agente de uniforme levantó el cordón policial para dejarme salir, y me metí en el coche sin prestar atención a los curiosos. Era un Nova de un modelo reciente; podría haberme comprado algo mejor, pero ¿para qué? Tenía cuatro ruedas.

El volante estaba ardiendo, así que encendí el aire acondicionado. Lo que le había dicho a Dolph de Dominga Salvador era cierto: no hablaría con la policía ni borracha. Pero no había procurado omitir su nombre por eso.

Si intentaban hablar con ella, haría averiguaciones y descubriría que yo los había puesto sobre su pista. Era la sacerdotisa vodun más poderosa que conocía, y levantar un zombi asesino era sólo una de las muchas cosas que podría hacer si le diera la gana.

Francamente: hay cosas que se pueden colar por la ventana en plena noche que son mucho peores que un zombi. Yo intentaba no darme por enterada de esa parte del negocio, pero Dominga era la creadora de casi todo lo relacionado con ella. Desde luego, no tenía ningún interés en cabrearla, así que tendría que hablar con ella al día siguiente. Era como conseguir una cita con el capo del vudú. La putada era que no la tenía muy contenta: me había mandado varias invitaciones para que asistiera a sus ceremonias, y yo las había rechazado con tanta amabilidad como había podido. Estaba convencida de que no le hacía gracia que fuera cristiana, y me las había arreglado para no tener que verla cara a cara. Hasta entonces.

Tenía que preguntarle a la sacerdotisa vodun más poderosa de los Estados Unidos, y puede que de toda América del Norte, si había levantado un zombi y si daba la casualidad de que ese zombi se dedicaba a cargarse gente por orden suya. Mierda, qué locura. Me esperaba otro día movidito.

Sonó el despertador, y me puse a soltar manotazos a los botones; más tarde o más temprano daría con el de apagado. Pero al final tuve que apoyarme en un codo y hasta abrir los ojos para desconectar la cosa, y me quedé mirando los números luminosos: las seis de la mañana. Joder. Había llegado a casa a las tres.

¿Por qué lo había puesto a las seis? No tenía ni idea; después de tres horas de sueño no suelo andar muy lúcida. Volví a tumbarme entre las sábanas calentitas, y estaba a punto de cerrar los ojos cuando me acordé de Dominga Salvador.

Habíamos quedado a las siete; eso es madrugar y lo demás son tonterías. Me libré como pude de las sábanas y me quedé un momento sentada en la cama. Salvo por el zumbido del aire acondicionado, reinaba un silencio sepulcral.

Me levanté, pensando en ositos de peluche recubiertos de sangre.

Al cabo de un cuarto de hora ya estaba vestida. Siempre me duchaba al volver del trabajo, por tarde que fuera; no soportaba la idea de meterme entre las sábanas limpias pringada de sangre de pollo reseca. A veces es de cabra, pero suele ser de pollo.

Elegir el atuendo había tenido lo suyo: no quería parecer irrespetuosa ni achicharrarme. Claro que no habría sido tan difícil si no tuviera intención de llevar pistola. Llamadme paranoica, pero no estaba dispuesta a salir de casa sin ella.

Los vaqueros desteñidos, los calcetines y las zapatillas deportivas fueron la parte fácil. Después me puse una pistolera de cintura con

una Firestar de
9 mm,
la sustituta de la Browning Hi-Power, que abulta demasiado para llevarla debajo del pantalón.

Sólo faltaba una camisa que tapara la pistola sin dejarla inaccesible, pero eso es más difícil de lo que parece. Al final me puse una camiseta que llegaba poco más allá de la cintura y di unas vueltas delante del espejo.

La pistola no se veía, siempre que no levantara los brazos más de la cuenta. Por desgracia, la camiseta era de un rosa muy, muy claro. La verdad es que no alcanzo a entender cómo me pudo dar por comprármela. Puede que me la hubieran regalado; eso esperaba, porque la idea de haberme gastado el dinero en algo rosa era más de lo que podía soportar.

Aún no había abierto las cortinas, y el piso estaba en penumbra. Había encargado expresamente unas cortinas muy tupidas, pues no sentía demasiada debilidad por ver la luz del día. Encendí la lámpara del acuario, y los peces ángel subieron hacia la superficie, boqueando implorantes.

Los peces no están mal como animal doméstico. No hay que sacarlos a pasear, recogerles la porquería ni adiestrarlos; basta con limpiar el acuario de vez en cuando y darles de comer, aparte de que les importa una mierda a qué hora vuelvo.

El olor del café recién hecho llenó la casa, y me senté a la mesa de la cocina a tomarme una taza de Colombia. Lo sacaba del congelador y lo molía justo antes de prepararlo; no hay otra forma de tomar café, aunque si no hay más remedio, me lo tomo como sea.

Sonó el timbre y pegué un salto, derramando el café. ¿Nerviosa yo? Dejé la Firestar en la mesa de la cocina en vez de llevármela a la puerta. ¿Veis? No soy tan paranoica; sólo soy muy, muy prudente.

Eché un vistazo por la mirilla y abrí. Era Manny Rodríguez. Me saca unos cinco centímetros, y tiene unos rizos oscuros entreverados de canas que le enmarcan una cara enjuta y un bigote negro. Con sus cincuenta y dos años, no me importaría llevarlo de apoyo en cualquier situación peligrosa… menos en una.

Nos estrechamos la mano, como siempre. Tiene un apretón firme

y seco. Me sonrió, enseñándome el contraste entre su tez morena y unos dientes blanquísimos.

—Huele a café.

—Ya sabes que no desayuno otra cosa —dije devolviéndole la sonrisa.

Entró y cerré la puerta con llave; la fuerza de la costumbre.

—Rosita dice que no te cuidas. —Imitó la voz de reproche de su mujer, exagerando el acento mexicano, y añadió—: No come nada; así está de flaca. Pobrecilla, sin marido, ni siquiera novio… —Sonrió.

—Mi madrastra está de acuerdo con ella. La angustia pensar que acabaré hecha una solterona.

—¿Cuántos años tienes? Veinticuatro, ¿no?

—Sí.

—No hay quien entienda a las mujeres —dijo sacudiendo la cabeza.

—¿Y yo qué soy? ¿Un bocadillo de mortadela?

—Ya sabes que no pretendía…

—Yaaa. Soy uno de los chicos.

—En el trabajo eres mejor que ningún chico.

—Siéntate y llénate de café esa bocaza antes de volver a abrirla.

—No te hagas la ofendida; me entiendes de sobra. —Me miró muy serio con sus ojos marrones.

—Te entiendo de sobra —dije sonriendo.

Cogí una taza de la docena larga que guardo en el armario de la cocina. Mis favoritas están colgadas de un palo con ganchos que tengo en la encimera.

Manny bebió un trago y se quedó mirando la frase serigrafiada en negro de su taza roja: SOY UNA ZORRA DESPIADADA, PERO SE ME DA BIEN. La risa le hizo salir el café por la nariz.

Yo bebí de la mía, decorada con bebés pingüino con aspecto de peluche.

—No se lo digas a nadie, pero a mí la que más me gusta es ésta.

—¿Por qué no te la llevas a la oficina?

La última idea peregrina de Bert había consistido en hacernos llevar nuestras propias tazas; decía que le daban un toque hogareño al despacho. Yo había llevado una, decorada en dos tonos de gris, en la que ponía: ES EL TRABAJO SUCIO, PERO ME TOCA HACERLO. A Bert

no le gustó y me la hizo llevar a casa.

—Es que me gusta tocarle los cojones al jefe.

—Así que vas a seguir llevando tazas ofensivas.

—Desde luego —contesté sonriendo. Manny se limitó a sacudir la cabeza, y yo entré en materia—. Te agradezco mucho que me acompañes a ver a Dominga.

—No podía dejarte a solas con el diablo en persona —dijo encogiéndose de hombros.

Lo miré algo preocupada; no sabía si lo decía en serio.

—Así es como la llama tu mujer, no yo.

—Pero piensas ir armada por si acaso. —Manny dirigió la mirada hacia la pistola que tenía en la mesa.

Lo miré por encima del borde de la taza.

—Por si acaso.

—Si es necesario salir a tiros, no te servirá de nada; tiene guardaespaldas por todas partes.

—No tengo intención de pegarle un tiro a nadie. Sólo vamos a preguntar unas cosas.

—Disculpe, señora Salvador —dijo con gesto de mofa—, ¿ha levantado algún zombi últimamente?

—Vale ya, Manny. Sí, se hace un poco violento…

—¿Violento? —Sacudió la cabeza—. Un poco violento, dice. Si consigues cabrear a Dominga Salvador, será bastante más que un poco violento.

—No tienes por qué venir.

—Pero me lo has pedido. —Mostró esos dientes blanquísimos que le iluminaban toda la cara—. No se lo has pedido a Charles ni a Jamison, sino a mí, y eso ha sido el mejor cumplido que le podías hacer a un viejo.

—¿Viejo? Anda ya.

—Bueno, mi mujer no opina lo mismo. Rosita me tiene prohibido ir a cazar vampiros contigo, pero no puede impedirme que trabaje con zombis, al menos por ahora. —La sorpresa se me debió de notar en la cara, porque añadió—: Sé que tuvo una charla contigo hace dos años, cuando yo estaba en el hospital.

—Estuviste a punto de morir.

—¿Y cuántos huesos te rompiste tú?

—Lo que dijo Rosita era razonable. Tienes cuatro hijos en los

que pensar.

—Y ya no tengo edad para dedicarme a matar vampiros —dijo con ironía, casi con amargura.

—Eso son chorradas.

—Más quisiera. —Apuró el café—. Será mejor que nos vayamos, si no queremos hacer esperar a la doña.

—Dios nos libre.

—Amén.

Me quedé mirándolo mientras enjuagaba la taza en el fregadero.

—¿Hay algo que no sepa? —le pregunté.

—No.

Enjuagué mi taza sin quitarle los ojos de encima, con el ceño fruncido.

—¿Manny?

—Por mis niños que no hay nada.

—Entonces, ¿qué pasa?

—Sabes que practicaba el vodun antes de que Rosita me convenciera para convertirme al cristianismo, ¿no?

—Sí, ¿y qué?

—Dominga Salvador no era sólo mi sacerdotisa. Era mi amante.

Me quedé parada mirándolo.

—¿Estás de coña?

—No bromearía nunca con algo así —dijo muy serio.

Me encogí de hombros; los gustos de la gente en materia de amantes nunca dejarán de sorprenderme.

—Y gracias a eso me has conseguido una cita de un día para otro. —Manny asintió—. ¿Por qué no me lo habías dicho antes?

—Por si te daba por ir sin mí.

—¿Y tan terrible habría sido?

—Es posible —dijo mirándome con solemnidad.

Cogí la pistola de la mesa y me la guardé en la funda. Ocho balas; en la Browning cabían catorce. Pero seamos realistas: si necesitaba más de ocho balas, no iba a salir con vida. Y Manny tampoco.

—Mierda —dije entre dientes.

—¿Qué pasa ahora?

—Tengo la sensación de estar a punto de meterme en la boca del lobo.

—No vas muy desencaminada.

De puta madre. De putísima madre. ¿Por qué me metía en esos berenjenales? La imagen del osito ensangrentado de Benjamin Reynolds me acudió a la mente. Vale, sabía por qué lo hacía: si existía la posibilidad, por remota que fuera, de que el niño siguiera vivo, sería capaz de bajar al mismísimo Infierno…, siempre que existiera la posibilidad de volver. Pero no lo dije en voz alta; quizá tampoco fuera muy desencaminada en aquello.

Las casas del barrio eran antiguas, de los años cuarenta o los cincuenta, con céspedes muertos de sed y macizos de petunias, geranios y algún que otro rosal que sobrevivían a duras penas al abrigo de las paredes. Las calles estaban limpias y cuidadas, pero a una manzana de distancia podrían matar a cualquiera por llevar una chaqueta del color que no toca.

Las bandas se abstenían de actuar en las inmediaciones de la casa de la señora Salvador; hasta a los adolescentes con armas automáticas les dan miedo las cosas que no se pueden detener a tiros, por buena puntería que se tenga. Las balas bañadas en plata les hacen pupa a los vampiros, pero no los matan. Sí que pueden matar a los licántropos, pero no sirven de nada contra los zombis. A ésos, ni descuartizándolos: los miembros cortados siguen reptando en pos de su presa. Lo he visto, y no es muy agradable. Así que las bandas no se metían en el territorio de Dominga: es una zona de armisticio permanente.

Se rumorea que una banda de hispanos creyó encontrar la forma de protegerse contra los *gris-gris*… y según algunas versiones, su antiguo líder sigue en el sótano de Dominga y le hace algún recado de vez en cuando. Una buena advertencia para cualquier delincuente juvenil que quisiera pasarse de listo.

Por lo que a mí respecta, yo nunca la había visto levantar un zombi. Pero tampoco la había visto invocar a las serpientes, y podía

seguir pasando sin ello.

La casa de Dominga Salvador tiene dos pisos y un jardín enorme, de un cuarto de hectárea, con geranios rojos que contrastan con las paredes encaladas. Rojo y blanco, sangre y hueso; estaba segura de que a los transeúntes no se les escapaba el simbolismo. A mí no, desde luego.

Manny aparcó frente al garaje, detrás de un Impala color crema que ocupaba una de las dos plazas. El garaje estaba pintado de blanco, a juego con la casa. Una niña de unos cinco años recorría la acera con entusiasmo en su triciclo, y había un par de niños algo mayores sentados en los escalones del porche. Dejaron de jugar para mirarnos.

En el porche, a sus espaldas, había un hombre con una camiseta azul sin mangas y una funda de sobaco encima. Qué discretito. Sólo le faltaba un letrero de neón que dijera TIPO DURO.

La acera tenía restos de tiza: cruces de colores claros y diagramas indescifrables. Parecía un juego infantil, pero era otra cosa: los devotos de la señora pintaban signos de adoración delante de su casa. También había restos de velas, y la niña pasaba por encima con el triciclo, una y otra vez. Sí, normalísimo.

Seguí a Manny por el césped agostado, bajo la mirada atenta e inescrutable de la niña. Manny se quitó las gafas de sol y le dedicó una sonrisa al hombre.

—*Buenos días*, Antonio —saludó—. Cuánto tiempo.

—*Sí* —contestó Antonio con voz baja y huraña. Tenía los brazos, muy morenos, cruzados en ademán despreocupado, pero la mano derecha le quedaba muy cerca de la pistola.

Me oculté detrás de Manny para no quedar a la vista y, como quien no quiere la cosa, me acerqué la mano al arma. Siempre preparada, como dicen los *boy scout*. ¿O son los marines?

—Te has convertido en todo un hombretón —dijo Manny.

—Dice mi abuela que te deje pasar.

—Es muy sabia —dijo Manny.

—Es la señora —contestó Antonio encogiéndose de hombros, y se inclinó para mirarme—. ¿A quién te has traído?

—Te presento a Anita Blake.

Se apartó para que yo pudiera adelantarme, y salí de detrás de él con una mano en la cintura, no por hacerme la chula, sino para

tener la pistola al alcance.

Antonio me miró con una expresión airada en sus ojos oscuros, pero no hizo nada, y tampoco imponía tanto como los gorilas de Harold Gaynor.

—Encantada —dije sonriendo.

Me contempló con desconfianza durante un momento y asintió. Yo seguí sonriendo, y él empezó a imitarme. Qué mono; creía que estaba coqueteando con él. Por mí…

Dijo algo en castellano, y yo me quedé sonriendo y sacudiendo la cabeza. Hablaba en voz baja, y por la expresión de sus ojos y la curvatura de sus labios, yo diría que se me estaba insinuando o que me estaba insultando. Manny se puso tenso, se sonrojó y le dijo algo entre dientes. Entonces fue Antonio el que se puso rojo, y empezó a acercar la mano a la pistola. Subí dos escalones y le cogí las muñecas como si no me enterase de la misa la media. Sus brazos parecían a punto de saltar como un resorte.

Le dediqué mi mejor sonrisa, él me miró fugazmente, y la tensión se relajó, pero no lo solté hasta que dejó caer el brazo. Me cogió la mano para besarla y tardó un momento en apartar los labios, sin dejar de mirar a Manny lleno de cólera.

Antonio llevaba pistola, pero sólo era un aficionado, y los aficionados con pistola suelen acabar muertos. ¿Lo sabría Dominga Salvador? Puede que en vudú fuera la releche, pero me temo que no tenía ni idea de armas ni de las aptitudes necesarias para usarlas, y fueran las que fueran, Antonio no las tenía. Sí, claro, podría matar a alguien sin pestañear, pero por los motivos incorrectos, por motivos de aficionado. Y ya me contaréis de qué le serviría al muerto.

Me guió escaleras arriba, sin soltarme la mano, pero era la izquierda, así que por mí podía quedársela todo el día.

—Tengo que mirar si vais armados, Manuel.

—Sí, claro.

Manny subió al porche y Antonio dio un paso atrás, para mantener la distancia en caso de que lo atacara. Eso convirtió su espalda en un blanco perfecto para mí: un descuido que, en otras circunstancias, podría serle mortal.

Apoyó a Manny en la barandilla, como en los registros policiales. Antonio sabía dónde buscar, pero lo cacheó con ira, moviendo las manos demasiado y con brusquedad, como si el

contacto del cuerpo de Manny lo encolerizara. Era fácil de cabrear, el amigo Antonio.

Pero no se le ocurrió cachearme a mí. Muy mal.

Otro hombre, que andaría por los cuarenta y muchos, se asomó tras la puerta mosquitera. Llevaba una camiseta blanca, y encima, una camisa de cuadros desabrochada y arremangada al máximo. El sudor le perlaba la frente, y probablemente llevaba una pistola en la cintura, por detrás. Tenía el pelo negro, con un mechón blanco justo encima de la frente.

—¿Por qué tardas tanto, Antonio? —Tenía la voz pastosa y hablaba con acento mexicano.

—Estaba cacheándolo.

—La señora los está esperando.

Antonio se hizo a un lado y volvió a ocupar su puesto en el porche. Cuando pasé junto a él me lanzó un beso, y vi que Manny se ponía tenso, pero entramos en la casa sin que nadie se llevara un tiro. Estábamos en racha.

El salón era espacioso, con una mesa de comedor a un lado y un piano al otro. Me pregunté quién lo tocaría. ¿Antonio? Naaa.

Atravesamos un pasillo corto, siguiendo al hombre, y llegamos a una cocina amplia, con el suelo arlequinado iluminado por el sol. La construcción era antigua, pero los electrodomésticos eran modernos. Una de esas neveras de lujo con dispensador de hielo y agua fría ocupaba gran parte de la pared del fondo, y todos los muebles eran amarillo claro: Trigo dorado, Bronce otoñal… Esas cosas.

Sentada a la mesa de la cocina había una mujer de poco más de sesenta años, de rostro enjuto y moreno surcado por innumerables arrugas que denotaban buen talante, y pelo blanquísimo recogido en un moño. Tenía la espalda muy erguida y las manos, muy estrechas, entrelazadas encima de la mesa. Su aspecto era terriblemente inofensivo, el de una abuelita encantadora. Si sólo una cuarta parte de lo que había oído de ella era verdad, su camuflaje era el mejor del mundo.

Sonrió y separó las manos. Manny se adelantó, le cogió una y le besó los nudillos.

—Me alegro de verte, Manuel —dijo ella con voz agradable, de contralto, con un acento ligerísimo.

—Igualmente. —Le soltó la mano y se sentó frente a ella.

Yo seguía en la puerta, y Dominga me miró.

—Bueno, bueno, Anita Blake. Así que por fin te dejas caer por aquí.

Aquello me pilló por sorpresa. Miré a Manny, que me devolvió un gesto de incomprensión. Cojonudo: él tampoco tenía ni idea.

—No sabía que tuviera tantas ganas de verme.

—He oído hablar mucho de ti, *chica*. Me han contado cosas muy interesantes. —En sus ojos negros y su cara sonriente había un no sé qué que no tenía nada de inofensivo.

—¿Manny? —pregunté.

—Yo no he sido.

—No, Manuel ya no me cuenta nada; su mujercita le tiene prohibido hablar conmigo. —Dijo lo último con acritud. Vaya por Dios: la sacerdotisa vodun más poderosa del Medio Oeste se comportaba como una amante despechada. Lo que nos faltaba. Volvió hacia mí unos ojos encolerizados—. Todos los que se dedican al vudú acuden a la señora Salvador más tarde o más temprano.

—Yo no me dedico al vudú.

Dominga rió, y las líneas de su cara se acentuaron.

—Reanimas muertos, zombis, y no te dedicas al vudú. Ésa ha sido buena, *chica*. —Parecía verdaderamente divertida. Yo, encantada de haberle alegrado el día.

—Ya te expliqué por qué queríamos verte —intervino Manny—. Dejé muy claro… —Dominga lo hizo callar con un gesto.

—Sí, fuiste muy cuidadoso por teléfono, Manuel. —Se inclinó hacia mí—. Me dejó muy claro que no veníais para participar en ninguno de mis rituales paganos. —Su tono era tan ácido que rayaba en lo corrosivo—. Ven aquí, *chica*.

Me tendió una mano, no las dos. ¿Esperaba que se la besara, como había hecho Manny? Ni que estuviera en presencia del papa. Me di cuenta de que no quería tocarla. Dominga no había hecho nada malo, pero yo tenía los músculos de los hombros agarrotados por la tensión. Tenía miedo, y no sabía de qué.

Di un paso al frente y le cogí la mano, sin saber qué hacer con ella. Tenía la piel cálida y seca. Tiró de mi mano, sin soltarla, para hacerme sentar junto a ella, y dijo en voz baja y grave algo que no entendí.

—Lo siento, no hablo castellano.

—Tienes el pelo negro como el ala de un cuervo —dijo tocándome la cabeza con la mano libre—. Eso viene del sur.

—Mi madre era mexicana.

—Pero no entiendes su lengua.

Seguía sujetándome la mano, y yo quería recuperarla.

—Murió cuando yo era pequeña, y me crió la familia de mi padre.

—Ya veo.

Conseguí liberarme y me sentí mejor de inmediato. Aquella mujer no me había hecho nada en absoluto; ¿por qué me ponía tan nerviosa? El hombre del mechón blanco se colocó tras ella, con las manos a la vista. Yo tenía la puerta trasera y la entrada de la cocina a la vista, así que no podía haber nadie acechándome. Pero el vello de mi nuca se empeñaba en mantenerse erizado.

Miré a Manny, pero él tenía los ojos clavados en Dominga y las manos entrelazadas encima de la mesa, tan apretadas que los nudillos se le habían puesto blancos.

Era como estar en un festival de cine extranjero sin subtítulos. Más o menos, adivinaba de qué iba la cosa, pero no estaba segura de nada. La piel de gallina me decía que había algún abracadabra en marcha, y la reacción de Manny parecía indicar que el abracadabra tenía algo que ver con él.

De repente relajó los hombros, y la tensión de sus manos se disipó; era como si lo hubieran liberado. Dominga sonrió, mostrando unos dientes blanquísimos.

—Podrías haber sido tan poderoso, *corazón*…

—Pero no me interesaba el poder —replicó Manny.

Me quedé mirándolos de hito en hito, sin saber muy bien qué había pasado. Tampoco estaba segura de querer saberlo, y estaba dispuesta a creerme eso de que la ignorancia es una bendición. Suele ser cierto.

—¿Y tú, *chica*? —preguntó Dominga, volviéndose de repente hacia mí—. ¿Quieres poder? —La sensación de la nuca se me extendió por todo el cuerpo; era como meterse en un hormiguero. Mierda.

—No. —Una respuesta clara y concisa. Quizá debería usarlas más a menudo.

—Puede que no lo quieras, pero lo tendrás.

No me gustó un pelo su forma de decirlo. Era ridículo estar en una cocina soleada a las siete y media de la mañana y tener miedo, pero lo tenía. Tanto que se me encogían las tripas.

Me miró con unos ojos que sólo eran ojos; no había en ellos ni un atisbo de la capacidad de seducción de los vampiros. Sólo eran ojos, pero… El vello de la nuca intentó bajarme por la columna, y se me erizó la piel de todo el cuerpo, a pesar del calor bochornoso. Me humedecí los labios y miré a Dominga Salvador.

Me había lanzado un ataque mágico, para ponerme a prueba. No era la primera vez que me sucedía algo parecido: a la gente le fascina mi trabajo. Todo el mundo está convencido de que hago magia, pero no es así; se me dan bien los muertos, que es distinto.

Miré fijamente sus ojos casi negros y sentí que me iba hacia delante; era como caer sin moverse. El mundo se tambaleó a mi alrededor, pero enseguida se estabilizó. Mi cuerpo despedía un flujo de calor que avanzaba retorciéndose hacia la anciana y, cuando la alcanzó, sentí algo parecido a una descarga eléctrica.

—¡Joder! —Me puse en pie, esforzándome por respirar.

—¿Qué te pasa, Anita? —Manny estaba de pie y me tocaba el brazo.

—No lo sé. ¿Qué demonios me ha hecho?

—Tú eres la que ha hecho algo, *chica*. —Dominga había palidecido ligeramente, y tenía la frente cubierta de sudor. El hombre se apartó de la pared con las manos a los lados, listo para actuar—. No te preocupes, Enzo, no pasa nada —le dijo Dominga. Estaba sin aliento, como si hubiera estado corriendo.

Seguí de pie. Lo único que quería era irme a casa.

—No hemos venido a jugar, Dominga —dijo Manny con la voz teñida de cólera y puede que miedo. Yo compartía lo último.

—No es ningún juego, Manuel. ¿Es que has olvidado todo lo que te enseñé, todo lo que fuiste?

—No he olvidado nada, pero no la he traído para que sufra ningún daño.

—Que sufra o no depende de ella, *corazón*.

Aquello no me hizo ni pizca de gracia.

—No la veo muy dispuesta a ayudarnos; sólo a jugar al gato y al ratón. ¿Y sabe qué? Este ratón se larga. —Giré para marcharme, sin

perder de vista a Enzo. Él no era ningún aficionado.

—¿No quieres encontrar al niño del que me habló Manny? Sólo tiene tres añitos y ya está en manos del *bokor*…

Me paré en seco, tal como pretendía Dominga. Mierda.

—¿Qué es un *bokor*?

—¿De verdad no lo sabes? —me preguntó con una sonrisa. Negué con la cabeza, y su sonrisa se amplió; estaba encantada conmigo—. Pon la mano derecha en la mesa con la palma hacia arriba, *por favor*.

—Si sabe algo del niño, ¿por qué no me lo dice sin más?

—Permite que te haga unas pruebas, y te ayudaré.

—¿Qué pruebas son esas? —Me esforcé por transmitir toda la desconfianza que sentía.

Dominga rió, con un sonido repentinamente alegre que encajaba con las arrugas de su cara. Los ojos le brillaban de puro regocijo, y me temía que se estaba riendo de mí.

—Ven aquí, *chica*, que no voy a hacerte daño.

—¿Manny?

—Si hace algo que pueda perjudicarte, te lo diré.

—Tengo entendido que eres capaz de levantar tres zombis por noche, una noche tras otra. —Dominga me miraba perpleja—. Y eso que eres una novata.

—La ignorancia es una bendición.

—Siéntate, *chica*. Te prometo que no te dolerá.

«No te dolerá»: la promesa de que se avecinaba algo doloroso. Me senté.

—Cualquier retraso podría costarle la vida. —Intentaba apelar a su lado bueno. Como si lo tuviera.

—¿De verdad crees que sigue vivo? —preguntó inclinándose hacia mí.

Me aparté de ella; no podía evitarlo, pero tampoco podía mentirle.

—No.

—Entonces tenemos tiempo, ¿no te parece?

—¿Para qué?

—La mano, *chica, por favor*. Después contestaré a tus preguntas.

Respiré profundamente y puse la mano derecha en la mesa, con la palma hacia arriba. Dominga se hacía la misteriosa, y eso es algo

que me repatea.

Sacó una bolsita negra de debajo de la mesa, como si la hubiera tenido en el regazo todo el tiempo. Como si lo tuviera planeado. Manny miró la bolsa como si algo repugnante fuera a salir de ella. Casi; Dominga Salvador sacó de ella algo repugnante.

Era un *gris-gris* de plumas negras, trozos de hueso y una pata de ave momificada. Al principio me pareció de pollo, hasta que vi las fuertes uñas negras; un águila, un halcón o un bicho parecido rondaría por ahí con una pata de palo.

Me la imaginé clavándome las uñas de aquello, y me costó lo indecible no apartarme, pero se limitó a dejarme el *gris-gris* en la mano abierta. Sólo eran plumas, trozos de hueso y una pata de rapaz seca. No era repugnante ni dolía; de hecho, me sentí un poco idiota.

Entonces noté el calor. La cosa se estaba calentando encima de mi palma. Antes no estaba caliente.

—¿Qué le está haciendo?

Dominga no contestó. La miré, pero ella tenía la vista clavada en mi mano, como un gato a punto de soltar un zarpazo. Seguí su mirada. La garra se contrajo, se distendió y se volvió a contraer: se estaba moviendo.

—¡Mierda! —Quería levantarme y sacudirme de encima aquel engendro, pero me quedé sentadita. Con todos los pelos del cuerpo de punta y un nudo en la garganta, dejé que la cosa siguiera moviéndose—. De acuerdo —dije entre dientes—, ya me ha hecho la prueba. Ahora quíteme eso de la mano.

Dominga levantó la pata de ave con cuidado, tanto que me di cuenta de que evitaba tocarme, aunque no supe a qué se debía.

—Virgen santa —mascullé. Bajé la mano y palpé la pistola que llevaba escondida en el pantalón; me reconfortaba saber que, en el peor de los casos, podía pegarle un tiro antes de que me matara de un susto—. ¿Podemos ir al grano de una vez? —Hablé con voz casi firme. Qué mayor.

—La has hecho moverse. —Dominga acunaba la pata con las manos—. Te has asustado, pero no te ha resultado extraño. ¿Por

qué?

¿Qué podía decir? Nada que quisiera revelarle.

—Tengo cierta afinidad con los muertos. Se me dan bien, igual que a otros se les da bien leer la mente.

—¿Crees de verdad que la capacidad de levantar muertos es un truco de feria, como la telepatía?

Si alguna vez se hubiera tropezado con un telépata de verdad, se los tomaría más en serio. A su manera, daban tanto miedo como ella.

—Reanimar muertos es un trabajo, nada más.

—Eso me lo creo casi tanto como tú.

—Pues inténtelo, porque es verdad.

—No es la primera vez que te hacen una prueba. —Aquello era una afirmación.

—Ya lo hizo mi abuela materna, pero no con eso. —Señalé la pata, que seguía moviéndose como las manos falsas que venden en las tiendas de artículos de broma. Ahora que no la tenía encima, podía imaginarme que funcionaba a pilas. Sí, claro.

—¿Practicaba el vodun? —me preguntó. Yo me limité a asentir —. ¿Por qué no estudiaste con ella?

—Tengo la capacidad innata de levantar muertos, pero eso no determina mi orientación religiosa.

—Eres cristiana —dijo como si fuera un insulto.

—Ya está bien. —Me puse en pie—. Me gustaría decir que ha sido un placer, pero mentiría.

—Pregunta lo que quieras, *chica*.

—¿Cómo? —El cambio de tema había sido demasiado brusco.

—Pregúntame lo que sea que hayas venido a preguntarme.

—Si dice que va a contestar, es que va a contestar —dijo Manny. No parecía muy contento.

Volví a sentarme, decidida a largarme como me volviera a insultar. Claro que si resultaba cierto que podía ayudarme… Ah, mierda, estaba picando con el cebo de la esperanza, pero después de lo que había visto en la casa de los Reynolds, merecía la pena.

Cuando llegué tenía intención de plantear la pregunta con toda la delicadeza del mundo, pero a aquellas alturas me importaba un carajo.

—¿Ha levantado algún zombi últimamente?

—Varios —contestó.

Vale. Dudé antes de seguir preguntando; no me quitaba de la cabeza el movimiento de aquella cosa en la mano. Me la froté con la pernera del pantalón, como si la sensación fuera pegajosa. ¿Qué era lo peor que podía hacerme si la ofendía? Mejor no saberlo.

—¿Ha enviado a algún zombi a llevar a cabo… una venganza? —Ah, mi idea de la delicadeza. Estupendo.

—No.

—¿Está segura?

—Si hubiera levantado de la tumba a un asesino, me acordaría —contestó sonriendo.

—Para que un zombi mate no hace falta que haya sido un asesino en vida.

—¿De verdad? —Alzó las cejas canosas—. Veo que tienes mucha experiencia en zombis que matan…

Contuve el impulso de encogerme como una colegiala a la que hubieran pillado en una mentira.

—Sólo con uno.

—Cuéntamelo.

—No —respondí tajante—. No me gusta hablar de eso. —Era una pesadilla que no estaba dispuesta a revelarle a la señora del vodun, así que decidí cambiar de tema—. He reanimado a varios asesinos, y no son más violentos que los otros zombis.

—¿A cuántos muertos has levantado de la tumba? —preguntó.

—Ni idea. —Me encogí de hombros.

—¿Aproximadamente?

—No lo sé. Cientos.

—¿Mil?

—Puede; no llevo la cuenta.

—¿Y la lleva tu jefe, el de Reanimators, Inc.?

—Supongo que guarda archivos de todos mis clientes.

—Me gustaría saber cuántos han sido exactamente —dijo con una sonrisa.

—Lo averiguaré si puedo. —No sería grave que lo supiera.

—Qué niña más obediente. —Se puso en pie—. Y no, yo no levanté al zombi asesino que buscas, si eso es lo que anda comiendo ciudadanos. —Sonrió, casi rió, como si tuviera guasa—. Pero conozco a personas que no hablarían contigo ni en pintura,

personas que sí serían capaces de hacer algo así. Les preguntaré; a mí me dirán la verdad, y te diré lo que averigüe, Anita.

Pronunció mi nombre correctamente, al modo hispano. A mí me sonó casi como algo exótico.

—Muchas gracias, señora Salvador.

—Pero voy a pedirte un favor a cambio.

—¿De qué se trata? —Me jugaba cualquier cosa a que estaba a punto de oír algo desagradable.

—Quiero que te sometas a otra prueba.

Me quedé mirándola, esperando a que continuara, pero no dijo nada más.

—¿Qué tipo de prueba?

—Acompáñame abajo y te lo enseño —dijo con voz melosa.

—Ni hablar, Dominga. —Manny se levantó—. Anita, nada que pueda decirte esta mujer justifica que le des lo que quiere.

—Puedo hablar con personas y seres que no hablarían con buenos cristianos como vosotros. Con ninguno de los dos.

—Vamos, Anita, no necesitamos su ayuda —dijo Manny, dirigiéndose a la puerta.

No lo seguí; él no había visto la masacre ni había soñado con ositos empapados de sangre. Yo sí, y no podía marcharme mientras pensara que me podía ayudar. No era sólo por averiguar si Benjamin Reynolds estaba vivo o muerto; era porque esa cosa, fuera lo que fuera, volvería a matar, y me daba que tenía que ver con el vudú, un campo del que no sabía demasiado. Necesitaba ayuda, y deprisa.

—Vamos —insistió Manny, tirándome del brazo.

—¿Qué prueba es esa?

Dominga sonrió triunfante. Sabía que me tenía en el bolsillo, que no me marcharía hasta que prometiera ayudarme. Mierda.

—Vamos al sótano; te lo explicaré allí.

—Anita, no sabes qué estás haciendo. —Manny me sujetó el brazo con insistencia. Tenía razón, pero…

—Quédate conmigo para controlar, y no me dejes hacer nada que duela, ¿de acuerdo?

—Te pida lo que te pida ahí abajo, dolerá. Puede que no físicamente, pero dolerá.

—A la fuerza ahorcan. —Le di unas palmaditas en la mano y

sonreí—. No me pasará nada.

—No estés tan segura.

¿Qué podía decirle? Probablemente, Manny tenía razón. Pero me daba igual: estaba dispuesta a hacer cualquier cosa que me pidiera Dominga, dentro de un orden, si con eso podía detener la matanza. Lo que fuera con tal de no ver más cadáveres a medio comer.

—Vamos abajo —dijo Dominga sonriente.

—¿Puedo hablar a solas con Anita, *por favor*? —preguntó Manny. Seguía sujetándome el brazo, cada vez más tenso.

—Tienes el resto de este precioso día para hablar con ella, Manuel, pero yo sólo tengo un rato. Si pasa la prueba, prometo ayudarla todo lo que pueda para atrapar al asesino.

Era una oferta muy tentadora: había mucha gente que le diría todo lo que quisiera por puro miedo, y la policía no tenía ese efecto. El miedo a una detención no es tan buen incentivo como la posibilidad de que un zombi entre por la ventana: no hay color.

Ya habían muerto cuatro personas, quizá cinco, y de una forma espantosa.

—Ya he dicho que estoy dispuesta a hacer la prueba. Vamos.

Dominga rodeó la mesa y le tocó el brazo a Manny, que saltó como si se hubiera quemado y me soltó.

—No va a sufrir ningún daño, Manuel. Te doy mi palabra.

—No me fío de ti.

—Pero ella ya se ha decidido. —Dominga rió—. Y yo no la he obligado.

—Para el caso… La has extorsionado con la seguridad de otros.

—¿Te he extorsionado, *chica*? —preguntó volviéndose hacia mí.

—Sí —contesté.

—Se nota que es tu discípula, *corazón*. Es tan sincera y valiente como tú.

—Es valiente, pero no ha visto lo que tienes abajo.

Quería preguntar qué había en el sótano, pero me callé. En realidad, prefería no saberlo. Ya había recibido consejos sobre mierdas sobrenaturales: «No entres en esa habitación, o el monstruo te matará». Y el caso es que suele haber monstruos, y suelen intentar matarme, pero hasta ahora he sido más rápida que ellos, o he tenido más suerte. A seguir tentándola, pues.

Me habría gustado hacerle caso a Manny: la idea de irme a casa era más que apetecible, pero no podía desoír la llamada del deber. Del deber y de las pesadillas. No quería ver otra familia masacrada.

Dominga salió de la habitación, seguida de Manny. Yo iba detrás, y Enzo cerraba la marcha. Vaya día para un desfile.

La escalera del sótano era de madera, muy empinada, y los escalones se combaban a nuestro paso. Mal rollo. La luz del sol que entraba por la puerta se perdía en una oscuridad total; parecía perder ímpetu y desvanecerse, como si no tuviera poder en aquella especie de cueva. Me detuve en el límite de la zona iluminada y miré hacia abajo. Ni siquiera distinguía a Dominga y a Manny, pero tenían que estar justo delante de mí, ¿no?

Enzo, el gorila, esperaba detrás con paciencia, sin meterme prisa. Entonces, ¿era yo quien decidía? ¿Podía recoger los juguetes e irme a casa?

—Manny… —dije.

Me contestó una voz desde demasiado lejos. Quizá fuera un truco acústico de la habitación. O quizá no.

—Estoy aquí, Anita.

Intenté averiguar desde dónde llegaba, pero no veía nada. Di dos pasos más, a ciegas, y me paré como si me hubiera dado contra una pared. Olía a tierra y a humedad, como casi todos los sótanos, pero también asomaba un olor pútrido y agridulce: el hedor indescriptible de los cadáveres. En lo alto de la escalera era tenue, pero estaba segura de que iría empeorando a medida que bajara más.

Mi abuela había sido sacerdotisa vodun, pero su *humfo* no olía a cadáveres; en esa religión, la frontera entre el bien y el mal no estaba tan definida como en la wicca, el cristianismo o el satanismo, pero existía, y Dominga Salvador la había cruzado. Lo sabía desde

el principio, pero me seguía incomodando.

Según mi abuela, yo era nigromante: más, y a la vez menos, que sacerdotisa vodun. Tenía afinidad con los muertos, con todos los muertos. Decía que era difícil ser nigromante y practicar el vudú sin caer en la tentación del mal, y ella misma había fomentado mi cristianismo; me quería tanto, y temía tanto por mi alma, que había alentado a mi padre a apartarme de la rama materna de mi familia.

Y ahí estaba, bajando los escalones que me conducían a las fauces de la tentación. ¿Qué diría mi abuela? Probablemente, que me fuera a casa, y no sería mal consejo: el nudo que tenía en la garganta opinaba lo mismo.

Se encendió una luz al pie de la escalera, una bombilla débil que me pareció más luminosa que una estrella. Parpadeé; Dominga y Manny estaban justo debajo, mirándome.

Luz. ¿Por qué me sentí mejor al instante? Ya sé que es una tontería, pero qué se le va a hacer. Enzo cerró la puerta a nuestras espaldas. La penumbra dominaba el ambiente, pero se veía un pasillo estrecho con más bombillas desnudas.

Casi había terminado de bajar, y el olor agridulce era más intenso. Probé a respirar por la boca, pero sólo conseguí meterme la peste en la garganta. El olor de la carne putrefacta se pega al paladar.

Dominga abrió la marcha entre las paredes de ladrillo. En algunos sitios había rectángulos de cemento pintado, como si hubieran tapiado puertas. Al parecer, había habitaciones a intervalos regulares. ¿Por qué las habrían cegado? ¿Por qué habrían tapado las puertas con cemento? ¿Qué habría tras ellas?

Pasé los dedos por el cemento; la superficie era áspera y fría, y la pintura era reciente, porque no estaba descascarillada por la humedad. Me pregunté qué habría al otro lado.

De repente me sentí observada, y contuve el impulso de volverme para mirar a Enzo. Estaba segura de que se comportaría, pero también estaba segura de que lo último que debería preocuparme era que me pegaran un tiro.

El aire era muy húmedo y frío: la madre de todos los sótanos. Había tres puertas, dos a la derecha y una a la izquierda. Sólo eran puertas, y una de ellas tenía un candado nuevo y reluciente. Cuando pasamos junto a ella la oí rechinar, como si algo muy grande se

hubiera apoyado en ella.

—¿Qué hay ahí? —pregunté, deteniéndome.

Enzo también se detuvo. Dominga y Manny habían doblado una esquina, y nos habíamos quedado solos. Toqué la puerta, que crujió y se combó como si un gato gigante se hubiera frotado contra ella. Desde abajo me llegó una ráfaga de olor que me saturó la boca y la garganta. Me aparté asqueada y tragué convulsivamente, pero el sabor me llegó hasta el estómago.

La cosa del otro lado soltó algo parecido a un maullido, pero no supe si era un sonido humano o animal. Fuera lo que fuera, era más grande que una persona y estaba muerto. Mucho.

Me tapé la nariz y la boca con la mano izquierda; prefería tener libre la derecha, por si acaso. Por si aquello atravesaba la puerta, por ejemplo. ¿Balas contra un muerto viviente? No servirían de gran cosa, pero me tranquilizaba tener el arma a mano, aunque sólo fuera porque podía disparar a Enzo si se terciaba. Aunque… ¿para qué? Me daba que si la puerta cedía, él correría tanto peligro como yo.

—Tenemos que seguir —dijo.

Su expresión no me revelaba nada; ni que fuéramos por la calle hacia la tienda de la esquina. Parecía tranquilísimo, y lo odié por ello. Cuando estoy aterrorizada, qué menos que no ser la única.

Miré la puerta de la izquierda, que no tenía candado, y la abrí. Tenía que averiguarlo. Era una celda de apenas tres metros cuadrados, con suelo de cemento y paredes encaladas. Estaba vacía, como si esperase a su siguiente ocupante. Enzo cerró de un portazo, y no protesté; no valía la pena. Si tenía que vérmelas con alguien que pesaba el doble que yo, más me valía elegir un buen motivo, y una habitación vacía no lo era.

Enzo se apoyó en la puerta, y las bombillas le iluminaron el sudor de la cara.

—No abra más puertas, *señorita*. Le pueden pasar cosas muy feas.

—De acuerdo. —Asentí. Había bastado una celda desocupada para que se pusiera a sudar; menos mal que se asustaba por algo. Pero ¿por qué esa habitación y no la otra, la de la cosa apestosa que maullaba? A saber.

—Tenemos que alcanzar a la *señora*. —Hizo un gesto con la

mano, como el de un camarero que me indicara una mesa, y seguí sus instrucciones. ¿Adónde iba a ir si no?

El pasillo daba a una sala rectangular, con las paredes tan blancas como las de la celda. El suelo, también encalado, tenía dibujos trazados en negro y rojo vivo. Eran *verves*: unos símbolos que se usan en los santuarios para convocar a los *loas*, los dioses del vodun. Son como las paredes que rodean el camino que conduce al altar; si me salía de la senda, estropearía el dibujo, y no sabía si eso sería bueno o malo. Regla 369 para situaciones de magia desconocida: en caso de duda, no toques nada.

No toqué nada.

Al fondo había un montón de velas encendidas, que llenaban las paredes de luz y calor. Dominga estaba en mitad de la luz, de la blancura, rebosante de maldad. No había otra forma de describirla: era maligna, y la maldad rezumaba a su alrededor como una oscuridad fluida y palpable. La anciana inofensiva había sido sustituida por una criatura llena de poder.

Manny estaba a un lado, un poco alejado y mirándola. Desvió los ojos en mi dirección, y vi que los tenía muy abiertos. El altar estaba justo detrás de la espalda recta de la mujer, rebosante de cadáveres de animales que caían de él y se amontonaban en el suelo: gallos, perros, un cochinillo y dos cabras, además de varios bultos de pelo y sangre seca que no pude identificar. Era como una fuente densa y pringosa de la que manaban cosas muertas.

Los sacrificios estaban frescos; no olía a podrido. Me topé con la mirada vidriosa de una cabra. Odiaba matar cabras; siempre me parecían mucho más inteligentes que los gallos. O igual era que me enternecían más.

A la izquierda de la pila de ofrendas había una mujer alta. Su piel casi negra resplandecía a la luz de las velas, y parecía tallada en madera brillante. Tenía el pelo muy arreglado, por los hombros; pómulos marcados, labios gruesos y un maquillaje muy bien puesto. Llevaba un vestido largo de tela sedosa del color de la sangre fresca, a juego con el pintalabios.

A la derecha del altar había una zombi de pelo castaño claro. Se lo habían peinado tanto que resplandecía, y le llegaba casi por la cintura; era lo único que parecía vivo en ella. Tenía la piel grisácea, y la carne se le había contraído alrededor de los huesos. Se podía

ver el movimiento de sus músculos, fibrosos y resecos, bajo los restos descompuestos de la piel. Casi le había desaparecido la nariz, con lo que parecía inacabada, y un vestido carmesí suelto le cubría el cuerpo esquelético.

Hasta habían intentado maquillarla. No había manera de pintarle los labios retraídos, pero una sombra lila le rodeaba los ojos saltones. Tragué saliva y me volví para mirar a la primera mujer.

También era una zombi. De los más logrados y mejor conservados que he visto, pero por cuidado que fuera su aspecto, estaba muerta. Me devolvió la mirada, y en sus ojos marrones perfectos había algo que ningún zombi conserva mucho tiempo: el recuerdo de quién y de qué era, que normalmente se desvanece en unos días, a veces en unas horas. Pero aquella zombi tenía miedo; era como un dolor que relucía en su mirada. Los ojos de los zombis no son así.

Me volví hacia la zombi más deteriorada. También me miraba, con unos ojos protuberantes. Casi toda la carne que los rodeaba había desaparecido, de modo que su expresividad dejaba bastante que desear, pero aun así conseguía parecer asustada. Cristo bendito.

Dominga hizo un gesto con la cabeza, y Enzo me indicó que me adentrara en el círculo. Yo no quería.

—¿Qué demonios es todo esto? —le pregunté a Dominga.

—Estoy acostumbrada a que me traten con más educación —contestó con una sonrisa, casi una risa.

—Pues desacostúmbrese. —Noté el aliento de Enzo en la espalda, e hice todo lo posible por no prestarle atención. Dejé la mano derecha cerca de la pistola, como quien no quiere la cosa y sin que se notaran mis intenciones. No fue fácil, porque cuando alguien hace el gesto de coger una pistola parece que hace el gesto de coger una pistola, pero nadie se dio cuenta. Bien por mí—. ¿Qué les ha hecho a esos dos zombis?

—Inspecciónalos tú misma, *chica*. Si eres tan poderosa como dicen por ahí, sabrás contestar a tu pregunta.

—¿Y si no lo averiguo?

—Será que no eres tan poderosa como dicen —dijo sonriente, pero sus ojos eran negros e inexpresivos como los de un tiburón.

—¿Esta es la prueba?

—Puede.

Suspiré. La señora del vodun quería comprobar si era una chica dura. ¿Por qué? Quizá porque sí. Quizá fuera simplemente una zorra sádica ávida de poder; no parecía tan descabellado. Por otro lado, igual resultaba que aquel teatro tenía una finalidad, aunque no se me ocurría cuál podía ser.

Miré a Manny, que se encogió de hombros de forma casi imperceptible. Él tampoco sabía de qué iba aquello. Estupendo.

No me hacía gracia seguirle el juego a Dominga, sobre todo porque no conocía las reglas. Las zombis seguían mirándome con ojos que mostraban miedo… y algo peor: esperanza. Mierda. Los zombis no tenían esperanza; no tenían nada. Estaban muertos. Aquellas no lo estaban, y quería averiguar por qué. Sólo esperaba no tener que pagar cara la curiosidad.

Me acerqué a Dominga, respetando una distancia prudencial y mirándola de reojo. Enzo se quedó detrás, bloqueando el camino de los *verves*, todo imponente e infranqueable. Pero yo sabía que podría pasar al otro lado si me daban motivos, los suficientes para matarlo. Esperaba que no fueran tantos.

La zombi maltrecha me miraba fijamente. Era alta; casi un metro ochenta. Unos pies esqueléticos asomaban bajo el vestido rojo. Había sido una mujer esbelta, tal vez hasta atractiva, pero viendo aquellos ojos saltones que se movían en las cuencas sin párpados… Un sonido húmedo, como de succión, acompañaba el movimiento.

La primera vez que lo oí había vomitado: es el ruido que hacen los globos oculares contra la carne putrefacta. Pero de eso hacía cuatro años, y ya no era ninguna novata. La carne en descomposición no me revolvía el estómago; ni siquiera me daba repelús. Normalmente.

Tenía los ojos de un marrón verdoso, y la rodeaba un olor a perfume caro, algodonoso y no muy penetrante, algo dulce y floral que recordaba los polvos de talco. No bastaba para ocultar el hedor. Arrugué la nariz y cerré la garganta; cuando volviera a oler aquel delicado perfume pensaría en el olor a cadáver. Pero tampoco era tan terrible; probablemente no podría pagarlo.

El caso era que me miraba, y no parecía un cadáver, sino una persona, con el carácter reflejado en los ojos. A los zombis los veo como cadáveres, como fundas vacías; puede que parezcan muy

vivos al salir de la tumba, pero no les dura. La personalidad y la inteligencia son lo primero que se deteriora, y después las sigue el cuerpo, siempre por ese orden. Dios no tiene la crueldad de obligar a nadie a presenciar la decadencia de su propio cuerpo. Algo había salido muy mal en aquel caso.

Rodeé a Dominga Salvador manteniéndome fuera de su alcance, aunque no sabía por qué. Estaba casi segura de que no iba armada, pero representaba un peligro que no tenía nada que ver con los cuchillos ni las pistolas. No quería que me rozara, ni siquiera por accidente.

La zombi de la izquierda era perfecta: no mostraba ni rastro de deterioro, y tenía los ojos muy vivos, alerta. Virgen santa, si hasta podría pasar por humana en cualquier sitio. ¿Y cómo me había dado cuenta de que no estaba viva? Ni siquiera lo sabía: no detectaba ninguno de los indicios habituales, pero reconocía la muerte cuando la tenía delante. De todas formas… La miré, y sus facciones perfectas y oscuras me devolvieron la mirada. El miedo surgía de ella a borbotones.

El mismo poder que me permitía levantar muertos me decía que aquella mujer era una zombi, por mucho que la vista me dijera lo contrario. Asombroso. Si Dominga podía levantar zombis como esos, me daba cien vueltas.

Yo tengo que dejar pasar tres días antes de levantar un cadáver, para que el alma tenga tiempo de marcharse. El alma suele quedarse unos tres días cerca del cuerpo, y mientras sigue presente no puedo levantar una mierda. Hay quien dice que si los reanimadores levantaran los cuerpos con el alma intacta, los estarían resucitando. Ya sabéis, resurrecciones de verdad de la buena, como lo que hizo Jesús con Lázaro. Yo no acababa de tragármelo, o puede que fuera consciente de mis limitaciones.

Al mirar a aquella zombi me di cuenta de que era distinta: seguía teniendo alma, y la otra, también. ¿Cómo? ¿Se puede saber cómo cojones lo había conseguido?

—El alma. Los cuerpos conservan el alma.

—Muy bien, *chica*.

Me coloqué a su izquierda, sin perder de vista a Enzo.

—¿Cómo lo ha hecho?

—Capturándola en el momento en que pretendía salir.

—Eso no es explicación de nada —dije sacudiendo la cabeza.

—¿No sabes capturar almas en una botella?

¿Almas embotelladas? ¿Estaba de guasa? Más quisiera.

—No —contesté intentando no sonar condescendiente.

—Podría enseñarte tantas cosas, Anita, tantas cosas…

—No, gracias —zanjé—. Así que capturó las almas, reanimó los cuerpos y les volvió a meter el alma. —Era una conjetura, pero sonaba verosímil.

—Muy, muy bien. Eso es, exactamente. —Me miraba con tanta intensidad que me hacía sentir incómoda; era como si me estuviera memorizando con sus ojos negros y vacíos.

—Pero ¿por qué se está pudriendo una de ellas? ¿No se supone que el alma impide el deterioro?

—No es ninguna suposición; tengo pruebas.

Me giré hacia el cadáver putrefacto, que de nuevo me devolvió la mirada.

—En ese caso, ¿por qué una se está pudriendo y la otra no? —Parecíamos dos nigromantes hablando de curro: «Entonces, ¿tú prefieres levantar tus zombis con luna nueva?».

—Puedo meter el alma en el cuerpo y sacarla siempre que quiera.

Aquello sí que me dejó transpuesta, y me costó lo mío impedir que la repugnancia me dejase también boquiabierta. A Dominga le habría encantado ver que estaba horrorizada, y no estaba dispuesta a darle el gustazo.

—A ver si lo entiendo —dije con mi mejor tono de profesional—. Metió el alma en el cuerpo, y no se pudrió. Después la sacó, para convertirla en un zombi normal, y se pudrió.

—Exactamente.

—Y después volvió a meter el alma en el cuerpo putrefacto, y la zombi recuperó la consciencia y volvió a la vida. ¿Se detuvo la putrefacción cuando volvió el alma?

—Sí.

Mierda.

—¿Así que puede conservar esa zombi, en ese estado, todo el tiempo que quiera?

—Sí.

Mierda al cuadrado.

—¿Y esa otra? —Señalé como si estuviéramos en clase.

—Hay quien pagaría una fortuna por ella.

—Un momento. ¿Habla de venderla como esclava sexual?

—Puede.

—Pero… —La idea era demasiado aterradora. Era una zombi, lo que significaba que no necesitaba comer, dormir ni nada. Se podía dejar guardada en el armario, como un juguete. Una esclava perfectamente sumisa—. ¿Son tan obedientes como los zombis normales, o el alma les da libre albedrío?

—Parecen ser muy obedientes.

—Quizá sólo le tengan miedo —dije.

—Quizá —contestó con una sonrisa.

—No puede mantener el alma aprisionada indefinidamente.

—Ah, ¿no puedo?

—El alma debe seguir su camino.

—¿Para ir a ese cielo o a ese infierno que tenéis los cristianos?

—Sí —dije.

—Esas mujeres no eran ningunas santas, *chica*. Me las entregaron sus propios parientes, y pagaron para que las castigara.

—¿Ha cobrado por esto?

—Está prohibido trastear con un cadáver sin permiso de su familia —dijo.

No sé si Dominga tenía intención de espantarme; puede que no. Pero con una sola frase me había dejado claro que lo que hacía era perfectamente legal. Los muertos no tenían derechos, y las cosas como aquella hacían necesaria una legislación que protegiera a los zombis. Mierda.

—Nadie merece pasarse la eternidad encerrado en un cadáver —dije.

—Se podría hacer con los condenados a muerte, para que prestaran un servicio a la sociedad después de morir.

—No. —Sacudí la cabeza—. No, es inmoral.

—He creado zombis que no se pudren. Los reanimadores, creo que os llamáis, lleváis años detrás de ese secreto. Yo lo he descubierto, y seguro que podré sacarle partido.

—Es inmoral. Puede que no conozca bien el vudú, pero creo que ni siquiera los suyos admitirían nada semejante. ¿Desde cuándo se puede mantener un alma en cautividad y no permitirle que se reúna

con el *loa*?

Dominga se encogió de hombros. De repente parecía cansada.

—Tenía la esperanza de que me ayudaras. Juntas podríamos levantar más zombis mucho más deprisa, y no te imaginas la cantidad de dinero que podríamos ganar.

—Ha llamado a la puerta equivocada.

—Ya veo. Yo creía que como no eres vodun no te parecería mal.

—Daría igual que se lo dijera a un cristiano, a un budista, a un musulmán o a quien se le ocurra. No le parecería bien a nadie.

—Tal vez sí, tal vez no. Por probar…

—Por lo menos, acabe con el sufrimiento de su primer experimento —dije mirando al zombi putrefacto.

—Es una muestra muy convincente, ¿no crees? —replicó siguiendo mi mirada.

—Ha creado un zombi que no se pudre. Vale. El resto es crueldad.

—¿Te parezco cruel?

—Sí —dije.

—Manuel, ¿a ti te parezco cruel?

Manny me miró mientras contestaba. Intentaba decirme algo, pero no supe qué.

—Sí, *señora*. Es una crueldad.

—¿De verdad crees que soy cruel, Manuel? —preguntó Dominga volviéndose hacia él. Su cara y sus movimientos denotaban sorpresa —. ¿Yo, tu adorada *amante*?

—Sí —contestó asintiendo lentamente.

—No te dabas tanta prisa en juzgarme hace unos años, Manuel. Más de una vez te encargaste de sacrificarme cabras blancas.

Me volví hacia Manny. Fue como en las películas, cuando el protagonista tiene una revelación sobre otro personaje. Cuando alguien descubre que uno de sus mejores amigos ha participado en sacrificios humanos debería sonar música y haber un cambio de encuadre. Más de una vez, además. Más de una vez.

—¿Manny? —Sólo conseguí emitir un susurro ronco. Para mí, aquello era peor que lo de las zombis. Allá los desconocidos con su conciencia; se trataba de Manny, y no podía ser verdad—. ¿Manny? —Rehuyó mi mirada. Mala señal.

—¿No lo sabías, *chica*? ¿Manny no te había hablado de su

pasado?

—Cállese —dije.

—Era mi ayudante más valioso. Habría hecho cualquier cosa por mí.

—¡Que se calle! —grité. Se detuvo, con las facciones contraídas por la ira, y Enzo dio dos pasos hacia el altar—. Basta. —No sabía muy bien a quién se lo decía—. Quiero que lo diga él, no usted.

Dominga seguía encolerizada, y Enzo se alzaba sobre mí como un alud a punto de desencadenarse. La mujer le hizo un gesto con la cabeza.

—Entonces pregúntaselo —me dijo.

—¿Es verdad, Manny? ¿Realizaste sacrificios humanos? —Seguía hablando con normalidad, pero no sé cómo. Tenía el corazón en un puño; tanto que me dolía. Ya no tenía miedo, al menos de Dominga. Tenía miedo de la verdad.

Manny levantó la cabeza, y el pelo le cayó por la cara, enmarcándole unos ojos compungidos. Casi conmovedor.

—Es verdad, ¿no? —Estaba helada—. Contéstame, joder —insistí con voz normal, tranquila.

—Sí.

—Sí, ¿qué? ¿Realizaste sacrificios humanos?

Por fin me miró. La ira lo ayudaba a enfrentarse a mi mirada.

—¡Sí, sí!

—Dios mío, Manny. —Fui yo quien apartó la vista—. ¿Cómo pudiste? —dije con un hilo de voz, menos tranquila que antes. Si no fuera porque sé que es imposible, diría que estaba al borde de las lágrimas.

—Fue hace casi veinte años, Anita. Era vodun y nigromante. Era muy devoto y adoraba a la *señora*, o eso creía.

Lo miré. Su expresión hizo que se me formara un nudo en la garganta.

—Joder, Manny.

No dijo nada; se quedó allí, con aire abatido. No sabía cómo asociar la imagen de Manny Rodríguez a la de un hombre capaz de sacrificar la cabra sin cuernos. Él era quien me había ayudado a tener clara la diferencia entre el bien y el mal en mi trabajo, y se había negado a hacer muchas cosas que no eran ni la mitad de terribles que aquella. No tenía ni pies ni cabeza.

—Ahora no puedo con eso —me oí decir en voz alta, aunque no había sido mi intención—. Muy bien, ya ha soltado la bomba, señora Salvador. Ha dicho que nos ayudaría, y me he sometido a su prueba, ¿no? —En caso de duda, mejor afrontar los desastres uno a uno.

—Quería ofrecerte la oportunidad de ayudarme en mi nuevo negocio.

—Las dos sabemos que no estoy dispuesta —dije.

—Es una pena, Anita. Con un poco de entrenamiento podrías tener tanto poder como yo.

¿De mayor quería ser como ella? Ni loca.

—Gracias, pero estoy muy bien como estoy.

—¿De verdad? —me preguntó después de mirar a Manny de reojo.

—Eso ya lo arreglaremos entre nosotros, señora. Ahora, ¿quiere ayudarme?

—Si te ayudo sin pedir nada a cambio, quedarás en deuda conmigo.

—Prefiero intercambiar información. —No quería deberle favores.

—¿Crees que sabes algo que valga tanto como el esfuerzo que me costará buscar a tu zombi asesino?

Medité durante un momento.

—Sé que se está preparando una legislación sobre los zombis, y pronto tendrán derechos, y leyes que los protejan. —Esperaba que fuera pronto; tampoco era necesario explicarle que el proyecto estaba todavía en mantillas.

—Así que tendré que darme prisa para vender los zombis que no se pudren, porque pronto será ilegal.

—Dudo que eso la incomode demasiado. El sacrificio humano también es ilegal.

—Ya no hago esas cosas, Anita —dijo con una pequeña sonrisa —. He vuelto por el buen camino. —No me lo tragué, y ella lo sabía. Amplió la sonrisa y añadió—: Cuando se marchó Manuel abandoné las prácticas impías; como ya no tenía que acceder a sus impulsos, me convertí en una hermanita de la caridad. —Sabía que yo no podía demostrar nada.

—Le he dado una información muy valiosa. ¿Piensa ayudarme o

no?

—Les preguntaré a mis seguidores —dijo asintiendo, toda indulgente ella—. A ver si alguno ha oído hablar de tu zombi asesino.

—¿Nos va a ayudar, Manny? —Me daba que la sacerdotisa se estaba descojonando para sus adentros.

—Si la *señora* dice que va a hacer algo, lo hará. En ese sentido es de fiar.

—Encontraré a tu asesino si tiene algo que ver con el vodun —dijo.

—Vale. —No le di las gracias porque me parecía mal. Quería llamarla zorra y meterle una bala entre los ojos, pero también tendría que cargarme a Enzo, y ¿cómo se lo iba a explicar a la policía? No había hecho nada ilegal. Mierda—. Supongo que no tiene sentido apelar a su benevolencia para que abandone esos planes demenciales de esclavizar a los nuevos zombis mejorados.

—*Chica, chica* —dijo sonriente—, voy a ganar más dinero del que hayas soñado nunca. Puedes negarte a colaborar conmigo, pero no puedes impedírmelo.

—Yo no estaría tan segura —dije.

—¿Qué vas a hacer? ¿Ir a la policía? No he infringido ninguna ley, y sólo matándome podrías detenerme —dijo mirándome muy fijamente.

—No me dé ideas.

—No la desafíes, Anita —dijo Manny, colocándose junto a mí.

Estaba más o menos enfadada con él, así que a la mierda los reparos.

—La detendré, señora Salvador. Cueste lo que cueste.

—Como intentes usar la nigromancia contra mí, serás tú quien muera.

Yo no tenía ni repajolera de nigromancia. Me encogí de hombros.

—Me refería a algo más vulgar, como una bala.

Enzo entró en la zona del altar y se interpuso entre su jefa y yo. Dominga lo detuvo.

—No, Enzo, se ha levantado con el pie izquierdo y está un poco alterada. —Seguía riéndose de mí con la mirada—. No sabe nada de la magia de verdad, y no puede hacerme daño. Y como se cree

moralmente superior, nunca se rebajaría a cometer un asesinato a sangre fría.

Lo peor era que tenía razón. No podría pegarle un tiro si no me amenazaba directamente. Miré hacia las zombis, que esperaban con la paciencia de los muertos, aunque por debajo asomaban el miedo, la esperanza y… Ah, mierda, la frontera entre la vida y la muerte se volvía cada vez más borrosa.

—Por lo menos ponga a descansar a su primer experimento. Ya ha demostrado que puede meter y sacar el alma a su antojo; no la obligue a presenciarlo.

—Pero, Anita, ya tengo comprador para ella.

—¡Virgen santa! No querrá decir… un necrófilo.

—Los que sienten más atracción por la muerte que tú o que yo pagarían una cifra extraordinaria por algo así.

A lo mejor sí que podría pegarle un tiro.

—Es usted una hija de puta sin escrúpulos ni el menor sentido de la ética.

—Y tú, *chica*, tienes que aprender a respetar a tus mayores.

—El respeto hay que ganárselo.

—Me parece, Anita Blake, que deberías entender por qué la gente teme la oscuridad. Me encargaré de que recibas muy pronto una visita en tu ventana. Una noche oscura, cuando estés casi dormida en tu cama cómoda y segura, algo maligno entrará en tu habitación. Pienso ganarme tu respeto, ya que insistes tanto.

Debería haberme asustado, pero no fue así. Estaba cabreada y quería irme a casa.

—Puede ir por ahí asustando a la gente, *señora*, pero eso no la hará más respetable.

—Ya veremos, Anita. Llámame cuando recibas mi regalo. No tardará mucho.

—¿Sigue estando dispuesta a ayudarme a localizar al zombi asesino?

—He dicho que voy a hacerlo y lo haré.

—Bien —dije—. ¿Podemos irnos ya?

Dominga le hizo una seña a Enzo para que se situara a su lado.

—Desde luego. Sal a refugiarte a la luz del día para poder seguir haciéndote la valiente.

Me dirigí al camino de *verves*, acompañada de Manny. No nos

miramos; estábamos demasiado ocupados observando a la señora y sus experimentos. Me detuve en cuanto puse un pie en el pasillo. Manny me rozó el brazo, como si me hubiera leído la mente y quisiera aconsejarme que cerrara el pico. No le hice caso.

—Puede que no sea capaz de asesinarla a sangre fría, pero si me hace algo, le pegaré un tiro a plena luz del día.

—Las amenazas no te servirán de nada, *chica* —contestó.

—A ti tampoco, zorra —le dije dedicándole una sonrisa encantadora.

El rostro de Dominga se contrajo de ira, y mi sonrisa se agrandó.

—No lo dice en serio, señora —intercedió Manny—. No piensa matarla.

—¿Eso es cierto, *chica*? —Su voz era a la vez amable y estremecedora.

Miré a Manny de reojo, con reproche. Era una buena amenaza, y no quería que me la estropeara con el sentido común ni con la verdad.

—He dicho que te pegaría un tiro, no que te mataría, ¿no es cierto?

—Así es.

Manny me cogió del brazo y empezó a arrastrarme hacia el pasillo. Me había agarrado el brazo izquierdo, con lo que me quedaba libre el derecho, el de la pistola. Por si las moscas.

Dominga no hizo ningún movimiento, pero sus ojos negros me siguieron, airados, hasta que salimos al pasillo. Manny me arrastró hasta doblar la esquina que daba al tramo de las puertas emparedadas. Me zafé, Y nos quedamos mirándonos durante un instante.

—¿Qué hay detrás de esas puertas? —le pregunté.

—No lo sé. —Se me debió de ver la duda en la cara, porque añadió—: Te lo aseguro, Anita, no lo sé. Hace veinte años no había nada de esto. —Seguí mirándolo, como si eso fuera a cambiar algo. Habría sido mejor que Dominga Salvador se hubiera guardado el secreto de Manny. Habría preferido no conocerlo—. Pero tenemos que salir de aquí cuanto antes.

La bombilla que teníamos encima se apagó, como si la hubieran sofocado. Los dos miramos hacia arriba, pero no había nada que ver. Se me puso la carne de gallina. La bombilla de delante

parpadeó, y también se apagó.

Manny tenía razón: teníamos que marcharnos cuanto antes. Empecé a trotar hacia la escalera, seguida por él. La puerta del candado brillante se agitó, como si el ser que contenía intentara liberarse. Se apagó otra bombilla; la oscuridad nos pisaba los talones. Cuando alcanzamos la escalera íbamos a toda velocidad, y sólo quedaban dos bombillas encendidas.

Andábamos por la mitad de la escalera cuando nos quedamos a oscuras. El mundo se volvió negro, y me quedé paralizada; me resistía a moverme a ciegas. Manny me rozó el brazo, pero no lo veía. Podría tocarme los ojos y no verme los dedos. Nos cogimos de la mano con fuerza. Sus manos no eran mucho más grandes que las mías, pero el contacto era cálido y conocido, y resultaba de lo más alentador.

Los crujidos de la madera resonaban como disparos en la oscuridad, y el hedor de la carne putrefacta llenaba la escalera.

—¡Mierda! —El eco de mi voz rebotó en la negrura que nos rodeaba, y me arrepentí de haber hablado.

Algo grande salió al pasillo, pero era imposible que fuera tan grande como sonaba. El sonido húmedo y viscoso avanzaba hacia la escalera, o eso me parecía.

Subí dos escalones a tientas y no tuve que incentivar a Manny. Fuimos ascendiendo a trompicones, mientras el sonido se hizo más rápido. La luz que pasaba por debajo de la puerta era tan intensa que casi hacía daño. Manny abrió de par en par, y los rayos de sol nos cegaron momentáneamente.

Detrás de nosotros, algo gritó cuando lo alcanzó la luz. Fue un grito casi humano. Empecé a volverme para mirar, pero Manny cerró de un portazo y negó con la cabeza.

—No quieres verlo, y yo tampoco.

Tenía razón. Pero entonces, ¿por qué sentía el impulso de abrir la puerta y escrutar la oscuridad para contemplar una masa pálida e informe, una visión de pesadilla? Me quedé mirando la puerta cerrada y lo dejé estar.

—¿Crees que nos va a seguir? —pregunté.

—¿A la luz del día?

—Sí.

—Me extrañaría, pero será mejor que no nos quedemos a

averiguarlo.

Me pareció bien. El sol de agosto, cálido y real, bañaba el salón. El grito, la oscuridad, los zombis… Todo aquello parecía fuera de lugar bajo el sol. No acababa de hacerme a la idea de que hubiera monstruos tambaleándose por ahí de buena mañana.

Abrí la puerta mosquitera con calma y parsimonia. ¿Aterrorizada yo? Ja. Pero aguzaba tanto el oído que podía escuchar mi propia circulación. Eso sí, sonidos que indicaran que nos seguía algo viscoso no capté ninguno.

Antonio seguía montando guardia en el porche. ¿Deberíamos advertirlo de la posibilidad de que una criatura lovecraftiana saliera detrás de nosotros?

—¿Te has tirado a la zombi de abajo? —preguntó Antonio. No parecía necesitar advertencia.

Manny hizo oídos sordos al comentario.

—Que te den —dije yo.

—¡Eh! —protestó.

Continué caminando y bajé los escalones del porche. Manny seguía a mi lado, y Antonio no sacó la pistola para liarse a tiros. El día mejoraba por momentos.

La niña del triciclo estaba junto al coche de Manny, y me miró cuando abrí la puerta del acompañante. Estaba muy morena, y no creo que tuviera más de cinco años. Devolví la mirada de sus grandes ojos marrones.

Manny se sentó en el asiento del conductor, puso el motor en marcha y nos marchamos de allí. La niña y yo seguimos mirándonos. Justo antes de que torciéramos por una bocacalle, empezó a pedalear de nuevo por la acera.

El aire acondicionado inundó el coche rápidamente mientras Manny conducía. En aquellas calles residenciales, casi todos los accesos de las casas estaban vacíos: la gente ya había salido a trabajar. En algunos jardines había niños jugando, y de vez en cuando se veía a una madre que los vigilaba desde el porche, pero no vi a ningún padre. Las cosas cambian, pero no tanto. Un silencio incómodo se interponía entre nosotros.

Manny me miró furtivamente por el rabillo del ojo, y me apreté contra el asiento del acompañante. El cinturón me pasaba justo por encima de la pistola.

—Bueno —dije—, así que hiciste sacrificios humanos.

Creo que se encogió.

—¿Quieres que mienta?

—No, lo que quiero es no saberlo, vivir feliz e ignorante.

—Las cosas no funcionan así, Anita.

—Supongo. —Ajusté el cinturón para dejar de clavarme la pistola. Qué alivio. Si todo tuviera tan fácil arreglo…—. ¿Qué vamos a hacer?

—¿Ahora que lo sabes? —Me miró al preguntarlo, y yo asentí—. ¿No piensas soltarme un sermón y llamarme de todo?

—No creo que sirva de gran cosa.

—Gracias —dijo, y esa vez me sostuvo la mirada un poco más.

—No he dicho que me dé igual, sino que no pienso ponerme a despotricar, por lo menos ahora.

Adelantó a un gran coche blanco lleno de adolescentes de piel

cetrina. Llevaban la música tan alta que hasta me temblaron las muelas. El conductor tenía una de esas caras planas de pómulos marcados que parecían salidas de un relieve azteca. Nuestros ojos se cruzaron, y me lanzó un beso. Los demás le rieron la gracia, y tuve que resistir la tentación de hacerle una peineta; no hay que alentarlos.

Ellos giraron a la derecha y nosotros seguimos recto. Menos mal.

Manny se detuvo en un semáforo, detrás de dos coches. En el cruce cogeríamos la 40 en dirección oeste, y de allí, la 270 hasta Olive Boulevard, donde torceríamos para coger el camino de mi casa. Teníamos tres cuartos de hora de viaje por delante. Normalmente no sería grave, pero en aquel momento no me apetecía estar con Manny; necesitaba un tiempo para digerir las cosas, para decidir cómo sentirme.

—Por favor, Anita, dime algo.

—La verdad es que no sé qué decir. —Ya. La verdad, eso que se supone que se dicen los amigos—. Hace cuatro años que te conozco. Eres un buen tipo, un buen padre y un buen marido. Me has salvado la vida, te he salvado la vida… Creía que te conocía.

—Sigo siendo el mismo.

—Ah, sí. —Lo miré mientras hablaba—. Manny Rodríguez, que nunca, en ninguna circunstancia, tomaría parte en un sacrificio humano.

—De eso hace veinte años.

—El asesinato no prescribe.

—¿Vas a acudir a la policía? —preguntó en voz muy baja.

El semáforo se puso verde, y nos internamos en el tráfico de la mañana. Era tan denso como puede serlo en San Luis; no es que los coches se queden parados, como en Los Angeles, pero a mí me pone de los nervios avanzar a trompicones. Y aquella mañana, más que nunca.

—La única prueba que tengo es la palabra de Dominga Salvador, y yo no la consideraría una testigo muy fiable.

—¿Y si pudieras demostrarlo?

—No me des más cuerda. —Miré por la ventanilla. Íbamos al lado de un Miada plateado con la capota bajada, conducido por un hombre de pelo entrecano que llevaba una gorra llamativa y unos guantes de carreras. Ah, la crisis de los cuarenta—. ¿Lo sabe Rosita?

—Lo sospecha, pero no está segura.

—Será que no quiere saberlo.

—Probablemente.

Giró la cabeza para mirarme, pero teníamos un camión rojo casi delante.

—¡Manny! —grité a tiempo para que frenara. Si no fuera por el cinturón, me habría tragado el salpicadero—. Por favor, conduce con cuidado.

Se concentró en el tráfico durante un segundo aproximadamente.

—¿Se lo vas a contar? —me preguntó sin mirarme.

Sacudí la cabeza, pero me di cuenta de que no me veía.

—Creo que no. Algo así es mejor no saberlo, y no creo que la pobre lo soportara.

—Me dejaría y se llevaría los niños. —No exageraba: Rosita era muy religiosa y se tomaba muy en serio los mandamientos—. Ya considera que pongo en peligro mi alma inmortal por levantar muertos…

—No tenía ningún problema hasta que el Papa amenazó con excomulgar a los reanimadores si no dejaban el trabajo.

—La Iglesia es muy importante para Rosita.

—Y para mí, pero ahora soy episcopaliana. Me convertí.

—No es tan fácil —dijo Manny.

No lo era, y lo sabía, pero cada cual tiene que hacer lo que tiene que hacer.

—¿Puedes explicarme por qué hiciste sacrificios humanos? Quiero decir, ¿puedes decírmelo de forma que lo entienda?

—No —dijo mientras cambiaba al carril de la izquierda, que parecía avanzar un poco más deprisa. Los coches deceleraron en el acto; la ley de Murphy también se aplica al tráfico.

—¿Ni siquiera vas a intentarlo?

—No hay excusa que valga. Tengo que cargar con ello; no me queda otra.

Razón no le faltaba.

—Esto cambiará mi opinión sobre ti.

—¿En qué sentido?

—Aún no lo sé. —Era verdad. Si teníamos cuidado, podíamos seguir siendo sinceros—. ¿Hay algo más que creas que debería

saber? ¿Algo que pueda soltar Dominga más adelante?

—Nada que sea peor —contestó sacudiendo la cabeza.

—De acuerdo —dije.

—De acuerdo —repitió—. ¿Eso es todo? ¿No piensas acribillarme a preguntas?

—Ahora no, y puede que nunca. —De repente me di cuenta de que estaba hecha polvo. Eran las nueve y veintitrés de la mañana, y ya necesitaba una siesta. Agotamiento emocional—. No sé qué opinarás tú, Manny, pero yo no tengo muy claro si esto afectará a nuestra amistad y a nuestra relación laboral, y aún menos cuánto o cómo. Me imagino que sí. Ah, mierda, yo qué sé.

—Vale. ¿Por qué no hablamos de algo menos complicado?

—¿Por ejemplo?

—Te va a entrar por la ventana un regalito de la *señora*, tal como ha dicho.

—Ya me imagino.

—¿Por qué la has amenazado?

—Porque no la trago.

—Ah, cojonudo. Verdaderamente cojonudo. Cómo no se me habrá ocurrido.

—Tengo la sana intención de pararle los pies, así que me ha parecido adecuado decírselo.

—¿No te enseñé que nunca debes cederle la iniciativa al malo?

—También me enseñaste que los sacrificios humanos son asesinatos.

—Eso ha sido un golpe bajo.

—No lo sabes tú bien.

—Tendrás que mantenerte en guardia. Te enviará algo, aunque no creo que intente hacerte daño; supongo que se conformará con asustarte.

—Porque me has hecho confesar que no pienso matarla.

—No, porque ella no cree que pienses matarla. Está intrigada con tus poderes, y creo que en lugar de acabar contigo, intentará convencerte.

—Y ponerme a producir en su fábrica de zombis.

—Sí.

—Ni harta de vino.

—La *señora* no está acostumbrada a que le digan que no, Anita.

—Es su problema.

Manny me miró de reojo y volvió a concentrarse en el tráfico.

—Conseguirá convertirlo en el tuyo.

—Qué le vamos a hacer.

—No deberías confiarte tanto.

—No estoy tan confiada, pero ¿qué quieres que haga? ¿Echarme a llorar? Ya veré qué hago si alguna asquerosidad se me cuela por la ventana.

—No puedes enfrentarte a ella. Ni te imaginas lo poderosa que es.

—Me ha asustado, y estoy adecuadamente impresionada. Si veo que no puedo con lo que me mande, saldré por patas. ¿De acuerdo?

—De eso nada. No sabes lo que dices. Simplemente, no tienes ni la menor idea.

—He oído la cosa del pasillo, y la he olido. Claro que tengo miedo, pero Dominga sigue siendo humana, y sus poderes no la hacen inmune a las balas.

—Una bala podría matarla, pero no detenerla.

—¿Qué quieres decir?

—Si por ejemplo, recibiera un tiro en la cabeza o en el corazón, y pareciera muerta, yo le haría lo mismo que a los vampiros: decapitarla, sacarle el corazón y quemar el cadáver.

Me miró de reojo. No dije nada. Estábamos hablando de matar a Dominga Salvador, una mujer que se dedicaba a apresar almas y meterlas en cadáveres. Era espantoso. Y muy probablemente, ella sería la primera en atacar; ya me había prometido un regalito sobrenatural. Era un mal bicho y se disponía a atacarme. ¿Tenderle una emboscada sería un asesinato? Sí. ¿Lo haría de todas formas? Lo medité durante un rato, dándole vueltas, paladeando la idea. Sí, podría hacerlo.

Debería haberme sentido mal por ser capaz de planear un asesinato, fuera por el motivo que fuera, sin inmutarme. Pero no me sentí mal. En cierto modo me aliviaba saber que si ella se pasaba de la raya, yo también podía. ¿Quién era yo para tirarle la primera piedra a Manny por crímenes cometidos hacía veinte años? Me pregunto.

Era primera hora de la tarde. Manny me había dejado en casa sin decir palabra; no me había preguntado si podía subir, y yo no lo había invitado. Seguía sin saber qué pensar de él, ni de Dominga Salvador, ni de los zombis con alma que no se pudren. Decidí no pensar; lo que necesitaba era hacer ejercicio. Y mira qué suerte: me tocaba clase de judo.

Soy cinturón negro, cosa que suena mucho más impresionante de lo que es en realidad. No me desenvuelvo mal en un *dojo* con árbitros y reglas, pero en el mundo real, donde la mayoría de los malos me saca cincuenta kilos, confío más en una buena pistola.

Estaba a punto de abrir la puerta cuando sonó el timbre. Dejé a un lado la abultada bolsa del gimnasio y me puse de puntillas para echar un vistazo.

Vi por la mirilla la imagen distorsionada de un hombre rubio de ojos claros que me sonaba vagamente. Era Tommy, el fornido gorila de Harold Gaynor. El día no paraba de mejorar.

Iba a clase por las tardes, es decir, de día, al menos en verano. Y como las cosas peligrosas de verdad no salen hasta el anochecer, no solía llevar pistola. Me puse la pistolera de cintura y me saqué el polo rojo por encima de los pantalones. La 9 mm de bolsillo se notaba un poco; si hubiera sabido que la necesitaría, me habría puesto unos vaqueros más holgados.

El timbre volvió a sonar. Yo no me había molestado en decirle nada, pero la falta de respuesta no pareció desanimarlo. Llamó por

tercera vez, y el dedo se le quedó pegado al timbre.

Respiré profundamente, abrí la puerta y miré los ojos azul claro de Tommy. Seguían vacíos, muertos, perfectamente inexpresivos. ¿Se nace con una mirada así o hay que practicar?

—¿Qué quieres? —le pregunté.

—¿No vas a invitarme a pasar? —preguntó torciendo el gesto.

—No creo.

Encogió sus impresionantes hombros, y las correas de la funda de sobaco se le marcaron en la chaqueta. Tenía que cambiar de sastre.

A mi izquierda se abrió una puerta. Salió una mujer con un niño en brazos, y nos vio cuando dio la vuelta después de cerrar.

—Ah, hola —dijo con una amplia sonrisa.

—Hola —contesté.

Tommy saludó con un gesto. La mujer se volvió y se dirigió a la escalera, soltándole grititos incongruentes al niño.

—¿De verdad quieres que hagamos esto en el descansillo? —preguntó el guardaespaldas.

—¿Estamos haciendo algo?

—Negocios. Dinero.

Lo miré a la cara, pero no saqué nada en claro. Me consolé pensando que si Tommy hubiera pretendido hacerme daño, probablemente no se habría presentado en mi casa. Probablemente.

Retrocedí unos pasos para abrir del todo la puerta e intentar mantenerme fuera de su alcance mientras él entraba.

—Qué limpio y recogido —dijo mirando a su alrededor.

—Tengo asistenta. Dime qué quieres, que tengo que salir.

—¿Trabajo o placer? —preguntó señalando la bolsa de gimnasia.

—No es asunto tuyo.

Volvió a torcer el gesto, y me di cuenta de que aquello era su versión de una sonrisa.

—En el coche tengo un maletín lleno de dinero —dijo—. Un millón y medio. La mitad ahora y la otra mitad cuando levantes el zombi.

—Ya le di mi respuesta a Gaynor —dije negando con la cabeza.

—Pero eso fue delante de tu jefe, y esto queda entre tú y yo. Si aceptas, no se enterará nadie.

—Si me negué no fue porque hubiera testigos, sino porque estoy

en contra de los sacrificios humanos. —Sentí que se me formaba una sonrisa. Aquello era ridículo. Entonces pensé en Manny. Bueno, puede que no fuera ridículo, pero no estaba dispuesta a hacerlo.

—Todo el mundo tiene su precio. ¿Cuál es el tuyo? Seguro que podemos pagarlo.

No había mencionado a Gaynor; yo había sido la única. El amigo Tommy era muy precavido, demasiado.

—Yo no tengo precio. Vuelve y explícaselo a Harold Gaynor.

Su rostro se ensombreció, y se le marcó una arruga entre los ojos.

—No sé a quién te refieres.

—Déjate de chorradas, que no llevo micro.

—Fija tú el precio, y lo pagaremos.

—Que no hay precio.

—Dos millones libres de impuestos —dijo.

—¿Qué zombi podría valer dos millones de dólares, Tommy? —le pregunté a su ceño fruncido—. ¿Qué espera conseguir Gaynor para que le salga a cuenta una inversión así?

—Eso no necesitas saberlo. —Tommy me miraba muy fijamente.

—Me lo imaginaba. Lárgate, que no estoy en venta.

Di un paso atrás, hacia la puerta, con intención de acompañarlo, pero de repente saltó hacia delante, más deprisa de lo que parecía capaz, con los brazos extendidos para agarrarme.

Saqué la Firestar y lo apunté al pecho. Se detuvo en el acto, parpadeando con sus ojos vacuos. Sus manazas se convirtieron en puños, y un rubor purpúreo le subió por el cuello hacia la cara. Cólera.

—Ni se te ocurra —le dije sin levantar la voz.

—Zorra —escupió.

—Venga, Tommy, no te enfades. Mantén la calma, y los dos viviremos para ver otro precioso día.

—No te harías la valiente si no tuvieras eso. —Sus ojos apenas se desviaron un instante de la pistola para mirarme.

Si pretendía que le propusiera un combate a puñetazos, se iba a llevar un chasco.

—Retrocede o acabo contigo aquí mismo, y ni todos los músculos del mundo te servirán de nada.

Algo pareció agitarse tras sus ojos muertos, y su cuerpo se relajó

por completo. Respiró a fondo.

—De acuerdo, hoy te sales con la tuya, pero si sigues causándole disgustos a mi jefe, algún día te pillaré sin pistola, y entonces veremos cómo eres de dura.

Una vocecita me decía que le pegara un tiro en el acto. Sabía a ciencia cierta que mi querido Tommy volvería a darme la vara, y no me hacía ninguna gracia, pero… No podía cargármelo sólo por la posibilidad de que volviera a por mí; no bastaba como motivo. Además, ¿cómo se lo habría explicado a la policía?

—Lárgate, Tommy. —Abrí la puerta sin apartar la vista ni la pistola de él—. Lárgate y dile a Gaynor que si sigue buscándome las cosquillas empezaré a devolverle los guardaespaldas en cajas de pino.

Las aletas de la nariz de Tommy se abrieron un poco en respuesta, y se le hincharon las venas del cuello. Salió al descansillo, y seguí mirándolo, pistola en mano, hasta que desapareció por la escalera. Cuando dejé de oír sus pasos y supuse que se había marchado, enfundé la pistola, cogí la bolsa del gimnasio y salí para ir a judo. No iba a permitir que las interrupciones me trastocaran el programa de ejercicios; ya me iba a saltar la clase del día siguiente por un entierro. Además, me convenía mantenerme a tono, por si Tommy conseguía llegar a las manos.

Odio los entierros. Por lo menos, aquel no era de nadie que me cayera especialmente bien en vida. Triste pero cierto. En vida, Peter Burke había sido un hijo de la grandísima puta, y no iba a canonizarlo sólo porque la hubiera palmado. Nunca he entendido que la muerte, sobre todo si es violenta, pueda convertir a los cabrones más abyectos en bellísimas personas.

Y ahí estaba yo, a pleno sol de agosto, con mi vestidito negro y mis gafas oscuras, contemplando a los dolientes. Habían colocado un dosel sobre el ataúd, y había flores, y sillas para los familiares. Os preguntaréis qué pintaba yo allí, si me llevaba tan mal con el muerto. El caso es que Peter Burke había sido reanimador. Y no es que fuera muy bueno, pero como formamos un grupito reducido y gregario, cuando muere uno, los demás vamos al entierro. Es una regla sin más excepción que la propia muerte… O, teniendo en cuenta a qué nos dedicamos, puede que ni eso.

Se pueden tomar medidas para evitar que un cadáver regrese en forma de vampiro. Pero los zombis son algo muy distinto, y sólo la incineración puede impedir que un reanimador los levante. El fuego es prácticamente lo único que temen y respetan los zombis.

Podíamos haber reanimado a Peter para preguntarle quién le había pegado un tiro, pero el tiro en cuestión había sido justo detrás de la oreja… con una bala explosiva de una Magnum 357. No se podría llenar una caja de cerillas con lo que quedaba de su cabeza. Era posible levantarlo, sí, pero no que hablara: hasta los zombis necesitan boca.

Manny estaba a mi lado, y parecía incómodo con su traje oscuro. Rosita, su mujer, estaba muy erguida, con sus fuertes manos morenas aferradas a un bolso de charol negro. Mi madrastra la habría definido como una mujer ancha de huesos. La permanente, con el pelo negro cortado por debajo de las orejas, no le favorecía; debería habérselo dejado más largo, para enmarcar el círculo perfecto de su cara.

Charles Montgomery se cernía detrás de mí como una montaña oscura. Tiene pinta de jugador de fútbol americano, y cuando frunce el ceño, a la gente le entran ganas de salir corriendo. Parecerá un chico duro… pero ya le cuesta lo suyo no desmayarse con la sangre de los animales. Y menos mal que tiene pinta de negro temible, porque su tolerancia al sufrimiento es casi inexistente: llora con las películas de Walt Disney y aún no ha superado la muerte de la madre de Bambi. Qué tierno.

Caroline, su mujer, estaba en el trabajo. No había conseguido cambiarte el turno a nadie, pero a saber si lo había intentado. No es mala chica, pero nos mira un poco de aquella manera porque nos dedicamos a eso de los abracadabras. Es enfermera y se pasa el día rodeada de médicos, así que para resarcirse necesitará mirar a alguien por encima del hombro.

Al otro lado del ataúd, casi delante de todo, estaba Jamison Clarke, un hombre alto y delgado, y el único negro pelirrojo y de ojos verdes que he conocido en la vida. Me hizo un gesto de saludo, y se lo devolví.

Todos los reanimadores de Reanimators, Inc. habíamos asistido. Bert y Mary, nuestra secretaria de día, se habían quedado en las oficinas. Sólo esperaba que Bert no aceptara ningún trabajo que no pudiéramos o no quisiéramos hacer; era un peligro no tenerlo vigilado.

El sol me castigaba la espalda como una mano de hierro candente. Los hombres no dejaban de toquetearse la corbata. El olor empalagoso de los claveles me saturaba la garganta. No es frecuente ver ramos de claveles en las casas. Las margaritas, las rosas y las azucenas tienen usos más alegres, pero los claveles y los gladiolos son flores de cementerio. Por lo menos, los largos tallos de gladiolos no tienen olor.

Bajo el dosel, en la primera fila de butacas, había una mujer

desmadejada como una muñeca rota. Sus sollozos eran tan estridentes que ahogaban las palabras del cura. Yo estaba atrás y apenas distinguía un murmullo acompasado.

Había dos niños cogidos de la mano de un anciano. ¿Sería su abuelo? Estaban pálidos y ojerosos, y su expresión denotaba un conflicto entre el miedo y la tristeza. Su madre se había desmoronado y no les servía de ayuda. Estaba tan concentrada en su dolor que no pensaba en el de sus hijos, como si sólo sufriera ella. Y qué más.

Yo tenía ocho años cuando murió mi madre, y nunca había logrado llenar el vacío. Era un dolor que no desaparecía nunca, como si me hubiera quedado incompleta. Se aprende a soportarlo y seguir adelante, pero continúa ahí.

Había un hombre sentado junto a ella, acariciándole la espalda en círculos interminables. Tenía el pelo corto y oscuro, casi negro, muy cuidado, y era ancho de hombros. De lejos guardaba un extraño parecido con Peter Burke. Fantasmas a la luz del sol.

El cementerio tenía bastantes árboles, que arrojaban sombras grisáceas. Al otro lado del camino de grava había dos hombres que esperaban en silencio: los sepultureros. Tenían que terminar su trabajo.

Miré el ataúd y su manto de claveles rosa. A un lado había un montículo cubierto por el verde chillón de la hierba falsa. Era la tierra que acababan de sacar y que volverían a echar al agujero.

No se debe permitir que los dolientes vean la tierra arcillosa que caerá sobre el ataúd lustroso. Paladas de tierra que ocultan la madera y cubren al marido, al padre, atrapándolo para siempre en una caja revestida de plomo. Un buen ataúd impide el paso del agua y los gusanos, pero no detiene la putrefacción. Por mucho que el cadáver de Peter Burke estuviera rodeado de raso, aunque le hubieran puesto corbata y lo hubieran acicalado, seguía siendo un cadáver.

El final del entierro me pilló distraída. La gente, aliviada, se levantó al unísono, y el hombre de pelo negro ayudó a la desconsolada viuda a incorporarse. Estuvo a punto de caer de bruces, y otro hombre corrió en su ayuda. La mujer se tambaleó entre ellos, arrastrando los pies.

Volvió la cabeza, desmañada, para mirar atrás, soltó un grito

estremecedor y se abalanzó sobre el ataúd. Aplastó las flores y se puso a arañar la madera, buscando los cierres que mantenían la tapa en su sitio.

Todos nos quedamos mirando anonadados. Los dos niños tenían los ojos muy abiertos. Mierda.

—Que alguien la detenga —dije subiendo demasiado la voz. La gente me miró, pero me dio igual.

Me abrí paso a empujones entre los asistentes que se disgregaban y las hileras de sillas. El hombre de pelo negro había sujetado a la mujer por las manos, y ella gritaba y forcejeaba en el suelo. El vestido negro se le había subido hasta los muslos.

Llevaba una combinación blanca. El rímel se le había corrido por toda la cara como si fuera sangre negra.

Me planté delante del hombre que llevaba a los dos niños. Estaba paralizado mirando a la mujer.

—Disculpe —dije. No reaccionó—. Disculpe. —Parpadeó y me miró como si acabara de aparecer ante él—. ¿No sería mejor que los niños no vieran esto?

—Es mi hija —dijo. Tenía la voz pastosa. ¿Estaría colocado, o era sólo por la congoja?

—Tiene mis condolencias, pero debería llevarse a los niños al coche. —La viuda había empezado a soltar alaridos inarticulados. La niña estaba temblando—. Esa será su hija, pero también tiene que pensar en sus nietos. Sea un buen abuelo y sáquelos de aquí.

—¿Cómo se atreve? —La cólera le encendió los ojos. No parecía dispuesto a escucharme; su dolor no aceptaba intromisiones. El niño, el mayor, que tendría unos cinco años, me miraba con unos ojos marrones enormes. Estaba pálido como un fantasma—. Creo que es usted quien debería irse.

—Tiene razón. Toda la razón.

Rodeé la escena y salí atravesando la hierba azotada por el calor del verano. No podía ayudar a aquellos niños, igual que nadie me había ayudado a mí. Pero yo había sobrevivido. Y ellos también sobrevivirían, probablemente.

Manny y Rosita me esperaban. La mujer me abrazó.

—¿Te vienes a comer el domingo después de misa?

—Me temo que no puedo —contesté con una sonrisa—, pero gracias por la invitación.

—Va a venir mi primo Albert. Es ingeniero; un buen partido.

—No necesito ningún buen partido, Rosita.

—Ganas demasiado dinero para ser mujer —contestó con un suspiro—. Por culpa de eso no necesitas un hombre.

Me encogí de hombros. Si algún día me casaba, cosa que empezaba a dudar, no sería por dinero, sino por amor. Mierda, ¿es que esperaba que apareciera el amor de mi vida? Ni de coña.

—Tenemos que ir a buscar a Tomás a la guardería —dijo Manny, asomándose por detrás de su mujer con una sonrisa de disculpa. Rosita le sacaba casi treinta centímetros. También era mucho más alta que yo.

—Saludadlo de mi parte —dije.

—Deberías venir a comer —insistió Rosita—. Albert es muy guapo.

—Gracias por haber pensado en mí, pero creo que paso.

—Vamos —dijo Manny—. El niño nos espera.

Rosita se dejó arrastrar al coche, aunque a regañadientes. Le resultaba ofensivo que yo tuviera veinticuatro años y no pensara en el matrimonio. En eso coincidía con mi madrastra.

No veía a Charles por ningún lado. Habría vuelto corriendo al despacho a ver a algún cliente. Al principio pensé que Jamison también se habría marchado, pero estaba esperándome en el césped.

Su atuendo era impecable: traje cruzado y corbata estrecha color burdeos, con topos oscuros, sujeta con un alfiler de ónice y plata. Me sonrió, y eso era mala señal.

Alrededor de sus ojos verdosos se extendía el vacío, como si le hubieran borrado el color. Cuando se llora un montón, la piel pasa del rojo intenso al blanco traslúcido.

—Me alegro de que hayamos venido tantos —dijo.

—Sé que erais amigos, Jamison. Lo siento.

Asintió y bajó la vista. La seguí y vi que tenía unas gafas de sol entre las manos. Después me miró fijamente, muy serio.

—La policía no le ha dicho nada a la familia —comentó—. Le pegan un tiro a Pete, y sus parientes no tienen ni idea de qué ha pasado.

Tenía ganas de decirle que la policía hacía todo lo humanamente posible, porque era la verdad, pero se cometen

demasiados asesinatos en San Luis al cabo del año. Le pisábamos los talones a Washington DC en la carrera por el título de capital del crimen de los Estados Unidos.

—Hacen lo que pueden, Jamison.

—¿Y por qué no nos mantienen informados? —Se le crisparon las manos, y oí el ruido del plástico al romperse. Él no pareció darse cuenta.

—No lo sé.

—Tú tienes contactos en la policía. ¿No podrías intentar enterarte de algo?

Su mirada era sincera, llena de auténtico dolor. Normalmente pasaba soberanamente de Jamison; a fin de cuentas, ni siquiera me caía bien. Era un ligón, un engreído y un tolerante de mierda que consideraba a los vampiros personas con colmillos. Pero aquel día… Aquel día parecía humano.

—¿Qué quieres que pregunte?

—Si hacen progresos, si tienen sospechosos… Esas cosas.

Eran preguntas vagas, pero importantes.

—Intentaré averiguar algo.

—Gracias, Anita —dijo emocionado—. Gracias, de verdad. —Me tendió la mano y la acepté. Entonces reparó en las gafas de sol rotas —. Mierda, noventa y cinco dólares a la basura.

¿Se había gastado esa pasta en unas gafas de sol? Tenía que ser una broma. Un grupo se estaba alejando con la familia, por fin, con la viuda rodeada de parientes bienintencionados que la llevaban prácticamente a rastras. Los niños, con su abuelo, cerraban la marcha. Nadie hace caso de los buenos consejos.

Un hombre se apartó del grupo y se nos acercó. Era el que me había recordado a Peter Burke. Medía uno ochenta, aproximadamente, y tenía la piel bronceada, un bigote negro y una perilla fina, casi de cabra. Era como un galán misterioso de cine, pero había algo en sus movimientos, o tal vez en el mechón blanco que tenía justo encima de la frente, que invitaba a adjudicarle el papel de villano.

—¿Va a ayudarnos? —Sin preámbulos. Sin saludos.

—Sí —contestó Jamison—. Anita Blake, John Burke, el hermano de Peter.

Quería preguntarle si era el famoso John Burke, mi alma

gemela, el reanimador y matavampiros más conocido de Nueva Orleans. Nos estrechamos la mano. Su apretón era fuerte, casi doloroso, como si quisiera comprobar mi reacción. No rechisté, y me soltó. Igual no se había dado cuenta de que apretaba con mucha fuerza, pero lo dudaba.

—Siento mucho lo de tu hermano. —Lo decía en serio. Me alegraba de decirlo en serio.

—Gracias por ofrecerte a conseguir información.

—Me sorprende que no le hayas pedido a la policía de Nueva Orleans que lo pregunte.

—La policía de Nueva Orleans y yo tenemos ciertas desavenencias. —Tuvo el detalle de mostrarse incómodo.

—¿De verdad? —pregunté con los ojos como platos. Estaba al tanto de los rumores, pero quería oír la verdad: siempre supera a la ficción.

—Acusaron a John de haber participado en asesinatos rituales —dijo Jamison—. Sólo porque es sacerdote vodun.

—Oh. —Vaya. Pues era exactamente lo que me había llegado por radio macuto—. ¿Cuánto tiempo llevas por aquí, John?

—Casi una semana.

—¿De verdad?

—Peter llevaba dos días desaparecido cuando encontraron el… cadáver. —Se humedeció los labios, y sus ojos oscuros enfocaron algo que había detrás de mí. ¿Habrían empezado a trabajar los sepultureros? Me volví para mirar, pero la tumba seguía igual—. Te agradeceremos muchísimo cualquier ayuda que puedas prestarnos.

—Haré lo que pueda.

—Tengo que volver a la casa. —Movió los hombros como para desentumecer los músculos—. Mi cuñada se lo ha tomado muy mal.

Me mordí la lengua. Qué mayor. Pero había una cosa que no podía dejar pasar.

—¿Puedes encargarte de tus sobrinos? —Se volvió para mirarme con un ceño de perplejidad—. Quiero decir, mantenerlos al margen de las escenas escabrosas.

—Se me ha hecho un nudo en la garganta al ver que se tiraba sobre el ataúd —dijo asintiendo—. ¿Qué habrán pensado los niños?

Se le anegaron los ojos, pero los mantuvo muy abiertos para evitar que escaparan las lágrimas. Yo no sabía qué decir. No quería

verlo llorar.

—Hablaré con la policía para averiguar lo que pueda, y cuando tenga algo se lo diré a Jamison.

John Burke asintió lentamente. Sus ojos eran como un vaso en que sólo la tensión superficial impide que se derrame el agua.

Me despedí de Jamison, fui al coche y puse el aire acondicionado a tope. Cuando arranqué y me alejé, los dos hombres seguían al sol, en mitad de la hierba requemada.

Hablaría con la policía, a ver si averiguaba algo. Pero además tenía otro nombre para Dolph: John Burke, el reanimador más famoso de Nueva Orleans, sacerdote vodun. A mí me parecía un buen sospechoso.

Cuando metí la llave en la cerradura estaba sonando el teléfono. Grité «Ya voy, ya voy», aunque la verdad es que no sé por qué tengo esa manía. Ni que pudieran oírme y esperar.

Abrí de par en par y contesté al cuarto timbrazo.

—¿Sí?

—¿Anita?

—Hola, Dolph. —Se me encogió el estómago—. ¿Qué hay?

—Creo que hemos encontrado al niño —dijo con voz inexpresiva.

—¿«Creo»? ¿Cómo que «creo»?

—¿Tengo que deletreártelo? —Sonaba cansado.

—¿Está como sus padres?

—Sí —contestó, aunque lo mío no era una pregunta.

—Virgen santa. ¿Cuánto han dejado?

—Ven a verlo. Estamos en el cementerio Burrell, ¿lo conoces?

—Claro. He trabajado ahí.

—Ven en cuanto puedas. Yo quiero irme a casa y abrazar a mi mujer.

—Bien. Lo entiendo. —Hablaba sola, porque Dolph ya había colgado. Me quedé mirando el teléfono mientras se me pasaban los escalofríos. No quería ir a ver los restos de Benjamin Reynolds. No quería saber nada. Me llené los pulmones y dejé escapar el aire lentamente.

Bajé la mirada: un vestido, medias negras y zapatos de tacón. No era una indumentaria adecuada para la escena de un crimen, pero

tardaría demasiado en cambiarme. Normalmente era la última a la que llamaban, y cuando yo terminaba, recogían los trastos y se iban. Me puse unas deportivas negras, para caminar por la hierba ensangrentada. No hay quien limpie las manchas de sangre de los zapatos de vestir.

Tenía la Browning Hi-Power, con su funda y todo, encima del bolso negro. Durante el entierro la había dejado en el coche, porque no sabía dónde esconderla con el vestido. Ya sé que en la tele se ven muchas pistoleras de muslo, pero ¿os dice algo la palabra *rozadura*?

Dudé si debería guardar la pistola de repuesto en el bolso, pero decidí que no: como todos los bolsos, iba equipado con un agujero negro portátil de serie, así que sería inútil intentar sacar el arma a tiempo.

Sí que llevaba un puñal de plata en una funda de muslo, bajo la minifalda. Me sentía como Kit Carson travestido, pero tras la simpática visita de Tommy no quería salir desarmada; no me hacía ilusiones respecto a lo que pasaría si me pillaba en bragas. Las armas blancas no son tan eficaces, pero sí mejores que ponerse a gritar y patalear.

Aún no me había visto obligada a sacar rápidamente un puñal oculto en el muslo. Quedaría tirando a obsceno, supongo, pero pasar un poco de corte a cambio de seguir con vida sale a cuenta, ¿no?

El cementerio Burrell está en la cima de una colina. Tiene algunas tumbas centenarias, con el alabastro liso e ilegible por la erosión, como las piruletas con relieve después de chuparlas. La hierba crece indómita, tachonada por lápidas que montan guardia con desgana.

A un lado del cementerio hay una casa, donde vive el guardés, aunque no tiene gran cosa que guardar: el recinto lleva lleno tantos años que el último muerto que enterraron en él podría contarnos anécdotas de la Feria Mundial de 1904.

El camino interior del cementerio ha desaparecido. Queda su fantasma: una franja de terreno donde la hierba crece más baja. La casa del guardés estaba rodeada de coches de policía, y también vi la furgoneta del depósito. Mi Nova no daba la talla; igual debería instalarle antenas, o un cartel que pusiera TELEZOMBI, aunque

supongo que Bert me montaría un número.

Saqué un mono del maletero y me lo puse. Me cubría desde el cuello hasta los tobillos, y como suele ocurrir, la entrepierna me quedaba a la altura de las rodillas. Nunca he entendido por qué los hacen así, pero por lo menos me cabía la falda. En un principio me había comprado los monos para matar vampiros, pero la sangre es sangre, y además, los hierbajos me habrían dejado las medias hechas cisco. Después saqué un par de guantes de látex de la caja de cien unidades y, ataviada con mis zapatillas deportivas, ya estaba lista para ver los restos.

Los restos. Qué aséptico suena.

Dolph se cernía como un vigía por encima de todos los demás. Me abrí paso hacia él, intentando no tropezar con ningún fragmento de lápida. Un viento tórrido agitó la hierba. Estaba sudando a mares dentro del mono.

El inspector Clive Perry se me acercó, como si considerase que necesitaba escolta. Era una de las personas más atentas que conocía; rezumaba una cortesía más propia de otros tiempos. Era un caballero en el mejor sentido de la palabra, y soy incapaz de imaginar qué habría hecho para acabar en la Santa Compaña.

Su rostro negro y enjuto estaba perlado de sudor. Seguía con la chaqueta del traje, a pesar de que estábamos a casi cuarenta grados.

—Buenas tardes, señorita Blake.

—Buenas tardes, inspector Perry. —Miré hacia la colina. Dolph y otros hombres vagaban por ahí, como si no supieran qué hacer. Nadie miraba hacia abajo—. Me espera algo espeluznante, ¿no?

Sacudió la cabeza.

—Según con qué vara lo midas —contestó.

—¿Viste los vídeos y las fotografías de su casa?

—Sí.

—¿Esto es peor?

Aquella casa marcaba un nuevo máximo en mi vara de medir. Hasta entonces, lo más espeluznante que había visto era el resultado de que una banda de vampiros de Los Angeles pretendiera instalarse en San Luis: nuestra respetable comunidad vampírica se los había quitado de en medio a hachazo limpio, y sus extremidades seguían arrastrándose por ahí cuando encontramos los cadáveres. Bien pensado, puede que lo de la casa de los Reynolds no fuera peor.

Puede que el tiempo hubiera empañado el otro recuerdo.

—Aquí hay menos sangre. —Titubeó—. Pero era un niño.

Asentí; no necesitaba más explicaciones. No sabía por qué, pero siempre era peor cuando se trataba de un niño. Quizá se debiera al instinto que nos lleva a proteger a los cachorros, o a algún rollo hormonal. Fuera como fuera, los casos con niños eran sobrecogedores. Me quedé mirando una lápida blanca que parecía de hielo medio fundido. No quería subir; no quería ver lo que hubiera allí arriba.

Empecé a subir, seguida por el inspector Perry. Qué valientes los dos.

En la hierba había una tela que parecía una tienda de campaña de juguete. Dolph estaba al lado. Nos saludamos, pero nadie se ofreció a apartarla.

—¿Es esto? —pregunté.

—Sí. —Dolph pareció sacudirse para armarse de valor, o quizá fuera un estremecimiento. Se agachó y cogió una esquina—. ¿Preparada?

No estaba preparada. Quería rogarle que no me hiciera mirar, pero tenía la boca seca y notaba el pulso en el cuello. Asentí.

La sábana se hinchó y se desplazó, como una cometa agitada por una ráfaga de viento. Observé que la hierba estaba pisoteada, lo que podía indicar un forcejeo. ¿Estaría vivo Benjamin Reynolds cuando lo arrastraron hasta allí? Seguro que no. Joder, esperaba que no.

Le habían quitado el pijama, que tenía un estampado de personajes de dibujos animados, como quien pela un plátano. Tenía un bracito levantado junto a la cabeza, como si estuviera durmiendo, y los ojos cerrados, de pestañas largas, reforzaban la impresión. Su piel estaba blanca e inmaculada, y su boca entreabierta tenía los labios muy marcados, con forma de corazón. Debería haber tenido peor aspecto, mucho peor.

La parte del pijama que le cubría las piernas tenía una mancha marrón. No quería saber cómo había muerto, pero a eso había ido. Vacilé, sobrevolando con los dedos la tela desgarrada, y me llené los pulmones. Craso error: estaba agachada sobre el cadáver en pleno mes de agosto, y el hedor fue como una bofetada. Los muertos recientes huelen a alcantarilla, sobre todo si les han abierto las tripas. Ya sabía qué iba a ver cuando levantara el pijama

ensangrentado; me lo había anunciado el olor.

Me quedé de rodillas unos minutos, cubriéndome la nariz con el brazo y respirando lentamente por la boca, pero no sirvió de nada: cuando se capta una vaharada, la pituitaria no lo olvida. El olor se me había incrustado, y ya no había forma de disiparlo.

¿Deprisa o despacio? ¿Debería apartar la prenda de un tirón o poco a poco? De una vez. Di un tirón, pero el pijama estaba pegado con sangre coagulada, y al desprenderse hizo un sonido pringoso.

Era como si lo hubieran eviscerado con una cazoleta gigante de servir helado: no estaban ni el estómago ni los intestinos. Fue como si la luz del sol me ahogara, y tuve que apoyar una mano en el suelo para no caerme.

Volví a mirar la cara. Tenía el pelo castaño claro, como su madre, y los rizos húmedos le enmarcaban las mejillas. Bajé la vista de nuevo al destrozo del abdomen; del extremo del intestino delgado goteaba un líquido denso y oscuro.

Me aparté de la escena, sujetándome a las lápidas para mantener el equilibrio. Me habría ido corriendo si hubiera estado segura de que no me iba a caer, pero el cielo se desplomaba sobre mi cabeza. Me desmoroné en mitad de la hierba y vomité.

No paré hasta que no quedó nada, hasta que el cementerio dejó de girar. Me limpié la boca con la manga y me incorporé, apoyándome en una lápida torcida.

Nadie dijo una palabra cuando volví hacia el grupo. Habían tapado el cadáver. El cadáver: tenía que verlo así. No debía pensar que había sido un niño; me volvería loca.

—¿Y bien? —preguntó Dolph.

—No lleva mucho tiempo muerto. Joder, ha sido esta mañana, puede que al amanecer. Estaba vivo, y esa cosa le… —Alcé la vista y noté que los ojos se me llenaban de lágrimas, pero no quería llorar: ya había hecho bastante ridículo por un día. Respiré profundamente, con precaución, y solté el aire. No pensaba llorar.

—Te di veinticuatro horas para hablar con esa tal Dominga Salvador —dijo Dolph—. ¿Has averiguado algo?

—Dice que no sabe nada de esto, y la creo.

—¿Por qué?

—Porque si quisiera matar a alguien no necesitaría recurrir a métodos tan llamativos.

—¿Qué quieres decir?

—Le bastaría con desear su muerte.

—¿De verdad crees eso? —Dolph me miraba con los ojos muy abiertos.

—Es posible. —Me encogí de hombros—. Sí. Joder, yo qué sé. Esa tía acojona.

—Lo tendré en cuenta —dijo levantando una ceja.

—Pero tengo otro nombre que añadir a tu lista.

—¿Quién?

—John Burke, de Nueva Orleans. Estaba hace un rato en el entierro de su hermano.

—Si sólo está de visita —dijo Dolph mientras lo apuntaba en la libreta—, ¿le habría dado tiempo?

—No se me ocurre ningún móvil, pero es otro que podría hacerlo si quisiera. Consulta con la policía de Nueva Orleans; creo que allí es sospechoso de asesinato.

—¿Y cómo es que le han permitido viajar a otro estado?

—No creo que tengan pruebas. Por lo demás, Dominga Salvador dice que me va a ayudar. Me ha prometido que preguntará por ahí y me avisará si se entera de algo.

—Después de que me dieras su nombre estuve haciendo averiguaciones, y nunca ayuda a nadie que no sea de los suyos. ¿Cómo has conseguido convencerla para que colabore?

—Será por mi irresistible encanto personal —contesté encogiéndome de hombros. Dolph hizo un gesto de contrariedad—. Nadie ha hecho nada ilegal, pero prefiero no hablar del tema.

No me presionó. Bien por él.

—Avísame en cuanto sepas algo, Anita. Tenemos que detener esta cosa antes de que vuelva a matar.

—Estoy de acuerdo. —Miré a mi alrededor—. Dijiste que las tres primeras víctimas estaban cerca de un cementerio. ¿Era este?

—Sí.

—Entonces, puede que aquí esté parte de la respuesta.

—Explícate.

—La mayoría de los vampiros tiene que volver a su ataúd antes del amanecer. Los algules se ocultan en túneles, como si fueran topos. Si ha sido un vampiro o un algul, yo diría que está por aquí esperando a que se haga de noche.

—Pero…

—Pero si es un zombi, la luz del sol no lo afecta, ni necesita volver a un ataúd. Podría estar en cualquier sitio, pero es probable que saliera de este cementerio. Si lo levantaron recurriendo al vudú, puede que queden indicios del rito.

—¿Qué indicios?

—Un *verve* de tiza, dibujos alrededor de una tumba, sangre seca, puede que los restos de una hoguera… —Recorrí con la vista la hierba seca—. Pero yo no encendería fuego en un sitio así.

—¿Y si no fue con vudú?

—Entonces sería un reanimador. Una vez más, hay que buscar sangre seca, y puede que un animal muerto. Eso no deja tantos indicios y es más fácil de disimular.

—¿Estás segura de que es un zombi o algo parecido? —preguntó.

—No sé qué podría ser si no. Creo que debemos partir de la base de que es un zombi; eso nos da un sitio que inspeccionar y algo que buscar.

—Pero si no es un zombi, no tenemos ninguna pista.

—Exactamente.

—Espero que tengas razón, Anita —dijo con una sonrisa forzada.

—Yo también.

—Si procede de aquí, ¿puedes averiguar de qué tumba salió?

—Es posible.

—¿Posible?

—Sí, posible. La reanimación no es una ciencia exacta. A veces puedo captar los muertos bajo tierra, percibir la inquietud, saber cuándo murieron sin necesidad de mirar la lápida. Otras veces no puedo.

—Te prestaremos tanta ayuda como podamos.

—Tengo que esperar a que anochezca. Mis… poderes funcionan mejor de noche.

—Aún faltan varias horas. ¿No puedes hacer nada hasta entonces?

—No —dije tras pensarlo un momento—. Lo siento, pero no.

—De acuerdo. ¿Volverás esta noche?

—Sí.

—¿A qué hora? Mandaré a unos hombres.

—No sé cuándo voy a venir, ni cuánto voy a tardar. Puede que me pase varias horas vagando por aquí sin encontrar nada.

—Y también puede…

—Que me encuentre con el bicho que buscamos.

—Necesitarás refuerzos, por si acaso.

—Ya, pero las balas no le harán nada, ni aunque sean de plata.

—¿Con qué podríamos detenerlo?

—Con lanzallamas. Los exterminadores barren con napalm los túneles infestados de algules.

—No tenemos de eso.

—Mándame un equipo de exterminadores.

—Buena idea. —Lo apuntó en la libreta.

—Necesito que me hagas un favor —dije.

—¿Qué? —preguntó alzando la vista.

—A Peter Burke lo mataron de un tiro. Su hermano me ha pedido que averigüe si la policía ha hecho progresos.

—Sabes que no podemos facilitar esa información.

—Ya, pero puedes decirme algo que le pueda contar a John Burke. Lo suficiente para que pueda seguir en contacto con él.

—Parece que haces buenas migas con todos los sospechosos.

—Sí.

—Veré si averiguo algo en Homicidios. ¿Sabes en qué jurisdicción lo encontraron?

—No, pero puedo enterarme. Así tendré una escusa para volver a hablar con Burke.

—Dices que es sospechoso de asesinato en Nueva Orleans.

—Ajá.

—Y que es posible que haya hecho esto. —Señaló la sábana con la cabeza.

—Sí.

—Ten mucho cuidado, Anita.

—Siempre lo tengo.

—Llámame esta noche en cuanto puedas. No me apetece tener a mis hombres cobrando horas extras cruzados de brazos.

—En cuanto pueda. Para venir tendré que cancelar tres citas de trabajo. —Le iba a dar otro disgusto a Bert; por fin una perspectiva agradable.

—¿Por qué no se ha comido más del niño? —preguntó Dolph.

—Ni idea.
—Bueno, nos vemos esta noche.
—Saluda a tu mujer de mi parte. ¿Qué tal le van los estudios?
—Ya le queda menos. Se licenciará antes de que nuestro hijo pequeño sea ingeniero.
—Estupendo. —El viento volvió a agitar la sábana, y una gota de sudor me cayó por la frente. No estaba de humor para andar de cháchara—. Hasta luego —dije, y empecé a bajar por la pendiente. Me detuve al cabo de unos pasos y me volví—. ¿Dolph?
—¿Sí?
—Si es un zombi, no se parece a nada que conozca, y puede que siga otras pautas. Puede que sí que se levante de la tumba, como los vampiros. Si envías al equipo de exterminadores y a los policías de refuerzo antes de que anochezca, quizá lo pillen despertándose y puedan capturarlo.
—¿Te parece probable?
—No, sólo posible —dije.
—No sé cómo voy a justificar las horas extras, pero vale.
—Vendré en cuanto pueda.
—¿Puede haber algo más importante que esto? —me preguntó.
—Nada que quieras saber —contesté con una sonrisa.
—Haz la prueba. —Negué con la cabeza, y él asintió—. Esta noche en cuanto puedas.
—Eso mismo.
El inspector Perry me acompañó en el camino de vuelta, no sé si por educación o por alejarse del cuerpo del delito. No me extrañaba.
—¿Qué tal está tu mujer?
—Nuestro primer hijo nacerá dentro de un mes.
—No lo sabía. —Lo miré, sonriente—. Felicidades.
—Gracias. —Su expresión se ensombreció, y un ceño le juntó las cejas—. ¿Crees que conseguiremos encontrar a ese bicho antes de que vuelva a matar?
—Eso espero.
—¿Qué probabilidades tenemos?
No sabía si quería una mentira piadosa o la verdad. Opté por lo segundo.
—No tengo ni la menor idea.

—Esperaba que dijeras otra cosa.
—Te aseguro que yo también.

¿Podía haber algo más importante que capturar al monstruo que había destripado a todos los miembros de una familia? Pues no, desde luego, pero aún faltaba tiempo para que se hiciera de noche, y tenía otros problemas. Por ejemplo, que Tommy iría a ver a Gaynor para darle mi respuesta, y que no me parecía probable que Gaynor lo dejara correr. Necesitaba información; tenía que saber hasta dónde estaría dispuesto a llegar. Un periodista, eso: necesitaba un periodista. Había llegado el momento de recurrir a Irving Griswold.

Irving tenía uno de esos cubículos de colores claros que hacen las veces de despacho: no tenía techo ni puerta, pero sí paredes. Su metro sesenta ya es suficiente motivo para que me caiga bien: no estoy acostumbrada a ver hombres de mi estatura. Tenía una tonsura que parecía el centro de una margarita, y su pelo frito de color castaño hacía las veces de pétalos. Llevaba una camisa blanca arremangada por encima de los codos y se había aflojado la corbata. Con su cara redonda de mejillas sonrosadas, parecía un querubín alopécico. No tenía aspecto de hombre lobo, pero lo era. Ni siquiera los licántropos se libran de quedarse calvos.

Ninguno de sus compañeros del *Saint Louis Post-Dispatch* sabía que era un cambiaformas. Es una enfermedad, sí, y discriminar a los licántropos es ilegal, igual que a los seropositivos, pero eso tampoco garantiza nada. Puede que la dirección del periódico fuera abierta de miras, pero yo estaba con él: más vale curarse en salud.

Me asomé a la puerta de su cubículo y lo vi sentado a la mesa.

—¿Qué hay de nuevo, vieja? —dijo a modo de saludo.

—¿De verdad te crees gracioso, o lo haces por tocar los cojones?

—Soy graciosísimo —contestó con una amplia sonrisa—. Pregúntale a mi novia.

—En eso estaba yo pensando.

—¿Qué te cuentas, Blake? Y por favor, no me digas que es una de esas cosas que no puedo publicar.

—¿Te gustaría que te diera una primicia sobre la legislación que regula las actividades con zombis?

—Puede —contestó entrecerrando los ojos—. ¿Qué quieres a cambio?

—Algo que no puedes publicar, al menos por ahora.

—Me lo temía. —Me miró con cara de reproche—. Adelante.

—Necesito toda la información que puedas conseguir sobre Harold Gaynor.

—No me suena de nada. ¿Debería? —Había perdido el semblante risueño y estaba muy concentrado: olfateaba un reportaje.

—No veo por qué —dije con precaución—. ¿Puedes conseguirme algo?

—¿A cambio de lo de los zombis?

—Te llevaré a todas las empresas que usan zombis. Puedes ir con un fotógrafo, para que saque a los cadáveres trabajando.

—Una serie de reportajes con imágenes vagamente escabrosas. —Sus ojos se iluminaron—. Y tú entre los zombis, toda maqueada: la bella y la bestia. Seguro que mi redactor jefe compra.

—Ya me imagino, pero eso de posar…

—Eh, a tu jefe le encantará. La publicidad animará el negocio.

—Y venderá periódicos.

—Desde luego.

Irving se quedó mirándome en silencio. No había mucho ruido de fondo; casi todo el mundo se había ido ya, y el cubículo de Irving era uno de los pocos que quedaban iluminados; se había quedado a esperarme. Conque la prensa no duerme nunca, ¿eh? Era media tarde, y como nos descuidásemos, nuestra única compañía sería el murmullo del aire acondicionado.

—Voy a ver si tenemos algo sobre Harold Gaynor en máquina —dijo Irving al fin.

—¿Te has quedado con el nombre cuando sólo lo he mencionado una vez? —Sonreí—. No está mal.

—Es que soy un profesional… —Se volvió hacia el ordenador con movimientos exagerados; se puso unos guantes imaginarios y se ajustó los imaginarios faldones de un frac.

—Déjate de chorradas. —Mi sonrisa se amplió.

—No agobies al maestro. —Pulsó unas cuantas teclas, y la pantalla cobró vida—. Sí, lo tenemos. Vaya si lo tenemos; tardaría siglos en imprimir todo eso. —Se echó hacia atrás para mirarme. Mal rollo—. ¿Sabes qué? Cuando lo tenga todo, con las fotos que haya, te lo haré llegar de mil amores.

—¿Cuál es el truco?

—¿Truco? —Se llevó la mano abierta al pecho, todo ofendido—. Es por puro altruismo.

—De acuerdo, envíamelo a casa.

—¿Y por qué no quedamos en Dave el Muerto?

—Eso está en el barrio de los vampiros. ¿Cómo es que ahora vas por ahí?

—Se rumorea que la ciudad tiene un nuevo amo, y quiero conseguir la exclusiva. —Su rostro angelical me miraba muy serio.

—Así que te dejas caer por Dave el Muerto para ver si pescas algo —dije sacudiendo la cabeza.

—En efecto.

—No soltarán prenda. Pareces humano.

—Gracias por el cumplido. Pero contigo sí que hablan, Anita. ¿Sabes quién es el nuevo amo? ¿Puedes presentármelo? ¿Y conseguirme una entrevista?

—Irving, por favor, como si no tuvieras ya bastantes problemas. ¿Ahora te vas a poner a incordiar al rey de los vampiros?

—Así que es hombre.

—Masculino genérico.

—Sabes algo, estoy seguro.

—Lo que sé es que no te conviene llamar la atención. Los vampiros son peligrosos, Irving.

—Intentan integrarse en la sociedad y quieren recibir un tratamiento positivo en los medios de comunicación. Una entrevista sobre sus planes para la comunidad vampírica, sus proyectos a largo plazo… Sería muy profesional, sin chistes sobre cadáveres ni

sensacionalismo: periodismo del bueno.

—Sí, ya. Y en la portada, un titular estrictamente periodístico: «Declaraciones del amo de los vampiros de San Luis».

—Estaría muy bien.

—¿Has vuelto a esnifar tinta?

—Te daré todo lo que tenemos sobre Gaynor. Hasta fotos.

—¿Cómo sabes que tenéis fotos? —le dije. Me miró con su cara redonda y risueña adecuadamente inescrutable—. Así que no te sonaba el nombre, pedazo de…

—Por favor, Anita, compórtate. Consígueme una entrevista con el amo de los vampiros y te daré todo lo que quieras.

—¿No te vale con una serie de reportajes sobre los zombis? Fotos a todo color de cadáveres putrefactos, Irving. Eso vendería muchos periódicos.

—¿Y no puedo entrevistar al vampiro?

—Si tienes suerte, no.

—Mierda.

—¿Piensas darme el expediente de Gaynor?

—En cuanto lo tenga —dijo asintiendo antes de mirarme—. Pero quedamos en Dave el Muerto. Igual me dicen algo si ven que voy contigo.

—Igual no te has dado cuenta de que dejarte ver con la Ejecutora no te ayudará a hacer migas con los vampiros.

—¿Siguen llamándote así?

—Entre otras cosas.

—De acuerdo. ¿El expediente de Gaynor a cambio de que me dejes acompañarte la próxima vez que ejecutes a un vampiro?

—Más quisieras.

—Venga, Anita…

—Ni de coña.

—Vaaale —dijo con un gesto de rendición—. Pero sería un reportaje cojonudo.

—No necesito publicidad, por lo menos de esa.

—Lo que tú digas. ¿Nos vemos en Dave el Muerto dentro de un par de horas?

—Que sea una; prefiero no estar en el Distrito cuando anochezca.

—¿Es que hay alguien de por allí que te la tenga jurada?

Tampoco quiero que corras peligro. —Sonrió—. Me has conseguido unas cuantas portadas, y no me gustaría perderte.

—Me conmueves, pero no hay nadie que me la tenga tan jurada, que yo sepa.

—No pareces muy segura.

Lo miré tentada de decirle que el nuevo amo de los vampiros me había mandado una docena de rosas blancas y una invitación para ir a bailar, pero la había rechazado. Que también me había dejado un mensaje en el contestador, para invitarme a una fiesta. Y no le hice ni caso. De momento, el amo de los vampiros me cortejaba como si fuera un caballero de hace siglos, pero no podía durar. Jean-Claude no era de los que aceptaban la derrota.

Pero no se lo dije, claro. Mejor que no lo supiera.

—Nos vemos en Dave el Muerto en una hora. Tengo que pasar por casa para cambiarme.

—Ahora que lo dices, es la primera vez que te veo con vestido.

—Vengo de un entierro.

—¿Por asuntos de trabajo o personales?

—Personales.

—En ese caso, lo siento.

Me encogí de hombros.

—Como no me largue ya, llegaré tarde. Muchas gracias, Irving.

—No te estoy haciendo ningún favor. Me las vas a pagar con lo de los zombis.

Suspiré. Ya me lo veía pidiéndome que abrazara a los pobres cadáveres. Pero había que conseguir llamar la atención sobre aquel asunto; cuanta más gente supiera qué se hacía con los zombis, más probable sería que se aprobara el proyecto de ley. En realidad, era Irving quien me hacía el favor a mí, pero no tenía por qué enterarse.

Me alejé por las oficinas en penumbra y me despedí haciendo un gesto con la mano, sin mirar atrás. Quería quitarme el vestido y ponerme algo que me permitiera llevar pistola. Si iba a Villasangre, no estaría de más.

La zona de San Luis donde se encuentra Dave el Muerto tiene dos nombres: el oficial es la Orilla, y el otro, Villasangre. Es el último grito en barrios vampíricos, y toda una atracción. El vampirismo ha conseguido convertir San Luis en la meca del turismo. Cabría esperar que se conformaran con las montañas Ozak, que es el mejor sitio para pescar del país, o con musicales dignos de Broadway, o tal vez con el Jardín Botánico, pero no. La verdad es que no hay color: nada les planta cara a los nomuertos. Hasta a mí me cuesta…

Lo único visible en las ventanas de cristal tintado de Dave el Muerto son los anuncios de cerveza. La luz del atardecer cedía paso al crepúsculo. Los vampiros no saldrían hasta que cayera la noche, así que tenía algo menos de dos horas. Más que de sobra para entrar, echar un vistazo al expediente y salir… si todo fuera como la seda. Ja.

Me había puesto unos pantalones cortos negros, un polo azul marino, unas deportivas negras con detalles en azul, unos calcetines blancos y negros, y un cinturón de cuero negro. El cinturón me servía para anclar la funda de sobaco. También llevaba un blusón sin mangas, estampado en blanco y azul, para ocultar la Browning Hi-Power que llevaba bajo el brazo izquierdo. No estaba mal el atuendo, pero el sudor me caía a chorros por la espalda. Demasiado calor para el blusón, pero con la Browning tenía trece balas aseguradas; y hasta catorce, si hiciese la animalada de llenar el cargador y dejar otra en la recámara.

Todavía no había para tanto, o eso creía, pero por si acaso me

había guardado otro cargador en el bolsillo. Ya sé que ahí se llena de pelusa, pero ¿dónde iba a meterlo si no? Prometo que un día de estos me compraré una funda de lujo con cartuchera, pero todos los modelos que me había probado me daban complejo de bandolero, aparte de que los tendrían que adaptar a mi tamaño.

Casi nunca llevo cargador de repuesto cuando salgo con la Browning. Seamos realistas: si hacen falta más de trece balas, no hay nada que hacer. Lo triste era que no había cogido la munición extra pensando en Tommy, ni en Gaynor, sino en Jean-Claude: el amo de los vampiros de la ciudad. No es que las balas bañadas en plata pudieran matarlo, pero los disparos le dolerían, y cicatrizaría muy despacio, casi a ritmo de humano.

Quería estar fuera del barrio antes del anochecer porque prefería no toparme con Jean-Claude. Estaba segura de que no pretendía hacerme daño, pero por buenas que fueran sus intenciones, ya sabemos que lo cortés no quita lo valiente. Me había ofrecido la inmortalidad sin el engorro del vampirismo, pero al parecer, el paquete incluía toda una eternidad con él. Era alto, pálido, guapo y más *sexy* que un *body* de encaje.

Le había dado por convertirme en su sierva humana, pero a mí no me daba la gana ser la sierva de nadie, ni siquiera a cambio de la vida eterna, la juventud eterna y un ligero riesgo para el alma. El precio era demasiado alto, aunque Jean-Claude no lo viera así. Llevaba la Browning por si tenía que convencerlo.

Cuando entré en el bar me quedé a ciegas. Esperé hasta que los ojos se me acostumbraron a la oscuridad, como en las películas del Oeste, cuando el protagonista se para en la puerta del *saloon* y parece que inspecciona a los parroquianos. Siempre he sospechado que no es que esté buscando al malo, sino que tiene las pupilas contraídas y no ve tres en un burro. Pero nadie le pega un tiro antes de que recupere la vista, nunca he sabido por qué.

Eran las cinco y pico de un jueves, y casi todos los taburetes y todas las mesas estaban ocupados. El bar bullía de ejecutivos trajeados, tanto hombres como mujeres. Algún cliente que otro llevaba botas de trabajo y un bronceado que terminaba en el codo, pero casi todos eran de clase media aspirando a alta: Dave el Muerto se había puesto de moda a pesar de los esfuerzos en sentido contrario.

Encima parecía la hora feliz. Mierda. Los yupis habían acudido en manada con la esperanza de ver a un vampiro. Cuando llegara el momento ya estarían entonadillos; todavía más interesante, hala.

Irving estaba sentado en la esquina de la barra, y me saludó al verme. Le devolví el saludo y empecé a abrirme paso hacia él. Tuve que hacer maniobras para colarme entre dos tipos con traje y encaramarme al taburete con muy poca elegancia.

Irving me dedicó una sonrisa radiante y se inclinó para hablarme al oído. La marejada de conversaciones era tan intensa que no se distinguía una palabra.

—Te imaginarás la cantidad de dragones que he tenido que abatir para reservarte ese taburete. —Noté el olor del *whisky* en su aliento.

—Los dragones son una mariconada; deberías probar con vampiros. —Abrió los ojos desmesuradamente, pero continué sin darle tiempo a formular la pregunta; hay gente que no tiene sentido del humor—. Era una broma. Además, por aquí no ha habido dragones nunca.

—Ya lo sé.

—Sí, claro.

Bebió un trago de *whisky*. El líquido amarillento resplandecía con la luz tenue.

Luther, el camarero y encargado de día, estaba en el otro extremo de la barra viéndoselas con un grupo de parroquianos rebosantes de alegría. Si hubieran estado un poco más contentos, habrían entrado en coma allí mismo.

Luther es un tipo grande, no a lo alto, sino a lo ancho, pero tiene una grasa tan sólida como los músculos. Su piel es tan negra que tiene reflejos morados, y la brasa del cigarrillo que sujetaba entre los labios resplandeció con un naranja intenso cuando dio una calada. No conozco a nadie a quien se le dé mejor hablar mientras fuma.

Irving abrió el maletín de cuero que tenía a los pies y sacó una carpeta de cuatro dedos de grosor, sujeta con una goma gigante.

—Coño. ¿Puedo llevármelo a casa?

—Tengo una compañera que está escribiendo un reportaje sobre hombres de negocios que no son lo que parecen —contestó negando con la cabeza—. He tenido que prometerle a mi primogénito para

que me dejara llevarme esto, pero se lo tengo que devolver mañana.

Miré la pila de papeles y suspiré. El hombre que tenía a la derecha estuvo a punto de estamparme el codo en la cara.

—Lo siento, nena —balbuceó girándose hacia mí—. Suerte que no te he dado.

—Mucha, sí —confirmé. Sonrió y se volvió hacia su amigo, otro hombre de negocios que se reía estrepitosamente de algún chiste. Con alcohol suficiente, todo tiene gracia—. Aquí es imposible leer —le dije a Irving.

—Te seguiré hasta donde quieras —contestó con una sonrisa.

Luther se plantó delante de mí, se sacó un cigarro del paquete que siempre llevaba encima y lo encendió con el que acababa de fumarse. Después aspiró profundamente y echó el humo por la nariz y la boca. Hablando de dragones…

Apagó la colilla en el cenicero que siempre llevaba de un lado a otro, como si fuera un osito. Fuma como un carretero, le sobran kilos por todas partes, y calculo que tendrá más de cincuenta años, pero nunca se pone enfermo. Deberían contratarlo de mascota en alguna tabacalera.

—¿Otro? —le preguntó a Irving.

—Vale.

Luther sacó una botella de detrás de la barra, rellenó el vaso y le colocó una servilleta limpia debajo.

—¿Qué te pongo, Anita?

—Lo de siempre.

Me sirvió un zumo de naranja disfrazado de destornillador. Soy abstemia, pero ¿qué pintaba en un bar si no bebía?

—El amo me ha dado un recado para ti —dijo mientras limpiaba el mármol con un paño blanquísimo.

—¿El amo de los vampiros de la ciudad? —preguntó Irving emocionado. Olfateaba la noticia.

—¿Qué quiere? —pregunté sin el menor atisbo de interés.

—Quiere hablar contigo, sin falta. —Miré a Irving y volví a mirar a Luther, intentando enviarle el mensaje telepático de que cerrara la boca delante de la prensa. No lo captó—. Ha hecho correr la voz —continuó—, y si alguien te ve, tiene que darte el recado.

Irving nos miraba como un cachorro nervioso.

—¿Qué quiere de ti el amo de la ciudad, Anita?

—Recibido —le dije a Luther.

—No piensas ir a verlo, ¿verdad? —me preguntó sacudiendo la cabeza.

—No.

—¿Por qué? —preguntó Irving.

—No es asunto tuyo.

—¿Y extraoficialmente?

—Tampoco.

—Escúchame, niña. —Luther me miró muy serio—. Vete a verlo. Ahora mismo, todos los vampiros y los *freaks* tienen que decirte que el amo quiere hablar contigo. Lo siguiente será que se ofrezcan a acompañarte.

Bonito eufemismo para un secuestro.

—No tengo nada que decirle.

—Ve con cuidado, no dejes que las cosas se desmadren —insistió Luther—. No pierdes nada por hablar con él.

Eso era lo que él creía.

—Puede ser.

En el fondo, Luther tenía razón: tendría que hablar con Jean-Claude más tarde o más temprano, y seguro que más tarde seria menos agradable.

—¿Por qué quiere hablar contigo? —preguntó Irving, con los ojos brillantes como los de un pájaro que hubiera visto un gusano.

Decidí contraatacar con otra pregunta:

—¿Tu compañera no te ha dado ninguna pista sobre las partes relevantes del expediente? No puedo leerme *Guerra y Paz* en una noche.

—Dime lo que sepas del amo y te doy las pistas que quieras.

—Muchísimas gracias, Luther.

—No pretendía azuzarlo —dijo Luther, mientras su cigarrillo subía y bajaba. Nunca entendí cómo lo hacía; supongo que esa destreza labial sólo se adquiere tras años de práctica.

—Dejad de tratarme como si tuviera la puta peste bubónica, joder —dijo Irving—. Sólo intento hacer mi trabajo.

Bebí un trago de zumo de naranja y lo miré.

—Te estás metiendo en camisas de once varas… No puedo darte información sobre el amo, de verdad.

—Querrás decir que no te da la gana.

—Pues no me da la gana —contesté encogiéndome de hombros —, y no me da la gana porque no puedo.

—Eso es un razonamiento circular.

—Te aguantas. —Me terminé el zumo, aunque no me apetecía —. Escúchame, Irving: teníamos un trato. El expediente a cambio de los artículos sobre los zombis. Si quieres echarte atrás, pues qué se le va a hacer, pero dímelo, porque no tengo tiempo para andar con tiras y aflojas.

—Me mantendré fiel a mi palabra —dijo con la voz más afectada que le permitió el ruido ambiental.

—Entonces dame alguna pista de una vez, que quiero largarme de aquí antes de que el amo dé conmigo.

—Tienes problemas, ¿no? —De repente se había puesto serio.

—Es posible. Échame un cable, por favor.

—Venga, échale un cable —dijo Luther.

Tal vez fuera el *por favor*, o tal vez, la presencia imponente de Luther. En cualquier caso, Irving asintió.

—Según mi compañera, es inválido y va en silla de ruedas. —No dije nada; no quería que supiera qué me interesaba—. Y además le gustan las minusválidas.

—¿Qué quieres decir? —pregunté recordando a Cicely, la chica de mirada vacía.

—Ciegas, paralíticas, mujeres con miembros amputados… Cosas por el estilo.

—¿Sordas?

—También su tipo.

—¿Por qué? —Yo y mis preguntas sagaces.

—Puede que sea para no sentirse en inferioridad de condiciones por lo de la silla de ruedas. Mi compañera no sabe por qué; sólo que tiene esa fijación.

—¿Qué más te ha dicho?

—Que nunca lo han acusado de ningún delito, pero corren rumores muy bestias. Se sospecha que está relacionado con la mafia, pero nadie tiene pruebas.

—¿Algo más?

—Una ex novia lo demandó para intentar sacarle una pensión. Desapareció.

—Y ya podemos darla por muerta.

—Exacto.

Sonaba verosímil. Y si ya les había encargado a Tommy y a Bruno que mataran a alguien, no le costaría nada darles la orden por segunda vez. O puede que la hubiera dado montones de veces y no lo hubieran pillado nunca.

—¿Qué hace para la mafia que le haga necesitar dos guardaespaldas?

—Así que has conocido a sus especialistas en seguridad… —Se lo confirmé asintiendo—. A mi compañera le encantaría hablar contigo —comentó.

—No le habrás dicho nada de mí, ¿verdad?

—¿Por quién me has tomado? —Me dedicó una sonrisa radiante.

Lo dejé estar.

—Bueno, y ¿qué hace para la mafia?

—Sospechamos que se encarga de blanquear dinero.

—¿No tenéis nada concreto?

—Nada. —Y no le hacía ninguna gracia.

Luther sacudió la cabeza y echó la ceniza en el cenicero. Cayó un poco en la barra, y la limpió con el paño.

—No parece una compañía muy recomendable —me dijo—. Yo en tu lugar me mantendría lejos de él.

Era un buen consejo, pero por desgracia…

—No creo que me deje en paz.

—No voy a preguntar; no quiero saberlo.

Varios clientes hacían señas frenéticas para que los atendiera, y Luther se fue hacia ellos. El espejo de detrás de la barra me permitía controlar todo el bar, y hasta podía ver la puerta sin girarme. Era práctico y reconfortante.

—Yo sí que voy a preguntar. Yo sí que quiero saberlo —dijo Irving. Cuando vio que me limitaba a negar con la cabeza, añadió—: Además sé una cosa que tú no sabes.

—¿Y me interesa? —Asintió con tanto ímpetu que se le agitó el pelo frito. Suspiré—. Venga, dímelo.

—Tú primero.

—Ya te he dicho todo lo que pensaba decirte esta noche, Irving. —Me tenía hasta los mismísimos—. Tengo el expediente, pero si me puedes ahorrar un poco de tiempo, te aseguro que me vendrá de puta madre.

—Joder, contigo no tiene gracia ponerse en plan periodista implacable. —No, si al final empezaría a hacer pucheros.

—Dímelo de una vez si no quieres que me ponga violenta.

Soltó una risita; sospecho que no se lo había tomado en serio. Bendita inocencia.

—Tachán…

Se llevó una mano a la espalda, con un gesto de mago de feria, y sacó una foto en blanco y negro. Era de una mujer de veintitantos años, con el pelo castaño, largo y bien peinado, y la gomina justa para afilar las puntas. Era guapa, pero no la reconocí. Evidentemente, no era ningún posado; su expresión no parecía la de alguien que espera que le saquen una foto.

—¿Quién es?

—Era la novia de Gaynor hasta hace cinco meses.

—¿Tiene alguna minusvalía? —Miré aquel rostro atractivo de expresión franca; por la foto no se podía saber.

—Es Wanda la Tragamillas. Ha conseguido convertir en negocio su silla de ruedas. Hay gente que se la rifa.

—¿En serio? —Lo miré sin poder evitar que los ojos se me abrieran como platos. Una prostituta en silla de ruedas… Demasiado raro para mí. Sacudí la cabeza—. Vale. ¿Dónde puedo encontrarla?

—Nosotros también queremos ir.

—Por eso tenías la foto aparte.

—Wanda no soltará prenda si te presentas sola. —Ni siquiera tuvo el detalle de simular vergüenza.

—¿Ya ha hablado con tu compañera? —Irving frunció el ceño, y sus ojos perdieron el brillo de triunfo. Sabía qué significaba aquello —. No quiere hablar con la prensa, ¿verdad?

—Tiene miedo de Gaynor.

—No es para menos.

—¿Y por qué esperas que te cuente a ti lo que no nos cuenta a nosotros?

—¿Por mi irresistible encanto personal?

—Menos lobos, Blake.

—¿Qué sitios frecuenta?

—Ah, mierda. —Irving apuró el *whisky* de un trago—. Trabaja en un putero que se llama El Gato Pardo.

¿Sería por la peli o por aquello de que de noche, todos los gatos…? Qué ingenioso.

—¿Dónde está?

Contestó Luther, aunque no lo había visto volver.

—En la calle principal del Tenderloin: Grand, esquina con la Veinte. Pero no deberías ir sola.

—Soy mayorcita.

—Sí, pero no lo pareces, y no creo que te apetezca liarte a tiros con el primer mindundi que te meta mano. Si vas con alguien que imponga un poco, todo eso que te ahorras.

—Yo no iría solo, desde luego —dijo Irving encogiéndose de hombros.

No me hacía gracia reconocerlo, pero tenían razón. Puede que sea una matavampiros de la hostia, pero no se me nota a simple vista.

—De acuerdo, me llevaré a Charles. Tiene pinta de poder vérselas sólito con un equipo de fútbol americano, aunque es un pedazo de pan.

—Pues no dejes que vea según qué cosas —dijo Luther, riendo mientras soltaba el humo—, no sea que se te desmaye.

Pobre Charles; se desmaya una vez en público, y la gente le cuelga el sambenito.

—Lo mantendré a salvo.

Dejé en la barra más dinero del necesario. No es que Luther me hubiera dado demasiada información, pero siempre me proporcionaba datos muy útiles. En cualquier caso, valían mucho más de lo que le pagaba, pero no se quejaban porque estaba relacionada con la policía. Dave el Muerto había sido poli, pero sus superiores lo echaron por convertirse en nomuerto. Qué gente más quisquillosa. Él se seguía haciendo el ofendido, pero en realidad quería echar una mano, así que me daba la información a mí, y yo les transmitía a sus antiguos compañeros lo que me parecía.

En aquel momento, Dave apareció por la puerta de detrás de la barra. Miré las ventanas oscuras; no se notaba nada, pero si el dueño del bar estaba en pie, ya era de noche. Mierda. Me tocaba volver al coche rodeada de vampiros. Por lo menos llevaba la pistola; algo es algo.

Dave es alto y corpulento, y el pelo castaño le empezaba a

clarear cuando murió. No había seguido perdiéndolo, pero tampoco lo había recuperado. Me dedicó una sonrisa suficientemente amplia para que le viera los colmillos, y un murmullo de nerviosismo recorrió el bar. Los susurros se extendieron como las ondas en un estanque. Había aparecido un vampiro: empezaba el espectáculo.

Nos saludamos con un apretón de manos. La de Dave estaba cálida, firme y seca, y él estaba sonrosado y alegre: ya había comido. ¿Se habría dejado la víctima? Seguro que sí. Dave no era mal tipo para ser un nomuerto.

—Luther me dice muchas veces que has estado, pero siempre vienes de día. Me alegro de que te hayas quedado un poco más.

—La verdad es que tenía intención de salir del barrio antes de que se hiciera de noche.

Frunció el ceño.

—¿Vas preparada? —me preguntó.

Le dejé entrever la pistola, y el metomentodo de Irving abrió los ojos desmesuradamente.

—¡Vas armada! —Pareció que lo decía a gritos, pero no.

El bullicio se había convertido en un murmullo de expectación. Suficiente para que nos oyeran los parroquianos, pero a eso habían ido: a escuchar a los vampiros, a hacerles confidencias a los muertos.

—¿Por qué no lo publicas en portada? —dije bajando la voz.

—Lo siento. —Irving se encogió de hombros.

—¿De qué conoces a nuestro intrépido reportero? —preguntó Dave.

—A veces me ayuda a investigar.

—Vaya, vaya, investigar. —Sonrió sin que se le vieran los colmillos; un truco que se aprendía con los años—. ¿Luther te ha dado el recado?

—Sí.

—¿Vas a ser lista o tonta?

Dave es un poco bestia, pero me cae bien de todas formas.

—Tonta, probablemente.

—Ya sé que tienes una relación muy especial con el nuevo amo, pero no te confíes. Sigue siendo un maestro vampiro, y siempre es peligroso joderlos. No te busques un lío con él.

—Eso es justamente lo que pretendo evitar.

Dave sonrió tanto que se le vieron los colmillos.

—¡Mierda! ¿Quieres decir que…? Naaa, lo que quiere es algo más que echar un buen polvo.

Así que consideraba que yo tenía un buen polvo. Todo un detalle por su parte. Supongo.

—Sí —confirmé.

—¿De qué va esto, Anita? —dijo Irving. Muy buena pregunta. La conversación lo tenía dando saltitos en el taburete.

—No es asunto tuyo.

—Anita…

—No seas cargante, Irving.

—¿«No seas cargante»? No había oído esa expresión desde que murió mi abuela.

—Pues deja de darme el coñazo —le dije con firmeza, mirándolo a los ojos—. ¿Te gusta más así?

—Sólo intento hacer mi trabajo —dijo extendiendo los brazos en un gesto de rendición.

—Pues hazlo en otro sitio. —Me bajé del taburete.

—Ha dado instrucciones de localizarte —me dijo Dave—. Si algún vampiro actúa con exceso de celo…

—¿Quieres decir que emplearían la fuerza? —Asintió—. Llevo pistola, crucifijo y toda la pesca. No te preocupes.

—¿Te acompaño al coche? —preguntó Dave.

—Gracias mil —dije mirándolo a los ojos marrones y sonriendo —, pero puedo cuidarme sola.

La verdad era que muchos vampiros estaban cabreados con Dave por facilitarle información al enemigo. Yo era la Ejecutora, y si un vampiro se pasaba de la raya, me avisaban a mí para que le parase los pies. Con los nomuertos no había cadena perpetua ni hostias: pena de muerte o nada. Las cárceles no eran para los vampiros.

En California lo habían intentado, pero un maestro vampiro se les escapó, y se cargó a veinticinco personas en una sola noche. No les chupó la sangre; sólo las mató. Supongo que el encierro lo había puesto de mal humor. Las puertas y los guardas estaban cubiertos de crucifijos, pero el caso es que sólo funcionan si quien los lleva cree en ellos y, desde luego, dejan de funcionar en cuanto un maestro vampiro convence a alguien para que se los quite.

Para los vampiros, yo era el equivalente de la silla eléctrica y,

qué sorpresa, no les caía muy bien.

—Yo la acompaño —dijo Irving. Pagó sus copas y se levantó. Yo llevaba el carpetón debajo del brazo, y al parecer, no estaba dispuesto a perderlo de vista. Cojonudo.

—Tendrá que protegerte a ti también —dijo Dave.

Irving abrió la boca para contestar, pero se lo pensó mejor. Podía decirles que era licántropo, pero no quería que nadie se enterase. Se esforzaba mucho, mucho por parecer completamente humano.

—¿Estás segura de que no quieres que te acompañe? —insistió Dave.

Última oportunidad de tener escolta vampírica hasta el coche. Se estaba ofreciendo a protegerme del amo, pero no daba la talla; no llevaba ni diez años muerto.

—Me alegra saber que te preocupas tanto por mí.

—Anda, largo.

—Cuídate —dijo Luther.

Les sonreí a los dos y me volví para marcharme del bar, del que se había apoderado algo parecido al silencio. No creía que la gente hubiera pescado gran cosa de nuestra charla, pero tenía la impresión de que todo el mundo me miraba. Contuve el impulso de volverme y decir «¡Buuu!». Estoy segura de que más de uno habría gritado.

Sería por la cicatriz en forma de cruz que tengo en el brazo. Sólo los vampiros tienen marcas como esa, ¿no? Salen cuando la carne impía se marca con un crucifijo. La mía me la habían hecho con un hierro candente, por encargo de un maestro vampiro que ya estaba criando malvas. Le había parecido gracioso. Ja.

O quizá fuera sólo por Dave. Igual ni se habían fijado en la cicatriz y me estaba volviendo paranoica. Llevarse bien con un vampiro respetuoso de la ley levanta sospechas. Pero a la que ven unas cuantas cicatrices raras se imaginan lo peor. Pero tampoco es tan grave. Las sospechas son sanas: ayudan a seguir con vida.

La oscuridad sofocante se cerraba a mi alrededor como un puño cálido y pringoso. Una farola dejaba un charco brillante en la acera, como si chorreara luz derretida. Todas las farolas son reproducciones de las de gas de hacía un siglo. Son negras y estilizadas, pero no acaban de dar el pego. Como los disfraces: tienen buena pinta, pero son demasiado cómodos para ser de verdad.

El cielo era como una presencia oscura sobre los altos edificios de ladrillo, pero las farolas mantenían la penumbra a raya, sujetando la carpa de oscuridad con postes de luz. Era de noche pero no lo parecía.

Empecé a caminar en dirección al aparcamiento de la calle Uno. Es casi imposible aparcar en la Orilla, y el turismo sólo empeora el problema.

Los zapatos de Irving, de vestir, hacían tanto ruido que hasta producían eco. Era una calzada de adoquines, y como todo el barrio, estaba ideada para los coches de caballos. Una pesadilla para aparcar, pero claro, quedaba bonito.

Mis zapatillas de deporte no hacían prácticamente ningún sonido. Me sentía como si estuviera sacando de paseo a un cachorro ruidoso. Casi todos los licántropos que conozco se mueven con sigilo, pero Irving tenía más de chucho aparatoso que de hombre lobo.

Por la calle había parejas y grupos pequeños que se reían y charlaban estrepitosamente. Habían ido a ver vampiros en vivo y en

directo… ¿o sería en muerto y en directo? Turistas, fijo. Aficionados, mirones. Me jugaría cualquier cosa a que yo había visto más nomuertos que todos ellos juntos, y no acertaba a entender qué les resultaba tan fascinante.

Ya era noche cerrada; Dolph y sus chicos estarían esperándome en el cementerio Burrell, y tenía que ir. ¿Qué hacía con el expediente de Gaynor? ¿Y con Irving? A veces tengo la agenda demasiado apretada.

Una figura salió de entre los edificios en penumbra; no sé muy bien si nos estaba esperando o si fue por casualidad, o por arte de magia. Me quedé paralizada, como un conejo que ve acercarse los faros de un coche.

—¿Qué te pasa, Blake? —preguntó Irving.

Le tendí el expediente y lo aceptó, perplejo. Quería tener las manos libres por si necesitaba la pistola, aunque probablemente no me haría falta. Probablemente.

Jean-Claude, el amo de los vampiros de la ciudad, caminó hacia nosotros con movimientos felinos, de bailarín, fluidos, llenos de energía y elegancia contenidas que podían desencadenarse en un estallido de violencia.

No era tan alto; no llegaría al metro ochenta. Llevaba una camisa tan blanca que resplandecía, suelta y larga, de mangas anchas que se fruncían al llegar a unos puños ceñidos de tres botones. Por delante se cerraba sólo con un cordón, a la altura del cuello. No se lo había atado, y la tela blanca enmarcaba su pecho pálido y lampiño. La camisa se perdía en la cintura de unos vaqueros negros ajustados; si no, le colgaría como una capa.

Tenía el pelo negrísimo y ligeramente ondulado, y unos ojos, para quien se atreviera a mirarlos, de un azul tan oscuro que parecía negro, como diamantes oscuros.

Se detuvo a un par de metros de nosotros, tan cerca que podíamos distinguir la cicatriz en forma de cruz de su pecho, lo único que mancillaba su cuerpo perfecto. La parte que había visto, al menos.

Mi cicatriz era el resultado de una broma pesada; la suya, del intento desesperado por parte de algún pobre diablo de escapar de la muerte. Me pregunté si le habría servido de algo. Quizá, pero si la respuesta era que no, prefería no saberlo.

—Hola, Jean-Claude —dije.

—Buenas noches, *ma petite* —contestó con una voz aterciopelada, cargada de matices y vagamente impúdica, como si un simple intercambio de saludos fuera para él algo obsceno. Igual lo era.

—No me llames así.

—Como quieras. —Sonrió ligeramente, sin dejar entrever los colmillos. Examinó a Irving, que tuvo cuidado de esquivar sus ojos. Nunca hay que mirar a los ojos a un vampiro, aunque yo lo miraba sin problemas. ¿Por qué?—. ¿No me presentas a tu amigo? —Pronunció la última palabra en voz baja y un poco amenazadora.

—Irving Griswold, periodista del *Post-Dispatch*. Me está ayudando con una investigación.

—Ah. —Rodeó a Irving como si fuera un objeto y estuviera inspeccionándolo a fondo para decidir si lo compraba.

Irving echaba miradas furtivas de reojo, para no perder de vista al vampiro. Después me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó.

—Eso, Irving, ¿qué pasa? —dijo Jean-Claude.

—Déjalo en paz.

—¿Cómo es que no has venido a verme, mi pequeña reanimadora?

Aquel apelativo no era mucho mejor que *ma petite*, pero en fin. Menos da una piedra.

—Tenía cosas que hacer —respondí. La mirada que asomó a su rostro fue casi de furia, y yo no quería enfurecerlo—. Pensaba ir a verte.

—¿Cuándo?

—Mañana por la noche.

—Esta noche. —No fue ninguna petición.

—No puedo.

—Claro que puedes, *ma petite*. —Su voz me atravesó la cabeza con un viento cálido.

—Pero mira que llegas a ser exigente —protesté.

Jean-Claude se echó a reír, con un sonido placentero y reverberante. Igual que los perfumes caros dejan rastro cuando se va quien los lleva, el recuerdo de su risa permanecía un rato en los oídos. No había conocido a ningún maestro vampiro que tuviera

mejor voz: cada cual destaca a su manera.

—Y tú, exasperante —dijo con un tono aún teñido por la risa—. No sé qué voy a hacer contigo.

—Podrías dejarme en paz —contesté con absoluta seriedad. Era uno de mis mayores deseos.

Su rostro recobró la circunspección al momento. Como si tuviera un interruptor: encendido, risueño; apagado, inescrutable.

—Tengo muchos seguidores que ya saben que eres mi sierva humana, *ma petite*, y una de las cosas que tengo que hacer para consolidar mi poder es controlarte. —Ya, y por su tono, lo sentía un montón. Flaco consuelo.

—¿Cómo que tienes que controlarme? —Una punzada de miedo me encogió el estómago. Si no me mataba a sustos, me provocaría una úlcera.

—Eres mi sierva humana y deberías empezar a comportarte como tal.

—No soy tu sierva.

—Claro que sí, *ma petite*.

—¡Joder, Jean-Claude, déjame en paz!

De repente estaba a mi lado. No lo había visto moverse, pero me nubló el cerebro sin esfuerzo aparente. La sangre se me arremolinaba en la cabeza. Intenté dar un paso atrás, pero una mano delgada y pálida me cogió del brazo, justo por encima del codo. En lugar de apartarme, debería haber sacado la pistola. Esperaba sobrevivir a aquel error.

—Yo creía que las dos marcas vampíricas te impedían doblegar mi voluntad. —Hablé sin perder la compostura; si tenía que morir, lo mínimo era mantener la dignidad.

—No puedo hechizarte con la mirada, y es más difícil obnubilarte, pero con un poco de esfuerzo…

Me rodeó el brazo con los dedos, sin hacer fuerza. Tuve el buen juicio de no intentar zafarme: podría aplastarme el brazo sin despeinarse, o arrancármelo, o desguazar un Toyota. Puesto que no me consideraba capaz de plantarle cara a Tommy si llegábamos a las manos, de enfrentarme a Jean-Claude mejor ni hablábamos.

—Es el nuevo amo de la ciudad, ¿verdad? —Era Irving. Creo que nos habíamos olvidado de él, pero al parecer, él no apreciaba su suerte.

Jean-Claude me apretó el brazo ligeramente, y se volvió para mirar al hombre lobo.

—Tú eres ese periodista que pretendía entrevistarme.

—Sí. —Parecía nervioso, pero tampoco tanto; sólo había un deje de tensión en su voz. Qué valiente y resuelto. Bien por Irving.

—Puede que te conceda la entrevista cuando termine de hablar con esta encantadora joven.

—¿De verdad? —preguntó sin disimular la sorpresa. Me miró todo sonriente—. Me encantaría. Haría cualquier cosa por…

—Silencio. —Fue un susurro que se quedó flotando en el aire. Irving se achantó como por ensalmo.

—¿Irving? —Tiene gracia que me preocupara por él cuando era yo la que tenía un vampiro colgado del brazo, pero qué le voy a hacer si soy atenta.

—Estoy bien —contestó entre dientes—. Nunca había sentido nada parecido.

—Nuestro Jean-Claude es un caso único —dije mirando hacia él.

—¿Sigues con ganas de broma, *ma petite*? —Volvía a dirigirme su atención. Ay.

Miré sus ojos arrebatadores, pero sólo eran ojos: me había otorgado el poder de resistirme a ellos.

—Es una forma de matar el tiempo. ¿Se puede saber qué quieres?

—Siempre tan valerosa.

—No creo que te atrevas a hacerme nada en plena calle, con testigos. Serás el nuevo amo, pero también eres práctico y nunca arriesgarías los negocios. Integrarte en la sociedad te impone ciertas limitaciones.

—Sólo en público —dijo en voz tan baja que sólo lo oí yo.

—Muy bien, pero estamos de acuerdo en que no te vas a poner violento aquí y ahora. —Lo miré—. Así que déjate de teatro y dime qué cojones quieres.

Jean-Claude sonrió, con un ligerísimo movimiento de los labios, pero me soltó el brazo y se apartó.

—Por el mismo motivo, tú no me pegarías un tiro en plena calle sin provocación.

En mi opinión, me había provocado de sobra, pero no sería fácil explicárselo a la policía.

—No tengo ningún interés en que me acusen de asesinato, en efecto.

Su sonrisa se amplió, aunque siguió sin enseñar los colmillos. Se le daba mejor que a ningún otro vampiro viviente… si es que se puede hablar de vampiros vivientes, que esa es otra.

—No nos vamos a hacer nada malo en público, entonces.

—Supongo que no. ¿Qué quieres? Llego tarde a una cita.

—¿Esta noche te toca levantar zombis o matar vampiros?

—Ni lo uno ni lo otro.

Se quedó mirándome, esperando a que añadiera algo, pero ¿para qué? Se encogió de hombros, y hasta para ese gesto era elegante.

—Eres mi sierva humana, Anita. —Me había llamado por mi nombre; la cosa pintaba mal.

—Anda ya.

—Llevas dos de mis marcas —dijo tras un suspiro prolongado.

—No por gusto.

—Si no hubiera compartido mi fuerza contigo, habrías muerto.

—No me vengas con pamplinas de que me salvaste la vida; me pusiste las dos marcas sin pedirme permiso ni darme explicaciones. Puede que con la primera me salvaras, muy bien, pero con la segunda te salvaste tú, y no tuve voz ni voto ninguna de las dos veces.

—Otras dos marcas y serás inmortal; no envejecerás, porque yo no envejezco, pero seguirás siendo humana, y podrás seguir llevando crucifijos y yendo a misa. Eso no pone tu alma en peligro. ¿Por qué te resistes?

—¿Cómo sabes cuándo está o deja de estar en peligro mi alma, si tú ya no tienes de eso? Cambiaste el alma inmortal por inmortalidad terrenal. Pero yo sé que los vampiros pueden morir, y ¿qué pasará cuando mueras? ¿Adónde irás? ¿Te desvanecerás y ya? No: irás de cabeza al Infierno, que es donde deberías estar.

—¿Y crees que por ser mi sierva humana irás al Infierno conmigo?

—Ni lo sé ni quiero saberlo.

—Al resistirte me pones en un compromiso, y no puedo permitir que me consideren débil, *ma petite*. Tenemos que resolver esto de una forma u otra.

—¿Qué tal si te olvidas de mí?

—No puedo. Eres mi sierva humana y tienes que empezar a comportarte como tal.

—No me presiones, Jean-Claude…

—¿O qué? ¿Vas a matarme? ¿Crees que podrías?

—Sí —contesté mirándolo fijamente.

—Siento que me deseas, *ma petite*, igual que yo te deseo a ti.

Me encogí de hombros; ¿qué podía decir?

—Simple deseo, nada del otro mundo. —Era mentira, pero bueno.

—No, *ma petite*. Significo algo más para ti.

Estupendo.

—De verdad, llego tarde. La policía me está esperando.

—Esta conversación no ha terminado aún, *ma petite*.

Asentí; Jean-Claude tenía razón. Había intentado hacerme la sueca, pero no es fácil con un maestro vampiro.

—¿Mañana por la noche?

—¿Dónde?

Fue todo un detalle por su parte que no me ordenara que fuera a su guarida. Me pregunté dónde sería mejor quedar. Quería que Charles me acompañara al Tenderloin, y a él le tocaba examinar las condiciones laborales de los zombis en un club de la comedia. Sería un sitio tan bueno como cualquier otro.

—¿Conoces El Cadáver Alegre?

Sonrió enseñando colmillo. Una mujer de un grupo que pasaba cerca dejó escapar un gritito.

—Sí.

—¿Te parece bien a las once?

—Será un placer. —Sus palabras me acariciaron como una promesa. Mierda—. Te espero en mi despacho.

—Un momento. ¿Cómo que en tu despacho? —pregunté alarmada.

Su sonrisa se amplió, y los colmillos reflejaron la luz de la farola.

—Claro. El Cadáver Alegre es mío. Estaba convencido de que lo sabías.

—Y una polla.

—Te estaré esperando.

Yo había elegido el sitio, así que no podía echarme atrás. Joder.

—Vamos, Irving.

—Que se quede; aún no me ha entrevistado.

—Por favor, Jean-Claude, déjalo en paz.

—Voy a darle lo que quiere, ni más ni menos.

No me gustó su forma de decirlo.

—¿Qué tramas?

—¿Yo, *ma petite*? ¿Por qué crees que tramo algo?

—Quiero quedarme, Anita —dijo Irving.

—No sabes dónde te metes.

—Soy periodista y estoy haciendo mi trabajo.

—Prométeme que no le vas a hacer daño —le dije a Jean-Claude.

—Tienes mi palabra.

—Que no le vas a hacer absolutamente nada malo.

—No le voy a hacer absolutamente nada malo.

Su semblante estaba tan inexpresivo que pareció que las sonrisas habían sido espejismos. Tenía la inmovilidad de los que llevan mucho tiempo muertos: agradable a la vista, pero tan desprovisto de vida como un lienzo. Le miré los ojos inescrutables y me estremecí. Mierda.

—¿Estás seguro de que quieres quedarte?

—Quiero entrevistarlo. —Asintió.

—Estás como una cabra —dije sacudiendo la cabeza.

—Soy un buen periodista.

—… que está como una cabra.

—Sé cuidarme, Anita.

Nos miramos durante unos segundos.

—De acuerdo, que te diviertas. ¿Me dejas el expediente?

Irving bajó la vista. Se le había olvidado.

—Llévamelo mañana por la mañana, o a Madeline le da algo.

—No te preocupes.

Me coloqué la abultada carpeta bajo el brazo izquierdo, tan suelta como pude. Me impedía sacar la pistola con comodidad, pero vivimos en un mundo imperfecto.

Tenía información sobre Gaynor y el nombre de una ex reciente. Una mujer despechada. Quizá quisiera hablar conmigo y me ayudase a encontrar pistas. Claro que también podía mandarme al guano; no sería la primera vez.

Jean-Claude me miraba con aquellos ojos impávidos. Aspiré

profundamente y solté el aire por la boca. Ya tenía bastante por una noche.

—Hasta mañana —les dije a los dos.

Giré y empecé a alejarme. Había un grupo de turistas con cámaras, y una de ellas me apuntaba.

—Como me saques una foto, te tragas la cámara —dije con una sonrisa.

—¿Sólo una? —preguntó inseguro.

—Ya habéis visto bastante. Venga, a lo vuestro, se ha acabado el espectáculo.

Los turistas se disiparon como el humo sacudido por un golpe de viento. Mientras caminaba hacia el coche, miré hacia atrás y vi que se habían reagrupado alrededor de Jean-Claude e Irving. Bueno, tenían razón: el espectáculo no había acabado aún.

Irving ya era mayorcito y quería la entrevista. ¿Quién era yo para hacer de niñera de un hombre lobo hecho y derecho? ¿Se daría cuenta Jean-Claude de su secreto? Y si así fuera, ¿eso cambiaría algo? Que se las apañara; yo ya tenía bastante con Harold Gaiynor, Dominga Salvador y un monstruo que se merendaba a los ciudadanos respetables de San Luis. Qué tres ruedas para un carro.

El cielo nocturno era un cuenco de líquido negro. Las estrellas, nítidas como diamantes, le daban un cariz frío y duro, y la luna era una composición resplandeciente en tonos de gris y plata. Cuando se vive en la ciudad se tiende a olvidar lo oscura que es la noche, lo brillante que es la luna y cuántas estrellas hay.

En el cementerio Burrell no había farolas; no llegaba más luz artificial que el débil resplandor amarillo de las ventanas de una casa lejana. Yo estaba en la cima de la colina, toda sudorosa, enfundada en el mono y con las zapatillas de deporte.

Ya se habían llevado el cadáver del niño. Estaría en el depósito, esperando a que el forense se encargara de él. Para mí ya había pasado; no tenía que volver a verlo nunca, excepto en sueños.

Dolph estaba a mi lado. Se limitaba a contemplar la hierba y las lápidas rotas, sin decir palabra, en espera de que yo obrara mi magia y me sacara un conejo del sombrero. Lo ideal sería que apareciera el conejo y nos lo cargáramos. Lo segundo mejor, que encontráramos el agujero del que salía. Eso podría darnos alguna pista, porque de momento estábamos dando palos de ciego.

Dos exterminadores nos seguían de cerca. El hombre era bajo y corpulento, con el pelo entrecano cortado al uno. Tenía pinta de entrenador retirado, pero parecía creer que el lanzallamas que llevaba en bandolera era un animalito: no paraba de acariciarlo con sus manos rechonchas.

La mujer no debía de tener más de veinte años, y llevaba el pelo rubio y liso recogido en una coleta, con mechones sueltos que le

colgaban delante de la cara. No era mucho más alta que yo, y tenía unos ojos enormes con los que recorría la hierba de lado a lado, como una francotiradora dispuesta a pasar a la acción.

Esperaba que no fuera de gatillo fácil; no tenía ningún interés en que me devorase un zombi asesino, pero tampoco me apetecía que me rociaran con napalm. ¿La señorita prefiere morir devorada o abrasada? No sé, déjeme ver si hay algo más en la carta…

La hierba se agitaba y susurraba como las hojas de los árboles en otoño. Si usábamos un lanzallamas en el cementerio, se montaría una buena, y no nos resultaría fácil escapar. Pero el fuego es lo único que puede detener a un zombi. Aunque estaba por ver que fuera un zombi y no algo distinto, claro.

Sacudí la cabeza y eché a andar; las dudas no me iban a llevar a ningún sitio. En estos casos, mí máxima es: «Compórtate como si supieras qué haces».

Estoy segura de que la señora Salvador conocería un rito o un sacrificio que sirviera para buscar la tumba de un zombi; su forma de hacer esas cosas estaba sujeta a más normas que la mía. Por un lado, ella era capaz de encerrar almas en cuerpos putrefactos; por otro, yo tampoco había odiado nunca a nadie tanto como para hacerle algo así. Para matarlo, sí, pero ¿para atrapar su alma y esperar a que se le pudriera el cuerpo antes de volver a ponérsela? No, eso era peor que perverso; era el no va más de la maldad. Había que pararle los pies, pero como no me la cargase… Suspiré; era un problema del que ya me encargaría en otra ocasión.

Me incordiaba tener a Dolph pisándome los talones. Me volví a mirar a los exterminadores. Su trabajo consistía en matar lo que fuera, desde termitas hasta algules, pero los algules son carroñeros asustadizos, y yo no definiría así al bicho que buscábamos.

Los tres caminaban detrás de mí, y tenía la impresión de que hacían más ruido que yo. Intenté concentrarme en la búsqueda, pero sólo conseguía oír sus pasos y sentir el miedo de la mujer. Así no hay quien trabaje.

—Necesito más espacio, Dolph —dije, deteniéndome.

—¿Qué quieres decir?

—Quedaos a más distancia. Me estáis desconcentrando.

—Entonces puede que estemos demasiado lejos para ayudarte.

—Si el zombi sale de la tierra y me ataca… —Me encogí de

hombros—. ¿Qué vais a hacer? ¿Rociarlo con napalm y gratinarme a mí de propina?

—Según tú, el fuego es lo único que sirve.

—Y es cierto, pero si el zombi engancha a alguien, diles a tus chicos que no frían también a ese alguien.

—¿No podemos usar el napalm si el zombi los atrapa? —preguntó Dolph.

—Ahí quería yo llegar.

—Podías haberlo dicho antes.

—Acabo de caer en la cuenta.

—Cojonudo.

—Tienes razón —dije con otro encogimiento hombros—, ha sido un descuido. Y ahora, retrasaos y dejadme hacer mi trabajo. —Me acerqué y bajé la voz, para que sólo me oyera él—. Mantén vigilada a la chica; está tan asustada que le puede dar por disparar a las sombras.

—Son exterminadores, no policías ni matavampiros.

—Esta noche es posible que nuestra vida dependa de ellos, así que no la pierdas de vista, ¿vale?

Se volvió a mirarlos. El hombre sonrió y saludó con la cabeza; la mujer se quedó mirando con los ojos muy abiertos. Su miedo se podía masticar.

Tenía derecho a estar acojonada, así que ¿por qué me molestaba tanto? Quizá porque tenía la impresión de que las mujeres debíamos ser mejores que los hombres: más valientes, más rápidas, más lo que fuera. No teníamos más remedio si queríamos jugar en primera.

Me adelanté sola hasta que no pude oír nada más que el sonido de la hierba, seco y susurrante, que parecía intentar decirme algo con su voz rasposa. Era un sonido apremiante, como si la hierba tuviera miedo, aunque menuda estupidez. La hierba no siente una mierda. Pero yo sí, y estaba sudando a mares. ¿Estaría cerca esa cosa? ¿Me estaría acechando entre los matojos el monstruo que podía convertir a una persona en un pedazo de carne cruda?

No. Los zombis no eran suficientemente listos para acechar a nadie… Claro que este había sabido ocultarse de la policía. No estaba mal para un cadáver; estaba demasiado bien. Quizá no fuera un zombi ni nada parecido. Por fin había encontrado algo que me

asustaba más que los vampiros. La muerte no me preocupaba tanto, por aquello de que soy cristiana, pero la forma de morir era otro cantar, y que me comieran viva no estaba en mi lista de preferencias.

Quién iba a pensar que yo tendría miedo de un zombi, fuera del tipo que fuera. No dejaba de ser irónico, pero tenía la boca demasiado seca para reírme.

Como en todos los cementerios, reinaba una especie de calma desasosegada, como si los cadáveres estuvieran conteniendo la respiración, pero ¿a qué esperaban? ¿A que los resucitaran? Quizá, pero ya he tratado bastante con los muertos como para creer que haya una sola respuesta. Cada muerto, igual que cada vivo, tiene sus propias expectativas.

Normalmente, la gente muere, va al Cielo o al Infierno y eso es todo. Pero en algunos casos, sea por el motivo que sea, se tuercen las cosas. Los fantasmas, los espíritus inquietos, la violencia, el mal y la simple confusión pueden aprisionar los espíritus en la tierra. No creo que eso signifique que el alma se queda atrapada; más bien diría que perdura una especie de recuerdo del alma, de su esencia.

¿Esperaba que un espectro saliera de la hierba y se abalanzara sobre mí, gritando? No, aún no había visto ningún fantasma capaz de provocar daños físicos. Los demonios y algunos espíritus de hechiceros, mediante la magia negra, sí que pueden provocarlos, pero los fantasmas no hacen nada.

Por lo menos podía consolarme con eso.

El terreno cayó en picado y perdí pie, pero me sujeté a una lápida. La tierra hundida significaba que había una tumba sin señalar. Me subió un cosquilleo por la pierna, una especie de electricidad fantasmal. Me aparté y me quedé sentada en el suelo.

—¿Te has hecho daño, Anita? —gritó Dolph.

Volví la vista; la hierba me ocultaba por completo.

—Estoy bien —grité.

Me levanté con cuidado de no pisar la vieja tumba. Fuera quien fuera su ocupante, no estaba satisfecho con su morada: era una zona activa. No se trataba de un fantasma ni de una presencia, pero algo había. Era probable que en sus tiempos hubiera sido un fantasma hecho y derecho, pero se había ido debilitando. Los fantasmas se deshilachan, como la ropa, y se van marchando poco a

poco adonde sea que se marchen.

La tierra de la tumba volvería a nivelarse, probablemente antes de que me enterraran a mí… si antes no me mataba un zombi asesino, vamos. O un vampiro. O un humano de gatillo fácil. Bien pensado, era probable que la zona activa durase más que yo.

Volví la cabeza y vi que Dolph y los exterminadores estaban a unos veinte metros. ¿No era demasiado lejos? Les había pedido que no me resoplaran en el cogote, pero tampoco esperaba que se quedaran a tanta distancia. Está visto que nunca estoy contenta.

¿Se enfadarían si les pedía que se acercaran más? Probablemente. Empecé a caminar de nuevo, con cuidado de no pisar más tumbas, pero no era fácil con la mayoría de las lápidas ocultas por los matojos. Cuántas tumbas sin identificar, cuánto abandono.

Podría pasarme toda la noche dando vueltas sin rumbo fijo. ¿Acaso pensaba que podía topar accidentalmente con la tumba adecuada?

Supongo que sí. La esperanza es lo último que se pierde, sobre todo cuando la alternativa es inhumana.

Tanto los vampiros como los zombis han sido antes seres humanos normales y corrientes. Y casi todos los licántropos también, aunque a veces nacen así. Todos los monstruos empiezan por ser normales, excepto yo, y no levantaba muertos por vocación. No es que un día me plantara en el despacho de un asesor profesional y le dijera: «Quiero dedicarme a reanimar cadáveres». Nada tan fácil, ni de lejos.

Siempre he tenido cierta afinidad con la muerte. Nada que tenga que ver con los muertos recientes; con las almas no me meto, pero me doy cuenta en cuanto se van. Puedo sentirlo. Reíos todo lo que queráis, pero lo sé.

De pequeña tuve perro, como la mayoría de los niños. Y como suele pasar, se me murió. Yo tenía trece años. Enterramos a *Jenny* en el patio trasero. Una semana después me desperté y la encontré tumbada a mi lado; su denso pelaje negro estaba cubierto de tierra, y sus ojos marrones, muertos, seguían todos mis movimientos, igual que cuando la perra estaba viva.

Durante un momento pensé que nos habíamos equivocado al enterrarla, pero la verdad es que reconozco la muerte cuando la

veo. La percibo, la saco de la tumba. ¿Qué pensaría Dominga Salvador si supiera eso? El zombi de un animal, nada menos, y levantado por accidente. Da miedo. Es espeluznante.

Judith, mi madrastra, no llegó a recuperarse de la impresión. Es raro que le diga a alguien a qué se dedica su hijastra. En cuanto a mi padre… Bueno, él también prefiere mirar para otro lado. Yo intenté hacer lo mismo durante un tiempo, pero no había manera. Sin necesidad de entrar en detalles, ya sabéis que en las carreteras suele haber animales atropellados, ¿no? Judith lo sabía mejor que nadie, porque yo era como el flautista de Hamelin pero en macabro.

Al final, mi padre me llevó a conocer a mi abuela materna. No asusta tanto como Dominga Salvador, pero… digamos que es interesante. Se mostró de acuerdo en que no deberían enseñarme vudú, sólo lo suficiente para mantener los problemas a raya. «Basta con que le enseñes a controlarlo», había dicho mi padre.

Y me enseñó. Cuando ya controlaba mis habilidades, mi padre me llevó a casa, y no se volvió a mencionar el asunto, por lo menos delante de mí. Siempre me pregunté qué diría mi querida madrastra a mis espaldas. Claro que a mi padre tampoco le hacía gracia. Qué coño, ni a mí.

Bert me reclutó en cuanto terminé los estudios, aunque no había llegado a averiguar cómo se enteró de mi existencia. Al principio decliné la oferta, pero me ofrecía tanto dinero… Puede que fuera un acto de rebeldía, o que al final me diera cuenta de que los licenciados en biología especializados en lo sobrenatural no contábamos con demasiadas salidas profesionales. Bueno, en realidad me especialicé en criaturas legendarias, que quedaba casi igual de inadecuado en el currículo.

Era como especializarse en la antigua Grecia o en poesía romántica: interesante, y puede que divertido de estudiar, pero ¿para qué demonios sirve? Sólo para dedicarse a la enseñanza, y de hecho tenía intención de hacerme profesora universitaria cuando apareció Bert y me enseñó la forma de sacar partido a mis dotes… Y por lo menos puedo afirmar que los estudios me sirven de algo.

Nunca me pregunté de dónde había sacado esas habilidades. No era ningún misterio: las llevaba en la sangre.

El caso es que allí estaba, rodeada de tumbas. Respiré profundamente, y una gota de sudor me bajó por la cara. Me la

enjugué con el dorso de la mano; sudaba como un cerdo, pero estaba temblando. No por miedo al hombre del saco, sino por lo que yo me disponía a hacer.

Si fuera un músculo, lo movería; si fuera una idea, la pensaría; si fuera una palabra mágica, la diría. Pero no es nada parecido; es como si desaparecieran la piel y la ropa, como si las terminaciones nerviosas me quedaran al aire. Y a pesar del bochorno de la noche de agosto, tenía frío y la sensación de que el viento emanaba de mi piel. Aunque no es viento, porque nadie más lo percibe ni sopla en habitaciones cerradas como en las películas de terror. Nada llamativo; es algo silencioso, privado, sólo mío.

Las ráfagas heladas se dispersaron a mi alrededor, y supe que podría explorar todas las tumbas que tuviera cerca, en casi cinco metros a la redonda. A medida que avanzara, el círculo avanzaría conmigo, sin dejar de buscar.

¿Qué se siente cuando se explora bajo la tierra, en busca de cadáveres? No se parece a ninguna percepción humana. La descripción más ajustada que se me ocurre es que tengo la impresión de que me salen unos dedos incorpóreos con los que puedo atravesar la tierra, aunque tampoco es eso exactamente. Se parece, pero no.

Hacía años que la humedad había deshecho el ataúd que tenía más cerca. Había fragmentos de madera y hueso mezclados con tierra: nada entero, todo muerto e inerte. La zona activa, en cambio, casi quemaba, custodiando sus secretos. No podía averiguar nada de aquel ataúd, pero tampoco valía la pena investigarlo: había una especie de fuerza vital atrapada en la tumba muerta, y allí seguiría hasta que se desvaneciera. Qué mal rollo.

Seguí caminando lentamente, rodeada por el círculo invisible. Toqué huesos, ataúdes intactos, jirones de ropa en las tumbas más recientes… Era un cementerio antiguo, y no había cadáveres en plena descomposición. La muerte había alcanzado la etapa pulcra.

Noté que me agarraban por el tobillo. Di un salto y seguí avanzando sin bajar la vista; nunca hay que bajar la vista, pase lo que pase. Vi, aunque sin llegar a verlo, algo pálido y nebuloso, unos ojos desorbitados e implorantes.

Un fantasma de verdad. Le había pisado la tumba, y quería demostrarme que no le había hecho gracia. Pero ya veis lo que me

impresiona que un fantasma me agarre el tobillo; si no se les hace ni caso, las manos espectrales se desvanecen. Lo problemático es fijarse en ellos: entonces es cuando cobran forma física y pueden causar problemas.

Es una máxima que se puede aplicar a casi todos los entes sobrenaturales: son más inocuos cuanto menos caso se les hace. Claro que esto no se aplica a los demonios ni a los seres de ese estilo. Tampoco a los vampiros, ni a los zombis, ni a los algules, ni a los licántropos, ni a las brujas… Bueno, vale, lo de hacerse el sueco se aplica sólo a los fantasmas. Pero funciona.

Las manos me tiraron de la pernera del pantalón, y noté que los dedos intentaban aferrarse, como si el fantasma quisiera usarme para salir de la tumba. Mierda, mierda, mierda. Tenía que seguir andando como si nada.

Al final, los dedos se dieron por vencidos. Algunos fantasmas parecen guardarnos rencor a los vivos, como si nos tuvieran envidia. Aunque no puedan hacernos daño, creo que nada les resulta más divertido que darnos sustos de muerte.

Encontré una tumba vacía, cubierta de hierba alta. La madera se estaba deshaciendo, pero no había huesos. No tenía ningún cadáver. La tierra estaba seca y compacta por la falta de lluvia, pero se notaba que se habían removido los matojos: había raíces a la vista, como si hubieran intentado arrancarlos. O quizá fuera el rastro de algo que había salido de la tierra.

Me puse a cuatro patas al lado. Apoyé las manos en la tierra rojiza y pude sentir el interior de la tumba. Es como pasarse la lengua por los dientes: no se ve qué hay, pero se percibe.

El cadáver no estaba, pero el ataúd seguía en su sitio: de ahí había salido un zombi, aunque nada me garantizaba que fuera el que buscábamos. Aun así, era el único levantamiento que había encontrado.

Miré a mi alrededor. Me costó usar sólo los ojos para examinar la hierba; casi podía ver lo que había debajo. Captaba la tumba en algún lugar del cerebro que no recibe estímulos del nervio óptico. Mi campo de visión, lo que veía con los ojos, acababa en una verja, a poco menos de cinco metros. ¿Había recorrido el cementerio entero? ¿Era esa la única tumba vacía?

Me incorporé y miré a mi alrededor. Dolph y los dos

exterminadores seguían por allí, a unos treinta metros de distancia. ¿Treinta metros? Pues vaya forma de cubrirme las espaldas.

Sí, había recorrido todo el cementerio. Distinguí el lugar donde estaba el fantasma sobón, la zona activa… La tumba más reciente quedaba un poco más allá. Ya me sabía todo el cementerio, y me había enterado de qué muertos estaban inquietos… o había inquietado yo. Todo lo que no estaba completamente muerto se había puesto a bailar sobre la tumba: fantasmas blanquecinos, luces furiosas y agitadas… Hay formas y formas de levantar cadáveres.

Pero ya se tranquilizarían y seguirían durmiendo, si se puede llamar así. No era grave. Bajé la vista a la tumba vacía. ¿No era grave?

Les hice una seña a Dolph y a los otros para que se acercaran. Mientras tanto, me saqué una bolsa de plástico del bolsillo del mono y metí en ella un puñado de tierra de la tumba.

De repente, la luz de la luna pareció atenuarse. Dolph estaba a mi lado y la opacaba con su presencia.

—¿Y bien? —preguntó.

—De esta tumba ha salido un zombi —dije.

—¿Es el zombi asesino?

—No puedo estar segura.

—No lo sabes.

—Aún no.

—¿Y cuándo lo sabrás?

—Voy a llevarle esto a Evans, para que haga todo eso de toquetear y notar cosas.

—¿Evans? ¿El vidente? —preguntó Dolph.

—Ese mismo.

—Es un bicho raro.

—Pues sí, pero es bueno.

—La policía ha prescindido de sus servicios.

—Asunto vuestro —dije—. En Reanimators seguimos recurriendo a él cuando toca.

—No confío en Evans —dijo Dolph sacudiendo la cabeza.

—Y yo no confío en nadie, así que ¿dónde está el problema?

—Apúntate un punto —contestó con una sonrisa.

Metí en otra bolsa unos hierbajos, con cuidado de dejar las raíces intactas, y después aparté los matojos de la cabecera de la

tumba. No había lápida. Mierda. Sólo quedaba la base; la habían roto y se habían llevado los fragmentos. Ya empezamos.

—¿Por qué se habrán cargado la lápida? —preguntó Dolph.

—El nombre y las fechas podrían habernos dado alguna pista sobre el motivo por el que levantaron al zombi y sobre qué salió mal.

—¿Mal?

—Habría gente capaz de levantar un zombi y ordenarle que matara a una o dos personas, pero no que organizara una masacre. Nadie haría eso.

—Excepto un lunático.

—Eso no ha tenido gracia —dije mirándolo fijamente.

—Ya.

Un maniaco que levantaba muertos; un zombi asesino controlado por un psicópata… Cojonudo. Y si lo había hecho una vez…

—Mira, Dolph, si fuera cosa de un lunático, podría haber más de un zombi.

—Y según lo loco que esté, puede que no tenga pauta.

—Mierda.

—Eso mismo.

Si no había pauta, no había motivo; si no había motivo, quizá no fuéramos capaces de resolver el caso.

—Prefiero no pensar eso —dije.

—¿Por qué?

—Porque significaría que estamos perdidos. —Saqué la navaja que llevaba para esos casos y me puse a raspar los restos de la lápida.

—Es ilegal deteriorar tumbas —dijo Dolph.

—Qué pena.

Seguí raspando y metiendo las limaduras en una bolsa hasta que desprendí un trozo de piedra de buen tamaño. Después me guardé las tres bolsas en los bolsillos, junto con la navaja.

—¿De verdad crees que Evans podrá sacar algo en claro de todo eso?

—No lo sé. —Me incorporé y eché un vistazo. Los dos exterminadores guardaban las distancias, para dejarnos hablar en privado. Qué educados—. Aunque hayan destrozado la lápida, la

tumba sigue en su sitio.

—Pero sin cadáver.

—Ya, pero puede que el ataúd nos diga algo. Cualquier pista podría ser útil.

—De acuerdo —dijo asintiendo—. Pediré una orden de exhumación.

—¿No podemos ponernos a cavar ahora mismo?

—No, tengo que guardar las formas. —Me miró con dureza—. Y no quiero volver y encontrarme con que se me han adelantado; las pruebas no valdrían para nada si las hubieran manipulado.

—¿Pruebas? ¿Es que crees que esto va a llegar a los tribunales?

—Sí.

—Por favor, Dolph, lo que tenemos que hacer es pararle los pies a ese zombi.

—También quiero pillar a los hijoputas que lo levantaron y presentar cargos de asesinato contra ellos.

Asentí. Estaba de acuerdo con él, pero me parecía muy poco factible. Dolph era policía y tenía que preocuparse por la ley; yo me preocupaba por cosas más sencillas, como la supervivencia.

—Si Evans descubre algo útil, te avisaré.

—De acuerdo.

—Y no sé dónde estará el bicho, pero sé dónde no está.

—¿Ha salido del cementerio?

—Sí —dije.

—Y estará matando a más gente mientras nosotros perseguimos fantasmas.

Me apeteció darle unas palmaditas en el hombro y asegurarle que todo iba bien, pero no me lo creía ni yo. Lo entendía perfectamente, y en efecto, sólo estábamos persiguiendo fantasmas. Aunque aquella fuera la tumba del zombi asesino, dar con ella no nos había servido para encontrarlo, y teníamos que encontrarlo, atraparlo y acabar con él. La pregunta del millón era: ¿lo conseguiríamos antes de que le diera otra vez por comer? No tenía la respuesta. Mentira, sí que la tenía, pero no me gustaba: fuera, en algún sitio, el zombi se estaba poniendo ciego.

El *camping* de caravanas en el que vive Evans está en Saint Charles, al lado de la autopista 94: una extensión enorme con casas rodantes por todas partes… aunque de rodantes tienen poco, la verdad. Cuando yo era pequeña, había quien enganchaba la caravana a la parte trasera del coche para irse de viaje; para eso estaba. Ahora hay casas móviles que tienen tres o cuatro dormitorios y varios baños, y para moverlas haría falta un tráiler o un tornado.

La de Evans era de un modelo antiguo. Supongo que en caso necesario podría engancharla a la parte trasera de una furgoneta para llevársela. Mucho más fácil que contratar un camión de mudanzas, pero dudo que Evans llegue a mudarse nunca. Si ni siquiera ha salido de su caravana en un año…

Las ventanas refulgían al sol, y un porche artesanal, con toldo y todo, protegía la puerta. Sabía que Evans estaría levantado; siempre estaba levantado. El insomnio parece algo inofensivo, pero lo elevaba a la categoría de enfermedad.

Me había vuelto a poner el conjunto de los pantalones cortos negros, y llevaba las tres bolsas de muestras en una riñonera; si me hubiera presentado con ellas a la vista, a Evans le habría dado un ataque. Tenía que actuar con sutileza, como si pasara por allí, decidiera visitar a un viejo amigo y no pretendiera nada más. Ya.

Abrí la mosquitera y llamé. Silencio, ni un movimiento, nada. Fui a llamar otra vez, pero dudé. ¿Y si Evans había conseguido echar una cabezada por fin? No había dormido en condiciones desde que lo conocía. Mierda. Seguía allí plantada, sin saber si

seguir llamando, cuando noté una mirada.

Subí la vista hacia la ventanita de la puerta y vi una cara pálida que asomaba entre las cortinas. Los ojos azules de Evans se clavaban en mí.

Lo saludé con la mano.

El rostro desapareció; después oí que quitaban el cerrojo, y se abrió la puerta. No había ni rastro de Evans, sólo la puerta abierta. Entré. Evans estaba escondido detrás.

Se apoyó en la puerta para cerrarla. Tenía la respiración agitada, como si hubiera estado corriendo, y un pelo amarillo como las guedejas de una fregona le caía por un albornoz azul oscuro. Tenía la cara cubierta por una barba rojiza, descuidada.

—¿Cómo estás? —pregunté. Evans se apoyó en la puerta con los ojos desorbitados. Seguía respirando demasiado deprisa. ¿Estaría colocado?—. ¿Cómo estás? —repetí algo alarmada. En caso de duda, cambia la entonación.

—¿Qué quieres? —jadeó.

Tenía el palpito de que no iba a tragarse lo de la visita de cortesía.

—Necesito tu ayuda.

—No —dijo sacudiendo la cabeza.

—Ni siquiera sabes qué quiero.

—No importa. —Siguió sacudiendo la cabeza.

—¿Puedo sentarme? —Ya que no funcionaba lo de abordarlo directamente, a ver si apelando a su educación…

—Sí, claro. —Asintió.

Miré a mi alrededor. Estaba segura de que había un sofá debajo de las pilas de periódicos, platos de papel, tazas medio llenas y ropa sucia; la mesita estaba ocupada por un fósil de *pizza*. El aire estaba viciado.

Igual se ponía histérico si empezaba a mover cosas. ¿Sería capaz de sentarme en la montaña bajo la que suponía que estaba el sofá sin provocar una avalancha? Decidí intentarlo. Con tal de conseguir su ayuda, hasta me habría sentado en los restos de la *pizza* enmohecida.

Me encaramé a un montón de periódicos. Sin duda, debajo había algo grande y consistente, quizá el sofá de marras.

—¿Me invitas a un café?

—No tengo tazas limpias —dijo con un gesto de negación.

Me lo creía. Seguía aplastado contra la puerta, como si le diera miedo acercarse, y tenía las manos en los bolsillos del albornoz.

—¿Podemos hablar, simplemente?

Sacudió la cabeza, y lo imité. Vi que me miraba extrañado; igual le quedaba alguna neurona.

—¿Qué quieres? —me preguntó.

—Ya te lo he dicho: que me ayudes.

—Lo he dejado.

—¿Qué?

—Ya lo sabes.

—Pues no, no lo sé. ¿Me lo cuentas?

—He dejado de tocar cosas.

Parpadeé. Era una forma bastante rara de expresarlo. Entonces contemplé las pilas de platos sucios, de ropa… Pues no parecía que las hubieran tocado.

—Déjame verte las manos.

—No —dijo en voz alta y clara.

Me puse en pie y me acerqué a él. No me costó demasiado: lo arrinconé entre la puerta de entrada y la del dormitorio.

—Enséñame las manos —le ordené.

Los ojos se le llenaron de lágrimas, que le resbalaron por las mejillas cuando parpadeó.

—Déjame en paz.

Tenía un nudo en la garganta. Virgen santa, ¿qué habría hecho?

—Puedes enseñarme las manos por las buenas o por las malas. —Contuve el impulso de tocarle el brazo; iba contra las normas.

Se había echado a llorar, con hipo, sollozos y todo, pero sacó la mano izquierda del bolsillo. Estaba pálida, huesuda y… entera. Solté un suspiro de alivio. Gracias, Dios mío.

—¿Qué creías que había hecho?

—No preguntes. —Sacudí la cabeza.

Por fin me miraba de verdad; había logrado captar su atención.

—Tampoco estoy tan loco —dijo.

Iba a decirle que ni se me había pasado por la cabeza, pero no creí que colara. Los dos sabíamos que había llegado a temer que se hubiera cortado las manos para no tener que tocar nada más. Pensar eso sí que era cosa de locos, de locos de atar. Y allí estaba

yo, pidiéndole ayuda para resolver un asesinato. ¿Quién estaba peor? No contestéis.

—¿A qué has venido, Anita? —Todavía no se le habían secado las lágrimas y ya hablaba con normalidad.

—Necesito que me ayudes con un asesinato.

—Ya te he dicho que lo he dejado.

—Una vez me dijiste que no podías evitar tener visiones, que no se pueden desactivar.

—Por eso no salgo nunca. Si me quedo aquí y no veo a nadie, se acabaron las visiones.

—No te creo.

Se sacó del bolsillo un pañuelo blanco y limpio, y agarró el picaporte con él.

—Largo.

—Hoy he visto el cadáver de un niño de tres años al que se habían comido vivo.

Evans apoyó la cabeza en la puerta.

—No me hagas esto, por favor.

—Conozco a otros videntes, pero ninguno te llega a la suela de los zapatos. Necesito al mejor. Te necesito a ti.

—No, por favor —dijo frotando la frente contra la puerta.

Debería haberle hecho caso y haberme largado, pero me quedé. Me quedé detrás de él y esperé. Venga, viejo amigo, arriesga la cordura por mí. La indómita reanimadora estaba siendo implacable: el fin justifica los medios. Y qué más.

Pero en cierto modo, sí, sólo importaba el resultado.

—Si no conseguimos detenerlo, morirá más gente —dije.

—Me da igual.

—No te creo.

Se metió el pañuelo en el bolsillo y se volvió.

—Lo del niño es verdad, ¿no?

—Sabes que no te mentiría.

—Sí, ya. —Se humedeció los labios—. Dame lo que tengas.

Me saqué las bolsas de la riñonera y abrí la que contenía los fragmentos de lápida. Por algún sitio tenía que empezar.

No me preguntó qué era; eso sería hacer trampa. Ni siquiera habría mencionado al niño si no fuera porque necesitaba convencerlo. La culpa es una herramienta cojonuda.

Cuando le eché los trozos más grandes le tembló la mano. Tuve mucho cuidado de no rozarlo; no me apetecía revelarle mis secretos. Se moriría de miedo.

Agarró con fuerza el trozo de piedra, y un estremecimiento le recorrió la columna. Se quedó muy tenso, con los ojos cerrados, y entró en trance.

—Un cementerio, una tumba. —Giró la cabeza, como si intentara escuchar—. Hierba alta. Calor. Sangre, está untando la lápida de sangre. —Miró a su alrededor con los ojos cerrados, pero no creo que hubiera visto la caravana aunque los tuviera abiertos—. ¿De dónde sale esa sangre? —No supe si debía contestar—. ¡No, no! —Cayó hacia atrás y se golpeó la espalda con la puerta—. Una mujer que grita, que grita. ¡No, no! —Abrió los ojos desmesuradamente y lanzó los trozos de piedra tan lejos como pudo —. ¡La han matado, la han matado! —Se tapó los ojos con los puños —. Oh, Dios mío, la han degollado.

—¿Quiénes?

Sacudió la cabeza, sin apartar las manos de la cara.

—No sé.

—¿Qué has visto, Evans?

—Sangre. —Separó los brazos para mirarme, sin dejar de cubrirse el rostro—. Sangre por todas partes. Degollaron a una mujer y untaron la lápida con su sangre.

Tenía otros dos objetos para que los examinara, pero no me atrevía a pedírselo… Aunque ¿no dicen que por pedir nada se pierde?

—Quiero que toques dos cosas más.

—Ni hablar. —Retrocedió hacia el dormitorio—. Lárgate. Vete de mi casa inmediatamente.

—¿Qué más has visto, Evans?

—¡Que te vayas!

—Dime algo de la mujer. ¡Ayúdame, Evans!

La espalda le resbaló por la puerta y quedó sentado en el suelo.

—Una pulsera. Llevaba una pulsera en la mano izquierda. Amuletos pequeños: corazones, un arco y una flecha, notas musicales… —Sacudió la cabeza y la hundió entre los brazos—. Vete de una vez.

Empecé a darle las gracias, pero no me pareció apropiado. Me

puse a buscar la piedra, y la encontré en una taza de café que contenía algo verde y orgánico en el fondo. La recogí, la limpié con unos vaqueros que había en el suelo y la volví a echar a la bolsa, y después me lo guardé todo.

Miré a mi alrededor; no quería dejarlo en medio de tanta mierda. Quizá me sintiera culpable por haberme pasado tanto con él. Quizá.

—Muchas gracias, Evans. —No levantó la vista—. Si te mando a una asistenta, ¿dejarás que limpie esto?

—No quiero que nadie venga aquí.

—La factura la pagaría Reanimators. Estamos en deuda contigo. —Me miró sin disimular la rabia—. Necesitas ayuda, Evans, te estás desmoronando.

—Lárgate de una puta vez de mi casa.

Cada palabra fue como un dardo envenenado. Nunca lo había visto tan furioso. Lo había visto asustado, sí, pero nunca así. ¿Qué podía decir? Era su casa.

Me largué y me quedé en el porche desastrado hasta que oí que cerraba la puerta a mis espaldas. Tenía lo que quería: información. Así que ¿por qué me sentía tan mal? Porque le había impuesto mi voluntad a alguien que tenía un problema grave. Vale, era eso: culpabilidad, culpabilidad, culpabilidad.

Una imagen me acudió a la mente: la sábana ensangrentada del sofá marrón. La columna vertebral de la señora Reynolds, húmeda, resplandeciente a la luz del sol.

Fui a mi coche y entré en él. Si lo que le había hecho a Evans servía para salvar a una familia, valía la pena. Si con eso me libraba de volver a ver a un niño de tres años con los intestinos arrancados de cuajo, sería capaz de pegar a Evans con un bate, o de dejar que me pegara a mí.

Bien pensado, ¿no era lo que acabábamos de hacer?

En el sueño era pequeña, una niña. Tenía el coche estrellado delante, donde lo había estampado el otro coche, y parecía de papel de aluminio arrugado. La portezuela estaba abierta. Entré y reconocí la tapicería, tan clara que era casi blanca, con una mancha de líquido oscuro, no muy grande. Acerqué la mano para tocarla.

Se me mancharon los dedos de rojo. Nunca había visto tanta sangre. El parabrisas tenía una telaraña de grietas y estaba combado hacia fuera, por donde mi madre lo había golpeado con la cara. Había salido despedida por la puerta, y había muerto junto a la carretera; por eso el asiento no estaba encharcado.

Me quedé mirándome los dedos, llenos de sangre. En realidad debería estar seca y ser sólo una mancha, pero en mi sueño siempre estaba fresca.

En aquella ocasión notaba un olor a carne putrefacta. Había algo que no encajaba. De repente me di cuenta de que el olor no formaba parte del sueño; era de verdad.

Me desperté al instante y miré a mi alrededor en la oscuridad, con el corazón en un puño. Mi mano buscó la Browning, que reposaba en su segundo hogar, una funda sujeta a la cabecera de la cama. Su tacto era firme, sólido y reconfortante. Me quedé sentada, con la espalda apretada contra la cabecera y la pistola en la mano.

La luz de la luna que se colaba entre las cortinas iluminó un cuerpo de hombre, que no reaccionó a la pistola ni a mi movimiento; siguió arrastrando los pies por la moqueta. Había tropezado con mi colección de pingüinos de peluche, que se

extienden como una marea peluda bajo la ventana de mi dormitorio, y había derribado unos cuantos, pero no parecía capaz de pasar por encima, así que avanzaba entre ellos con dificultad, como si vadeara un río.

Sin dejar de encañonarlo, tanteé la mesilla con la otra mano y encendí la lámpara. La luz me deslumbró, y parpadeé rápidamente para adaptarme. Cuando se me contrajeron las pupilas vi que estaba ante un zombi.

En vida había sido un hombre corpulento, y tenía unos hombros anchos y musculosos. Tenía las manos grandes y de aspecto fuerte. Se le había secado un ojo, que parecía una ciruela pasa, pero me miraba con el otro. No había nada en su mirada: ni impaciencia ni nerviosismo ni crueldad; era la mirada vacía de un instrumento, y evidentemente, Dominga Salvador movía los hilos. Seguro que le había dado la orden de matar.

Si la *señora* había levantado el zombi, yo no podría desactivarlo. No podía ordenarle que hiciera nada hasta que hubiera cumplido su encargo. Tras matarme sería dócil como un corderito muerto, pero hasta entonces…

Bien pensado, mejor no esperar.

Tenía la Browning cargada con balas explosivas Glazer bañadas en plata. Hacen tales boquetes que pueden matar a un hombre con sólo acertar en el tronco, pero a un zombi le daría igual que le faltara medio pecho; con corazón o sin él, seguiría avanzando. Si se da en un brazo o una pierna, la amputación es automática; claro que para eso hace falta puntería.

El zombi no parecía tener prisa. Arrastraba los pies entre los peluches caídos con la determinación de los muertos. No es que tengan una fuerza sobrehumana, pero lo de reservar energías no va con ellos. Casi cualquier ser humano podría hacer una hazaña sobrehumana, como levantar un coche. Pero sólo una vez, y a costa de desgarrarse músculos, troncharse varios cartílagos y partirse la columna. El cerebro tiene inhibidores que nos impiden destrozarnos, pero en los zombis no funcionan. El cadáver podría descuartizarme, aunque de resultas quedase igual de descuartizado. Desde luego, si Dominga hubiera pretendido matarme de verdad, habría mandado un zombi más fresco; aquel estaba tan descompuesto que no me costaría esquivarlo y llegar a la puerta. O

no…

Aseguré la posición de la pistola con la mano izquierda, sin apartar la derecha de su sitio: con el dedo en el gatillo. Disparé, y la explosión llenó el dormitorio con un ruido ensordecedor. El zombi acusó el impacto, y su brazo derecho se dispersó en una lluvia de carne y esquirlas de hueso. No sangró; llevaba muerto demasiado tiempo.

Siguió avanzando.

Apunté al otro brazo. Aguanta la respiración, aprieta el gatillo… Justo en el codo; bien. Los dos brazos iban serpenteando hacia la cama por la moqueta. Ya podía desmenuzarlo, que todos los pedacitos seguirían intentando matarme.

La pierna derecha, a la altura de la rodilla. Aunque no se la seccioné por completo, el zombi cayó de lado. Tumbado boca abajo, empezó a empujarse con la pierna buena. Por la otra le goteaba un líquido oscuro de olor nauseabundo.

Tragué saliva, y el olor se me quedó en la garganta. Puaj. Salí de la cama por el lado más alejado de la cosa, y la rodeé. El zombi supo en el acto que me había movido e intentó girar para seguir desplazándose hacia mí, impulsándose con su única pierna útil. Los brazos empezaron a reptar más deprisa, hundiendo los dedos en la moqueta. Disparé contra la pierna que le quedaba desde menos de medio metro, y los fragmentos me pringaron los pingüinos. Mierda.

Los brazos casi habían llegado a mis pies descalzos. Pegué dos tiros rápidos y destrocé las manos contra la moqueta blanca. Los brazos sin manos se debatieron, intentando darme alcance.

Noté el roce de una tela a mis espaldas, un movimiento en la penumbra de la sala; la puerta estaba abierta detrás de mí. Cuando di media vuelta supe que era demasiado tarde.

Unos brazos me sujetaron contra un pecho demasiado firme, y unos dedos se me clavaron en el brazo derecho, aplastándome la pistola contra el cuerpo. Aparté la cabeza para ocultar la cara y el cuello tras el pelo, y unos dientes se me hundieron en el hombro. Solté un grito.

Tenía la cara apretada contra el zombi, que me seguía clavando los dedos. Me iba a destrozar el brazo. La pistola estaba pinzada entre su cuerpo y el mío, y los dientes no me soltaban el hombro, pero no se trataba de colmillos, sino de una simple dentadura

humana. A pesar de que el dolor era insoportable, no me pasaría nada grave si conseguía liberarme.

Aparté la cabeza y apreté el gatillo. Todo su cuerpo se echó hacia atrás, y se le desprendió el brazo izquierdo. Conseguí zafarme, con el brazo del zombi aún colgado del mío. Los dedos no aflojaban la presa.

Me quedé en la puerta del dormitorio mirando el cadáver que había estado a punto de acabar conmigo. Era de un hombre blanco, de metro ochenta y cinco, con la constitución de un culturista, y no llevaba mucho tiempo muerto: el hombro desgarrado le sangraba. Los dedos me apretaron el brazo con más fuerza; no podía rompérmelo, pero yo tampoco podía quitármelo; no tenía tiempo.

Atacó con el otro brazo extendido. Yo apunté con las dos manos, con la impresión de moverme a cámara lenta. El brazo que me sujetaba intentó impedírmelo, como si siguiera conectado al cerebro. Disparé dos veces. El zombi se derrumbó al recibir un tiro de refilón en la pierna izquierda, pero ya se había acercado más de la cuenta, y me arrastró al caer.

Aterrizamos en el suelo, conmigo debajo. Conseguí mantener la Browning en alto y los brazos libres. El peso del zombi me aplastaba; no podía evitarlo. La sangre le brillaba en los labios. Disparé a quemarropa con los ojos cerrados, no sólo porque no quería verlo, sino para evitar que me entraran esquirlas de hueso.

Cuando volví a mirar, de la cabeza sólo quedaban un trozo de mandíbula y otro de cráneo. La mano del brazo que le quedaba avanzó hacia mi cuello, y la que yo tenía colgada ayudaba a su cuerpo. No podía disparar; no tenía el ángulo adecuado.

Oí que algo pesado se arrastraba detrás de mí. Decidí correr el riesgo de girar la cabeza y vi que el primer zombi se me acercaba con la boca abierta; era lo único con lo que todavía era capaz de hacerme daño.

Grité y me volví hacia el zombi que tenía encima. Casi me había alcanzado el cuello con la mano, pero conseguí apartarme y ponerle delante su propio brazo seccionado, y lo agarró. Vaya. Así que sin cerebro ya no era tan listo. Noté que el brazo cortado sufría un espasmo, y los dedos que me sujetaban se aflojaron cuando la carne reventó como un melón maduro, soltando sangre. Me liberé, y el zombi siguió aplastando su propio brazo hasta partirle los huesos.

Oí acercarse al otro zombi. Virgen santa.

—¡Policía! ¡Salgan con los brazos en alto! —gritó una voz de hombre desde el pasillo.

—¡Socorro! —Decidí que no era el momento adecuado para hacerme la dura.

—¿Qué está pasando aquí, señorita?

Tenía al primer zombi casi encima; volví la cabeza y prácticamente me di de narices con él. Le metí la Browning en la boca abierta, y sus dientes rasparon el cañón. Apreté el gatillo.

De repente había un policía en la puerta, recortado contra la oscuridad. Visto desde el suelo, era gigantesco. Pelo castaño rizado, algo canoso; bigote; pistola en mano.

—Joooder —dijo. El segundo zombi soltó su brazo destrozado e intentó alcanzarme de nuevo. El policía lo sujetó firmemente por el cinturón y tiró de él con una mano—. ¡Sácala de aquí!

Su compañero fue a entrar en el dormitorio, pero no le di tiempo. Salí de debajo del cadáver y corrí al salón a cuatro patas; no hacía falta que me lo pidieran dos veces. Me ayudó a incorporarme, sujetándome por el brazo derecho. El de la Browning.

Normalmente, cualquier policía habría empezado por ordenarme que tirase la pistola; a veces es difícil discriminar quién es el malo, y cualquier persona armada lo es hasta que demuestre lo contrario. La presunción de inocencia no funciona con armas de por medio.

Me quitó la pistola, y se lo permití. Sé cómo van las cosas.

Oímos un disparo procedente del dormitorio, y los dos dimos un brinco. El policía que me sujetaba tendría mi edad, pero en aquel momento me sentía como si tuviera un millón de años. Nos giramos y vimos al primer policía disparando al zombi, que se había liberado y se había puesto de pie. Las balas lo retrasaban, pero no lo detenían.

—Ven aquí, Brady —gritó.

El policía más joven desenfundó y avanzó un poco, pero vaciló y se quedó mirándome.

—Ayúdalo —le dije.

Asintió y empezó a disparar contra el zombi. Los tiros resonaban como truenos en la habitación. Me zumbaban los oídos, y el olor de la pólvora lo impregnaba todo. En las paredes surgían más y más

agujeros, y el zombi continuaba avanzando. Sólo lograban incomodarlo un poco.

El problema de la policía es que no puede usar balas explosivas Glazer. Pocos agentes se topan con cosas sobrenaturales con tanta frecuencia como yo; casi siempre están persiguiendo a malhechores humanos, y a los poderes fácticos no les hace ninguna gracia que se le vuele una pierna a un chorizo de tres al cuarto sólo por haber disparado. Los policías no deben cargarse a quienes intentan cargárselos a ellos, ¿no?

Así que tenían balas normales, puede que con un bañito para platear la píldora, pero nada que pudiera pararle los pies a un nomuerto. Los polis se cubrían mutuamente: cuando uno disparaba, el otro cambiaba el cargador. El zombi seguía avanzando, con el brazo que le quedaba extendido, buscándome a mí. Mierda.

—Usa mi pistola —dije—. Tiene balas explosivas.

—Te he dicho que la sacaras de aquí, Brady —dijo el primer policía.

—Necesitabas ayuda —protestó Brady.

—No quiero civiles.

Huy. Me había llamado civil.

Brady no volvió a cuestionarlo; retrocedió hacia mí, apuntando al zombi pero sin disparar.

—Acompáñeme, señorita, tenemos que salir de aquí.

—Dame mi pistola —dije. Me miró y sacudió la cabeza—. Trabajo en la Brigada Regional de Investigación Preternatural. —Eso era verdad. Esperaba que me tomara por policía; eso era mentira, pero el chaval se enredó al atar los cabos y me devolvió la Browning—. Gracias. —Avancé hacia el policía mayor—. Estoy en la Santa Compaña.

—Pues haz algo —dijo mirándome de reojo, sin dejar de apuntar al zombi.

Habían encendido la luz de la sala. Ahora que nadie le disparaba, el zombi avanzaba a paso normal, como quien sale de paseo, aunque sin cabeza y con un solo brazo. Hasta parecía más vivaz; igual percibía mi proximidad.

Estaba en mejores condiciones que el primer zombi; podía lisiarlo, pero no dejarlo fuera de combate. En fin, algo es mejor que nada, así que disparé de nuevo contra la pierna que ya le había

tocado. Tuve más tiempo para apuntar y le di de lleno.

Se derrumbó otra vez, pero siguió avanzando con demasiada rapidez, apoyándose en el brazo y la otra pierna; por fin le quedaba sólo una. Empecé a sonreír y luego a reír, pero enseguida se me pasaron las ganas. Me acerqué rodeando el sofá; después de lo que le había visto hacer con su propio brazo, no quería más accidentes. No me apetecía que me espachurrase nada.

Aparecí detrás de él, y dio la vuelta más deprisa de lo que debería para enfrentárseme. Tuve que dedicarle dos disparos a la otra pierna. Ya no recordaba cuántas balas había usado. ¿Me quedaban dos, una o ninguna?

Me sentí como Harry el Sucio, con la diferencia de que a mi adversario le daba tres leches cuántas veces hubiera disparado. No se le puede preguntar a un muerto si se siente afortunado.

Seguía arrastrándose, sin piernas ni nada; le bastaba con un brazo. Disparé casi a bocajarro, y la mano estalló dejando una flor carmesí en la moqueta blanca. Siguió avanzando con la única ayuda del muñón.

Volví a apretar el gatillo, pero sólo sonó un *clic*. Mierda.

—No me quedan balas —dije mientras me alejaba. La cosa aún intentaba seguirme.

El policía mayor se acercó y lo sujetó por los tobillos. Cuando tiró de él hacia atrás se quedó con una pierna en la mano.

—¡Joder! —Soltó la pierna, que se puso a revolverse, como una serpiente con la columna partida.

Me quedé mirando el cadáver, que no cejaba en su empeño de alcanzarme, aunque a duras penas. El policía lo sujetaba en vilo por una pierna, pero el zombi no dejaba de intentarlo. Y seguiría intentándolo hasta que lo incinerásemos o hasta que Dominga Salvador le ordenara algo distinto.

En la puerta aparecieron más agentes de uniforme, que se abalanzaron sobre el zombi descuartizado como buitres sobre un despojo, con la diferencia de que se debatía y se esforzaba por cumplir su misión: acabar conmigo. Menos mal que había suficientes policías para sujetarlo hasta que llegaran los del laboratorio forense. Cuando hubieran terminado de investigar los cadáveres, un equipo de exterminadores los incineraría.

Antes los llevaban al depósito para examinarlos, pero siempre se

escapaban trocitos, que se escondían en los sitios más insospechados. Al final, la forense se había negado a recibir zombis que no estuvieran muertos del todo, y tanto los de la ambulancia como los técnicos del laboratorio estaban de acuerdo con ella. Yo los entendía, pero el fuego tenía el inconveniente de que destruye las pruebas. ¿Malo o peor?

Yo estaba en la sala, a un lado. Con todo aquel lío se habían olvidado de mí, y me parecía muy bien, porque no estaba de humor para más combates con zombis. De repente me di cuenta de que sólo llevaba una camiseta enorme y las bragas, y la sangre me pegaba la camiseta al cuerpo. Empecé a acercarme al dormitorio, creo que con intención de ponerme unos pantalones, pero lo que vi en el suelo me hizo parar en seco.

El primer zombi era como un insecto al que le hubieran arrancado las patas: no podía moverse, pero lo intentaba. Era un tronco que seguía tratando de cumplir sus órdenes y aniquilarme.

Dominga Salvador había intentado borrarme del mapa. Dos zombis, y uno de ellos como nuevo. Pretendía matarme. Aquella idea se me quedó clavada en el cerebro, como una canción pegadiza. Habíamos intercambiado amenazas, pero ¿a qué venía tanta violencia? Matarme, nada menos. No existían recursos legales que me permitieran detenerla, y ella lo sabía, así que ¿por qué se tomaba tantas molestias para eliminarme?

¿Porque tenía algo que ocultar, tal vez? Me había dado su palabra de que ella no había levantado al zombi asesino, pero quizá su palabra no significara nada. Era la única explicación posible: tenía que estar involucrada. ¿Lo habría levantado personalmente? O si no, ¿sabría quién había sido? De eso nada; si no lo hubiera levantado ella misma, tampoco creo que hubiera intentado matarme menos de cuarenta y ocho horas después de nuestra conversación, porque despertaría sospechas. Dominga Salvador había levantado un zombi que se le había ido de las manos; así de fácil. Podía ser todo lo malvada que quisiera, pero tampoco era ninguna psicópata, y no tenía sentido que se dedicara a crear zombis asesinos para soltarlos por ahí. La reina del vudú la había cagado soberanamente, y sería eso lo que más la molestaba, más que las muertes o una posible acusación de asesinato. No podía permitir que su reputación quedara en entredicho.

Contemplé la habitación. Aparte de los restos sanguinolentos y hediondos, tenía todos los pingüinos pringados de sangre y otras guarrerías. ¿Conseguirían salvarlos los sufridos empleados de mi tintorería? Con la ropa hacían maravillas.

Las balas explosivas no atraviesan las paredes, y ese era otro de los motivos por los que me gustaban. No me habría hecho gracia acribillar a los vecinos. Las balas de los policías eran más perforantes, y había un montón de redondeles perfectos.

Era la primera vez que me atacaban en casa, al menos a esa escala. Debería estar prohibido; todo el mundo tiene derecho a estar a salvo en su propia cama. Ya, ya lo sé, a los malos les dan igual las prohibiciones. Entre otras cosas, por eso son los malos.

Sabía quién había levantado el zombi; sólo me faltaba demostrarlo. Había sangre por todas partes; sangre y cosas peores. La verdad es que ya me iba acostumbrando al olor, pero era asqueroso, Todo el piso apestaba. Además, casi todo era blanco: las paredes, la moqueta, el sofá, el sillón… Las manchas resaltaban como heridas recientes, y los agujeros de bala y la escayola resquebrajada hacían juego con la sangre.

Me habían destrozado la casa. Demostraría que había sido Dominga, y después, si tenía suerte, le devolvería el favor.

—Donde las dan las toman —susurré, aunque nadie me escuchaba. Empecé a notar el sabor de las lágrimas en la garganta, mezclado con el cosquilleo de un grito incipiente. No quería llorar, pero me parecía mejor que gritar.

Llegaron los enfermeros. Una de ellos era una negra bajita, más o menos de mi edad.

—Ven, cariño, vamos a echarte un vistazo —dijo con voz amable, mientras me alejaba de la carnicería con delicadeza. Ni siquiera me importó el apelativo. Estaba deseando que me abrazaran y me consolaran. Lo necesitaba desesperadamente, pero no veía cómo conseguirlo—. Tenemos que ver cuánto sangras antes de llevarte a la ambulancia, cariño.

—La sangre no es mía —dije sacudiendo la cabeza, con una voz que parecía llegar de muy lejos.

—¿Qué?

La miré, esforzándome por fijar la vista en ella. Lo sucedido empezaba a afectarme. No es algo que me pase normalmente, pero

una noche tonta la tiene cualquiera.

—La sangre no es mía. Tengo un mordisco en el hombro, nada más.

Por su expresión vi que no me creía. No podía culparla; lo habitual, cuando me ven cubierta de sangre, es que den por supuesto que estoy sangrando. Casi nadie tiene en cuenta que está tratando con una matavampiros y levantamuertos dura como el acero.

Las lágrimas amenazaban con volver; me mordían los párpados. Mis pingüinos estaban pringados de sangre. Las paredes y la moqueta me la sudaban: se podían cambiar. Pero había coleccionado esos putos peluches durante años. Dejé que la enfermera me apartara, mientras las lágrimas me corrían por las mejillas. No estaba llorando; sólo me lagrimeaban los ojos. Porque mis juguetes estaban salpicados de trozos de zombi. Lo que hay que aguantar.

Había estado en suficientes escenas del crimen para saber qué esperar. Como quien está harto de ver una película: podía decir de carrerilla quién entraba, quién salía y la mayoría de los diálogos. Pero aquella escena era distinta: era mi casa.

Era una estupidez que encontrase ofensivo que Dominga Salvador me atacara en mi propia casa, pero es lo que hay. No supe que existía la norma hasta que esa mujer la transgredió: no atacarás al bueno en su propia casa. Mierda.

Pensaba hacérselo pagar con intereses. Ya, ¿yo y cuántas como yo? Aunque igual con ayuda de la policía…

La brisa agitaba las cortinas de la sala; un tiro había roto el cristal. Menos mal que había firmado un contrato de alquiler de dos años; por lo menos tardarían un poco en echarme.

Dolph se acercó a la cocina y se sentó enfrente de mí. La mesa, con sus dos sillas de respaldo recto, presentaba un aspecto minúsculo con él allí; era como si lo llenara todo. O igual era que yo me sentía más pequeña que nunca aquella noche… o aquella mañana. Lo que fuera.

Me miré el reloj, pero tenía la esfera manchada con algo oscuro y pringoso, y no pude ver la hora. Tendría que limpiarlo. Volví a meter el brazo debajo de la manta que me habían dado los enfermeros; tenía la piel más fría de lo que correspondía, y ni siquiera los planes de venganza me ayudaban a entrar en calor. Más adelante echaría humo, cuando el cabreo cobrara fuerza, pero de momento me alegraba de estar viva.

—Bueno, Anita, ¿qué ha pasado?

Miré hacia el salón. Estaba casi vacío; ya se habían llevado a los zombis. Y los habían incinerado en la calle, nada menos: fiesta en el barrio, un bonito espectáculo para toda la familia.

—¿Te importa que me cambie de ropa antes de prestar declaración? —Me miró durante un segundo o así y asintió—. Estupendo.

Me levanté bien envuelta en la manta, con las puntas cuidadosamente recogidas. No quería tropezar; ya había hecho bastante el ridículo por una noche.

—Necesitaremos la camiseta como prueba —gritó Dolph.

—Vale —contesté sin volverme.

Habían cubierto las manchas más gordas con sábanas, para no pringarse los zapatos y llenar de sangre todo el edificio. Qué monos. El dormitorio apestaba a podrido, sangre estancada y cadáveres rancios. Aquella noche ya no sería capaz de dormir en él; hay cosas que no haría ni yo.

Necesitaba una ducha, pero no creía que Dolph estuviera dispuesto a esperar tanto tiempo, así que me conformé con coger unos vaqueros, unos calcetines y una camiseta limpia, y me lo llevé todo al baño. Con la puerta cerrada prácticamente no llegaba olor. Allí no había pasado nada.

Tiré al suelo la manta y la camiseta sucia. Tenía el hombro vendado, en la zona donde me había mordido el zombi; había tenido suerte de que no me arrancara un bocado. La enfermera me dijo que tenía que vacunarme contra el tétanos. Nadie se convierte en zombi por un mordisco, pero los muertos tienen la boca llena de bacterias. Aunque el riesgo principal es de infección, tampoco estaba de más tomar precauciones.

Tenía los brazos y las piernas llenos de sangre seca. No me molesté en lavarme; ya me ducharía después para limpiarme a fondo.

La camiseta, que me llegaba casi por las rodillas, tenía una caricatura enorme de Arthur Conan Doyle mirando por una gran lupa que le ampliaba el ojo desproporcionadamente. La contemplé en el espejo del baño. Era suave, cálida y reconfortante. Lo último era imprescindible en aquel momento.

La ropa que llevaba durante el ataque había quedado destrozada

sin remedio, pero igual podía salvar algún pingüino. Dejé la bañera llenándose con agua fría. Si funciona con la ropa, con un poco de suerte, funcionaría con los peluches.

Saqué unas zapatillas deportivas de debajo de la cama, para no tener que pisar la sangre con los calcetines. El calzado se inventó para casos como ese. Bueno, puede que no específicamente para la sangre de zombi coagulada, pero es que es difícil pensar en todo.

Dos pingüinos se estaban poniendo marrones, a medida que se secaba la sangre. Los llevé corriendo a la bañera, los mantuve hundidos hasta que se empaparon lo suficiente para no flotar y cerré el grifo. Ya tenía las manos más limpias, pero no se podía decir lo mismo del agua: los peluches rezumaban sangre. Si conseguía limpiar aquellos dos, los demás serían pan comido.

Me sequé las manos con la colcha; para qué ensuciar nada más.

Sigmund, el pingüino con el que dormía a veces, no se había pringado mucho; sólo tenía unas motas en la tripa blanca. Algo es algo. Estuve a punto de llevármelo abrazado para ir a prestar declaración; suponía que Dolph no se lo diría a nadie. Pero me limité a apartarlo de las manchas más gordas, por si acaso. Ver a ese bicho estúpido en una esquina, a salvo, me hizo sentir mejor. Hay que estar mal.

Zerbrowski apartó la vista del acuario para mirarme.

—Nunca había visto peces ángel de este tamaño. No sé si te van a caber en la sartén…

—Deja los peces en paz —ladré.

—Claro, sólo era una idea —contestó sonriente.

Dolph estaba en la cocina, sentado con las manos entrelazadas en la mesa y el semblante inescrutable. Si lo había alarmado que hubieran estado a punto de darme pasaporte, no lo exteriorizaba. Claro que Dolph no exteriorizaba nada nunca; lo más parecido a una emoción que le había visto era precisamente su reacción con el asunto del zombi asesino y los civiles destrozados.

—¿Quieres un café? —le pregunté.

—Sí.

—Yo también —dijo Zerbrowski.

—Sólo si me lo pides por favor.

—Por favor —dijo apoyándose en la pared. Saqué la bolsa de la nevera—. ¿Guardas ahí el café? —me preguntó extrañado.

—¿Es que nunca has tomado café de verdad?

—No sé. ¿Cuenta el soluble?

—Bárbaros. —Sacudí la cabeza.

—Si habéis terminado con las pullas, ¿podemos empezar con la declaración? —La voz de Dolph no sonaba tan severa como sus palabras.

Les sonreí a los dos; que me aspen si no me alegraba de verlos. Aunque debía de estar peor de lo que imaginaba si me alegraba de ver a Zerbrowski.

—Estaba durmiendo sin meterme con nadie cuando me desperté y vi un zombi al lado de la cama —expliqué mientras metía la medida exacta de granos de café en el molinillo. Me lo había comprado negro para que hiciera juego con la cafetera.

—¿Qué te despertó? —preguntó Dolph.

Pulsé el botón del molinillo, y el olor a café recién molido llenó la cocina. Qué maravilla.

—El olor a cadáver.

—Amplía.

—Estaba durmiendo y me llegó un olor a cadáver putrefacto, pero no pegaba con el sueño, y eso me despertó.

—¿Qué más? —Tenía la libreta y el bolígrafo preparados.

Me concentré en cada paso de la preparación del café mientras se lo contaba todo, incluidas mis sospechas sobre la señora Salvador. Cuando terminé de hablar, el café empezaba a salir, llenando el piso con ese aroma arrebatador.

—¿Así que crees que ella levantó al zombi que buscamos? —preguntó.

—Sí.

—¿Puedes demostrarlo? —Me miraba muy serio desde el otro lado de la mesa.

—No.

Respiró profundamente y cerró los ojos un momento.

—Estupendo. Cojonudo.

—Creo que el café ya está hecho —dijo Zerbrowski. Se había sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la puerta. Me levanté y serví tres tazas.

—Si quieres azúcar o nata, sírvete.

Dejé la nata, nata de verdad, en la encimera, al lado del

azucarero. Zerbrowski se puso un montón de azúcar y una nube de nata; Dolph se lo tomó solo. Así me lo tomaba yo casi siempre, pero aquella vez le eché de todo. Nata de verdad con café de verdad. Ñam, ñam.

—Si pudiéramos entrar en la casa de Dominga, ¿crees que conseguirías alguna prueba?

—De algo las encontraría, pero del levantamiento del zombi asesino… —Sacudí la cabeza—. Si fue obra suya y le salió rana, habrá destruido todas las pruebas, para que nadie la relacione con el bicho.

—Quiero empapelarla por esto —dijo Dolph.

—Yo también.

—Puede que vuelva a intentar matarte —dijo Zerbrowski desde la puerta, mientras soplaba el café para enfriarlo.

—No me digas.

—¿Crees que lo intentará? —preguntó Dolph.

—Es muy probable. ¿Cómo coño han entrado dos zombis en mi casa?

—Habrán forzado la cerradura —dijo Dolph—. ¿Tú crees que un zombi…?

—No. Podría arrancar la puerta, pero no se entretendría en forzar la cerradura, ni aunque tuviera la capacidad motriz necesaria.

—Así que alguien les abrió la puerta —dijo Dolph.

—Eso parece —dije.

—¿Alguna idea de quién pudo ser?

—Yo apostaría por alguno de sus matones. Su nieto Antonio, o puede que Enzo, un tipo grande de cuarenta y tantos que puede que sea su guardaespaldas. No sé si saben forzar cerraduras, pero lo harían. Aunque yo descartaría a Antonio.

—¿Y eso?

—Si hubiera dejado pasar a los zombis, se habría quedado a mirar.

—¿Estás segura?

—Es de esos —contesté encogiéndome de hombros—. Enzo haría su trabajo y se largaría; sabe cumplir órdenes. Pero el nieto de Dominga, no.

Dolph asintió.

—Los de arriba están presionando mucho para que resolvamos el caso del zombi asesino. Creo que podría conseguir una orden de registro en cuarenta y ocho horas.

—Es mucho tiempo.

—Sin más pruebas que tu palabra, Anita. Me la juego mucho con esto.

—Está involucrada, seguro. No sé por qué lo hizo ni cómo se le descontroló el zombi, pero fue ella.

—Conseguiré la orden.

—Hay un agente que dice que te has hecho pasar por policía —dijo Zerbrowski.

—Le he dicho que trabajaba con vosotros; no le he dicho en ningún momento que formara parte de la brigada.

—Ya veo. —Zerbrowski sonrió.

—¿Estarás a salvo aquí esta noche? —me preguntó Dolph.

—Supongo que sí. A la *señora* no le interesa enfrentarse a las fuerzas del orden; a las brujas las tratan más o menos como a los vampiros: sentencia de muerte automática si se pasan al lado oscuro.

—Porque la gente les tiene miedo —dijo Dolph.

—Porque hay brujas que pueden salir de cualquier cárcel.

—¿Y reinas del vudú? —preguntó Zerbrowski.

—No quiero saberlo. —Sacudí la cabeza.

—Será mejor que nos vayamos y te dejemos dormir un poco —dijo Dolph.

Había dejado la taza vacía en la mesa. Zerbrowski no se había acabado la suya, pero la dejó en la encimera y siguió a Dolph. Los acompañé a la puerta.

—Te avisaré cuando tengamos la orden de registro —dijo Dolph.

—¿Puedes conseguir que me enseñen los efectos personales de Peter Burke?

—¿Para qué?

—Sólo se puede perder el control de un zombi hasta ese punto de dos formas. La primera, ser capaz de levantarlo, pero no de controlarlo, y Dominga puede controlar cualquier cosa que levante. La segunda, que interfiera alguien con un poder equivalente, como en una especie de desafío. —Miré fijamente a Dolph—. Es posible que John Burke sea bastante poderoso para haber sido él, y puede

que se le escape algo si le echo una mano y lo llevo a ver las cosas de su hermano. Ya sabes… por si ve algo raro y tal.

—Ya has conseguido cabrear a Dominga Salvador. ¿No es bastante para una semana?

—Para toda una vida —contesté—, pero si podemos ir haciendo algo mientras esperamos la orden judicial…

—De acuerdo —dijo Dolph asintiendo—. Llama a Burke mañana por la mañana, queda con él y llámame después.

—Vale.

Se quedó un momento en el umbral.

—Ten cuidado —me dijo.

—Siempre lo tengo.

—Bonitos pingüinos —dijo Zerbrowski inclinándose hacia mí. A continuación siguió a Dolph por el pasillo.

Sabía que cuando volviera a ver a los de la Santa Compaña, todos estarían al tanto de que colecciono pingüinos de peluche. Mi secreto había salido a la luz; Zerbrowski se encargaría de propagarlo a los cuatro vientos. Por lo menos era un tipo previsible.

Me alegraba de que algo lo fuera.

Sin lugar a dudas, los peluches no son sumergibles: los dos que había dejado a remojo se habían echado a perder. ¿Tal vez con quitamanchas? El olor era demasiado intenso, y no parecía que fuera a irse. Dejé un mensaje urgente en el contestador de la tintorería, aunque no di demasiados detalles para no espantarlos.

Preparé una bolsa de viaje con dos mudas, un pingüino con la tripa recién frotada, el expediente de Harold Gaynor… y ya. También me llevé las dos pistolas: la Firestar en la funda de cintura y la Browning en la de sobaco, oculta por un chubasquero con munición de reserva en los bolsillos. Sólo en las dos pistolas ya llevaba veintidós balas, nada menos. ¿Por qué no me sentía a salvo?

A diferencia de la mayoría de los nomuertos, los zombis aguantan perfectamente la luz del sol. No les hace gracia, pero tampoco les molesta demasiado. Dominga podía ordenarle a un zombi que me matara a cualquier hora, tanto de día como a la luz de la luna. Tendría que haberlo levantado de noche, pero si lo planeaba con tiempo, podía enviarlo detrás de mí de buena mañana. Una sacerdotisa vodun con dotes de gestión de personal. Cosas más sorprendentes me encuentro.

En realidad no creía que Dominga tuviera zombis de repuesto preparados para abalanzarse sobre mí, pero aquella mañana yo estaba tirando a paranoica. Y la paranoia conlleva longevidad.

Salí al pasillo silencioso y miré a los dos lados, como si fuera a cruzar la calle. Nada: ningún cadáver ambulante acechando entre las sombras; sólo aquí la madrugadora. No se oía nada más que el

aire acondicionado; lo normal en ese pasillo. Llegaba a casa al amanecer con suficiente frecuencia para reconocer aquella clase de silencio. Me quedé pensativa un momento. Sabía que estaba amaneciendo, no por el reloj ni por la luz, sino porque lo sabía. Algún instinto que se habría afinado algún antepasado mío mientras estaba escondido en una cueva oscura, deseando que saliera el sol.

Casi todo el mundo teme a la oscuridad de forma difusa, por miedo a lo que no se ve. Yo levanto muertos y he matado a más de una docena de vampiros; sé qué es lo que no se ve, y me aterroriza. Se supone que se teme a lo desconocido, pero con lo espeluznante que es la realidad, bendita sea la ignorancia.

Sabía perfectamente qué me habría pasado si hubiera fallado la noche anterior, hubiera sido más lenta o hubiera tenido peor puntería. Dos años atrás había habido tres asesinatos, sin más relación entre sí que la causa de la muerte: descuartizamiento producido por zombis, aunque no se los habían comido. Los zombis normales no comen; pueden dar algún que otro bocado, pero no pasan de ahí. A un hombre le habían desgarrado la garganta, pero por accidente; el zombi se había limitado a morder donde le pillaba más cerca, y lo mató a la primera por casualidad.

Normalmente, los zombis desgarran a sus víctimas por cualquier sitio. Como un niño que se pone a despedazar insectos.

Levantar un zombi con el fin de usarlo de arma homicida se castiga con la muerte. El sistema judicial se ha acelerado bastante de un tiempo a esta parte y no escatima ejecuciones, sobre todo si el delito tiene alguna relación con lo sobrenatural. Ya no queman a las brujas; ahora las electrocutan.

Si conseguíamos pruebas, el Gobierno me ahorraría el trabajo de quitar de en medio a Dominga Salvador. Y a John Burke, si demostrábamos que había hecho algo para que se descarriara el zombi. El problema que tienen los delitos sobrenaturales es que hay que demostrarlos en el juzgado, y no es frecuente que los miembros del jurado estén muy puestos en lo relativo a hechizos y encantamientos. Bueno, ni yo, pero me ha tocado hablar de vampiros y zombis en varios juicios, y he aprendido a dar explicaciones sencillas y añadir tanta carnaza como me permita la defensa: a los jurados les gustan los detalles escabrosos. La mayoría de las declaraciones son terriblemente aburridas o espeluznantes, y

yo intento mantener el interés, por variar.

El aparcamiento estaba a oscuras, y en el firmamento aún brillaban las estrellas, aunque atenuadas, como llamas ahogadas por el viento. El aire sabía a amanecer; lo notaba en la lengua. Puede que sea por lo de cazar vampiros, pero percibía los cambios entre luz y oscuridad mejor que cuatro años atrás. No siempre había sido consciente del sabor del alba.

Por supuesto, cuatro años atrás tenía pesadillas mucho menos interesantes. Y es que así es la vida: quien algo gana, algo paga.

Cuando me metí en el coche dispuesta a dirigirme al hotel más cercano eran las cinco pasadas. No soportaría quedarme en casa hasta que los de la limpieza sacaran el olor. Y esperaba que lo consiguieran; a mi casero no le haría gracia que fuera permanente.

Aunque aún le harían menos gracia los agujeros de bala y la ventana destrozada. Tendría que poner una nueva, y puede que hasta enyesar y todo. La verdad es que no sé cómo se tapan los agujeros de bala; sólo esperaba que no invalidaran legalmente mi contrato de alquiler.

La primera luz se asomaba por el horizonte, en el este. Era un resplandor que se extendía como la escarcha por la oscuridad. La mayoría de la gente cree que el amanecer es tan vistoso como la puesta de sol, pero al principio es sólo blanquecino, totalmente incoloro, como una simple ausencia de noche.

Había un motel, pero tenía todas las habitaciones en la planta baja o el primer piso, y algunas quedaban terriblemente aisladas. Quería estar rodeada por una multitud, de modo que me registré en el Stouffer Concourse. No era nada barato, pero obligaría a los zombis a coger el ascensor, y dudo que el pestazo les permitiera pasar desapercibidos. Además, el hotel tenía servicio de habitaciones incluso a aquellas horas intempestivas, y necesitaba el servicio de habitaciones. Café, mucho café.

El recepcionista puso cara de «soy demasiado educado para decir lo que pienso», pero en el espejo del ascensor pude entretenerme durante varios pisos examinando mi reflejo. Tenía el pelo apelmazado por la sangre seca, y un reguero me pasaba junto a la oreja y me caía hasta el cuello. No me lo había visto en el espejo de casa; la impresión hace que se pasen por alto esas cosas.

De todas formas, dudo que la expresión del recepcionista se

debiera a las manchas de sangre; si no se sabe qué es, no se identifica. El problema era que estaba blanca como la nieve, y aunque tengo los ojos marrones, parecían negros. Los tenía muy abiertos, oscurecidos y… extraños. Como si hubiera visto al lobo, sorprendida de estar viva. Puede ser. Seguía conmocionada, y por mucho que creyera que había recobrado la compostura, mi expresión lo desmentía. Cuando me tranquilizara de verdad podría dormir; hasta entonces leería el expediente de Gaynor.

La habitación tenía dos camas de matrimonio. No necesitaba tanto espacio, pero qué coño. Saqué ropa limpia, dejé la Firestar en el cajón de la mesita de noche y me llevé la Browning al baño. Si tenía cuidado y no ponía la ducha muy fuerte, podía colgar la pistolera del toallero y ni siquiera se mojaría. Las pistolas modernas no suelen estropearse con la humedad, siempre que se limpien después, y la mayoría hasta dispara debajo del agua.

Llamé al servicio de habitaciones envuelta en la toalla. Casi se me había olvidado. Encargué una cafetera llena, azúcar y nata. Me preguntaron si quería descafeinado, y contesté que no, gracias. Qué manía. Como cuando los camareros me preguntan si quiero la cocacola *light*. Nunca les hacen esa pregunta a los hombres, por hermosos que estén.

Podía ponerme hasta arriba de cafeína y dormir como un bebé. No me mantiene despierta ni me pone nerviosa; sólo mejora el sabor del café.

Que sí, que claro, que dejarían el carrito en la puerta. Que ni siquiera llamarían, y que me cargarían el café en la cuenta. Les dije que muy bien. Tenían mi número de tarjeta de crédito, y a todos les encanta cargar cosas en la cuenta de los clientes, mientras el límite aguante.

Puse la silla de respaldo recto contra el pomo; si forzaban la puerta, me enteraría. Probablemente. Cerré el baño con pestillo, y tenía una pistola en la ducha. No se me ocurrieron más medidas de seguridad, pero no estaba mal.

No sé por qué, pero cuando estoy desnuda me siento más indefensa. Prefiero enfrentarme a los malos con la ropa puesta, aunque supongo que le pasa a todo el mundo.

Con el vendaje del mordisco en el hombro, era todo un problema lavarme la cabeza, pero estaba dispuesta a quitarme la

sangre del pelo a toda costa.

Me las apañé con las botellitas de champú y suavizante del hotel, que olían como se supone que deberían oler las flores. Tenía el cuerpo moteado con costras de sangre seca, y el agua que caía por el desagüe estaba teñida de rosa.

Tuve que gastar todo el champú para conseguir que me quedara el pelo limpio, y al aclararme se empapó el vendaje. El dolor era agudo y persistente; eso me recordaría la antitetánica.

Me froté el cuerpo con una esponja y la minúscula pastilla de jabón. Cuando ya me había lavado a fondo y no podía estar más limpia, me quedé bajo el chorro caliente, dejando que el agua me resbalara por todo el cuerpo. A fin de cuentas, el vendaje ya se había echado a perder.

¿Qué pasaría si no conseguíamos relacionar a Dominga con los zombis, si no encontrábamos pruebas? Ella volvería a intentarlo: tenía una reputación que mantener. Me había mandado dos zombis, y yo había dado cuenta de ellos, aunque con un poco de ayuda de la policía. Seguro que se lo tomaba como una afrenta.

Había levantado un zombi que había escapado por completo a su control, y prefería que murieran inocentes a reconocer su error. Y prefería matarme a mí antes que arriesgarse a que la pusiera en evidencia. Zorra vengativa.

Había que detenerla. Si la orden de registro no resolvía nada, tendría que ser más pragmática. La señora había dejado claro que tenía que morir una de las dos, y yo prefería que fuera ella. Hasta estaba dispuesta a hacer lo necesario.

Abrí los ojos y cerré el grifo. No quería seguir pensando en ello. Estaba planeando un asesinato, por mucho que desde mi punto de vista fuera defensa propia. No creo que un jurado compartiera mi opinión; sería rematadamente difícil demostrarlo. Quería demasiadas cosas: que Dominga quedara fuera de circulación, o bien en la cárcel o bien muerta; seguir con vida; que no me encarcelaran ni me acusaran de asesinato; capturar al zombi asesino antes de que volviera a matar, aunque no veía cómo, y averiguar cómo encajaba John Burke en aquel lío.

Ah, e impedir que Harold Gaynor me obligara a realizar un sacrificio humano. Casi se me olvidaba eso.

Ya. Una semana movidita.

El café estaba en el pasillo. Dejé la bandeja en el suelo de la habitación, cerré con llave y volví a colocar la silla contra el pomo. Después me llevé la bandeja a una mesita, junto a las ventanas. La Browning ya estaba ahí, desnuda; había dejado la funda en la cama.

Descorrí las cortinas. Normalmente las habría dejado cerradas, pero me apetecía ver la luz. La mañana había avanzado, llenándolo todo de un resplandor difuso. El calor no había tenido tiempo de asentarse y eliminar el fresco del amanecer.

El café no estaba mal, pero tampoco era para tirar cohetes. Por supuesto, el peor café del mundo habría sido maravilloso. Bueno, calificar de maravilloso el de la comisaría habría sido pasarse, pero hasta eso era mejor que nada. Cuando estaba nerviosa necesitaba café. A otros les da por el alcohol.

Abrí la carpeta de Gaynor y me puse a leer. A las ocho de la mañana, bastante antes de la hora a la que suelo levantarme, ya había leído todas las notas y examinado todas las fotos borrosas. Sabía más de lo que quería saber de Harold Gaynor, pero no había encontrado ningún dato útil.

Gaynor estaba relacionado con la mafia, pero no había manera de demostrarlo. Era el típico multimillonario que se había hecho a sí mismo. Bien por él: podía pagar el millón y medio que me había ofrecido Tommy. No está mal que la gente sea capaz de afrontar sus pagos.

No había tenido más familia que su madre, fallecida diez años atrás. Al parecer, su padre había muerto antes de que él naciera, aunque su muerte no constaba en ningún lado. En realidad, su vida tampoco.

¿Sería un hijo ilegítimo cuyos orígenes se habían disimulado? Puede. Así que Gaynor era un bastardo en el verdadero sentido del término. ¿Y qué? Lo que me molestaba era que lo fuera en el otro sentido.

Apoyé la foto de Wanda la Tragamillas en la cafetera. Sonreía, casi como si supiera que la estaban fotografiando, aunque quizá fuera fotogénica, simplemente. Había dos fotos de ella con Gaynor. En una estaban los dos sonrientes, cogidos de la mano. Tommy empujaba la silla de ruedas de Gaynor, y Bruno, la de Wanda, que miraba a su novio con una mirada que no me resultaba desconocida: de amor y adoración. Hasta yo había tenido aquella

mirada durante un tiempo, en la facultad, pero al final se supera.

La segunda foto era casi idéntica: Bruno y Tommy empujaban sus sillas. Pero no estaban cogidos de la mano, y sólo sonreía Bruno. Wanda parecía enfadada. Cicely, la del pelo rubio y los ojos vacíos, iba andando junto a Gaynor, y lo llevaba de la mano. Ajá.

Así que Gaynor había estado con las dos durante una temporada. ¿Por qué se habría marchado Wanda? ¿Por celos? ¿La habría echado Cicely? O igual Gaynor se había cansado de ella. Sólo había una forma de averiguarlo: preguntar.

Me quedé mirando la foto en la que salía Cicely, y la puse junto al primer plano de la Wanda sonriente. Una joven infeliz; una amante despechada. Si el odio pesaba más que el miedo, hablaría de Gaynor conmigo. No sería tan idiota como para hablar con la prensa, pero yo no pretendía divulgar ningún secreto.

Yo quería conocer los secretos de Gaynor, para evitar que me hiciera daño. Aparte de eso, quería algo que presentar a la policía.

Si conseguía meterlo en la cárcel, Gaynor tendría otras preocupaciones, y probablemente se olvidaría de la reanimadora cabezota. A no ser que averiguase que había tenido algo que ver con su detención. No me convenía; tenía pinta de vengativo. Ya sentía el aliento de Dominga Salvador en la nuca, y con eso tenía bastante.

Cerré las cortinas y pedí que me despertaran a mediodía. Irving tendría que esperar un poco para recuperar el expediente. Yo le había conseguido la entrevista con el nuevo amo de los vampiros de la ciudad, aunque hubiera sido sin querer, así que pedirle un poco de paciencia a cambio tampoco era pasarse. Y si no quería esperar, mala suerte, porque yo me iba a la cama.

Lo último que hice antes de irme a dormir fue llamar a casa de Peter Burke. Me imaginaba que John se alojaría allí. El teléfono sonó cinco veces y saltó el contestador.

—Soy Anita Blake. Creo que tengo información para John Burke, sobre un asunto del que hablamos el jueves.

El mensaje no era muy claro, pero tampoco era plan de decir: «Tengo información sobre el asesinato de tu hermano». Demasiado melodramático, y de mal gusto.

Dejé el número del hotel y el de mi casa, por si acaso. Probablemente habían desconectado el timbre del teléfono; yo lo

habría hecho. La noticia había salido en portada porque Peter era reanimador, y no es muy frecuente que seamos víctimas de simples atracos. Los reanimadores suelen tener muertes más rebuscadas.

Cuando me fuera a casa dejaría el expediente de Gaynor en recepción. No estaba de humor para hablar con Irving de la entrevista; no quería que me explicara lo majo que era Jean-Claude ni lo interesantes que eran sus proyectos para la ciudad. El amo vampiro habría tenido mucho cuidado de decirle a la prensa algo que quedara bien en portada, pero yo conocía la verdad: los vampiros son monstruosos, como los zombis, o puede que más, porque los zombis no eligen serlo.

Claro que Irving había elegido quedarse con Jean-Claude. Aunque si no hubiera estado conmigo, el amo no le habría hecho ni caso. Probablemente. Me sentía responsable, por mucho que lo hubiera decidido él. Estaba agotada, pero no podría conciliar el sueño si no comprobaba que no le había pasado nada. Y podía decirle que lo llamaba porque le iba a devolver el expediente con retraso.

No sabía si estaría ya de camino al trabajo, pero probé antes en su casa. Contestó al primer timbrazo.

—¿Diga?

El nudo que tenía en la garganta se aflojó.

—Hola, Irving, soy yo.

—¿A qué debo el honor de que me llame a estas horas de la mañana, señorita Blake? —Su voz sonaba normal.

—Anoche hubo fiesta en mi casa. ¿Te importa que te devuelva el expediente un poco más tarde?

—¿Qué clase de fiesta? —No intentó disimular la curiosidad.

—De las que le interesan a la policía y a ti no.

—Me lo temía. ¿Te vas a dormir ahora?

—Sí.

—Supongo que le puedo dar un respiro a una sufrida reanimadora. Y hasta es posible que lo entienda mi compañera.

—Gracias, Irving.

—¿Tú estás bien?

Estuve a esto de decirle que ni de coña, pero preferí hacerme la loca.

—¿Se portó bien Jean-Claude?

—¡Fue estupendo! —contestó verdaderamente entusiasmado y rebosante de satisfacción—. Es una gozada entrevistarlo. —Se quedó callado un momento—. ¡Eh! ¡Has llamado para asegurarte de que no me pasó nada!

—Más quisieras.

—Gracias, Anita. Es un detallazo. Pero fue muy civilizado, de verdad.

—Estupendo. En fin, buenas noches. O para ti, buenos días.

—Insuperables. El jefe está encantado con la entrevista en exclusiva al amo de la ciudad.

Me hizo gracia su forma de pronunciar el cargo.

—Bueno, ya hablaremos.

—Duerme un poco, Blake. Te llamaré mañana o pasado por lo de los artículos de los zombis.

—Vale —dije. Y colgamos.

Irving estaba bien. Debería preocuparme más por mí y menos por los demás.

Apagué la luz y me acurruqué entre las sábanas, abrazada al pingüino… y con la Browning Hi-Power debajo de la almohada. No era tan fácil de alcanzar como en la pistolera de mi cama, pero menos da una piedra.

No sé qué me resultaba más reconfortante, si el pingüino o la pistola. Supongo que los dos, aunque por motivos muy distintos.

Recé mis oraciones como una niña buena, y rogué de todo corazón no soñar nada.

La empresa de limpieza tuvo una cancelación y me hizo un hueco. Por la tarde, mi casa estaba limpia y olía de maravilla. También habían cambiado el cristal roto, y los agujeros de bala estaban pintados de blanco, aunque quedaban hoyuelos en la pared. De todas formas, no tenía quejas.

John Burke no me había devuelto la llamada. Igual me había pasado de sutil; ya le dejaría un mensaje más directo después. Pero en aquel momento tenía cosas mejores en que pensar.

Me vestí para salir a hacer *footing*: unos pantalones cortos azul marino con borde blanco, unas zapatillas blancas con las costuras azul claro, unos calcetines cortos y una camiseta. Los pantalones eran de esos que tienen un bolsillo interior con cierre de velcro, y en él llevaba una pistola de cañón corto, concretamente una American: calibre 38 especial, de doce centímetros y doscientos gramos, casi como una pluma.

El bolsillo cerrado con velcro no era lo mejor para desenfundar deprisa, y tratándose de una derringer de dos disparos, un escupitajo resultaría más certero. Aunque los hombres de Gaynor no tenían intención de matarme. Sólo querían herirme un poquito, y para eso tendrían que acercarse y darme tiempo de sacar la pistola. Eso sí: después de disparar dos veces tendría problemas.

Había intentado dar con la forma de llevar una 9 mm, pero no se puede correr y, a la vez, ir armada hasta los dientes. Putas decisiones.

Veronica Sims, más conocida como Ronnie, me esperaba en el salón. Mide uno setenta y cinco, es rubia y tiene los ojos grises. A veces contratamos sus servicios de detective en Reanimators, Inc., y hacemos ejercicio juntas al menos dos veces por semana, salvo si una de las dos está de viaje, herida o hasta el cuello de vampiros. Las dos últimas cosas ocurren con más frecuencia de la deseable.

Llevaba unos pantalones cortos morados, abiertos por los lados, y una camiseta en la que ponía: «Fuera del perro, el libro es el mejor amigo del hombre. Dentro del perro no hay bastante luz para leer». Por algo somos amigas.

—Te eché de menos el jueves en el gimnasio —me dijo—. ¿Fue muy coñazo el entierro?

—Sí.

No me pidió que elaborara; sabe que los entierros no me hacen gracia. La mayoría de la gente los odia porque están asociados a la muerte; yo, por todo el rollo melodramático.

Inclinó el cuerpo hacia el suelo, con las piernas rectas, para estirarse. Siempre calentamos en mi casa: mejor no hacer flexiones en público con un pantalón tan corto.

Imité el movimiento, y los músculos de mis muslos protestaron. La pistola era incómoda, pero no muy grave.

—Sólo por curiosidad —dijo Ronnie—, ¿por qué te parece necesario salir a correr armada?

—Siempre llevo pistola —contesté.

—Si no quieres decírmelo, no me lo digas —dijo mirándome con cara de reproche—, pero no me salgas con chorradas.

—De acuerdo, de acuerdo. La verdad es que no es ningún secreto.

—¿Nada de amenazas para evitar que recurras a la policía?

—Pues no.

—Vaya, qué considerados.

—Ya me gustaría —dije mientras me sentaba en el suelo con las piernas abiertas. Ronnie me imitó; parecía que íbamos a lanzarnos una pelota—. Yo no los llamaría considerados precisamente. —Bajé el torso hasta que me toqué el muslo izquierdo con la mejilla.

Me pidió que se lo contara y se lo conté. Cuando terminé ya estábamos listas para salir a correr.

—Joder, Anita. Zombis en tu casa, un millonario loco que

pretende que realices sacrificios humanos… —Me miró con intensidad—. Eres la única persona que conozco a la que le pasan cosas aún más raras que a mí.

—Muchas gracias.

Cuando salimos, cerré la puerta y me guardé las llaves en el bolsillo, al lado de la pistola. Supongo que la rayarían, pero no iba a correr con las llaves en la mano, ¿no?

—¿Quieres que investigue a Harold Gaynor? —me preguntó Ronnie.

—¿No estás trabajando en nada? —Íbamos bajando por la escalera.

—En tres fraudes de seguros. Casi todo vigilancia y fotografías. Se me salen las hamburguesas por las orejas.

—Puedes ducharte y cambiarte en mi casa —dije sonriendo—, y después salimos a cenar algo comestible.

—Suena muy bien, pero no querrás hacer esperar a Jean-Claude.

—Vete al guano.

—Deberías mantenerte tan lejos como puedas de esa… cosa —dijo encogiéndose de hombros.

—Ya lo sé. —Me tocó a mí encogerme de hombros—. Pero acceder a verlo me pareció el menor de los males.

—¿Qué otras opciones tenías?

—Quedar con él o esperar cruzada de brazos a que me secuestraran para llevarme a su presencia.

—Cojonudo.

—¿Verdad?

Cuando abrí la puerta doble del portal, el calor me abofeteó. Salir a la calle era como entrar en el Infierno. ¿En serio pensábamos correr con aquel bochorno?

Levanté la vista para mirar a Ronnie. Me saca quince centímetros, casi todos de piernas. Soy capaz de aguantarle el ritmo cuando corremos juntas, pero me toca esforzarme. Es todo un ejercicio.

—Hoy quiero hacer más de seis kilómetros —dije.

—¿Tienes el día masoca? —Ronnie llevaba una botella de agua en la mano; más no podíamos prepararnos.

—Venga, seis kilómetros de horno —dije—. Vamos allá.

Empezamos con paso lento pero firme. Normalmente corríamos

algo menos de media hora. El calor parecía condensarse, y tenía la impresión de estar atravesando cortinas de aire ardiente. El nivel de humedad de San Luis suele estar alrededor del cien por cien; combinado con casi cuarenta grados, es como el interior de una olla exprés. San Luis en verano, ¡bieeen!

No me gusta hacer ejercicio, y nunca lo haría si a cambio sólo sacara unas caderas estrechas y unos muslos firmes, pero lo importante es ser capaz de correr más que los malos: a veces, todo depende de quién corra más. Aunque igual debería dedicarme a otra cosa. No es que me queje, pero con cuarenta y ocho kilos no voy sobrada de masa muscular.

Claro que a la hora de enfrentarse a un vampiro ya se pueden tener cien kilos de músculos; para lo que sirven. Hasta un nomuerto reciente podría aplastar un coche con una mano atada a la espalda, así que no hay tu tía. Lo tengo muy asumido.

Ya llevábamos cerca de dos kilómetros. Siempre cuesta más al principio; mi cuerpo suele tardar unos tres kilómetros en convencerse de que no me va a disuadir de esa locura.

Nos metimos por un barrio antiguo, con montones de jardincitos vallados y casas de los años cincuenta, o hasta del siglo XIX. Un almacén de más de ciento cincuenta años, con fachada de ladrillo pulido, marcaba la mitad del recorrido: tres kilómetros. Me sentía relajada y en forma, con la impresión de que podría seguir corriendo indefinidamente con tal de que no fuera muy deprisa. Me concentraba en mantener el ritmo a pesar del calor; fue Ronnie quien se fijó en el hombre.

—No es por alarmarte —dijo—, pero ¿qué hace ahí ese tipo?

Alcé la vista. El edificio de ladrillo terminaba a unos quince metros de nosotras, y tenía un olmo al lado. Cerca había un hombre. No intentaba ocultarse, pero llevaba una cazadora vaquera, y hacía demasiado calor para salir con chaqueta a no ser que se quisiera ocultar una pistola.

—¿Cuánto hace que lo has visto?

—Acaba de salir de detrás del árbol.

—Vamos a dar la vuelta. —Otra vez la paranoia—. Son tres kilómetros, en cualquier caso.

Ronnie asintió. Giramos y empezamos a correr en sentido contrario. A nuestra espalda, el hombre no gritó ni nos ordenó que

nos detuviéramos. Si es que a veces me preocupo sin motivo.

Otro hombre dobló la esquina del almacén hacia la que nos dirigíamos. Seguimos corriendo un poco hacia él, hasta que me volví para mirar. El primero caminaba hacia nosotras como quien no quiere la cosa. Tenía la chaqueta vaquera desabrochada y se estaba llevando una mano al sobaco. Así que mi recelo era injustificado, ¿eh?

—¡Corre! —dije.

El segundo hombre se sacó una pistola del bolsillo.

Dejamos de correr. En aquel momento nos pareció una buena idea.

—Bien —dijo el tipo—. No me apetecía perseguir a nadie con este calor y, a fin de cuentas, preferimos pillarte con vida.

Llevaba una automática del 22. Es difícil matar a alguien con ella, pero es perfecta para herir. Lo tenían bien pensado. Qué yuyu.

Ronnie estaba a mi lado, muy rígida. Contuve el impulso de cogerla de la mano: no sería muy propio de una cazavampiros dura como el acero, ¿verdad?

—¿Qué queréis? —pregunté.

—Así está mejor. —Una camiseta azul claro le contenía la barriga cervecera, que escapaba por encima del cinturón, pero sus brazos parecían musculosos. Quizá estuviera gordo, pero estaba segura de que sus hostias dolían. Esperaba no tener que comprobarlo.

Retrocedí para que la pared de ladrillo quedara a mi espalda. Ronnie me imitó. El de la chaqueta vaquera ya estaba llegando, con una Beretta de 9 mm en la mano. Eso sí que mataba.

Miré a Ronnie y luego al gordito, que estaba casi a su lado. Después miré al otro, que estaba casi a mi lado. Volví a mirar a Ronnie, y sus ojos se agrandaron un poco. Se humedeció los labios y se volvió hacia el matón que le había tocado. El de la Beretta era mío. A Ronnie le tocaba el de la 22. No hay nada como saber delegar.

—¿Qué queréis? —volví a decir. Odio repetirme.

—Que vengas a dar una vuelta con nosotros, nada más —contestó el gordito, sonriente.

Le devolví la sonrisa y me volví hacia el de la cazadora y su muy solícita Beretta.

—¿Tú no sabes hablar?

—Claro que sí. —Dio dos pasos hacia mí, sin dejar de apuntarme con pulso firme—. Hablo de maravilla. —Me rozó el pelo con los dedos. Tenía la pistola muy cerca; si apretaba el gatillo, se acabó. El tambor negro mate pareció agrandarse. Será una ilusión óptica, pero cuanto más se mira una pistola, más crece… si se mira desde el lado incorrecto.

—De eso nada, Seymour —dijo el gordito—. No podemos tirárnosla ni matarla, son las reglas.

—Joder, Pete.

—Quédate con la rubia —dijo Pete, el de la barriga—. Nadie ha dicho que no podamos divertirnos con ella.

No miré a Ronnie, sino a Seymour. Tenía que estar preparada por si surgía alguna oportunidad, y mirar la cara que ponía mi amiga ante la perspectiva de que la violaran no iba a ayudarme demasiado.

—Ya empezamos con el falocentrismo, Ronnie —dije—. Todo se reduce a las gónadas.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Seymour frunciendo el ceño.

—Quiero decir que eres gilipollas y tienes el cerebro en los huevos —contesté con una sonrisa encantadora.

Me dio una bofetada que me hizo tambalearme, pero mantuve el equilibrio. Seguía apuntándome sin vacilar. Mierda. Gruñó y volvió a golpearme, con el puño. Caí al suelo y me quedé un momento tirada en la acera, escuchando el golpeteo del pulso en los oídos. La bofetada había dolido, y el puñetazo, más.

Noté una patada en las costillas.

—¡Dejadla en paz! —gritó Ronnie.

Me tumbé y fingí que me retorcía de dolor. No fue muy difícil. Alargué la mano hacia el bolsillo de velcro, mientras Seymour apuntaba a Ronnie con la Beretta, que le gritaba. Pete la había sujetado por los brazos e intentaba inmovilizarla. Las cosas se estaban complicando. Así me gusta.

Me puse de rodillas sin perder de vista las piernas de Seymour y le clavé la pistola en los huevos. Se quedó mirándome paralizado.

—Muévete y tendremos huevos revueltos —le dije.

Ronnie hundió el codo en el plexo solar del gordito, que se dobló y se llevó las manos al estómago. Ronnie se zafó y le soltó un rodillazo en la cara. La sangre salió a borbotones de la nariz del gorila, que se tambaleó hacia atrás. Lo embistió con un hombro en la mejilla, impulsándose con todo el cuerpo, y lo derribó. Mi amiga tenía la 22 en la mano.

Contuve el impulso de gritar: «Así se hace, Ronnie»; no sonaba suficientemente duro. Ya la felicitaría después.

—Seymour, dile a tu amigo que se quede quietecito, o aprieto el gatillo.

El matón tragó saliva con tanto esfuerzo que lo oí.

—No te muevas, Pete —dijo—. ¿Vale?

Pete sólo nos miró.

—Ronnie, por favor —dije—, coge la pistola de Seymour, ¿quieres? Gracias.

Seguía arrodillada en la acera, con la pistola enana incrustada en la entrepierna del tipo, que le entregó el arma a Ronnie sin resistirse. ¿Qué os parece?

—Yo me encargo de este, Anita —dijo Ronnie. No la miré. Ella haría su trabajo, y yo, el mío.

—Seymour, esto es una 38 especial de dos disparos. Se puede cargar con diversos tipos de bala: 22, 44 y 357 Magnum. —Era mentira; la capacidad máxima del nuevo modelo ultraligero era de dos balas del 38, pero estaba segura de que no se daría cuenta—. Si llevo 44 o 357, ya te puedes despedir de tus cositas. Si llevo 22, puede que sólo te duela mucho, mucho, mucho. Por citar a uno de mis ídolos, ¿te sientes afortunado?

—¿Qué quieres? ¿Qué quieres? —Hablaba con voz chillona por el miedo.

—Que me digas quién os ha contratado.

—Nada de eso —dijo sacudiendo la cabeza—. Nos mataría.

—Magnum 357. ¿Sabes el agujero que hace eso?

—No le digas nada —dijo Pete.

—Si vuelve a abrir la bocaza, vuélale una rodilla, ¿quieres, Ronnie? —dije.

—Será un placer.

No sabía si sería capaz de hacerlo, ni si yo sería capaz de

pedírselo. Mejor no averiguarlo.

—Empieza a cantar ahora mismo, o aprieto el gatillo. —Le clavé la pistola un poco más; eso debió de doler por sí mismo, porque Seymour empezaba a ponerse de puntillas.

—No, por favor.

—¿Quién os ha contratado?

—Bruno.

—¿Eres imbécil, Seymour? —dijo Pete—. Nos va a matar.

—Ronnie, por favor, pégale un tiro —dije.

—En la rodilla, ¿no?

—Sí.

—¿No prefieres que le dé en el codo?

—Como quieras.

—Estáis como cabras —dijo Seymour.

—Sí —dije—, y será mejor que lo recuerdes. ¿Qué instrucciones os dio Bruno exactamente?

—Dijo que os lleváramos a un edificio de Grand con Washington. Que teníamos que ir con las dos, aunque podíamos hacerle lo que fuera a la rubia para conseguir que vinieras.

—Dame la dirección.

Obedeció. Creo que me habría dado el ingrediente secreto de su salsa favorita si se lo hubiera pedido.

—Si te plantas ahí, Bruno sabrá que te lo hemos dicho —protestó Pete.

—Ronnie, por favor —dije.

—Pégame un tiro si quieres. Para el caso… Si os plantáis ahí o mandáis a la policía, estamos muertos.

Miré a Pete. Parecía muy sincero. Eran los malos, pero…

—De acuerdo, no os delataremos.

—¿No vamos a llamar a la policía? —preguntó Ronnie.

—Para eso, acabaríamos antes pegándoles un tiro aquí mismo. Pero no va a hacer falta, ¿verdad, Seymour?

—No, claro que no.

—¿Cuánto os ha ofrecido Bruno?

—Cuatrocientos por cabeza.

—No era suficiente.

—Ya lo veo.

—Ahora voy a levantarme, Seymour, y de momento seguirás con

los huevos en su sitio, pero como vuelvas a acercarte a Ronnie o a mí, le diré a Bruno que cantaste.

—Nos mataría, tía. Muy despacio.

—Eso es. Así que vamos a olvidarnos de todo esto, ¿de acuerdo? —Seymour asentía con vehemencia—. ¿Qué opinas tú, Pete?

—No soy tan idiota. Bruno nos arrancaría el corazón y nos lo haría comer. No diremos nada. —Parecía furioso.

Me puse en pie y me alejé de Seymour con cuidado. Ronnie siguió apuntando a Pete con la Beretta. Se había guardado la 22 en el elástico del pantalón corto.

—Largo de aquí —dije.

Seymour estaba pálido y cubierto de sudor.

—¿Me devuelves la pistola? —Desde luego, no era muy listo.

—No te pases —le dije.

Pete se levantó. La sangre de la nariz se le había empezado a secar.

—Vamos, Seymour —dijo.

Se alejaron por la calle. Seymour iba encorvado, como si no pudiera evitar protegerse los huevos.

Ronnie soltó todo el aire de los pulmones y se apoyó en la pared. Seguía con la pistola en la mano derecha.

—Joder —dijo.

—Sí.

Me llevó la mano a la cara, donde Seymour me había golpeado. Dolió.

—¿Qué tal estás? —me preguntó.

—Bien. —En realidad tenía la impresión de que se me había caído media cara, pero no me dolería menos por decirlo.

—¿Vamos al edificio al que pensaban llevarnos?

—No.

—¿Por qué?

—Conozco a Bruno, y ya sé para quién trabaja y por qué intentaban secuestrarme. ¿Qué puedo averiguar que valga dos vidas?

—Tienes razón —dijo tras pensarlo un momento—, pero ¿no vas a informar a la policía?

—¿Para qué? Las dos estamos bien, y ni Seymour ni Pete volverán a meterse con nosotras.

Ronnie se encogió de hombros.

—No querías que le volara la rodilla, ¿no? Estábamos haciendo de poli bueno y poli malo, ¿verdad? —Me miraba muy seria, clavándome los ojos grises sin pestañear. Aparté la vista.

—Vamos a volver andando. Ya no me apetece correr.

—A mí tampoco. —Mientras echábamos a andar se sacó la camiseta del pantalón para ocultar la Beretta debajo. Llevaba la 22 en la mano, pero casi no se veía—. Era un farol, ¿no? Estabas haciéndote la dura, ¿no?

—No lo sé.

—¡Anita!

—Es la verdad. No lo sé.

—No me creerás capaz de pegarle un tiro a alguien sólo para que se calle.

—Me alegro de que no lo seas.

—¿De verdad le habrías pegado un tiro en los huevos al otro? —A lo lejos se oían los trinos de un cardenal, que parecían atenuar el bochorno—. Contéstame, Anita. ¿Habrías apretado el gatillo?

—Sí.

—¿Sí? —Su sorpresa era palpable.

—Sí.

—Joder. —Seguimos andando en silencio un momento—. ¿Qué balas llevabas en la pistola?

—Del 22.

—Te lo habrías cargado.

—Es probable —dije.

Vi que me miraba de reojo mientras caminábamos. Era una mirada que ya conocía, una mezcla de espanto y admiración. Pero nunca la había visto en la cara de un amigo. Dolía. Aun así, nos fuimos a cenar a La Hija del Molinero, en el casco antiguo de Saint Charles. El ambiente era agradable, y la comida, espectacular. Como siempre.

Charlamos, nos reímos y lo pasamos muy bien. Ninguna de las dos mencionó el incidente de la tarde. Si fingíamos con suficiente ahínco, igual lográbamos borrarlo.

Aquella noche, a las diez y media, llegué al barrio de los vampiros. Llevaba un polo azul oscuro, unos vaqueros y un chubasquero rojo, que ocultaba la pistolera de sobaco y la Browning Hi-Power. Tenía charcos de sudor bajo los brazos, pero era preferible a ir desarmada.

La fiesta de aquella tarde había terminado bien, pero en parte porque habíamos tenido la suerte de que Seymour perdiera la calma y los golpes no me dejaran fuera de combate. Había conseguido contener la hinchazón a base de hielo, pero tenía el lado izquierdo de la cara magullado y rojizo, como si estuviera a punto de florecer. Aún no se me había amoratado.

El Cadáver Alegre era una de las discotecas más recientes del Distrito. Los vampiros son *sexys*, lo reconozco, pero ¿alegres? No acabo de verlo, aunque me da que la rara era yo, porque la cola para entrar doblaba la esquina.

No se me había ocurrido pensar que podría necesitar un pase, una reserva o lo que fuera sólo para entrar. Pero un momento, conocía al jefe. Caminé en paralelo a la cola, en dirección a la taquilla. Casi todos los que esperaban eran jóvenes. Ellas llevaban vestido, y ellos, ropa deportiva elegantoide, con algún que otro traje. Charlaban emocionados, con mucho toqueteo y haciendo manitas. Protoparejas. Recordé los tiempos en que yo también salía con hombres, aunque ya hacía mucho de eso. Igual saldría más si no estuviera siempre tan liada. Puede ser.

Adelanté a un cuarteto que iba de cita doble. Un tipo protestó y le pedí perdón.

—Espere su turno, señora —me dijo la taquillera frunciendo el ceño.

¿Señoraaa?

—No quiero entrada; no he venido a ver el espectáculo. He quedado con Jean-Claude.

—¿Seguro que no es periodista?

¿Periodista? Respiré profundamente.

—Llame a Jean-Claude y dígale que ha venido Anita, ¿de acuerdo? Si soy periodista, él ya sabrá qué hacer, y si soy quien digo, se alegrará de que lo haya avisado. No tiene nada que perder.

—No sé…

Tuve que esforzarme para no soltarle un ladrido. Se giró en el taburete y abrió la parte superior de una puerta que tenía detrás. La taquilla no era muy grande. No oí qué decía, pero tardó poco en volverse hacia mí.

—De acuerdo, el encargado dice que puede pasar.

—Estupendo. —Subí los escalones, con la mirada asesina de toda la cola clavada en la nuca. A nadie le gusta que se le cuelen, pero había recibido miradas peores de verdaderos profesionales, y no me iba a amilanar por unos meros aficionados.

El interior de la discoteca estaba oscuro, como cabía esperar. Un tipo me pidió la entrada.

Me quedé mirándolo. Llevaba una camiseta blanca con la leyenda: «El Cadáver Alegre, el último grito» y la caricatura de un vampiro con la boca abierta. Era grande y musculoso; sólo le faltaba la palabra *gorila* tatuada en la frente.

—La entrada —repitió. ¿Primero la taquillera y luego el portero?

—El encargado ha dicho que puedo pasar a ver a Jean-Claude.

—Willie —dijo—, ¿tú la has dejado pasar?

Me volví, y a mis espaldas estaba Willie McCoy. Sonreí al verlo, y me sorprendí de alegrarme. No suele hacerme gracia ver a un muerto.

Willie es bajito y delgado, y lleva el pelo negro peinado hacia atrás. Estaba demasiado oscuro para que se viera el color exacto de su traje, pero juraría que era rojo tomate. También llevaba una camisa blanca y una gran corbata verde chillón. Tuve que mirar dos veces para asegurarme, pero sí, la corbata estaba decorada con una hawaiana fosforescente. Era el atuendo más elegante que le había

visto a Willie.

—¡Anita! ¡Cuánto me alegro de verte! —dijo con una sonrisa llena de colmillos.

—Lo mismo digo.

—¿De verdad?

—Sí.

Su sonrisa se amplió, y los caninos le resplandecieron a pesar de la poca luz. No llevaba muerto ni un año.

—¿Cuánto hace que eres el encargado? —le pregunté.

—Alrededor de dos semanas.

—Felicidades.

Dio un paso hacia mí, y yo retrocedí por instinto. No era nada personal, pero un vampiro es un vampiro, y mejor que no se acerquen demasiado. Por muy reciente que fuera, Willie ya era capaz de hipnotizar con la mirada. Bueno, puede que a mí no, pero las viejas costumbres…

Se quedó cabizbajo, y una expresión, puede que de ofensa, cruzó su rostro. Bajó la voz, pero no volvió a intentar acercarse. Cuando estaba vivo tardaba más en pillar las cosas.

—Gracias por ayudarme la última vez; me gané el favor del jefe.

Parecía salido de una película de gánsteres, pero así es Willie.

—Me alegro de que Jean-Claude te trate bien.

—Desde luego. Es el mejor trabajo que he tenido en la vida. Y el jefe no es… —Subió y bajó las manos, buscando las palabras—. Ya sabes, cruel.

Asentí; lo sabía. Podía echar todas las pestes que quisiera de Jean-Claude, pero en comparación con la mayoría de los amos de una ciudad era un corderito. Un corderito grande, peligroso y carnívoro, pero mucho mejor que los otros.

—Ahora está ocupado —añadió Willie—. Ha dicho que te diéramos una mesa cerca del escenario si llegabas antes de que terminara.

Justo lo que estaba deseando.

—¿Cuánto le queda? —pregunté en voz alta.

—Ni idea —contestó encogiéndose de hombros.

—Vale. Esperaré un rato.

—¿Quieres que le diga que se dé prisa? —Volvió a sonreír, enseñando los colmillos.

—¿Tú crees?

—Bien pensado, no —dijo con cara de querer tragarse sus palabras.

—Tranquilo. Si me canso de esperar, se lo diré yo misma.

—Serías capaz, ¿verdad? —Me miró de reojo.

—Sí.

Se limitó a sacudir la cabeza mientras me conducía entre las mesas redondas. Todas estaban llenas de gente que reía, hacía aspavientos, bebía y se acariciaba. La sensación de estar rodeada de vida densa y sudorosa era apabullante.

Miré a Willie. ¿Se habría fijado? ¿Se le retorcerían las tripas por el hambre con tanta humanidad alrededor? Cuando salía del trabajo, ¿soñaría con despedazar a la multitud vociferante? Estuve por preguntárselo, pero Willie me caía tan bien como me puede caer un vampiro, y si la respuesta era que sí, prefería no saberlo.

Había una mesa vacía, justo en la primera fila, con un cartón doblado en el que ponía RESERVADA. Willie intentó apartarme la silla, pero le dije que no con un gesto. No por el rollo de la liberación de la mujer, sino porque nunca había sabido qué hacer cuando un hombre me apartaba la silla. ¿Sentarme y esperar a que él la acercara a la mesa conmigo encima? Qué corte. Normalmente me quedaba remoloneando delante de la silla, hasta que el tipo me la incrustaba en las corvas. Bah.

—¿Quieres tomar algo mientras esperas? —me preguntó Willie.

—Una cocacola.

—¿No prefieres algo más fuerte?

Negué con la cabeza.

Willie se alejó entre las mesas repletas. En el escenario había un hombre delgado de pelo corto y oscuro. Su cara era casi una calavera, pero sin duda era humano. Su aspecto era fundamentalmente cómico, como el de un payaso larguirucho. A su lado había un zombi que miraba a la multitud sin verla.

Sus ojos seguían siendo claros, humanos, pero no parpadeaba. Era la mirada pétrea característica de los zombis. El público no prestaba demasiada atención a los chistes; casi todo el mundo estaba absorto en el cadáver. Estaba suficientemente deteriorado para dar miedo, pero no se percibía el mal olor, ni siquiera en la primera fila. Buen truco.

—Ernie es el mejor compañero de piso que he tenido en la vida —decía el humorista—. No come mucho, no me da la brasa, no es de los que vuelven a casa con una chica y me piden que me largue mientras se lo pasan bien… —Risas nerviosas del público; todos los ojos clavados en el bueno de Ernie—. Aunque una vez se me estropearon unas chuletas de cerdo que tenía en la nevera, y a Ernie le encantaron.

El zombi se giró, tan lentamente que casi resultó doloroso, para mirar al humorista, que le devolvió la mirada y se encaró de nuevo hacia el público, sin dejar de sonreír. Pero Ernie seguía mirándolo a él, que parecía incómodo. Ni a los muertos les gusta ser blanco de burlas; la verdad es que no lo culpaba.

De todas formas, tampoco tenía mucha gracia. El protagonista de la actuación era el zombi. Bastante original, y de bastante mal gusto.

Willie volvió con mi refresco. Me servía la bebida el encargado, nada menos. Por supuesto, también me habían reservado una buena mesa. El vampiro dejó el vaso en la mesa, encima de uno de esos posavasos inútiles de papel que imita encaje.

—Pásalo bien —me dijo, y se volvió para marcharse, pero le rocé el brazo. Me arrepentí en el acto.

Era un brazo sólido y real, pero fue como tocar madera; no se me ocurre otra forma de explicarlo. No transmitía sensación de movimiento. Nada.

Bajé la mano lentamente, y gracias a las marcas de Jean-Claude, pude mirarlo a los ojos. Eran marrones y transmitían algo parecido al dolor.

De repente podía oír mi propio pulso, y tuve que respirar profundamente para contener las palpitaciones. Mierda. Quería que Willie se fuera. Aparté la vista de él y la clavé en el vaso. Puede que fuera por el ruido de fondo, pero no lo oí marcharse.

Willie McCoy era el único vampiro al que había conocido de humano, y recordaba cómo era en vida. Un chorizo de poca monta, el chico de los recados de los peces gordos. Quizá pensara que si se hacía vampiro se convertiría en pez gordo, pero se equivocaba: se había convertido en un don nadie nomuerto. Jean-Claude o cualquier otro le daría órdenes durante toda la eternidad. Pobre Willie.

Me froté contra el pantalón la mano con la que lo había tocado. Quería arrancarme la sensación que había notado bajo el nuevo traje rojo tomate, pero no había manera. Tocar a Jean-Claude era muy distinto. Claro que Jean-Claude casi parecía humano; con el tiempo lo conseguían. Willie acabaría por aprender. Pobrecillo.

—Los zombis son mejores que los perros: van a buscar las zapatillas, pero no hay que pasearlos. Y si se lo pidiera, Ernie también se sentaría en el suelo y me daría la patita.

El público se rió, aunque no sé muy bien por qué. No era una risa de diversión; era más bien de pasmo.

La típica risa de incredulidad nerviosa.

El zombi avanzaba hacia el cómico casi a cámara lenta. Adelantó los dos brazos, y reviví lo ocurrido la noche anterior. Se me hizo un nudo en la garganta. En eso no se equivocan las películas: los zombis suelen atacar con los brazos extendidos.

El humorista no se dio cuenta de que Ernie había decidido que ya estaba bien. Cuando se levanta un zombi sin más, sin darle ninguna orden en concreto, suele adoptar su comportamiento anterior: una buena persona sigue siéndolo hasta que su cerebro se deteriora tanto que se desvanece cualquier rastro de personalidad. Es muy raro que un zombi mate si no se le ha ordenado, pero de vez en cuando cae la breva y se levanta un muerto con tendencias homicidas. A aquel hombre estaba a punto de tocarle el premio.

El zombi caminó hacia él como un monstruo de Frankenstein de segunda. Cuando el humorista se dio cuenta por fin de que algo marchaba mal, se detuvo a mitad de un chiste y abrió los ojos desmesuradamente.

—Ernie… —No pudo seguir hablando; las manos putrefactas se cerraron alrededor de su garganta y empezaron a apretar.

Durante un segundo me tentó la idea de permitir que el zombi siguiera adelante; tengo convicciones muy firmes en lo relativo a la explotación de los muertos… Pero la estupidez no merece pagarse con la muerte. Si así fuera, el censo caería en picado.

Me puse en pie y miré a mi alrededor para ver si alguien lo tenía previsto. Willie subió corriendo al escenario, rodeó la cintura del zombi con los brazos y tiró. Consiguió levantarlo del suelo, a pesar de que era mucho más alto que él, pero las manos seguían apretando.

El humorista cayó de rodillas, emitiendo sonidos entrecortados, mientras su rostro pasaba del rojo al morado. El público se reía, creyendo que formaba parte del espectáculo. La verdad es que resultaba mucho más divertido.

Subí al escenario y me acerqué a Willie.

—¿Necesitas ayuda? —le dije al oído.

Me miró, sin soltar la cintura del zombi. Es probable que con su fuerza vampírica pudiera haberle arrancado los dedos uno a uno para salvar al hombre, pero la fuerza no sirve de nada si no se sabe qué hacer con ella, y Willie no tuvo nunca demasiadas luces. Por otro lado, quizá el zombi pudiera aplastarle la tráquea a su víctima antes de quedarse sin dedos. Mejor no averiguarlo.

Aunque el tipo me parecía detestable, no podía quedarme cruzada de brazos mientras lo mataban. De verdad, no podía.

—Basta —dije en voz baja, junto al zombi. Dejó de hacer fuerza, pero continuó apretando. El comediante estaba casi inconsciente—. Suéltalo.

El zombi obedeció, y el hombre cayó inerte al escenario. Willie abandonó su forcejeo frenético y se alisó el traje rojo. Seguía perfectamente peinado; demasiada gomina para que un simple zombi le descolocara un solo pelo.

—Gracias —susurró. Después se alzó en su metro sesenta y dijo —: Señoras y señores, Albert el Increíble y su zombi de compañía.

El público parecía un poco inseguro hasta entonces, pero empezó a aplaudir. Cuando Albert el Increíble se levantó y se acercó al micrófono, la ovación inundó la sala.

—Ernie opina que ya va siendo hora de volver a casa —dijo con voz cascada—. Muchas gracias a todos.

El público volvió a aplaudir, y el humorista abandonó el escenario. El zombi se quedó, mirándome, esperando a que le diera instrucciones. No sé por qué los zombis no le hacen caso a todo el mundo; a mí me parece normalísimo que me obedezcan. No siento ningún cosquilleo ni nada especial; cuando hablo, los zombis hacen lo que les digo. Como si fuera un sargento.

—Vete con Albert y sigue sus órdenes hasta nuevo aviso.

El zombi se quedó mirándome un momento; después se giró lentamente y se marchó. El humorista ya estaba a salvo, pero prefería no decírselo; mejor que se creyera en peligro y me pidiera

que pusiera a descansar al zombi. Ese era el plan, y probablemente lo que quería el zombi.

Desde luego, a Ernie no parecía gustarle ser objeto de burlas en un número cómico, aunque estrangular a quien se burlaba de él era pasarse un poco.

Willie me acompañó cuando volví a mi mesa. Me senté y bebí un trago de cocacola. Él se sentó delante de mí; parecía alterado, y sus manos diminutas estaban temblorosas. Sería un vampiro, pero seguía siendo Willie McCoy. Me pregunté cuánto tardaría en perder el resto de su personalidad. ¿Diez años? ¿Veinte? ¿Un siglo? ¿Cuánto tardaría el monstruo en aniquilar al hombre?

Quizá tardase menos, pero no era mi problema; yo no esperaba presenciarlo. En realidad, no quería presenciarlo.

—Nunca me han gustado los zombis —comentó.

—¿Te dan miedo? —pregunté, observándolo con extrañeza.

Me lanzó una mirada y bajó la vista a la mesa.

—No.

—Te dan miedo los zombis —proclamé con una sonrisa—. Les tienes fobia.

—No se lo digas a nadie. —Se inclinó hacia delante, verdaderamente atemorizado—. Por favor.

—¿A quién se lo iba a decir?

—Ya lo sabes.

—No sé de qué me hablas, Willie —dije sacudiendo la cabeza.

—Del Jefe. —De verdad que oí la mayúscula.

—¿Por qué se lo iba a decir a Jean-Claude?

Otro humorista había subido al escenario. A pesar de las risas y el bullicio, Willie seguía hablando en susurros.

—Eres su sierva humana, quieras o no. Dice que cuando hablamos contigo hablamos con él.

Estábamos tan inclinados que me llegaba su aliento. Olía a pastillas de menta. Casi todos los vampiros huelen a pastillas de menta; no sé qué hacían antes de que se inventaran. Supongo que sobrellevar la halitosis con dignidad.

—Sabes de sobra que no soy su sierva.

—Pero quiere que lo seas.

—Que Jean-Claude quiera algo no significa que lo vaya a conseguir —dije.

—Ya sabes cómo es.

—Creo que…

Me tocó el brazo, y en esa ocasión no me aparté. Estaba demasiado enfrascada en la conversación.

—Ha cambiado desde que murió el ama. Ahora es mucho más poderoso que cuando lo viste por última vez.

Me lo imaginaba.

—¿Y por qué no quieres que le diga que te dan miedo los zombis?

—Porque lo usaría para castigarme.

—¿Quieres decir que tortura a la gente para controlarla? —pregunté, mirándolo muy de cerca. Asintió—. Mierda.

—¿No le dirás nada?

—No, te lo prometo.

Su alivio fue tan palpable que le di unas palmaditas en la mano. Era una mano normal; ya no tenía el tacto de la madera. ¿Por qué? No lo sabía, y supongo que si se lo hubiera preguntado, él tampoco lo habría sabido. Uno de los misterios de la… muerte.

—Gracias.

—¿No decías que Jean-Claude es el mejor jefe que has tenido nunca?

—Sí —confirmó.

Aquello sí que acojonaba. Si le parecía que alguien capaz de torturarlo con su peor temor era un buen tipo, ¿cómo habría sido Nikolaos? Bueno, ya conocía la respuesta: era una psicópata. La crueldad de Jean-Claude no era gratuita; no torturaba a nadie por el placer de verlo sufrir. Todo un adelanto.

—Tengo que irme —dijo levantándose—. Gracias por ayudarme con el zombi.

—Has sido muy valiente, ¿sabes?

Me dedicó una breve sonrisa, enseñando los colmillos, y de repente la borró como quien acciona un interruptor.

—No puedo permitirme el lujo de no serlo.

Los vampiros son como las manadas de lobos: los débiles acaban dominados o muertos, y no existe la opción del destierro. Willie iba subiendo en el escalafón, y un indicio de debilidad podía detener su ascenso, o algo peor. Me había preguntado muchas veces a qué tenían miedo los vampiros, y ante mí había uno que tenía miedo de

los zombis. Me habría parecido gracioso si no fuera por su mirada de temor.

El humorista del escenario era un vampiro reciente. Tenía la piel blanquísima, los ojos negros como tizones, unas encías pálidas y retraídas, y unos colmillos que habrían sido la envidia de cualquier pastor alemán. Nunca había visto un vampiro de aspecto tan monstruoso. Casi todos se esfuerzan por parecer humanos; aquel, todo lo contrario.

No me había fijado en la reacción del público cuando había salido a escena, pero todo el mundo se descojonaba. Si los chistes sobre el zombi ya eran malos, aquellos eran directamente penosos. En la mesa de al lado, una mujer se reía con tanta fuerza que le saltaban las lágrimas.

—Fui a Nueva York, que dicen que es muy peligroso. Y bueno, intentó atacarme una banda callejera, pero no tenía ni medio bocado. —La gente se sujetaba la tripa como si le doliera.

No lo entendía. De verdad, no tenía la menor gracia. Miré a mi alrededor y vi que todos tenían la vista clavada en el escenario, y lo contemplaban con la devoción de los hechizados.

Estaba usando trucos. Los vampiros son aficionados a ellos, y se los he visto emplear para seducir, amenazar, aterrorizar y todo a la vez, pero era la primera vez que veía a un vampiro obligar a la gente a reírse.

Peores usos he visto hacer de los poderes vampíricos. El cómico no intentaba hacerle daño a nadie, y aquella hipnosis colectiva era inocua y provisional. Pero aun así me parecía mal. El control mental de una multitud es una de las cosas más espeluznantes que pueden hacer los vampiros sin que nadie se entere.

Yo me enteraba, y no me hacía ni pizca de gracia. El vampiro no llevaba mucho tiempo muerto, y ni siquiera me habría afectado antes de las marcas de Jean-Claude. Reanimar zombis proporciona cierta inmunidad contra otros nomuertos; es uno de los motivos por los que es frecuente que los reanimadores hagamos horas extras de cazavampiros. Jugamos con ventaja, por así decirlo.

Había quedado con Charles allí, pero no aparecía. Y no es alguien que pueda pasar más desapercibido que Godzilla en medio de Tokio. ¿Dónde se habría metido? Y ya puestos, ¿cuándo se dignaría recibirme Jean-Claude? Eran más de las once; hacía falta

ser un capullo displicente para obligarme a quedar con él y luego hacerme esperar.

En aquel momento, Charles entró por la puerta basculante que daba a la zona de la cocina y atravesó el local en dirección a la salida. Sacudía la cabeza y le murmuraba algo a un asiático bajito que tenía que trotar para no perderle el paso.

Le hice una seña, y Charles giró en mi dirección.

—Mi cocina está muy limpia —decía el otro hombre.

Charles murmuró algo que no alcancé a oír. El público hechizado no se daba ni cuenta. Podríamos haber disparado una salva con veintiún mosquetones y nadie se habría percatado. Hasta que el vampiro humorista terminara el número, nadie oiría nada más.

—Ni que fuera el ministro de Sanidad —decía el hombrecillo. Llevaba ropa de cocinero, aunque retorcía el gorro entre las manos, y sus ojos almendrados brillaban de cólera.

Charles pasa de uno ochenta y cinco, pero parece aún más alto. Su cuerpo es un mazacote, desde los hombros anchísimos hasta los pies. No creo que tenga cintura; es una montaña ambulante. Sus ojos, de un marrón inmaculado, son del mismo color que su piel, muy oscuros, y una mano suya bastaría para cubrirme toda la cara.

A su lado, el cocinero asiático parecía un cachorro enfadado. Sujetó a Charles por el brazo. No sé qué pretendía, pero mi amigo dejó de moverse y bajó la vista hacia la mano inoportuna.

—No me toque —dijo muy despacio, con una voz tan grave que casi hacía daño.

El cocinero lo soltó como si se hubiera quemado y dio un paso atrás. Charles sólo le había dedicado parte de su famosa mirada. El tratamiento completo puede hacer que un aspirante a atracador pida socorro a gritos, pero en aquella ocasión bastó con una muestra.

—Mi cocina está muy limpia —insistió con voz más contenida.

—Es ilegal tener zombis en la zona donde se prepara la comida —dijo Charles, negando con la cabeza—. Las normas sanitarias prohíben que los cadáveres se acerquen a los alimentos.

—Mi ayudante es un vampiro. También está muerto.

Charles me lanzó una mirada de impotencia; le devolví otra de comprensión. Yo había tenido la misma charla con un par de

cocineros.

—Los vampiros ya no se consideran muertos legalmente, señor Kim. Los zombis, sí.

—Pues no lo entiendo.

—Los zombis se pudren y transmiten enfermedades como cualquier otro cadáver. Que se muevan no significa que no sean una fuente de infecciones.

—Pero…

—O mantienen a los zombis fuera de la cocina o precintamos el local. ¿Entiende eso?

—Y tendrá que explicarle al propietario por qué se cierra su negocio —intervine, sonriéndoles a los dos.

El cocinero palideció un poco. Qué mono.

—De… De acuerdo. Lo resolveremos.

—Muy bien —dijo Charles.

El chef me lanzó una mirada atemorizada y volvió a la cocina. Tenía gracia que Jean-Claude empezara a inspirar temor en tanta gente. Antes de convertirse en el chupasangres jefe había sido uno de los vampiros más civilizados. El poder corrompe.

Charles se sentó delante de mí. La mesa le quedaba pequeña.

—He recibido tu mensaje. ¿Qué pasa?

—Necesito que me acompañes al Tenderloin.

Es difícil averiguar cuándo se sonroja Charles, pero se agitó en la silla.

—¿Qué demonios se te ha perdido en ese barrio?

—Busco a una persona que trabaja allí.

—¿Quién?

—Una prostituta.

Volvió a mostrar su inquietud. Era como ver una montaña incomodada.

—A Caroline no le va a hacer ninguna gracia.

—Pues no se lo digas.

—Ya la conoces, y ya sabes que no nos ocultamos nada.

Me esforcé por mantener la compostura. Si Charles quería rendirle cuentas a su mujer de todo lo que hacía, era asunto suyo. No tenía por qué permitir que Caroline lo controlase; lo hacía porque le daba la gana. Pero me daba más grima que una limpieza bucal.

—Dile que te has retrasado en el trabajo y no te pedirá detalles.

A Caroline le parecía asqueroso nuestro trabajo: decapitar gallos, levantar zombis… Qué guarrería.

—¿Por qué buscas a esa prostituta?

Pasé por alto esa pregunta y contesté a la que no me había hecho. Cuanto menos supiera Charles sobre Harold Gaynor, más a salvo estaría.

—Sólo necesito a alguien con pinta amenazadora; no quiero tener que pegarle un tiro al primer imbécil que se pase conmigo. ¿Vale?

—Vale —contestó, asintiendo—. Me halaga que me lo pidas a mí.

Le dediqué una sonrisa alentadora. En realidad, Manny era mucho más duro, y con él me habría sentido más a salvo, pero le pasaba lo que a mí: no acojonaba. Charles, sí. Lo que necesitaba era tirarme un farol, no llevar refuerzos.

Miré el reloj. Eran casi las doce; Jean-Claude me había tenido una hora esperando. Me volví y vi a Willie, que se acercó de inmediato. Debería usar mis poderes sólo para hacer el bien.

Se acercó, pero no demasiado, y saludó a Charles con un gesto de la cabeza. Charles le devolvió el saludo. Qué estoicos.

—¿Qué quieres? —preguntó Willie.

—¿Está libre Jean-Claude, o no?

—Sí, venía a buscarte. No sabía que tuvieras compañía. —Miró a Charles.

—Trabajamos juntos —expliqué.

—¿Otro reanimador? —preguntó Willie.

—Sí —dijo Charles, impasible, con la mirada algo amenazadora.

Willie asintió impresionado.

—¿Tienes que levantar zombis después de ver a Jean-Claude?

—Sí. —Me levanté y me dirigí a Charles en voz baja, aunque era probable que Willie me oyera. Hasta los más recientes tienen mejor oído que muchos perros—. Vendré en cuanto pueda.

—De acuerdo —dijo—, pero tengo que volver pronto a casa.

Lo entendía; su mujer lo tenía atado corto. Aunque Charles se lo había buscado, parecía molestarme más a mí que a él. Igual seguía soltera por eso: los compromisos no son lo mío.

Seguí a Willie, y cruzamos una puerta que daba a un pasillo corto. En cuanto la puerta se cerró a nuestras espaldas, el sonido se atenuó, como en un sueño. La luz era deslumbrante en comparación con la oscuridad del local. Parpadeé para acostumbrar la vista. Willie estaba sonrosado; no parecía vivo del todo, pero sí bastante sano para estar muerto. Aquella noche había tenido su ración de sangre, quizá de un humano que se lo había permitido, quizá de un animal, quizá…

En la primera puerta de la izquierda ponía ENCARGADO. ¿Sería el despacho de Willie? Anda ya.

Willie abrió y me invitó a entrar, pero no me acompañó: miró la mesa de reojo, retrocedió y cerró la puerta.

La alfombra era clara, y las paredes, de un blanco apagado. En la pared opuesta había una gran mesa lacada en negro, con una lámpara negra brillante que parecía formar parte del mueble. En la mesa había una carpeta centrada cuidadosamente, nada más. Ni papeles, ni clips… Sólo Jean-Claude, en el sillón.

Sus dedos largos y pálidos se entrelazaban encima de la carpeta. Tenía el pelo ondulado y los ojos azul oscuro, y llevaba una camisa blanca con extraños puños abotonados. Estaba sentado muy recto, inmóvil como un cuadro, atractivo como un sueño húmedo… Pero no era real. Aunque pareciera perfecto, yo conocía la verdad.

En la pared de la izquierda había dos archivadores metálicos y un sofá de cuero negro. Encima había un gran óleo, que representaba una escena de San Luis en el siglo XVI, cuando los

colonizadores llegaban por el río en barcazas. Ni la luz otoñal del cuadro, ni los niños que corrían y jugaban en él, encajaban con el resto del despacho.

—¿Es tuyo el cuadro? —pregunté. Hizo un breve asentimiento —. ¿Conociste al pintor?

Sonrió sin enseñar los colmillos; sólo arqueó los labios de forma arrebatadora. Si hubiera revistas de modas para vampiros, Jean-Claude sería el chico de portada.

—Ni la mesa ni el sofá pegan con lo demás —dije.

—Estoy redecorando. —Se quedó mirándome en silencio.

—Tú eras quien quería verme, así que al grano.

—¿Tienes prisa? —Su voz grave era como el tacto del terciopelo en la piel desnuda.

—Sí, y déjate de chorradas. ¿Qué quieres?

Su sonrisa se amplió ligeramente, y hasta bajó la vista un momento, casi con timidez.

—Eres mi sierva humana, Anita. —Me había llamado por mi nombre: mala señal.

—Y dale.

—Llevas dos marcas; sólo quedan otras dos. —Seguía mirándome con gesto afable, en discordancia con sus palabras.

—¿Y qué?

—Anita… —Se interrumpió, se levantó con un suspiro y rodeó la mesa—. ¿Sabes en qué consiste ser el amo de la ciudad?

Se apoyó en la mesa, y la camisa se le abrió para revelar un trozo de su pecho pálido que incluía un pezón, pequeño y compacto. La marca en forma de cruz era una afrenta en un cuerpo tan perfecto.

Joder, qué corte, había estado mirándole el pecho. Alcé la vista y conseguí no ponerme colorada. Qué mayor.

—Ser mi sierva humana tiene otras ventajas, *ma petite*. —Sus ojos eran todos pupila, negros y tan profundos que tenía la impresión de que podía ahogarme en ellos.

—De eso nada —dije sacudiendo la cabeza.

—No mientas, *ma petite*, puedo sentir tu deseo. —Se humedeció los labios—. Noto el sabor.

Lo que faltaba. ¿Cómo se discute con alguien que se da cuenta de esas cosas? Muy fácil: mejor no llevarle la contraria.

—De acuerdo, me pones. ¿Satisfecho?

—Sí —contestó con una sonrisa. Sólo fue una palabra, pero me llenó el cerebro con susurros que no había pronunciado, con promesas en la oscuridad.

—Hay muchos hombres que me ponen, pero eso no significa que tenga que acostarme con ellos.

Jean-Claude tenía la cara casi relajada, y unos ojos que me arrastraban.

—El deseo intrascendente es fácil de superar. —Se levantó con un movimiento felino—. Pero lo nuestro no es eso, *ma petite*. Es algo más.

Tenía palpitaciones, y no por miedo. No creo que fuera un truco vampírico; me parecía real. Decía que había algo más, y quizá tuviera razón.

—Basta —murmuré.

Por supuesto, no se detuvo. Me pasó los dedos por la mejilla, apenas rozándola, pero lo suficiente para que sintiera su piel. Me aparté sin poder disimular la respiración entrecortada. Podía fingir lo que quisiera, pero él notaría mi incomodidad, así que ¿para qué?

Tenía el recuerdo de su roce en la mejilla, y hablé mirando al suelo.

—Puede que haya ciertas ventajas, y te lo agradezco, de verdad, pero no puedo. No pienso hacerlo.

Lo miré a los ojos, y su rostro estaba vacío de toda expresión. No había nada. Era la misma cara que un momento antes, pero el rastro de humanidad, de vida, había desaparecido.

Las palpitaciones volvieron, pero ya no tenían nada que ver con el sexo. Eran de miedo.

—Como quieras, mi pequeña reanimadora. Da igual que seamos amantes o no; en cualquier caso, eres mi sierva humana.

—Ni hablar —dije.

—Me perteneces, Anita. Quieras o no, eres mía.

—Son estas cosas las que no entiendo. Primero intentas seducirme, y no negaré que tiene su parte agradable, pero cuando ves que no funciona, recurres a las amenazas.

—No es ninguna amenaza, *ma petite*. Es la verdad.

—Nada de eso. Y deja de una puta vez el puto *ma petite*. —Le arranqué una sonrisa, pero no pretendía resultar divertida. La cólera

sustituyó al enfado. Me gustaba estar enfadada; era más valiente… y más estúpida—. Que te follen.

—Eso ya te lo he ofrecido.

Su voz me agitó el interior, y noté que me sonrojaba.

—Joder, Jean-Claude, vete a la mierda.

—Tenemos que hablar, *ma petite*. Seamos amantes o no, seas mi sierva o no, tenemos que hablar.

—Pues empieza, porque no tengo toda la noche.

—No me pones las cosas fáciles. —Suspiró.

—Si lo que querías era eso, haber elegido a otra.

—Muy cierto —dijo asintiendo—. Siéntate, por favor.

Volvió a apoyarse en la mesa, con los brazos cruzados.

—No tengo tanto tiempo.

—Creía que estábamos de acuerdo en que debemos hablar, *ma petite* —dijo frunciendo el ceño ligeramente.

—Habíamos quedado a las once. Tú eres quien ha malgastado una hora, no yo.

—Muy bien. —Su sonrisa era casi ácida—. Te daré una versión resumida.

—Vale.

—Soy el nuevo amo de la ciudad. Mientras vivía Nikolaos tuve que ocultar mis poderes para sobrevivir, pero se me dio demasiado bien: hay quienes no me consideran suficientemente poderoso para el cargo, y tú eres uno de los argumentos que esgrimen cuando ponen mi capacidad en entredicho.

—¿Yo?

—Tu desobediencia. Si ni siquiera puedo controlar a mi sierva humana, ¿cómo voy a controlar a todos los vampiros de la ciudad y los alrededores?

—¿Y qué quieres de mí?

Me dedicó una sonrisa auténtica, con colmillos y todo.

—Que seas mi sierva humana.

—Igual tienes más suerte en la próxima reencarnación.

—Puedo hacerte la tercera marca a la fuerza, Anita. —No hablaba con tono amenazador; se limitaba a constatar los hechos.

—Prefiero morir antes que ser tu sierva.

Los maestros vampiros huelen la verdad. Sabría que hablaba en serio.

—¿Por qué?

Abrí la boca para intentar explicárselo, pero me lo pensé mejor: no lo entendería. Nos separaban menos de dos metros, pero para el caso podrían haber sido kilómetros, y con un abismo insondable en medio. No había manera de tender un puente. Él era un cadáver ambulante, y lo que hubiera sido en vida había desaparecido. Era el amo vampiro de la ciudad, algo que ni siquiera tenía nada que ver con los humanos.

—Si no tengo más remedio, te mataré —dije.

—Lo dices en serio. —Había sorpresa en su voz. Pocas chicas pueden presumir de haber sorprendido a un vampiro de varios siglos de edad.

—Sí.

—No te entiendo, *ma petite*.

—Ya lo sé.

—¿Y no puedes fingir que eres mi sierva?

Qué pregunta más rara.

—¿Qué quieres decir?

—Acompáñame a unas cuantas reuniones y apóyame, con tus pistolas y tu fama.

—Quieres tener a la Ejecutora de tu lado. —Lo miré atónita durante unos instantes, mientras digería el verdadero alcance de lo que había dicho—. Creía que las dos marcas habían sido accidentales, que no se te ocurría ninguna otra solución, pero pretendías marcarme desde el principio, ¿verdad? —dije. Se limitó a sonreír—. Contéstame, hijo de puta.

—No tenía nada en contra si surgía la oportunidad.

—¡Nada en contra! —Casi estaba gritando—. Me elegiste a sangre fría para convertirme en tu sierva humana. ¿Por qué?

—Eres la Ejecutora.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Tiene mérito ser el vampiro que consiga ponerte a raya.

—Pues no lo has conseguido.

—Si te portaras bien, los demás creerían que sí. Basta con que tú y yo sepamos que es mentira.

—No voy a seguirte el juego, Jean-Claude. —Sacudí la cabeza.

—¿No quieres ayudarme?

—Muy perspicaz.

—Te ofrezco la inmortalidad sin la carga del vampirismo. Me estoy ofreciendo yo. ¿Sabes cuántas mujeres, a lo largo de los años, habrían sido capaces de hacer cualquier cosa que les pidiera a cambio de eso?

—Un polvo es un polvo, Jean-Claude. Nadie vale tanto.

—Los vampiros somos distintos, *ma petite* —dijo con una ligera sonrisa—. Si no fueras tan cabezota lo comprobarías personalmente.

Tuve que apartar la vista de sus ojos. La mirada era demasiado íntima, demasiado cargada de posibilidades.

—Sólo quiero una cosa de ti —le dije.

—¿Y de qué se trata, *ma petite*?

—Bueno, no, quiero dos cosas: en primer lugar, que dejes de llamarme así, y en segundo lugar, que me liberes, que borres esas putas marcas.

—Te concedo la primera petición, Anita.

—¿Y la segunda?

—No podría hacerlo aunque quisiera.

—Y de todas formas, tampoco quieres.

—En efecto.

—Mantente alejado de mí, Jean-Claude. No te me acerques o te mataré.

—No serías la primera que lo intenta.

—¿Cuántos de los demás habían matado ya a dieciocho vampiros?

—Ninguno. —Se le agrandaron ligeramente los ojos—. En Hungría había un tipo que aseguraba que había matado a cinco.

—¿Y qué pasó con él?

—Lo degollé.

—A ver si entiendes esto, Jean-Claude: prefiero que me degüellen. Prefiero morir intentando matarte antes que doblegarme a tu voluntad. —Me quedé mirándolo, intentando averiguar si había entendido algo—. ¿Es que no vas a contestar?

—Ya te he oído, y sé que hablas en serio. —De repente estaba delante de mí. No lo había visto moverse; ni siquiera había percibido su movimiento de forma inconsciente. Simplemente, en un instante lo tenía encima. Creo que di un respingo—. ¿De verdad podrías matarme?

Su voz era como el tacto de la seda en una herida, suave aunque

ligeramente dolorosa. Como el sexo. Sentía que me frotaba el cráneo con terciopelo. Me gustaba, a pesar de que estaba acojonada. Mierda. ¿Que aún podía conmigo? Ni hablar.

—Sí —dije mirándolo a los ojos azules.

Lo dije en serio. Parpadeó una sola vez y dio un paso atrás.

—Eres la mujer más obstinada que he conocido en mi vida. —Era una simple afirmación.

—Es el mejor cumplido que me has hecho nunca.

Se quedó delante de mí, con las manos a los lados, muy quieto. Las serpientes y los pájaros también se pueden quedar inmóviles, pero hasta las serpientes transmiten cierta sensación de vida, de espera, como un resorte listo para saltar. La inmovilidad de Jean-Claude no transmitía nada; era como si los ojos me engañaran y se hubiera desvanecido. Como si no estuviera. Los muertos no hacen ningún ruido.

—¿Qué te ha pasado en la cara?

—Nada —mentí, llevándome la mano a la mejilla magullada sin poder evitarlo.

—¿Quién te ha pegado?

—¿Qué pretendes? ¿Pegarle tú?

—Una de las ventajas de ser mi sierva es que mi protección está incluida.

—No necesito que me protejas, Jean-Claude.

—Pues se ve que te hizo daño.

—Y yo le clavé una pistola en los huevos y lo obligué a decirme todo lo que sabía.

—¿Que hiciste qué? —Sonrió.

—Clavarle una pistola en los huevos, ¿vale?

Sus ojos empezaron a chispear, y la risa se extendió por su cara hasta estallarle entre los labios. Soltó una carcajada a pleno pulmón.

Tenía una risa dulce como los caramelos, muy contagiosa. Si se pudiera embotellar, estoy segura de que la risa de Jean-Claude engordaría. O sería orgásmica.

—*Ma petite, ma petite*, eres absolutamente maravillosa.

Me quedé mirándolo, mientras su risa palpable me rodeaba. Tenía que marcharme: es imposible hacerse la dura cuando se tiene delante a alguien que ríe así. Pero lo conseguí, aunque mi frase de

despedida sólo intensificó las carcajadas:

—Y deja de llamarme *ma petite*.

Volví al ruido del local. Charles estaba de pie al lado de la mesa, y ya de lejos noté que se sentía incómodo. A ver qué más había pasado.

Estaba retorciéndose las manos, y tenía un gesto que casi parecía de dolor. Un dios misericordioso le había dado aspecto duro, pero no podía ser más blandito. Si yo tuviera el tamaño y la fuerza de Charles, os aseguro que sería de cuidado. Qué injusto, y qué triste.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—He llamado a Caroline.

—¿Y?

—La canguro está enferma, y a ella la han llamado del hospital, así que tengo que quedarme con Sam.

—Ya veo.

—¿No puedes esperar a mañana para ir al Tenderloin? —Hasta su aspecto de duro se había difuminado. Negué con la cabeza—. No pretenderás ir sola, ¿verdad?

Miré al gigantesco hombre que se alzaba ante mí y suspiré.

—No puedo esperar, Charles.

—Pero el Tenderloin… —Bajó la voz, como si la mención del barrio fuera a atraer a una bandada de chulos y putas—. No puedes ir sola por la noche.

—En peores sitios he estado. No te preocupes.

—No puedo permitir que vayas sola. Que Caroline busque otra canguro, o que diga en el hospital que no puede ir.

Sonrió al decirlo. Siempre es agradable ayudar a un amigo. Pero

Caroline se lo haría pagar, y lo peor del caso era que ya no me apetecía ir con él. A veces no basta con la pinta.

¿Y si Gaynor se enteraba de que había interrogado a Wanda? ¿Y si creía que Charles tenía algo que ver? No; había sido una egoísta al pretender que se arriesgara. Charles estaba casado y tenía un hijo de cuatro años.

Harold Gaynor se lo comería con patatas. No podía involucrarlo. Era como un osito, muy grande y ansioso por complacer, pero no necesitaba el apoyo de un osito. Necesitaba a alguien que fuera capaz de aguantar lo que le echara Gaynor.

Tuve una idea.

—Vete a casa, Charles. No iré sola, te lo prometo.

Me miró con incertidumbre. Quizá no me creyera. Pues bueno.

—¿Estás segura? No quiero dejarte colgada…

—Márchate. Le pediré a otra persona que me acompañe.

—¿A quién vas a encontrar a estas horas?

—No preguntes. Vete con tu hijo.

No parecía tenerlas todas consigo, pero era evidente que estaba aliviado. Le daba miedo ir al Tenderloin. Puede que la correa corta de Caroline fuera lo que él quería y necesitaba: una excusa para no hacer lo que no quería hacer en realidad. Vaya base para un matrimonio.

Pero bueno. Si funciona, no lo toques.

Charles se marchó deshaciéndose en disculpas, pero yo sabía que se alegraba de irse, y no se me olvidaría.

Llamé a la puerta del despacho.

—Adelante, Anita —oí tras un momento de silencio.

¿Cómo había sabido que era yo? Mejor no preguntar; no quería saberlo.

Jean-Claude parecía estar examinando un libro de cuentas de páginas amarillentas y tinta desvaída. Daba la impresión de haber salido de la época victoriana.

—¿Qué he hecho para merecer el honor de dos visitas en una noche? —preguntó.

De repente me sentí gilipollas. Después de dedicarme a esquivarlo, ¿iba a invitarlo a que me acompañara a investigar? Pero de esa manera mataría dos murciélagos de un tiro: le daría gusto a Jean-Claude, porque de verdad que no me apetecía que se enfadara

conmigo, y si Gaynor intentaba enfrentarse a él, me daba que el vampiro tenía todas las de ganar.

Era lo que me había hecho Jean-Claude unas semanas atrás: me había elegido para que salvara al mundo vampírico, y me había hecho enfrentarme a un monstruo que ya había matado a tres maestros vampiros. Suponía que yo tendría las de ganar contra Nikolaos y acertó, aunque por los pelos.

Donde las dan las toman, así que le dediqué una sonrisa encantadora. Era un placer poder devolver los favores tan deprisa.

—¿Te importaría acompañarme al Tenderloin?

Parpadeó, con un gesto de sorpresa digno de una persona de verdad.

—¿Con qué objeto?

—Tengo que interrogar a una prostituta sobre un caso en el que estoy trabajando, y necesito apoyo.

—¿Apoyo?

—Debería ir con alguien de pinta más amenazadora que la mía, y tú cumples los requisitos.

—Así que quieres usarme de guardaespaldas —dijo con una sonrisa beatífica.

—Ya me has causado bastantes problemas, así que por una vez podrías hacerme un favor.

La sonrisa se desvaneció.

—¿A qué viene este repentino cambio de opinión, *ma petite*?

—El tipo que me iba a acompañar ha tenido que irse a casa a quedarse con su hijo.

—¿Y si no voy?

—Iré sola.

—¿Al Tenderloin?

—Sí —dije. De repente se encontraba de pie junto a la mesa y caminaba hacia mí. No lo había visto levantarse—. ¿Por qué no dejas de hacer eso?

—¿A qué te refieres?

—A lo de nublarme la mente para que no vea que te mueves.

—Lo hago siempre que puedo, *ma petite*, para demostrar que aún soy capaz.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Te transmití gran parte de mi poder cuando te puse las

marcas, así que practico con los jueguecitos que aún no me están vedados. —Estaba casi delante de mí—. No quiero que te olvides de quién ni de qué soy.

Me quedé mirando sus ojos azules, azules.

—Nunca me olvido de que eres un cadáver ambulante, Jean-Claude.

Una expresión que no supe interpretar le atravesó el rostro. Quizá fuera de dolor.

—No, veo en tus ojos que sabes qué soy. —Bajó la voz hasta convertirla en un susurro, aunque sin nada de seductor. Parecía humano—. Tus ojos son el espejo más nítido que he visto en mi vida, *ma petite*. Siempre que empiezo a engañarme, siempre que me dejo llevar por la fantasía de que estoy vivo, me basta con mirarte para ver la verdad.

¿Qué esperaba que dijera? No pretendería que pasara por alto su vampirismo.

—¿Y por qué no me rehúyes?

—Puede que Nikolaos no se hubiera convertido en el monstruo que era si hubiera tenido un espejo así.

Me quedé mirándolo. Quizá tuviera razón. Aquello casi convertía su elección de sierva humana en un acto de nobleza. Casi. Ya, lo que faltaba. ¿Ahora iba a empezar a sentir lástima del puto amo de la ciudad? Ni harta de vino.

Íbamos al Tenderloin. Cuidado, chicos malos: llevaba al amo de apoyo. Era matar moscas a cañonazos, pero siempre ha sido una de mis especialidades.

En el siglo XIX, el Tenderloin era el barrio chino de la Orilla, pero al igual que gran parte de San Luis, se había revalorizado. Si bajáis por la calle Washington, pasáis el teatro Fox, donde las compañías itinerantes representan musicales de Broadway, y seguís bajando hasta el final del centro de San Luis, al oeste, llegaréis al cadáver resucitado del Tenderloin.

De noche, las calles están llenas de neones y todo son luces parpadeantes, vibrantes, de colores vivos. Es como un carnaval pornográfico; sólo falta que instalen una noria en un descampado. Podrían vender algodón dulce con forma de cuerpo desnudo, y los niños se quedarían a jugar mientras papá visitaba las otras atracciones. Mamá no tendría por qué enterarse.

Jean-Claude estaba sentado a mi lado en el coche. Había estado tan callado, todo el camino, que tuve que mirarlo de reojo un par de veces para asegurarme de que seguía allí. La gente hace ruido. No me refiero a la conversación, a los eructos ni a nada tan llamativo. Simplemente, las personas no pueden quedarse sentadas en silencio. Se revuelven y la ropa roza el asiento; respiran y se oye como toman aire; se humedecen los labios y emiten un sonido bajo y húmedo pero audible… Jean-Claude no hizo ninguna de esas cosas; ni siquiera sé si llegaría a parpadear. Ah, los muertos vivientes.

Me gusta el silencio tanto como al que más; me lo tomo mejor que la mayoría de las mujeres y que muchos hombres. Pero de repente sentía el impulso de llenarlo, de hablar sólo para oír algo.

Era un desperdicio de energía, pero lo necesitaba.

—¿Estás ahí, Jean-Claude? —Volvió el cuello, con cabeza y todo, y vi los neones reflejados en sus ojos, que parecían espejos oscuros. Mierda—. Sé que sabes hacerte pasar por humano mejor que casi cualquier vampiro, así que ¿a qué viene esta gilipollez sobrenatural?

—¿Gilipollez? —repitió en voz baja.

—Sí. ¿Por qué te pones tan misterioso?

—¿Misterioso? —Su voz llenó el coche, como si la palabra tuviera otro significado.

—Ya vale.

—¿Qué vale?

—Vale de contestarme con preguntas.

—Lo siento, *ma petite*. —Parpadeó—. Es que siento la calle.

—¿Cómo que sientes la calle?

Volvió a apoyar la espalda y la cabeza en el asiento, y se llevó una mano al estómago.

—Aquí hay mucha vida.

—¿Vida? —De pronto era yo la que contestaba con preguntas.

—Sí. Siento a la gente que va de un lado a otro: criaturas que buscan desesperadamente amor, dolor, comprensión, codicia… Hay mucha codicia por aquí, pero sobre todo, amor y dolor.

—La gente no va de putas en busca de amor, sino en busca de sexo.

Volvió la cabeza y me clavó los ojos oscuros.

—Muchas personas confunden lo uno con lo otro.

Me quedé mirando la carretera. Se me había erizado el vello.

—Hoy no has tomado sangre, ¿verdad?

—Tú eres la experta en vampiros; tú dirás. —Su voz se había convertido en un susurro rasposo.

—Ya sabes que contigo me cuesta notarlo.

—Muchas gracias por el cumplido.

—No te he traído a cazar —dije con firmeza, puede que en voz más alta de lo necesario. El sonido de mi pulso me llenaba la cabeza.

—¿Vas a prohibirme que cace?

Medité la respuesta mientras daba otra vuelta en busca de un sitio donde aparcar. ¿Iba a prohibirle que cazara? Sí, y él lo sabía.

Era una pregunta con trampa; el problema era que no sabía dónde estaba la trampa.

—Te agradecería que no cazaras aquí esta noche.

—Dame un motivo, Anita.

Me había llamado por mi nombre sin que se lo pidiera. Sin duda, tramaba algo.

—Te he traído yo, y si no fuera por mí, no cazarías aquí.

—¿Te sientes culpable por la persona de la que pueda alimentarme esta noche?

—Chupar sangre a la fuerza es ilegal —dije.

—Desde luego.

—Y se castiga con la muerte.

—De tu mano.

—Si cometes el delito en este estado, sí.

—Sólo son putas, chulos, estafadores… ¿Qué te importan, Anita?

Creo que nunca me había llamado Anita dos veces seguidas. Mala señal. Un coche salió de donde estaba aparcado, a menos de una manzana de El Gato Pardo. Qué suerte. Metí el Nova en el hueco. No se me da muy bien aparcar en paralelo, pero por suerte, el vehículo que se había marchado medía el doble que el mío, y tenía sitio de sobra para maniobrar.

Después de dejar el coche no demasiado lejos del bordillo, pero más o menos apartado del tráfico, apagué el motor. Jean-Claude seguía apoyado en el asiento, mirándome.

—Te he hecho una pregunta, *ma petite*. ¿Qué significa esa gente para ti?

Me quité el cinturón y me volví para mirarlo. Por algún juego de luces y sombras, casi todo su cuerpo estaba sumido en la oscuridad, pero una franja de luz dorada le atravesaba la cara, resaltándole los pómulos. La punta de los colmillos le sobresalía entre los labios, y los ojos le resplandecían como si fueran de neón azul. Me aparté y clavé la vista en el volante.

—No es nada personal, Jean-Claude, pero están vivos. Me caigan bien o mal, o aunque me sean indiferentes, nadie tiene derecho a matarlos arbitrariamente.

—¿Así que te aferras a eso de que la vida es sagrada?

—A eso y a que todos los seres humanos son especiales. Cada muerte supone la pérdida de algo valiosísimo e insustituible. —Una

vez dicho aquello, lo miré.

—Sé que has matado, Anita. Has destruido algo que te parece insustituible.

—Yo también lo soy, y nadie tiene derecho a matarme a mí, tampoco.

Se incorporó con un movimiento fluido, y dio la sensación de que la realidad se reagrupaba a su alrededor. Casi pude percibir el paso del tiempo en el coche, como una explosión sónica procedente del interior de mi cabeza.

Jean-Claude estaba delante de mí, con aspecto completamente humano. Su piel pálida estaba un poco sonrojada, y su pelo negro ondulado, cuidadosamente peinado, invitaba a hundir los dedos. Tenía los ojos azul oscuro, simplemente, sin nada excepcional salvo el color. En un instante se había vuelto a convertir en humano.

—Virgen santa —dije entre dientes.

—¿Qué pasa, *ma petite*?

Sacudí la cabeza. Si le preguntaba cómo lo había hecho, se limitaría a sonreír.

—¿A qué vienen tantas preguntas? —le dije—. ¿Qué te importa mi opinión sobre la vida?

—Eres mi sierva humana. —Levantó la mano para detener mi protesta automática—. He empezado el proceso de convertirte en mi sierva humana, y me gustaría entenderte mejor.

—¿Es que no puedes… oler mis emociones, como hueles las de la gente de la calle?

—No, *ma petite*. Percibo tu deseo y poco más. Renuncié a leerte la mente cuando te puse las marcas.

—Entonces, ¿no sabes qué pienso?

—No.

Me alegraba saberlo, pero si Jean-Claude no tenía por qué decírmelo, ¿a qué se debería su confesión? Nunca daba nada a cambio de nada; seguro que aquello conllevaba alguna atadura que yo no sabía ver. Negué con la cabeza.

—Sólo has venido a servirme de apoyo, así que no le hagas nada a nadie si no te lo pido, ¿vale?

—¿Que no haga nada?

—No le hagas daño a nadie a no ser que intente hacernos daño a nosotros.

Asintió con solemnidad, pero me temo que por dentro se partía de risa. Mira que darle órdenes al amo de la ciudad… Sí, supongo que tenía gracia.

En la calle había mucho ruido. De los edificios salía música, nunca la misma canción, pero siempre a todo volumen. Los carteles proclamaban CHICAS, CHICAS, CHICAS. *TOPLESS*. En un anuncio luminoso de letras de color rosa ponía HABLA CON LA MUJER DESNUDA DE TUS SUEÑOS. Uf.

Una mujer negra, alta y esbelta, se nos acercó. Llevaba un pantalón corto morado, tan pequeño que parecía un tanga, y unas medias negras de rejilla que le cubrían las piernas y las nalgas. Muy provocativa.

Se detuvo entre los dos y nos miró a uno y otro.

—¿Quién es el activo y quién el mirón?

Jean-Claude y yo intercambiamos una mirada. Vi que sonreía.

—Lo siento, pero estamos buscando a Wanda —le dije.

—No conozco a todo el mundo, pero cualquier cosa que haga esa tal Wanda, os garantizo que la puedo hacer mejor.

Se quedó muy cerca de Jean-Claude, casi rozándolo. Él le cogió la mano y se la llevó a los labios, sin dejar de mirarme.

—Tú eres el activo —dijo la puta con voz ronca, *sexy*. O tal vez era el efecto que tenía Jean-Claude en las mujeres. A saber.

El caso es que se acurrucó contra él. Su piel negra contrastaba con la camisa de encaje blanco. Llevaba las uñas pintadas de color pantera rosa.

—Perdonad que os interrumpa —dije—, pero no tengo toda la noche.

—Entonces no es a ésta a la que buscas —dijo Jean-Claude.

—No.

La cogió por los brazos, justo por encima de los codos, y la apartó. Ella intentó volver a acercarse y lo agarró, pero él la mantuvo alejada sin esfuerzo. Podría haber mantenido alejado un coche en marcha sin esfuerzo.

—Contigo me voy gratis —dijo ella.

—¿Qué le has hecho? —le pregunté.

—Nada.

No me lo creí.

—¿No le has hecho nada y no quiere cobrarte? —El sarcasmo es

uno de mis talentos naturales. Me aseguré de que lo percibiera.

—Estate quieta —dijo Jean-Claude.

—No te atrevas a decirme que…

La mujer se había quedado inmóvil. Dejó caer las manos a los lados, inertes. Jean-Claude no hablaba conmigo.

La soltó, pero ella siguió sin moverse. La rodeó como si fuera un socavón y me cogió del brazo. Se lo permití. Me quedé mirando a la prostituta, esperando a que se moviera.

Su espalda recta y casi desnuda se estremeció, y hundió los hombros. Echó la cabeza hacia atrás y respiró profundamente.

Jean-Claude me cogió del codo y echó a andar. La prostituta se volvió y nos miró, pero no reaccionó. Era como si no nos reconociera.

Tragué saliva con tanta fuerza que me dolió. Me aparté de Jean-Claude, que no intentó retenerme. Bien por él.

Me apreté contra un escaparate. Jean-Claude estaba frente a mí, cabizbajo.

—¿Qué le has hecho?

—Nada, *ma petite*, ya te lo he dicho.

—No me llames así. Y no me mientas, porque la he visto.

Dos hombres se detuvieron junto a nosotros para mirar el escaparate. Iban cogidos de la mano. Me volví hacia la tienda y me ruboricé: látigos, máscaras de cuero, esposas acolchadas y cosas cuyo nombre ni siquiera conocía. Uno de los hombres susurró algo al oído del otro, que rió. Me vieron mirar y nuestros ojos se encontraron; aparté la vista rápidamente. En aquella zona, el contacto visual era peligroso.

Estaba roja como un tomate, y no me hacía ni pizca de gracia. Los dos hombres se marcharon, aún de la mano.

Jean-Claude miraba el escaparate como si fuera lo más normal del mundo, con absoluta naturalidad.

—¿Qué le has hecho a esa mujer? —le pregunté.

Seguía concentrado en el escaparate, aunque no sé qué artículo le habría llamado la atención.

—Ha sido un descuido por mi parte, *ma*… Anita. Ha sido culpa mía.

—¿Qué ha sido culpa tuya?

—Mis poderes aumentan cuando tengo cerca a mi sierva

humana. —Me miró fijamente—. Cuando estás a mi lado soy más poderoso.

—¡Un momento! ¿Quieres decir que soy como el gato negro de las brujas?

—Sí, algo parecido. —Ladeó la cabeza y me sonrió—. No sabía que entendieras de brujería.

—Tuve una infancia difícil. —No estaba dispuesta a cambiar de tema—. Así que cuando voy contigo se te da mejor hechizar a la gente con la mirada. Hasta tal punto que has hechizado a esa prostituta sin darte cuenta —dije. Asintió, y yo negué con la cabeza —. No te creo.

Se encogió de hombros con su elegancia habitual.

—No me creas si no quieres, pero es la verdad.

No quería creérmelo, porque si era cierto, yo era su sierva humana quisiera o no, independientemente de mis acciones: bastaba con mi presencia. El sudor me chorreaba espalda abajo, pero tenía frío.

—Mierda.

—Y que lo digas.

—No, ahora no puedo con esto, de verdad. —Lo miré fijamente —. Sean lo que sean esos poderes que nos damos mutuamente, mantenlos controlados, ¿vale?

—Lo intentaré.

—No lo intentes, joder. Hazlo.

—Por supuesto, *ma petite*. —Su sonrisa fue tan amplia que le vi la punta de los colmillos.

Empezaba a notar el peso del pánico en la boca del estómago. Cerré los puños.

—Como vuelvas a llamarme así, no respondo.

Ensanchó los ojos ligeramente, y sus labios se arquearon. Me di cuenta de que estaba esforzándose por no reírse. Odio que encuentren divertidas mis amenazas.

Tenía ganas de partirle la cara por tocacojones, por entrometido y porque me había asustado. No me extrañaba; no era la primera vez que sentía el impulso de recurrir a la violencia. Observé el regocijo que asomaba en su rostro. Era un hijo de puta condescendiente, pero si las cosas se ponían feas entre nosotros, uno de los dos moriría, y no descartaba la posibilidad de que fuera yo.

El humor desapareció de su cara, que quedó tersa, arrebatadora y arrogante.

—¿Qué pasa, Anita? —preguntó en voz baja, íntima. A pesar del bullicio de alrededor, era una voz que me arrastraba. Menudo don.

—No me acorrales, Jean-Claude; no te conviene dejarme sin opciones.

—Creo que no te entiendo.

—Si tengo que elegir entre tú y yo, me elegiré a mí. No te olvides.

Me miró durante unos instantes, y después parpadeó y asintió.

—Sí, te creo, pero recuerda, *ma*…, Anita, que si me haces daño, te harás daño a ti. Yo podría sobrevivir a tu muerte, pero ¿estás segura, *amante de moi*, de que tú podrías sobrevivir a la mía?

¿Qué demonios significaría eso de *amante de moi*? Mejor no preguntar.

—Maldito seas, Jean-Claude. Maldito seas.

—Eso, mi querida Anita, ocurrió mucho antes de que nos conociéramos.

—¿Qué quieres decir?

—Hace mucho que tu querida iglesia católica decretó que todos los vampiros somos suicidas, así que ya estamos malditos. —Me miraba con absoluta inocencia.

—Soy episcopaliana —repuse sacudiendo la cabeza—, pero supongo que da igual.

Se echó a reír, con un sonido que era como una caricia sedosa en la nuca: suave y agradable, pero estremecedor.

Me aparté de él y lo dejé ante el escaparate, para perderme en medio de las putas, los chulos y los clientes. No había nadie en aquella calle que pudiera ser tan peligroso como Jean-Claude. Lo había llevado para que me protegiera, ¿seré pardilla? Era ridículo. Obsceno, casi.

Se me acercó un chaval que no debía de tener más de quince años. Llevaba un chaleco sin nada debajo y unos vaqueros destrozados.

—¿Quieres algo? —Era un poco más alto que yo y tenía los ojos azules. Detrás de él, otros dos chicos nos miraban—. No vienen muchas mujeres por aquí, ¿sabes?

—No me extraña. —Joder, era un crío—. Estoy buscando a

Wanda la Tragamillas.

—¿Te ponen las lisiadas? —dijo un chico—. Puaj.

Estaba de acuerdo con él, pero en fin.

—¿Sabéis dónde está? —Saqué un billete de veinte. Era demasiado por la información, pero quizá le sirviera para irse antes a casa. Igual si tenía veinte dólares extra podría rechazar a alguno de los clientes que pasaban despacio con el coche. Sí, claro, iba a cambiarle la vida con veinte dólares. Y luego podía detener un escape nuclear con el dedo.

—Está en la puerta de El Gato Pardo, en la esquina.

—Gracias. —Le di el billete; tenía las uñas sucias.

—¿Seguro que no te apetece un poco de marcha?

Su voz era insegura, como su mirada. Vi de reojo que Jean-Claude avanzaba por la multitud. Me buscaba para protegerme. Me volví hacia el chaval.

—Creo que ya tengo más marcha de la que necesito.

El chico frunció el ceño, desconcertado. No era para menos; yo también lo estaba. ¿Qué se hace con un maestro vampiro acosador? Buena pregunta. Lástima que no tuviese ninguna buena respuesta.

Wanda la Tragamillas era menuda y estaba sentada en una de esas sillas de ruedas deportivas, como las que se usan en las carreras. Llevaba guantes de deporte, y los músculos de los brazos se le tensaban bajo la piel bronceada cuando giraba las ruedas. El pelo largo y castaño le caía en ondas, enmarcando una cara atractiva y bien maquillada. Llevaba una camiseta azul con un brillo metálico, sin sujetador. Una falda larga con un par de capas de gasa multicolor y unas botas altas muy elegantes le ocultaban las piernas. Avanzaba hacia nosotros a buen ritmo. En comparación, casi todas las prostitutas y chaperas tenían un aspecto chabacano, con ropa demasiado llamativa que enseñaba un montón de chicha; claro que con aquel calor no había más remedio. Supongo que si alguien se pusiera un mono de rejilla, la policía se le echaría encima.

Jean-Claude se detuvo a mi lado y miró el neón, que proclamaba EL GATO PARDO en un fucsia deslumbrante. Qué buen gusto.

¿Cómo se acerca una a una prostituta, aunque sólo sea para charlar? No tenía ni idea; cada día se aprende algo nuevo. Me quedé en su camino, esperando a que llegara. Levantó la vista y me pilló observándola; al ver que no me apartaba, me miró a los ojos y sonrió.

Jean-Claude se me acercó, y la sonrisa de Wanda se amplió. Sin duda, era una sonrisa de «ven conmigo», como decía mi abuela paterna.

—¿Trabaja aquí? —me preguntó Jean-Claude.

—Sí.

—¿Y va en silla de ruedas?

—Ya ves.

—Vaya. —No dijo nada más. Creo que estaba impresionado; bueno es saber que podía impresionarse.

Wanda detuvo la silla con destreza y estiró el cuello hacia nosotros, sonriente. ¿No le dolía estirarse así?

—Hola —dijo.

—Hola —contesté. Siguió sonriendo, y yo seguí mirando. ¿Por qué me sentía incómoda de repente?—. Me han hablado de ti. —Ella asintió—. Eres Wanda la Tragamillas, ¿no?

De repente, su sonrisa se volvió auténtica. Detrás de todos sus gestos complacientes pero afectados había una persona de carne y hueso.

—Exactamente.

—¿Podemos hablar?

—Claro. ¿Tenéis habitación?

¿Cómo que si teníamos habitación? ¿No se suponía que de eso se encargaba ella?

—No —dije. Se quedó mirándome. A la mierda—. Sólo queremos hablar contigo durante una hora, puede que dos. Te pagaremos tu tarifa. —Me informó de cuánto cobraba—. ¡Coño! Qué precios.

—Oferta y demanda —me dijo con una sonrisa inocente—. A ver dónde más encuentras esto. —Se pasó las manos por las piernas, y yo, obediente, las seguí con la mirada. Joder, qué grima.

—De acuerdo —dije, asintiendo—. Trato hecho.

Se lo cargaré a Bert: papel para la impresora, bolígrafos de punta fina, una prostituta, carpetas… ¿Veis? Nada fuera de lo corriente.

A Bert le iba a encantar.

Nos llevamos a Wanda a mi piso, pero no tengo ascensor, y dos tramos de escaleras no son fáciles de subir en silla de ruedas. Jean-Claude cogió a Wanda en brazos y subió delante de mí, a paso normal. Yo los seguía con la silla, aunque más despacio.

Por lo menos podía mirar a Jean-Claude mientras subía. Qué se le va a hacer; por muy vampiro que sea, tiene un culo que no está nada mal.

Me esperaba en el descansillo, con Wanda acurrucada entre los brazos. Los dos me miraron con una especie de deferencia inexpresiva.

Dejé la silla doblada en la moqueta, y Jean-Claude me siguió. La gasa de la falda de Wanda susurraba con cada movimiento.

Me apoyé la silla de ruedas en la pierna, abrí la puerta y la empujé del todo, para dejar sitio a Jean-Claude. La silla se doblaba hacia dentro, como los cochecitos de bebé, y forcejeé para volver a montarla. Tal como sospechaba, era más fácil de plegar que de desplegar.

Levanté la mirada y me encontré con que Jean-Claude seguía en el umbral. Wanda lo miraba con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Es la primera vez que vengo a tu casa.

—¿Y?

—Pues vaya experta en vampiros. ¡Vamos, Anita!

Ah.

—Tienes permiso para entrar.

—Es un honor —dijo con una inclinación de cabeza.

Por fin conseguí montar la silla, y Jean-Claude dejó a Wanda en ella. Mientras cerraba la puerta, la mujer se alisó la ropa.

Jean-Claude se quedó de pie en mitad de la sala, mirando a su alrededor. Se acercó al calendario de pingüinos que tenía en la pared de la cocina y pasó las páginas de los meses siguientes hasta que hubo visto todas las imágenes de aves rechonchas.

Quería decirle que parase, pero era inofensivo; nunca apunto nada en el calendario. No sé por qué me molestaba tanto interés.

Me volví hacia la prostituta que tenía en la sala. Qué noche más rara.

—¿Quieres tomar algo? —le pregunté; en caso de duda, mejor ser educada.

—Un vino tinto, si hay —dijo Wanda.

—Lo siento, pero no tengo nada con alcohol. Café, cocacola con azúcar de verdad o agua: eso es todo.

—Entonces, una cocacola.

Saqué una lata de la nevera.

—¿Quieres vaso?

Wanda negó con la cabeza.

Jean-Claude estaba apoyado en la pared, mirándome mientras me desplazaba por la cocina.

—Yo tampoco necesito vaso —dijo en voz baja.

—No te hagas el gracioso.

—Demasiado tarde.

No pude evitar sonreír.

Mi sonrisa pareció complacerlo, cosa que me molestó. Se me hacía cuesta arriba tenerlo cerca. Se acercó al acuario como quien no quiere la cosa; estaba examinando mi piso. Qué raro. Pero por lo menos nos dejaba a nosotras un poco de intimidad.

—Mierda, es un vampiro —dijo Wanda. Parecía alarmada, y eso me sorprendió. Yo me daba cuenta siempre; para mí, la muerte saltaba a la vista, por mono que fuera el cadáver.

—¿No te habías dado cuenta? —pregunté.

—Pues no; no voy de buscamuertos —dijo, tensa. Seguía a Jean-Claude con la mirada, aprensiva. Tenía miedo.

—¿Qué es eso? —Le pasé la bebida.

—Una puta que trabaja con vampiros.

Buscamuertos, mira tú.

—No te va a tocar.

Volvió hacia mí los ojos marrones y me miró fijamente, como si intentara leerme la mente para ver si le decía la verdad.

Qué acojone, meterse en una habitación con unos desconocidos sin saber qué pueden hacer. Hay que estar desesperado o ser autodestructivo.

—Entonces, ¿vamos a hacerlo tú y yo? —me preguntó sin dejar de mirarme.

Tardé un momento en caer en la cuenta.

—No. —Sacudí la cabeza—. No, te he dicho que sólo quería hablar, y lo decía en serio. —Creo que me había puesto colorada.

Igual fue el rubor lo que la convenció, pero abrió la lata y bebió un trago.

—¿Quieres que hable de cómo me lo hago con otros mientras tú te lo haces con él? —Señaló con un gesto al vampiro errante.

Jean-Claude estaba delante del único cuadro que tenía en la habitación. Era moderno y pegaba con la decoración: gris, blanco, negro y rosa claro. Era una de esas imágenes abstractas en las que, cuanto más se miran, más formas se descubren.

—Sólo vamos a hablar; eso es todo. Nadie va a hacer nada con nadie, ¿de acuerdo?

—Tú pagas. —Se encogió de hombros—. Tú decides qué hacemos.

Aquella última frase hizo que se me encogiera el estómago. Hablaba en serio: yo pagaba, y ella haría lo que yo quisiera. ¿Cualquier cosa? Me parecía espantoso que se dijera en serio algo así. Bueno, cualquier cosa menos tirarse a un vampiro, que hasta las putas tienen sus límites.

Wanda me miraba sonriente. El cambio había sido espectacular: estaba radiante y hasta le brillaban los ojos. Me recordó la cara risueña y muda de Cicely.

Al grano.

—Tengo entendido que hace tiempo eras la amante de Harold Gaynor. —Hala. Habiendo lubricante, ¿para qué los preliminares?

La sonrisa de Wanda se desvaneció, y la aprensión sustituyó al buen humor.

—No conozco a nadie que se llame así.

—Ya empezamos. —Yo seguía de pie, de modo que para mirarme, ella debería torcer el cuello en un ángulo casi doloroso. Bebió un trago y sacudió la cabeza sin levantar la vista—. Vamos, Wanda, sé que fuiste la chica de Gaynor. No niegues que lo conoces, y seguiremos a partir de ahí.

Me miró brevemente y volvió a bajar la cabeza.

—Si quieres, me lo hago contigo mientras nos mira el vampiro. También puedo deciros guarradas a los dos. Pero el nombre de Gaynor no me suena de nada.

Me incliné y apoyé las manos en los brazos de la silla. La miré desde muy cerca.

—No soy periodista, y Gaynor no se enterará nunca de que has hablado conmigo, a no ser que se lo digas tú.

Sus ojos se habían agrandado. Los seguí y vi que se me había abierto el chubasquero, dejando la pistola a la vista. La estaba poniendo nerviosa. Mierda.

—Habla conmigo, Wanda —dije con suavidad, aunque aquel tono se podía interpretar como una amenaza.

—¿De dónde habéis salido? No sois policías ni periodistas, y los asistentes sociales no van armados. ¿Quiénes sois? —La última pregunta tenía un tinte de miedo.

Jean-Claude salió de mi dormitorio. El que faltaba.

—¿Tienes problemas, *ma petite*?

No protesté por el apelativo; era mejor que Wanda no supiera que había desavenencias en nuestras filas.

—Se ha puesto cabezota —dije.

Me aparté de la silla, me quité el chubasquero y lo dejé en la barra que daba a la cocina. Wanda se quedó mirando la pistola, como me esperaba.

Puede que yo no dé miedo, pero la Browning es otro cantar.

Jean-Claude se colocó detrás de ella y le puso las manos en los hombros. Wanda dio un respingo como si se hubiera quemado, pero yo sabía que no le había hecho daño. Aunque igual habría sido mejor que se lo hiciera.

—Me matará —dijo Wanda.

Últimamente había mucha gente que decía eso de Gaynor.

—No se enterará nunca —le aseguré.

Jean-Claude le acarició el pelo con la mejilla, sin dejar de

masajear los hombros con delicadeza.

—Y, mi querida *coquette*, esta noche no está aquí —le dijo al oído—. Estamos nosotros. —Añadió algo más, en voz tan baja que no lo oí; sólo vi que movía los labios.

Wanda sí que lo oyó; abrió los ojos desmesuradamente y se puso a temblar. Parecía que le estaban dando convulsiones. Las lágrimas le asomaron a los ojos y le cayeron por las mejillas trazando una curva elegante.

Vaya mierda.

—No, por favor. No se lo permitas —me rogó aterrorizada, con un hilo de voz.

En aquel momento odié a Jean-Claude, y me odié a mí. Se supone que yo era de los buenos, o eso me gustaba creer, y no estaba dispuesta a renunciar a ello aunque sirviera a mis intereses. Si Wanda no quería hablar, que no hablase, pero no quería atormentarla.

—Aparta, Jean-Claude —dije.

—Noto el sabor de su pánico —contestó levantando la vista hacia mí—. Es como un vino especiado. —Tenía los ojos de un azul tan oscuro que no se le distinguían las pupilas; parecía ciego. Y seguía siendo guapísimo mientras abría la boca y sacaba los colmillos.

Wanda seguía llorando y mirándome fijamente. Si hubiera visto a Jean-Claude, se habría echado a gritar.

—Yo creía que te controlabas mejor, Jean-Claude.

—Me controlo perfectamente… hasta que decido que ya basta.

Se apartó de ella y se puso a recorrer la sala, al otro lado del sofá, como un leopardo que pasea por su jaula: violencia contenida que se podía liberar en cualquier momento. No le veía la cara, y no sabía si lo hacía para acojonar a Wanda o porque le salía así.

Sacudí la cabeza. No era momento de preguntar; quizá más tarde. Quizá.

Me arrodillé delante de Wanda, que apretaba la lata de refresco con tanta fuerza que la estaba doblando. Ni la rocé; sólo me acerqué mucho.

—No voy a permitir que te haga daño, de verdad. Harold Gaynor me está amenazando, y por eso necesito la información. —Me miraba, pero estaba concentrada en el vampiro que tenía detrás.

Se le notaba en la tensión de los hombros: mientras Jean-Claude siguiera en la habitación, era imposible que Wanda se relajara. Chica lista—. Jean-Claude, Jean-Claude… —Se volvió hacia mí con toda naturalidad, y una sonrisa le adornó los labios. Era postiza; maldito sea. ¿Será que cuando alguien se convierte en vampiro se le despierta la vena sádica?—. Vete un rato al dormitorio; quiero hablar a solas con Wanda.

—¿A tu dormitorio? Será un placer, *ma petite*.

Le dediqué un gesto de reproche, pero no se inmutó. Qué sorpresa. En cualquier caso, se fue de la sala.

Wanda relajó los músculos y dejó escapar un suspiro tembloroso.

—¿Me prometes que no le dejarás hacerme nada?

—Desde luego.

Se echó a llorar, y me quedé mirando las lágrimas sin saber qué hacer. Nunca sé reaccionar cuando alguien llora. ¿Se supone que tengo que abrazarlo, darle unas palmaditas, o qué?

Opté por sentarme en el suelo, delante de ella, y quedarme esperando. Tardó un rato, pero al final dejó de llorar y me miró parpadeando. Se le había corrido la pintura de los ojos y tenía un aspecto desvalido que la hacía aún más atractiva. Sentí el impulso de cogerla entre los brazos, acunarla como si fuera una niña y susurrarle mentiras al oído, decirle que todo iba a salir bien.

Cuando se fuera de mi casa seguiría siendo puta e inválida; si eso es que las cosas salgan bien… Sacudí la cabeza, más por mí que por ella.

—¿Te traigo un pañuelo de papel?

Ella asintió.

Me acerqué a la encimera a coger la caja de pañuelos de papel y se la tendí. Se limpió la cara y se sonó con suavidad, como toda una dama.

—¿Podemos hablar ahora?

Asintió, aún parpadeando con frecuencia, y bebió un trago.

—Conoces a Harold Gaynor, ¿verdad?

Se limitó a mirarme fijamente. Esperaba que no se desmoronase.

—Si lo averigua, me matará. No voy de buscamuertos, pero tampoco quiero morirme.

—Nadie quiere. Habla conmigo, por favor.

—De acuerdo: conozco a Harold —dijo con un suspiro

tembloroso.

—Háblame de él.

Wanda se quedó mirándome y entrecerró los ojos. A los lados se le formaron unas líneas que indicaban que era mayor de lo que me había parecido.

—¿Ya te ha mandado a Bruno o a Tommy?

—Sí, Tommy vino hace poco.

—¿Y qué pasó?

—Que le saqué una pistola.

—¿Ésa? —preguntó con un hilo de voz.

—Sí.

—¿Qué hiciste para cabrearlo?

Intenté decidir si le decía la verdad o una mentira. Ni lo uno ni lo otro.

—Me negué a hacer una cosa que me pedía.

—¿Qué?

—Eso no importa. —Sacudí la cabeza.

—No sería nada sexual; no estás lisiada. —Puso mucho énfasis en la última palabra—. Sólo le gustan las minusválidas. —Sentí físicamente la acritud de su voz.

—¿Cómo lo conociste?

—Yo estaba estudiando en la Universidad de Washington, y Gaynor hizo una donación por no sé qué.

—¿Y te invitó a salir?

—Sí. —Hablaba en voz tan baja que tuve que inclinarme para oírla.

—¿Y qué pasó?

—Los dos íbamos en silla de ruedas. Él era rico, y todo funcionaba de maravilla. —Apretó los labios como si se estuviera arreglando el carmín y tragó saliva.

—¿Cuándo empezaron a torcerse las cosas? —pregunté.

—Me fui a vivir con él y dejé la facultad. Era… más fácil que seguir estudiando. Era lo más fácil de todo. No se cansaba de estar conmigo. —Volvió a bajar la vista—. Hasta que empezó a apetecerle un poco más de variedad en la cama. No puede mover las piernas, pero no ha perdido la sensación. Yo no tengo. —Su voz era apenas audible, y tuve que apoyarme en sus rodillas—. Le gustaba hacerme cosas en las piernas, aunque yo no las notaba, así que al principio

no me parecía mal, pero… Se volvió cada vez más enfermizo. —De repente levantó la cabeza y me miró desde muy cerca. Tenía los ojos muy abiertos, rebosantes de lágrimas contenidas—. Me hacía cortes. No me dolía, pero eso es lo de menos, ¿verdad?

—Verdad —confirmé. Una lágrima le resbaló por la mejilla, y le agarré la mano. Ella me apretó los dedos—. No pasa nada, no pasa nada. —Se echó a llorar, y yo mentí sin soltarle la mano—. Ya pasó, Wanda, ya no puede hacerte daño.

—Todo el mundo me hace daño. Tú ibas a hacerme daño —replicó con una acusación en la mirada.

Era un poco tarde para explicarle lo del poli bueno y el poli malo; de todas formas, no me habría creído.

—Háblame de Gaynor.

—Me cambió por una sordomuda.

—Cicely.

—¿La conoces? —Me miró sorprendida.

—De vista.

—Esa chica está como una cabra —dijo Wanda, sacudiendo la cabeza—. Le gusta torturar; la pone cachonda. —Se quedó mirándome como si quisiera evaluar mi reacción. ¿Me extrañaba? No.

—Harold se acostaba con las dos a la vez de tanto en tanto. La cosa siempre acababa en trío, y yo era quien salía peor parada. —Bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. A Cicely le gustan los cuchillos. Se le da muy bien desollar. —Volvió a hacer el gesto de quien se arregla el pintalabios—. Gaynor me mataría por contarte sus secretos de alcoba.

—¿Y conoces sus secretos de negocios?

—No, te lo aseguro. —Negó con la cabeza—. Siempre tuvo mucho cuidado de mantenerme al margen. Al principio creía que era para evitar que me detuvieran si lo pillaban a él. —Bajó la vista —. Más adelante me di cuenta de que era porque, como pensaba cambiarme por otra, no quería que supiera nada que pudiera usar contra él cuando me diera la patada.

Ya no había amargura ni cólera en su voz; sólo una tristeza hueca. Habría preferido verla alterada y furiosa; la desesperación muda transmitía un dolor incurable. Gaynor había hecho algo peor que matarla: la había dejado con vida, pero tan paralizada por

dentro como por fuera.

—Todo lo que te puedo contar es personal. No te servirá de nada contra él.

—Pero no todas esas cosas personales serán sexuales.

—No te sigo.

—Secretos personales que no estén relacionados con el sexo. Fuiste su chica durante casi dos años; supongo que hablaría contigo de más cosas.

—Supongo… —Frunció el ceño, pensativa—. A veces hablaba de su familia.

—¿Qué decía?

—Es hijo de madre soltera, y está obsesionado con la familia de su padre biológico.

—¿Sabe qué familia era?

—Sí. Gente de alcurnia. Su madre era una puta a la que su padre había retirado. La tenía de amante, pero la abandonó cuando se quedó embarazada.

La habían tratado como Gaynor trataba a sus chicas. Freud se las ingenia siempre para hacer acto de presencia.

—¿Qué familia?

—No me lo dijo nunca. Probablemente tenía miedo de que me diera por chantajearlos o fuera a revelarles sus trapos sucios. Desea desesperadamente hacer que se arrepientan de no haberlo acogido en la familia. Creo que si ganó tanto dinero fue sólo para ser tan rico como ellos.

—Si no te dijo quiénes eran, ¿cómo puedes saber que lo que decía era verdad?

—No harías esa pregunta si lo hubieras oído. Habla de ellos con una vehemencia… Los odia, y está empeñado en que su dinero le corresponde por derecho de nacimiento.

—¿Y cómo piensa conseguirlo? —pregunté.

—Poco antes de que me fuera, Harold había averiguado dónde estaban enterrados unos antepasados suyos, y hablaba de un tesoro. Un tesoro enterrado, ¿te lo puedes creer?

—¿En las tumbas?

—No. El dinero de esa familia procede de la piratería. Sus antepasados se dedicaban a recorrer el Misisipi y abordar otros barcos. Eso llenaba de orgullo a Gaynor, y a la vez lo sacaba de

quicio. Lo sacaba de quicio que, ya que todos ellos descienden de putas y ladrones, les diera por hacerse los estirados precisamente con él. —Me miraba fijamente cuando pronunció las últimas palabras. Puede que se diera cuenta de que se me empezaba a ocurrir una idea.

—¿Cómo esperaba conseguir el tesoro a partir de las tumbas?

—Dijo que buscaría algún sacerdote vodun que levantara a sus ancestros, para averiguar dónde se encuentra el tesoro que lleva siglos perdido.

—Ah —dije.

—¿Te ha servido de algo?

Asentí. Ya entendía mi participación en los planes de Gaynor. Lo que seguía sin entender era por qué me había elegido a mí, por qué no había recurrido a alguien de reputada mala fama, como Dominga Salvador. No faltaba gente dispuesta a aceptar dinero para sacrificar una cabra blanca sin perder el sueño. ¿Por qué quería encargarle el trabajo a una reanimadora notoriamente moralista?

—¿Mencionó el nombre de algún sacerdote?

—Nada de nombres. —Negó con la cabeza—. Siempre es muy precavido con eso. Y por la cara que pones, parece que te acabo de decir algo útil…

—Creo que es mejor que no sepas nada de esto.

Se quedó mirándome durante largo rato, y al final asintió.

—Supongo.

—¿Hay algún sitio…? —No terminé la frase. Iba a ofrecerle un billete de avión o autobús adonde fuera. A cualquier lugar donde no tuviera que venderse, donde pudiera reponerse.

Puede que lo captara en mi expresión o en mi silencio. Rió de buena gana. ¿No se supone que las putas deberían tener una risa triste?

—Al final va a resultar que tienes vocación de asistente social. Pretendes salvarme, ¿verdad?

—¿Sería terriblemente ingenua si te ofreciera un billete a casa o algo así?

—Terriblemente. —Asintió—. Y ¿por qué quieres ayudarme? No eres un hombre ni te gustan las mujeres. ¿Por qué ibas a ofrecerte a mandarme a casa?

—Porque soy estúpida —dije poniéndome de pie.

—A mí no me parece ninguna estupidez. —Me cogió la mano y me la apretó—. Pero no serviría de nada. Soy puta. Por lo menos, aquí conozco la ciudad y a la gente, y tengo clientes fijos. —Me soltó la mano y se encogió de hombros—. No me va mal.

—Con un poco de ayuda de tus amigos.

Sonrió, aunque con un poco de amargura.

—Las putas no tenemos amigos.

—No tienes por qué dedicarte a esto. Gaynor te convirtió en puta, pero no es obligatorio que sigas siéndolo.

Por tercera vez en la noche se le humedecieron los ojos. Joder, aquella chica no tenía estómago para aguantar la calle. Nadie lo tiene.

—Llámame un taxi, ¿vale? No quiero seguir hablando.

¿Qué podía hacer? Llamé a una agencia de taxis y pedí uno en el que se pudiera subir en silla de ruedas, tal como me dijo Wanda. Permitió que Jean-Claude la bajara porque yo no podía con ella, pero estaba muy rígida en sus brazos. La dejamos en la acera, sentada en la silla.

Esperé hasta que llegó el taxi y se la llevó. Jean-Claude se quedó a mi lado, en el círculo de luz dorada de delante de mi edificio. La luz cálida parecía aclararle la piel.

—Ahora tengo que dejarte, *ma petite*. Ha sido muy educativo, pero se me acaba el tiempo.

—Tienes que comer, ¿verdad?

—¿Se me nota?

—Un poco.

—Debería llamarte *ma vérité*, Anita. Siempre me dices la verdad.

—¿Eso es lo que significa *vérité*? ¿Verdad? —pregunté.

Asintió.

Me encontraba mal. Picajosa, malhumorada, inquieta… Estaba furiosa con Harold Gaynor por haber convertido a Wanda en su víctima; con Wanda, por haberlo permitido, y conmigo, por no ser capaz de hacer nada. Estaba de uñas con el mundo en general. Para colmo de males, ya sabía qué quería Gaynor de mí, y eso no me hacía sentir mejor.

—Siempre existirán las víctimas, Anita. No puedes evitar que existan los depredadores y las presas.

—¿No habíamos quedado en que ya no puedes leerme el

pensamiento?

—Pero sí la cara, y además te conozco.

No me hacía gracia que Jean-Claude supiera tanto de mí, que estuviera tan familiarizado con mis expresiones.

—Lárgate, ¿quieres?

—Como desees, *ma petite*.

Y con las mismas, se marchó. Una ráfaga de viento, y ya no estaba.

—Numerero —murmuré. Me quedé de pie en la acera y noté el sabor incipiente de las lágrimas en la garganta. ¿Por qué quería llorar por una puta a la que acababa de conocer? ¿O era por la injusticia del mundo en general?

Jean-Claude tenía razón: siempre habría depredadores y presas. Y yo me había esforzado mucho para pertenecer al primer grupo. Era la Ejecutora. Entonces, ¿por qué me identificaba siempre con las víctimas? Y ¿por qué la desesperación de la mirada de Wanda me avivaba el odio hacia Gaynor más que nada que me hubiera hecho a mí?

Eso. ¿Por qué?

Sonó el teléfono. Sólo moví los ojos, lo justo para mirar el reloj: las siete menos cuarto de la mañana. Mierda. Seguí tumbada, y estaba a punto de volver a dormirme cuando saltó el contestador.

—Soy Dolph. Hemos encontrado otro. Llámame al busca.

Busqué el teléfono a tientas y tiré el auricular. Lo recogí.

—Hola, Dolph, estoy aquí.

—¿Una noche movida?

—Sí. ¿Qué pasa?

—Nuestro amigo les ha cogido el gusto a las viviendas unifamiliares. —Tenía la voz ronca por la falta de sueño.

—Virgen santa. No me digas que se ha cargado a otra familia.

—Eso me temo. ¿Puedes salir?

Era una pregunta estúpida, pero no se lo comenté. Se me había caído el alma a los pies. No quería volver a pasar por lo de la casa de los Reynolds; no creía que mi imaginación pudiera con ello.

—Dame la dirección y voy para allá. —Me la dio—. ¿Saint Peters? No está muy lejos de Saint Charles, pero aun así…

—Aun así, ¿qué?

—Es un trecho muy largo si sólo lo recorrió en busca de otra casa con jardín. Hay montones mucho más cerca, así que ¿por qué fue tan lejos?

—¿Me lo preguntas a mí? —En su voz había algo parecido a la risa—. Pásate por la escena del crimen, mi querida experta en vudú, y busca la respuesta.

—¿Es tan espeluznante como la última casa?

—Igual o peor. Espeluznante se queda corto. —Seguía sonando como si estuviera riéndose, pero su voz tenía un matiz de amargura.

—No es culpa tuya —le dije.

—Díselo a mis superiores. Están de los nervios y quieren que rueden cabezas.

—¿Has conseguido la orden de registro?

—La tendré a última hora de la tarde.

—¿En pleno fin de semana?

—Ya te he dicho que están de los nervios. Ven cuanto antes, Anita. Todos queremos irnos a casa.

Colgó el teléfono, así que no me molesté en despedirme.

Otro asesinato. Mierda, mierda, mierda y más mierda. Vaya forma de pasar la mañana del sábado. Pero en fin, por lo menos nos iban a dar la orden de registro. El problema era que no sabía qué buscar; no tenía nada de experta en vudú. Igual debería pedirle a Manny que me acompañara, pero no me apetecía ponérselo a tiro a Dominga, no fuera que a ella le diera por negociar con la policía y delatarlo. El sacrificio humano no prescribe; aún podían condenarlo por lo que había hecho, y aquella mujer era más que capaz de cambiar a mi amigo por su vida y, de rebote, hacerme sentir culpable. Sí, eso le encantaría.

La luz del contestador estaba parpadeando. ¿Por qué no me había fijado antes de irme a dormir? Me encogí de hombros; misterios de la vida. Pulsé el botón.

—¿Anita Blake? Soy John Burke. He recibido tu mensaje. Llámame, sea la hora que sea. Quiero saber todo lo que puedas contarme. —Dejó un número de teléfono y colgó.

Estupendo: una escena de crimen, una excursión al depósito de cadáveres y una visita a Vudulandia, todo en un solo día. Hala, otra vez con la agenda llena de marrones, como la noche anterior y la anterior. Eso sí que era estar de racha.

Delante de la casa había un poli de uniforme echando las papas en un cubo de basura elefantiásico. Mala señal. En la acera de enfrente había una furgoneta de algún informativo. Peor señal. No sabía cómo se las había apañado Dolph para mantener apartados a los periodistas hasta entonces. Los acontecimientos pedían a gritos titulares del estilo de «Los zombis masacran una familia» o «Un zombi asesino en serie anda suelto». Virgen santa, la que se iba a montar.

Los de la televisión, con su presentador trajeado y con micrófono, me observaron mientras caminaba hacia el cordón policial amarillo. Cuando me puse la identificación en el cuello de la camisa, todos los miembros del equipo se acercaron al unísono. El policía que controlaba el cordón los contuvo, y avancé sin mirar atrás. Nunca hay que mirar atrás cuando se tiene a los periodistas respirando en el cogote, porque aprovechan para abalanzarse.

—Señorita Blake, por favor, ¿unas declaraciones? —gritó el rubio del traje.

No deja de hacerme gracia que me reconozcan, pero me hice la sueca y seguí andando con la cabeza gacha.

No hay nada que se parezca más a una escena de crimen que otra escena de crimen, aunque cada una tiene sus peculiaridades pesadillescas. La casa era bonita, de una sola planta. Yo estaba en un dormitorio, y un ventilador de techo giraba lentamente con un ligero chirrido, como si estuviera mal atornillado por un lado.

Más vale concentrarse en alguna nimiedad, como la forma en

que la luz atravesaba las persianas, pintando las paredes a rayas. Mejor no mirar lo que había en la cama. No quería mirarlo; no quería verlo.

Pero no había más remedio. Tenía que examinarlo, porque igual encontraba alguna pista. Ya, y los cerdos vuelan. Aun así, la esperanza es lo último que se pierde. Menuda zorra insidiosa, la esperanza.

Un cuerpo humano contiene algo más de siete litros de sangre; por mucha que se vea en las películas, nunca es suficiente. Probad a derramar siete litros de leche en el suelo del dormitorio, mirad la que se monta y multiplicad eso por… No sé por cuánto, pero había demasiada sangre para ser de una sola persona. La alfombra estaba encharcada y hasta salpicaba al pisarla, como el barro después de la lluvia. Antes de llegar a la cama tenía teñidas de rojo las deportivas blancas.

Lección aprendida: para estas cuestiones es mejor llevar calzado negro.

El olor se podía masticar; menos mal que estaba el ventilador. Era una mezcla de matadero y letrina: sangre y mierda. Es el olor más habitual de una muerte reciente.

Las sábanas no cubrían sólo la cama, sino también gran parte del suelo, a su alrededor. Era como si hubieran tirado servilletas de papel gigantes para recoger el mayor charco de zumo de tomate del mundo. Estaba segura de que debajo había montones de cachitos de cadáver; los bultos eran demasiado pequeños para que hubiera un cuerpo entero. No había ni uno suficientemente grande.

—No me hagas mirar, por favor —susurré en la habitación vacía.

—¿Cómo?

Di un brinco y me encontré con que tenía a Dolph detrás.

—Me has dado un susto de muerte.

—Para sustos, espera a ver lo que hay debajo de las sábanas.

No quería ver qué ocultaban todas aquellas sábanas empapadas de sangre. Ya había visto suficiente para toda la semana; dos noches atrás había sobrepasado mi tasa de casquería, y con creces.

Dolph esperaba en el umbral. No me había fijado hasta aquel momento en que tenía patas de gallo. Además estaba pálido y necesitaba afeitarse.

Todos necesitábamos algo. Pero antes tenía que mirar debajo de las sábanas. Si él había sido capaz, yo también. Sí, claro.

—Que venga alguien a ayudarnos a levantar los trapos —gritó Dolph, asomándose al pasillo—. Cuando Blake haya examinado los restos podremos irnos a casa. —Creo que añadió eso porque nadie se había acercado a ayudar; qué raro que no les apeteciera—. Zerbrowski, Perry, Merlioni, moved el culo.

—Hola, Blake —dijo Zerbrowski al entrar. Tenía unas ojeras que parecían cardenales.

—Hola. Estás hecho un asco.

—Y tú estás fresca como una rosa —contestó exhibiendo una amplia sonrisa.

—Desde luego.

—¡Señorita Blake! Es un placer volver a verte —dijo Perry.

No pude evitar sonreír. Era el único policía capaz de mantener las formas hasta con restos sanguinolentos alrededor.

—Lo mismo digo, inspector Perry.

—¿Podemos seguir con esto, o pensáis fugaros juntos? —dijo Merlioni. Era alto, aunque no tanto como Dolph; claro que no existe nadie tan alto como Dolph. Tenía el pelo corto canoso y rizado, con remolinos encima de las orejas. Llevaba una camisa blanca de vestir arremangada, y la corbata aflojada. La pistola le formaba un bulto a un lado del pantalón, como si llevara una cartera repleta.

—Ya que tienes tanta prisa —le dijo Dolph—, levanta tú la primera sábana.

—Vale. —Merlioni suspiró, se acercó a una sábana y se agachó —. ¿Estás preparada, niñata?

—Más vale ser una niñata que ser un espagueti —dije. Sonrió—. Venga, adelante.

—Empieza el espectáculo. —Merlioni empezó a levantar la sábana lentamente, para despegarla de lo que ocultara.

—Échale una mano, Zerbrowski —dijo Dolph.

Zerbrowski no protestó; debía de estar cansado. Los dos hombres levantaron la sábana a la vez, con un movimiento pringoso. La luz de la mañana atravesó la sábana roja y avivó el tono de la alfombra, o puede que la mostrara tal como estaba. Mientras los hombres sujetaban la tela, de las esquinas caían goterones, como si fueran grifos estropeados. Era la primera vez que veía una sábana

empapada de sangre. Cuántas cosas nuevas en un solo día.

Escudriñé la alfombra, intentando distinguir algo, pero sólo veía un montículo de bultos pequeños. Me arrodillé, y la sangre me empapó los vaqueros. Estaba fría. Supongo que habría sido peor que estuviera caliente.

El trozo más grande, de superficie húmeda y lisa, mediría poco más de diez centímetros. Era rosa y tenía un aspecto sano; un fragmento de intestino delgado. Justo al lado había un pedazo más pequeño. Lo examiné, pero cuanto más lo miraba, menos capaz me sentía de identificarlo. Podría haber sido un trozo de carne de cualquier animal. Qué coño, el intestino tampoco tenía por qué ser humano. Pero lo era; de lo contrario yo no estaría allí.

Le di un golpecito al fragmento pequeño con el dedo enguantado Aquella vez me había acordado de llevar guantes de látex; bien por mí. Era algo húmedo, denso y sólido. Tragué saliva, pero eso no me ayudó a averiguar qué había tocado. Los dos trozos parecían bocados escupidos, las migajas que habían quedado en la mesa. Virgen santa.

—Siguiente —dije poniéndome en pie. Había hablado con voz normal y firme. Qué mayor.

Hicieron falta cuatro hombres para levantar la sábana que cubría la cama, uno por cada esquina. Merlioni maldijo y dejó caer la suya. La sangre le había goteado por el brazo y le había llegado a la camisa.

—Pobrecito, se ha manchado —dijo Zerbrowski.

—Pues sí, joder. Esto es un asco.

—Me temo que la señora de la casa no tuvo tiempo de limpiar antes de tu visita, Merlioni —dije. Vi los restos de la susodicha en la cama, así que levanté la mirada hacia Merlioni—. ¿O es que el espagueti no puede con la boloñesa?

—Puedo con todo lo que seas capaz de preparar con esto.

—No creo. —Fruncí el ceño y sacudí la cabeza.

—¿Os vais a poner a apostar? —dijo Zerbrowski.

Dolph no nos detuvo, ni nos recordó que eso era la escena de un crimen, no un patio de colegio. Sabía que teníamos que bromear para conservar la cordura. No podía mirar aquello sin ponerme irónica; me volvería loca. Los policías tienen un sentido del humor bastante retorcido, pero no hay más remedio.

—¿Cuánto? —preguntó Merlioni.

—Una cena para dos en Tony’s —propuse.

Zerbrowski silbó.

—Hala, qué bestia.

—Puedo permitírmelo —dije—. ¿Trato hecho?

—Mi mujer y yo llevamos siglos sin ir —dijo Merlioni, tendiéndome la mano ensangrentada. Se la estreché. La sangre fría se me quedó pegada en el guante y noté la humedad como si la tuviera en la piel, aunque era mentira. Los sentidos me engañaban: sabía que cuando me quitara los guantes tendría las manos secas, pero aun así era escalofriante.

—¿Cómo y cuándo? —preguntó Merlioni.

—Aquí y ahora.

—Hecho.

Volví a centrarme en la carnicería con ánimos renovados. Quería ganar la apuesta; no pensaba darle el gustazo a Merlioni. Así podía concentrarme en algo distinto de lo que había en la cama.

Era la mitad izquierda de una caja torácica, aún con el pecho en su sitio. ¿La señora de la casa? Todo era de un rojo escarlata intenso, como si lo hubieran rociado con pintura brillante, y costaba distinguir los fragmentos. También había un brazo izquierdo delgado, de mujer.

Le moví los dedos sin dificultad. En el anular llevaba una alianza.

—No tiene *rigor mortis*. ¿Qué opinas, Merlioni?

Se acercó a mirar la mano. No pensaba ser menos, así que se puso a toquetearla y le dio la vuelta por la muñeca.

—Puede que se le haya pasado. Ya sabes que el *rigor mortis* no dura mucho.

—¿Crees que han transcurrido casi dos días? —Negué con la cabeza—. La sangre está demasiado fresca. Aún no ha llegado el *rigor mortis*; murió hace menos de ocho horas.

—No está mal, Blake —dijo asintiendo—. Pero ¿qué me dices de esto? —Clavó el dedo en la caja torácica con suficiente fuerza para hacer temblar el pecho.

Tragué saliva. Estaba dispuesta a ganar la apuesta.

—No sé. Vamos a ver; ayúdame a darle la vuelta. —Lo miré a la cara mientras hablaba. ¿Palideció un poco? Puede.

—Vale.

Los otros tres estaban a un lado, contemplando el espectáculo. Mejor para ellos; era mucho más entretenido que pensar en aquello como en un trabajo.

Le dimos la vuelta a la caja torácica. Procuré dejarle a él las partes con carne, confiando en que el tacto del tejido mamario fuera distinto cuando está frío y ensangrentado. A Merlioni le cambió el color; supongo que sí que es distinto.

El interior estaba limpio y resplandeciente, igual que en el caso Reynolds. Dejamos caer el costillar a la cama, y nos salpicó, aunque a él más que a mí. Bien.

Se frotó las salpicaduras, con cara de asco, pero sólo consiguió mancharse más con la sangre de los guantes. Cerró los ojos y respiró profundamente.

—¿Cómo estás, Merlioni? —pregunté—. Si te pones nervioso, no hace falta que sigas.

Me miró y me dedicó la sonrisa menos amable del mundo.

—Tú no lo has visto todo, niñata. Yo sí.

—¿Y también lo has tocado todo?

—No es necesario tocarlo todo. —Una gota de sudor le resbalaba por la cara.

—Ya veremos —dije encogiéndome de hombros. En la cama había una pierna, y a juzgar por el vello y la zapatilla deportiva, era de hombre. La cabeza del fémur, redondeada, era de un blanco resplandeciente: el zombi había arrancado la pierna, desgarrando la carne sin romper los huesos—. Eso tuvo que doler un huevo —comenté.

—¿Crees que estaba vivo?

—Sí. —No estaba segura; había demasiada sangre para saber quién había muerto cuándo, pero Merlioni palideció un poco más.

El resto eran vísceras ensangrentadas, trozos de carne y esquirlas de hueso. Merlioni levantó un puñado y fingió que me lo iba a tirar.

—Cógelo, Blake.

—Coño, eso no ha tenido gracia. —Tenía un nudo en la garganta.

—Pero has puesto una cara bastante graciosa.

—¿Vas a lanzarlo o no? —Lo miré fijamente—. No me gustan los faroles.

Se quedó mirándome unos instantes; después asintió y echó el puñado de vísceras en mi dirección. No trazaron un arco muy limpio, pero conseguí recogerlas. Tenían un tacto húmedo, pesado, flácido, pringoso y, en definitiva, repugnante. Como el hígado de cordero, pero a lo bestia.

Dolph soltó un gruñido de exasperación.

—Mientras os dedicáis a hacer asquerosidades, ¿alguno de los dos podría decirme algo útil?

Dejé las entrañas en la cama.

—Desde luego. El zombi entró por la puerta corredera, igual que la última vez. Persiguió al hombre o a la mujer hasta aquí, se los cargó a los dos… —Dejé de hablar y me quedé paralizada.

Merlioni tenía en la mano una manta de bebé. Por algún motivo misterioso, una esquina había quedado limpia. El borde estaba forrado de raso rosa, y el dibujo era de globos y payasos. Del otro extremo goteaba sangre.

Me quedé mirando los globos diminutos y los payasos que bailaban en círculos inútiles.

—Hijo de puta —mascullé.

—¿Me dices a mí?

Sacudí la cabeza. No quería tocar la manta. Pero alargué la mano, y Merlioni se las arregló para que la parte ensangrentada me rozara el brazo desnudo.

—Espagueti hijo de puta —dije entre dientes.

—¿Me dices a mí, zorra?

Asentí e intenté sonreír, pero no me salió muy bien. Teníamos que seguir fingiendo que no pasaba nada, que podíamos con ello. Era una obscenidad. Si no fuera por la apuesta, habría salido de allí dando alaridos.

—¿Qué edad tenía? —pregunté mirando la manta.

—Ahí delante tienes una foto de la familia. Yo diría que tres o cuatro meses.

Llegué por fin al otro lado de la cama. Había otro bulto cubierto con una sábana, tan ensangrentado y pequeño como los demás. Debajo no podía haber nada entero.

«Olvidemos la apuesta; si no me obligáis a mirar, os invito a

todos a cenar al
Tony's.
Pero no me hagáis levantar esa sábana, por favor».

Pero tenía que mirar, con apuesta o sin ella. Tenía que ver lo que fuera, así que para el caso, podía seguir intentando ganar.

Le devolví la manta a Merlioni, que la cogió y la dejó en la cama con cuidado de no manchar la esquina limpia.

Me arrodillé junto a la sábana, y él se arrodilló al otro lado. Nos miramos a los ojos, desafiándonos a llegar hasta el final. Levantamos la sábana.

Sólo tapaba dos cosas. Sólo dos. Se me encogió tanto el estómago que tuve una arcada. Tosí y estuve a punto de echar la pota, pero la contuve. Eso sí que fue una hazaña.

Suponía que el bulto sanguinolento sería el bebé, pero me equivocaba. Era una muñeca, tan empapada que no sabía de qué color tenía el pelo, pero era sólo una muñeca. Demasiada muñeca para un bebé de cuatro meses.

También había una mano pequeña, tan cubierta de sangre como todo lo demás. Era de una niña, no de un bebé. Puse la mano encima para comparar el tamaño. Tres años, puede que cuatro. Aproximadamente de la misma edad que Benjamin Reynolds. ¿Sería casualidad? Sí, probablemente. Los zombis no eran tan selectivos.

—La mujer está dando de mamar al bebé, por ejemplo, cuando oyen un ruido. El marido se levanta a ver qué pasa. El ruido ha despertado a la niña, que sale de su habitación. El marido ve al monstruo, coge a la niña y viene corriendo al dormitorio. El zombi los atrapa a todos aquí y se los carga. —Hablaba en tono distante y tranquilo. Joder.

Intenté limpiar la sangre de la mano. Llevaba un anillo, como su madre, pero de esos que salen de las máquinas de chicles.

—¿Has visto el anillo? —pregunté. Levanté la mano, hice ademán de lanzarla y dije—: Cógela, Merlioni.

—¡Por Dios! —Se levantó y salió disparado antes de que yo pudiera hacer nada, y llegó a la puerta a toda hostia. Yo no pensaba lanzarle la mano, de verdad.

Me puse a examinarla, con la sensación de que iba a agarrarme y pedirme que la llevara a dar un paseo. La dejé caer en la moqueta y salpicó, para variar.

Hacía un calor sofocante, y la habitación daba vueltas lentamente. Parpadeé y miré a Zerbrowski.

—¿He ganado la apuesta?

—Anita Blake, la chica más dura —dijo asintiendo—. Te has ganado una velada de primera en el Tony's, a costa de Merlioni. Tengo entendido que preparan unos espaguetis de muerte.

La mención de la comida ya fue demasiado.

—¿Dónde está el cuarto de baño?

—Por el pasillo, la tercera puerta de la izquierda —dijo Dolph.

Corrí al servicio. Merlioni estaba saliendo, pero no tuve tiempo de saborear la victoria: las arcadas exigían toda mi atención.

Me arrodillé en el suelo y apoyé la frente en el borde frío de la bañera. Ya me encontraba mejor; menos mal que no había tenido tiempo para desayunar.

Llamaron a la puerta.

—¿Qué? —pregunté.

—Soy Dolph. ¿Puedo entrar?

—Sí —dije después de pensármelo un poco.

Entró con una manopla de baño en la mano. Supongo que la había sacado del armario de las toallas. Se quedó mirándome un rato, sacudiendo la cabeza; después empapó la manopla en el lavabo y me la tendió.

—Ya sabes qué hacer con esto.

Obedecí. El agua fría en la cara y el cuello era justo lo que necesitaba.

—¿También le has dado una a Merlioni?

—Sí, está en la cocina. Sois un par de gilipollas, pero ha tenido su gracia. —Acerté a sonreír débilmente. Dolph se sentó en la tapa del váter—. Ahora que has dejado de vacilar, ¿has observado algo que nos pueda servir?

—¿Hay algún testigo esta vez? —pregunté sin levantarme.

—El vecino oyó ruidos al amanecer, pero no hizo nada y se fue a trabajar. Según ha declarado, no quería involucrarse en una disputa doméstica.

—¿Era la primera vez que le llegaba ruido de pelea de esta casa? —Levanté la cabeza. Dolph asintió—. Joder, si hubiera llamado a la

policía…

—¿Crees que habría cambiado algo?

Lo medité un momento.

—Puede que no para esta familia, pero igual habríamos atrapado al zombi.

—Ya es tarde para lamentarse.

—Puede que no. Esto es reciente. El zombi se cargó a cuatro personas y se tomó su tiempo para comérselas. No creo que se diera mucha prisa. Si al amanecer estaba matándolos…

—¿Adónde quieres llegar?

—Acordona la zona.

—¿Por?

—El zombi tiene que estar cerca. Se habrá escondido en algún sitio al que se pueda llegar andando, y estará esperando a que caiga la noche.

—¿No era que los zombis aguantan la luz del sol?

—Sí, pero no les gusta. Para que un zombi salga de día, hay que ordenárselo.

—Así que estará en el cementerio más cercano.

—O no. No son como los vampiros o los algules; no necesitan un ataúd, ni siquiera una tumba. Simplemente, se resguardan de la luz del sol.

—Entonces, ¿dónde buscamos?

—En cobertizos, garajes o cualquier sitio que sirva para cobijarse.

—Así que podría estar en la casa del árbol de cualquier niño — dijo Dolph. Sonreí. Me alegré de comprobar que aún podía.

—No creo que un zombi se suba a un árbol si lo puede evitar. ¿Te has fijado en que todas las casas de por aquí son bajas?

—¿En un sótano?

—No es muy frecuente que la gente huya hacia el sótano —dije.

—¿Serviría de algo?

—No sé. Normalmente, a los zombis no se les da muy bien subir o bajar. Éste es más rápido y espabilado, pero… Supongo que refugiarse en un sótano sólo serviría para retrasarlo un poco. Si hubiera ventanas, podrían haber sacado a los niños. —Me froté la nuca con la manopla—. Elige casas de una planta con ventanales. Puede que esté cerca de alguna.

—Según los criminólogos, es alto, de alrededor de uno noventa. Es un hombre blanco, tremendamente fuerte.

—Lo último ya lo sabíamos, y lo otro no sirve de gran cosa.

—¿Se te ocurre algo mejor?

—Pues mira, sí —contesté—. Pídeles a los agentes más altos que se alejen a pie en direcciones distintas durante una hora y acordona el perímetro resultante.

—¿Y luego toca registrar todos los cobertizos y garajes?

—Y cualquier otro cobijo parecido.

—¿Qué hacemos si lo encontramos?

—Freírlo. Que venga un equipo de exterminadores.

—¿Crees que atacará de día? —preguntó Dolph.

—Si se ve acorralado, sí. Es muy agresivo.

—No me digas. Necesitaremos una docena de equipos, o más. No creo que la comisaría esté dispuesta a costearlos. Además, tendríamos que cubrir un área demasiado amplia, y dudo que pudiéramos registrarla entera.

—Se moverá cuando oscurezca. Si estáis preparados, lo encontraréis.

—De acuerdo, pero hablas como si no fueras a ayudarnos…

—Vendré cuando pueda, pero John Burke me ha devuelto la llamada.

—¿Vas a ir al depósito con él?

—Sí, y a tiempo para intentar utilizarlo contra Dominga Salvador. Tengo la agenda bastante apretada.

—Bien. ¿Necesitas algo?

—Que nos dejen entrar en el depósito.

—Lo arreglaré. ¿De verdad crees que Burke puede sernos útil?

—No lo sabré si no lo intento.

—El viejo truco de «por probar», ¿eh? —dijo con una sonrisa.

—Exactamente.

—Venga, vete al depósito de cadáveres con el rey del vudú, que nosotros peinaremos este puto barrio.

—Bueno es saber que todos tenemos el día planificado.

—No te olvides de que esta tarde vamos a casa de Salvador.

—Ya, y esta noche hay cacería de zombis.

—A ver si acabamos hoy con toda esta mierda.

—Eso espero.

—¿Crees que el plan tiene algo de malo? —Me miró con los ojos entrecerrados.

—Puede. Simplemente, no existen los planes perfectos.

Guardó silencio durante un momento y se levantó.

—Me gustaría que éste lo fuera.

—Toma, y a mí.

El depósito de cadáveres del condado de San Luis es un edificio enorme. Lógico: todas las personas que mueren sin certificado médico acaban en él, por no mencionar a todos los asesinados. En esta ciudad, eso supone un tráfico considerable.

Antes visitaba el depósito con bastante frecuencia, para clavarles una estaca a las posibles víctimas de vampiros, no fuera que se levantaran y se merendaran a los empleados. Según la nueva legislación, eso es asesinato. Hay que esperar a que se levanten, a no ser que hayan dejado un testamento en el que digan expresamente que no quieren volver como vampiros. En el mío dejo instrucciones de acabar conmigo si hay sospechas de que me puedan salir colmillos, y por si acaso, pido que me incineren. Tampoco me apetece que me levanten como zombi, muchas gracias.

John Burke era tal como lo recordaba: alto, guapo y con pinta de chico malo. Era por la perilla; sólo se ven perillas en las películas de terror. Ya sabéis, ésas en las que salen sectas extrañas que adoran ídolos con cuernos.

Se lo veía un poco desteñido alrededor de los ojos y la boca. Es un síntoma de pesadumbre, incluso cuando se tiene un tono de piel oscuro. Mientras entrábamos en el depósito mantenía los labios apretados, y tenía los hombros tensos, como si le doliera algo.

—¿Cómo lo lleváis en casa de tu cuñada? —le pregunté.

—Fatal. Deprimente.

Esperaba que se extendiera, pero no dijo nada más, y tampoco pregunté. Si no quería hablar de ello, estaba en su derecho.

Estábamos recorriendo un pasillo vacío, suficientemente ancho para meter tres camillas. La garita del guarda parecía un búnker, con sus ametralladoras y todo, por si a todos los muertos les daba por levantarse a la vez y salir en busca de la libertad. En San Luis no había pasado nunca, pero había precedentes en Kansas City. Aunque por mucho que una ametralladora pudiera pulverizar a cualquier muerto ambulante, no creo que sirviera de gran cosa si salían en manada.

—Hola, Fred —le dije al guarda mientras le enseñaba la identificación—. Cuánto tiempo.

—No me importaría que siguieras viniendo a menudo. Esta semana se han levantado tres y se han ido a casa, ¿te lo puedes creer?

—¿Vampiros?

—¿Qué si no? A este paso acabará por haber más muertos que vivos en las calles.

No sabía qué decir, así que no repliqué. Probablemente tenía razón.

—Hemos venido a ver los efectos personales de Peter Burke. El sargento Rudolph Storr quedó en encargarse de los trámites.

—Sí, tenéis permiso —dijo mientras consultaba el dietario—. Por el pasillo de la derecha, la tercera puerta de la izquierda. La doctora Saville os espera.

Levanté una ceja. No era normal que la forense jefe hiciera recados para la policía ni para nadie, pero me limité a asentir como si no me sorprendiera el trato preferente.

—Gracias, Fred. Nos vemos a la salida.

—Sí, veo salir a mucha gente. —No parecía contento.

Mis zapatillas no turbaban el sueño de los muertos. John Burke también caminaba sin hacer ruido, aunque no tenía pinta de llevar calzado deportivo. Bajé la vista y comprobé que no me equivocaba: llevaba zapatos de cordones con suela de goma. En cualquier caso, avanzaba en silencio, como una sombra.

El resto de su atuendo encajaba con los zapatos: una cazadora de vestir, de un marrón tan oscuro que casi parecía negra, una camisa amarilla clara y unos pantalones marrones planchados con raya. Sólo le faltaba la corbata para tener pinta de ejecutivo. ¿Siempre iba tan arreglado, o era la ropa que había metido en la maleta para

ir al entierro de su hermano? No, en el entierro llevaba un traje negro.

El depósito ya es silencioso normalmente, pero los sábados por la mañana era sepulcral. ¿Es que las ambulancias se dedican a dar vueltas, como los aviones que esperan pista, hasta una hora decente? Sabía que los fines de semana había más asesinatos, pero siempre reinaba la calma en las mañanas de sábados y domingos. A saber.

Fui contando las puertas que pasábamos a la izquierda y llamé a la tercera. Abrí tras oír un débil «Adelante».

La doctora Marian Saville es una mujer diminuta de pelo moreno cortado justo por debajo de las orejas, piel aceitunada, ojos muy oscuros y pómulos marcados. Es de ascendencia griega y francesa, y se le nota en el aspecto ligeramente exótico, aunque sin pasarse. Siempre me extrañó que no estuviera casada; desde luego, no era por falta de atractivo.

Su único defecto era que fumaba, y el olor del humo la impregnaba como un perfume acre.

—Me alegro de volver a verte, Anita. —Se adelantó con una sonrisa y la mano tendida.

—Lo mismo digo. —Le estreché la mano, sonriendo yo también —. ¿Eso es lo que hemos venido a ver?

Estábamos en una sala de autopsias pequeña, y había varias bolsas de plástico en la mesa de acero inoxidable.

—Sí.

Me quedé mirándola. No sabría qué quería, pero algún motivo habría para que estuviera allí. No tenía suficiente confianza para preguntárselo directamente, y era mejor que no la ofendiera si quería que siguieran dejándome entrar en el depósito. Siempre con problemas.

—Te presento a John Burke, el hermano del fallecido.

Marian arqueó las cejas al oírlo.

—Mi más sentido pésame, señor Burke.

—Gracias. —John le estrechó la mano, pero tenía la vista clavada en las bolsas de plástico. No era momento para prestar atención a las médicos atractivas ni a las normas de urbanidad. Había ido a examinar los efectos personales de su hermano en busca de pistas que pudieran conducir a su asesino, y se lo tomaba muy en

serio.

Si no tenía nada que ver con Dominga Salvador, le debía una disculpa muy gorda, pero ¿cómo iba a sonsacarle nada con la forense revoloteando por ahí? Y ¿cómo le iba a pedir a ella un poco de intimidad? A fin de cuentas, estábamos en su depósito.

—Tengo que estar aquí para asegurarme de que no se manipulan las pruebas —explicó—. Últimamente han venido unos cuantos periodistas demasiado entusiastas.

—Pero no somos periodistas —protesté.

—Ni funcionarios. —Se encogió de hombros—. Según las nuevas normas, ningún civil puede examinar pruebas de asesinato sin supervisión.

—Te agradezco que te hayas encargado personalmente, Marian.

—Estaba aquí de todas formas —dijo con una sonrisa—. Y puesto que ibas a tener compañía, he supuesto que me preferirías a mí.

Tenía razón, pero ¿qué pensaban que íbamos a hacer? ¿Robar un cadáver? Si me diera por ahí, podía llevármelos a todos bailando la conga.

Quizá fuera por eso por lo que había que supervisarme. Quizá.

—Siento interrumpir —dijo John—, pero ¿podemos seguir con esto?

Lo miré a la cara. Seguía siendo guapo, pero tenía la piel tensa alrededor de la boca y los ojos, como si hubiera adelgazado. Sentí una punzada de culpa.

—Claro, perdona.

—Le ruego que nos disculpe, señor Burke —dijo Marian.

Sacó una caja de guantes. Ella y yo nos los pusimos en un momento pero John tenía menos práctica y tardó más. Cuando terminé de ayudarlo sonrió, y su cara cambió por completo. De repente estaba resplandeciente y arrebatador, y ya no parecía el malo de la película.

La forense abrió la primera bolsa. Contenía la ropa.

—No —dijo John—, no hay nada que me suene. La verdad es que no sé qué ropa tenía mi hermano. Llevábamos… Llevábamos dos años sin vernos. —El tono de culpabilidad de sus últimas palabras me dejó mal sabor de boca.

—Pues vamos a examinar los otros objetos —dijo Marian con

una sonrisa radiante. Al parecer, no tenía muchas ocasiones de ponerse seductora.

Abrió una bolsa mucho más pequeña y la vació con delicadeza en la superficie plateada. Contenía un peine, una moneda de diez centavos, dos de un centavo, el resguardo de una entrada de cine y un *gris-gris*.

Era una cinta de hilo rojo y negro, con dientes humanos entrelazados. También tenía huesos colgando del borde.

—¿Son falanges humanas? —pregunté.

—Sí —dijo John con voz queda. Estaba muy alterado, como si dentro de su cabeza estuviera ocurriendo algo espantoso.

Desde luego, el objeto era espeluznante, pero no terminaba de entender aquella reacción. Me acerqué y lo moví con el dedo. En el centro tenía piel seca entretejida, y lo que me había parecido hilo negro era pelo.

—Pelo, dientes, huesos y piel humanos —dije en voz baja.

—Sí —repitió John.

—Sabes más que yo de vudú. ¿Qué significa?

—Alguien murió para que se fabricara este amuleto.

—¿Estás seguro?

—¿Crees que diría algo así si creyera que existe otra posibilidad? —dijo encolerizado y mirándome con desprecio—. ¿Crees que me hace gracia enterarme de que mi hermano participó en un sacrificio humano?

—¿Tuvo que estar presente? ¿No podría haberlo comprado después?

—¡NO! —Fue un grito contenido a duras penas. Se apartó de nosotras y nos dio la espalda, con la respiración agitada.

Esperé un poco para que se calmara y le pregunté lo que tenía que preguntarle.

—¿Para qué sirve este *gris-gris*?

Cuando se volvió había recuperado bastante la compostura, aunque sus ojos seguían delatando tensión.

—Para que un nigromante poco poderoso consiga levantar

muertos antiguos, extrayendo el poder de otro nigromante mucho más fuerte.

—¿Qué es eso de extraer el poder?

—Este amuleto contiene parte del poder de alguien que tiene muchísimo. Peter tuvo que pagar una fortuna por él, para poder levantar más muertos, y más antiguos. Joder, ¿cómo pudo hacer algo así?

—¿Cuánto poder hay que tener para ser capaz de compartirlo así?

—Un montón.

—¿Existe alguna forma de dar con la persona que lo hizo?

—No lo entiendes, Anita. Aquí hay una parte del poder de esa otra persona; forma parte de su alma. Para hacer algo así, un nigromante debería estar desesperado o ser muy avaricioso. Es imposible que Peter pudiera permitírselo.

—¿Se puede averiguar a quién pertenece?

—Sí. Si lo pones cerca del verdadero dueño de ese poder, se arrastrará hacia él. El alma intenta recomponerse.

—¿Serviría como prueba en un juicio?

—Si consigues que lo entienda el jurado, supongo que sí. —Dio un paso hacia mí—. ¿Sabes quién lo hizo?

—Tengo mis sospechas.

—Dime quién fue.

—Haré algo mejor: conseguiré que nos acompañes a registrar su casa.

Una sonrisa amarga le brotó en los labios.

—Empiezas a caerme muy bien, Anita.

—Deja los cumplidos para otro momento.

—¿Qué significa esto? —preguntó Marian. Había dado la vuelta al amuleto, y entre el pelo y los huesos se veía una pieza dorada. Representaba una clave de sol.

¿Qué había dicho Evans al tocar los fragmentos de lápida? Habían degollado a una mujer que llevaba una pulsera con notas musicales, corazones… Me quedé mirando el *gris-gris* y sentí vértigo. De repente, todo cobraba sentido. Dominga Salvador no había levantado al zombi asesino, sino que había ayudado a Peter Burke a levantarlo. Pero necesitaba estar segura. En pocas

horas estaríamos llamando a su puerta para intentar resolver el caso.

—¿Os trajeron a una mujer más o menos a la vez que a Peter Burke? —pregunté.

—Estoy segura de que nos trajeron a varias —dijo Marian con una sonrisa.

—Una mujer degollada.

Se quedó mirándome fijamente hasta que reaccionó.

—Voy a mirar en el ordenador.

—¿Podemos llevarnos esto?

—¿Por qué?

—Porque si no me equivoco, esa mujer llevaba una pulsera de amuletos con un arco, una flecha y corazoncitos, y esto viene de esa pulsera.

Observé la clave de sol a la luz. El oro brillaba alegremente, como si no supiera que su dueña había muerto.

Antes de adoptar ningún otro color, los muertos se ponen grises. Bueno, si un cadáver ha perdido mucha sangre, puede quedar blanquecino o azulado, pero en cuanto empieza a deteriorarse, sin haber empezado aún a pudrirse, adquiere un tono grisáceo.

La mujer estaba gris. Le habían limpiado y cerrado la herida del cuello, y parecía que le había salido una boca gigante debajo de la barbilla.

La doctora Saville le echó la cabeza hacia atrás con naturalidad.

—El corte fue muy profundo. Le seccionó varios músculos del cuello y la arteria carótida; murió casi al instante.

—Obra de profesionales —dije.

—Sí. Quien degollara a esta mujer sabía lo que se hacía. Con frecuencia, los cortes en el cuello no son mortales o tardan en matar.

—¿Queréis decir que mi hermano tenía práctica? —preguntó John Burke.

—No sé. —Me dirigí a Marian—. ¿Tienes sus efectos personales?

—Sí, aquí están. —Abrió una bolsa mucho más pequeña y la vació en una mesa. La pulsera de amuletos dorados reflejaba la luz de los fluorescentes.

La cogí con la mano enguantada. Tenía un arco con su flecha, un par de notas musicales y dos corazones entrelazados. Encajaba con la descripción de Evans.

—¿Cómo sabías lo de esta mujer y su pulsera? —me preguntó John Burke.

—Le llevé unas pruebas a un vidente, que revivió el momento en que la degollaron.

—¿Qué tiene que ver esto con Peter?

—Creo que una sacerdotisa vodun le encargó que levantara un zombi, pero escapó a su control y se puso a matar gente. Así que la sacerdotisa mató a Peter para protegerse.

—¿Quién es?

—No tengo pruebas, a no ser que este *gris-gris* la delate.

—Una visión y un amuleto vudú. —John sacudió la cabeza—. No será fácil convencer a un jurado.

—Ya lo sé; por eso necesitamos más pruebas.

La doctora Saville escuchaba atentamente nuestra conversación, sin decir nada.

—Un nombre, Anita —insistió John—. Dame un nombre.

—Sólo si me prometes que no liarás nada hasta que la ley haya tenido ocasión de actuar. Si falla la vía judicial, ya se verá qué se hace.

—Tienes mi palabra.

Lo observé durante un momento. Sus ojos oscuros me devolvieron la mirada, firmes y seguros… Pero estoy segura de que era capaz de mentir con la conciencia limpia.

—No confío en la palabra de nadie. —Seguí mirándolo, pero no se encogió. Supongo que mi mirada de chica dura como el acero ya no es lo que era, o puede que pretendiera mantener la promesa. Pasa a veces—. De acuerdo, aceptaré la tuya. Que no tenga que arrepentirme.

—No te arrepentirás, pero dame el nombre.

Me volví hacia la forense.

—Discúlpanos, Marian, pero cuanto menos sepas de esto, menos posibilidades tendrás de que te entre un zombi por la ventana. —Era una exageración, más o menos, pero tuvo efecto. Puso cara de ir a protestar, pero al final asintió.

—De acuerdo, pero me encantaría enterarme del resto de la historia cuando puedas contármelo.

—Si puedo, te lo contaré.

Volvió a asentir, cerró el compartimiento de la desconocida y se

dirigió a la puerta.

—Pega un grito cuando termines; tengo trabajo —dijo antes de cerrar.

No se llevó la bolsa de pruebas. Supongo que confiaba en mí. ¿O en nosotros?

—Dominga Salvador —dije.

John respiró profundamente.

—He oído hablar de ella. Si lo que se dice es cierto, está hecha de la piel del diablo.

—Es cierto.

—¿La conoces?

—Sí, por desgracia. —No me gustaba la expresión del hombre—. Me has prometido que no te vengarías.

—La policía no podrá hacer nada contra ella; es demasiado poderosa.

—Creo que podemos presentar cargos oficialmente.

—Pero no estás segura.

¿Qué podía decir? Él tenía razón.

—Estoy casi segura.

—Con eso no basta. Hablamos del asesinato de mi hermano.

—Ese zombi ha matado a un montón de gente; tu hermano no es la única víctima en todo esto. Yo también quiero pararle los pies, pero la detendremos legalmente e irá a juicio.

—Hay otras formas de pararle los pies.

—Si no conseguimos nada sin saltarnos la legalidad, usa el vudú si quieres, pero no me lo digas.

—¿No te molesta que recurra a la magia negra? —preguntó extrañado.

—Esa mujer ya ha intentado matarme una vez, y no creo que se haya dado por vencida.

—¿Has sobrevivido a un ataque de la *señora*? —Su sorpresa iba en aumento. No me gustaba.

—Sé cuidarme.

—No lo dudo. —Sonrió—. Pareces molesta. Te resulta ofensivo que me sorprenda, ¿eh?

—Guárdate tus conclusiones, ¿vale?

—Si has sobrevivido a un enfrentamiento directo con lo que fuera que te mandó Dominga Salvador, quizá debería prestar oídos

a ciertas cosas que cuentan sobre ti. La Ejecutora, la reanimadora que puede levantar cualquier cadáver por antiguo que sea…

—No estoy segura de que lo último sea cierto, pero desde luego, intento seguir con vida.

—Si Dominga Salvador quiere verte muerta, no te resultará fácil.

—Ya. Me resulta difícil de cojones.

—Pues vamos a adelantarnos.

—Legalmente.

—¿Cómo puedes ser tan ingenua?

—La oferta de llevarte a registrar su casa sigue en pie.

—¿Estás segura de que puedes conseguir que me dejen pasar?

—Casi.

Sus ojos brillaban con una especie de luz oscura, como un resplandor negro. Sonrió con los labios apretados, sin un atisbo de humor. Me juego el cuello a que estaba ideando torturas para Dominga Salvador, y que las fantasías le parecían muy satisfactorias.

Su expresión me puso la carne de gallina. Esperaba que John no pusiera nunca esa cara pensando en mí; algo me decía que sería un enemigo temible. Casi tan temible como Dominga Salvador, aunque tenerla a ella de enemiga seguía siendo más aterrador.

Dominga Salvador estaba en un sillón de la sala, sonriente. La niña a la que había visto la otra vez con el triciclo estaba sentada en el regazo de su abuela, relajada como un gatito. Había dos niños algo mayores a los pies de Dominga. El paradigma de la dicha familiar; me daban ganas de vomitar.

Claro que por mucho que fuera la sacerdotisa vodun más peligrosa que había conocido en mi vida, también era abuela. La gente, por lo general, se puede definir de varias formas. Hitler era un gran amante de los perros.

—Por supuesto que puede realizar el registro, sargento. Como si estuviera en su casa —dijo con voz meliflua, como si nos estuviera ofreciendo una limonada o un té helado.

John Burke y yo nos quedamos a un lado mientras los policías hacían su trabajo. Dominga conseguía que se sintieran tontos por albergar sospechas: sólo era una viejecita encantadora. Y qué más.

Antonio y Enzo también estaban a un lado. No acababan de encajar en la imagen de dicha hogareña, pero era evidente que Dominga quería testigos. O quizá era que no descartaba un tiroteo.

—¿Entiende las posibles consecuencias de este registro, señora Salvador? —preguntó Dolph.

—No hay ninguna consecuencia posible porque no tengo nada que ocultar. —Lucía una sonrisa encantadora. Maldita zorra.

—Anita, señor Burke… —dijo Dolph. Nos adelantamos como impulsados por un resorte, lo que no era descabellado del todo. Un policía alto tenía la cámara de vídeo preparada—. Creo que ya

conoce a la señorita Blake.

—Sí, he tenido el placer —dijo Dominga. Mantenía las apariencias con la frialdad de un pez.

—Le presento a John Burke —añadió Dolph.

Los ojos de Dominga se agrandaron ligeramente; la primera grieta en su fachada perfecta. ¿Habría oído hablar de él? ¿La había alarmado oír su nombre? Eso esperaba.

—Encantada de conocerlo por fin, señor Burke —dijo en cuanto se recompuso.

—Siempre es agradable conocer a un correligionario —dijo él.

Dominga inclinó ligeramente la cabeza. Por lo menos no fingía completa inocencia: había reconocido que era sacerdotisa vodun. Menos da una piedra; era una obscenidad que la abuela del vudú se hiciera la santa.

—Adelante, Anita —dijo Dolph. Ni preparativos ni leches: a saco. Así era Dolph.

Me saqué una bolsa de plástico del bolsillo, Dominga me miró extrañada. Cuando vio el *gris-gris* que contenía, se quedó de piedra, con la cara como una máscara. Después esbozó una sonrisa.

—¿Qué es eso?

—Vamos, señora —dijo John—, no se haga la tonta. Lo sabe perfectamente.

—Sé que es un amuleto, claro, pero ¿es que ahora la policía se dedica a amenazar a las ancianas con el vudú?

—Si funciona… —dije.

—¡Anita! —dijo Dolph.

—Lo siento.

Miré a John, que asintió. Puse el *gris-gris* en la alfombra, a un par de metros de Dominga Salvador. No tenía más remedio que confiar en John con aquello. Había llamado a Manny para comprobarlo, pero no las tenía todas conmigo. Si funcionaba, si lo admitían como prueba en el juicio y si conseguíamos hacérselo entender al jurado, quizá serviría de algo. Demasiadas disyuntivas.

El amuleto se quedó inmóvil un momento, y después, los huesos

empezaron a moverse como si los hubiera agitado un dedo invisible.

Dominga bajó a su nieta de la mecedora, mandó a los niños con Enzo y se quedó esperando. Seguía con su sonrisita, pero parecía bastante más intranquila.

La pulsera empezó a arrastrarse hacia ella, como una babosa, moviendo músculos que no tenía. Se me erizó el vello de todo el cuerpo.

—¿Estás grabando esto, Bobby? —preguntó Dolph.

—Sí —contestó el poli de la cámara—. Coño, no acabo de creérmelo, pero lo tengo.

—Le ruego que no utilice ese vocabulario delante de los niños —dijo Dominga.

—Perdone, señora.

—Está perdonado. —Seguía ejerciendo de perfecta anfitriona mientras aquella cosa reptaba hacia ella. No andaba escasa de sangre fría, eso hay que reconocerlo.

Pero Antonio era otro cantar: se apartó de la pared y se acercó al *gris-gris* con intención de cogerlo.

—No lo toque —dijo Dolph.

—Están asustando a mi abuela con sus trucos.

—No lo toque —repitió Dolph, poniéndose en pie y llenando la habitación. De repente, Antonio parecía diminuto e indefenso.

—Por favor, la están asustando. —Pero era él quien estaba pálido y con la cara perlada de sudor. ¿Por qué tenía tanto miedo? Él no era quien corría peligro de acabar en la cárcel.

—Vuelva a su sitio —dijo Dolph—, ¿o prefiere que lo esposemos?

—No. —Negó con la cabeza—. De acuerdo. —Volvió a su sitio, sin dejar de mirar a Dominga con aprensión. Cuando su abuela le devolvió la mirada, la cólera fue palpable. Los ojos negros de la mujer resplandecieron con una ira que le deformó la cara. ¿Qué había pasado para que se quitara la máscara de semejante manera? ¿A qué se debía todo aquello?

El *gris-gris* siguió avanzando trabajosamente hasta llegar a ella, y se acurrucó a sus pies y empezó a restregarse como un gato en busca de

carantoñas.

Dominga hizo como que no lo veía.

—¿No quiere recuperar su poder perdido? —le preguntó John.

—¿A qué se refiere? —Ya se había sobrepuesto y parecía verdaderamente perpleja. Joder, qué buena era—. Usted es un sacerdote vodun muy poderoso, y hace esto para inculparme.

—Si usted no quiere el amuleto, me lo quedo yo —dijo John—, y entonces sí que seré poderoso de verdad. El más poderoso del país.

Noté su fuerza por primera vez, como un hormigueo en la piel, un viento mágico que me ponía los pelos de punta. Había empezado a considerarlo un tipo normal, o tan normal como pudiera ser cualquiera de nosotros. Gran error.

Dominga se limitó a sacudir la cabeza.

John se adelantó, se arrodilló y recogió el *gris-gris* serpenteante. Su poder lo acompañaba como una mano invisible.

—¡No! —Dominga lo recogió y lo acunó en sus manos.

—Entonces, ¿reconoce que le pertenece a usted? —preguntó John, mirándola sonriente—. De lo contrario, puedo quedármelo y darle el uso que considere oportuno. Estaba entre los efectos personales de mi hermano, de modo que me pertenece legalmente, ¿no es así, sargento Storr?

—Desde luego —dijo Dolph.

—De eso nada.

—Puedo quedármelo, y me lo quedaré si no mira a esa cámara y reconoce que lo hizo usted.

—Se arrepentirá —dijo Dominga con expresión venenosa.

—Y usted de haber matado a mi hermano.

—Muy bien. —La sacerdotisa miró a la cámara—. Yo hice este amuleto, pero no reconozco nada más. Fue un encargo de su hermano, y eso es todo.

—Tuvo que realizar un sacrificio humano para hacer esto —dijo John.

—El amuleto es mío —dijo Dominga, sacudiendo la cabeza—. Se lo hice a su hermano y ya está. Tienen esto, pero no tienen nada más.

—Perdona, pero… —Antonio intentó intervenir. Estaba pálido,

compungido y muy, muy asustado.

—¡Cierra el pico! —espetó su abuela.

—Zerbrowski, llévate a nuestro amigo a la cocina y tómale declaración —dijo Dolph.

Dominga se puso en pie de un salto.

—¡Insensato, estúpido! ¡Diles algo más y haré que se te pudra la lengua en la boca!

—Sácalo de aquí, Zerbrowski.

El policía se llevó a Antonio, que parecía estar al borde de las lágrimas. Tuve la sensación de que le habían encomendado a él la responsabilidad de recuperar el *gris-gris*, pero no lo había conseguido e iba a pagar su error. La policía era el menor de sus problemas. Yo en su lugar haría lo posible para que mi abuela estuviera entre rejas antes de que acabara el día; no me gustaría que volviera a tener a mano sus trastos de vudú. Nunca.

—Ahora vamos a realizar el registro, señora Salvador.

—Como desee, sargento. No van a encontrar nada —dijo con toda la calma del mundo.

—¿Ni siquiera detrás de las puertas? —pregunté.

—No sé de qué puertas hablas, Anita, pero aquí no encontraréis nada que no sea legal y… saludable. —Consiguió que la última palabra sonara obscena.

Dolph me miró, y me encogí de hombros. Dominga parecía terriblemente segura.

—De acuerdo, chicos, vamos a revolver esto. —Todos los policías, tanto los de uniforme como los inspectores, se pusieron en marcha. Empecé a seguir a Dolph, pero me detuvo.

—No, Anita. Burke y tú os quedáis aquí.

—¿Por qué?

—Porque sois civiles.

—¿Así que ahora soy una civil? ¿Y cuando estaba recorriendo el cementerio contigo?

—Si hubiera podido hacerlo alguno de los míos, tampoco te lo habría permitido a ti.

—¿Permitírmelo?

—Ya me entiendes —dijo frunciendo el ceño.

—Me parece que no.

—Puede que seas una chica dura, y hasta que seas tan buena como crees, pero no eres policía y esto es trabajo policial, así que, por una vez, quédate en la sala con los civiles. Cuando hayamos terminado podrás bajar a identificar al hombre del saco.

—No me hagas favores, Dolph.

—Quién iba a decir que eres de las que hacen pucheros.

—No estoy haciendo pucheros.

—Entonces, ¿estás lloriqueando?

—Corta el rollo. Ya has dejado clara tu postura. Me quedo aquí, pero no tiene por qué gustarme.

—Casi siempre estás hasta el cuello de mierda; deberías alegrarte de quedarte al margen por una vez. —Dicho aquello, se dirigió al sótano.

La verdad era que no me apetecía volver a bajar a aquel sótano oscuro, y mucho menos, ver a la criatura que había perseguido a Manny escaleras arriba. Sin embargo… Me sentía marginada. Y Dolph tenía razón: estaba haciendo pucheros. Cojonudo.

John Burke y yo nos sentamos en el sofá. Dominga siguió en la mecedora en la que estaba cuando entramos. Enzo se había llevado a los niños a jugar, y parecía aliviado. No era para menos; yo había estado a punto de ofrecerme a acompañarlos. Cualquier cosa era mejor que quedarse allí esperando a que se oyeran los primeros gritos.

Si el monstruo, y aquella palabra era la única que hacía honor a los ruidos que habíamos oído, estaba allí abajo, habría gritos. A la policía se le daba muy bien contener a los malos, siempre que éstos fueran humanos. En cierto modo, todo era mucho más fácil cuando nos dejaban esos marrones a los expertos, a un grupo reducido de justicieros que manteníamos a raya lo sobrenatural: clavábamos estacas a los vampiros, poníamos a descansar a los zombis, quemábamos a las brujas… Aunque es más que probable que unos años atrás me hubiera tocado que me quemaran a mí: ponte a levantar muertos allá por la década de 1950.

Sin duda, lo que yo hacía era magia. Antes de que todo eso saliera a la luz, lo sobrenatural era algo que había que destruir por simple defensa propia. Eran tiempos más fáciles. Pero después, la policía había tenido que empezar a tratar con zombis, vampiros y algún demonio que otro. Los demonios se le daban especialmente

mal; claro que ¿a quién no?

Dominga me miraba desde la mecedora. Los dos policías uniformados que habían quedado en la sala estaban como suelen estar los policías: de pie, con cara inexpresiva y pinta de aburridos, pero alerta: el aburrimiento era sólo aparente. Los policías siempre lo veían todo; gajes del oficio.

La sacerdotisa no les prestaba atención. Ni siquiera miraba a John Burke, que era lo más parecido que tenía a un homólogo. Le había dado por clavar la vista precisamente en mí.

—¿Algún problema? —La miré a los ojos negros.

Los policías se volvieron hacia nosotras, y John se movió.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Me está mirando.

—Pienso hacer mucho más que mirarte, *chica*. —Su voz se hizo grave, y el vello de mi nuca amenazó con huir camiseta abajo.

—Una amenaza —dije sonriendo—. No creo que pueda volver a hacerle daño a nadie.

—Te refieres a esto. —Levantó el amuleto, que se retorció entre sus dedos como si le hubiera gustado que le prestara atención. Dominga lo apretó con fuerza y lo tapó completamente con la mano, para ocultar los fútiles intentos que hacía de acercarse más a ella. Siguió mirándome fijamente mientras se llevaba la mano al pecho.

De repente, el aire parecía denso. Me costaba respirar, y tenía la piel de gallina.

—¡Deténganla! —dijo John, poniéndose en pie.

El policía que estaba más cerca vaciló durante un instante, pero fue suficiente. Cuando le abrió los dedos, Dominga tenía la mano vacía.

—¿Un juego de manos? No me esperaba algo tan zafio.

—No ha sido prestidigitación. —John había palidecido y hablaba con voz temblorosa. Se dejó caer en el sofá como un saco de patatas. El poder parecía haberlo abandonado, y su cansancio era patente.

—¿Qué ha pasado? —pregunté—. ¿Qué ha hecho?

—Tiene que devolver el amuleto, señora —dijo el policía.

—No puedo.

—¿Qué demonios ha hecho, John?

—Algo que no debería ser capaz de hacer.

Empezaba a entender cómo se sentía Dolph por tener que recurrir a mí para conseguir información: era como arrancar una muela.

—¿Qué ha hecho? —insistí.

—Absorber el poder para recuperarlo.

—¿Qué significa eso?

—Que su cuerpo ha absorbido el *gris-gris*, ¿es que no lo notas?

El aire ya era más respirable, pero seguía más denso que de costumbre, y tenía todos los pelos de punta.

—He notado algo, pero sigo sin entenderlo.

—Lo ha absorbido y ha restituido su alma sin ceremonias, sin ayuda de los *loas*. No encontraremos ni rastro; no ha dejado pruebas.

—¿Así que el vídeo es todo lo que tenemos? —pregunté. John asintió—. Si sabías que podía hacer esto, ¿por qué no lo has dicho antes? Podíamos haberle quitado el amuleto.

—No lo sabía. Es imposible sin la ceremonia adecuada.

—Pero lo ha conseguido.

—Ya lo sé, Anita, ya lo sé. —Por primera vez parecía asustado, cosa que no le agraciaba precisamente los rasgos. Después de haber percibido todo el poder que emanaba, el miedo me parecía fuera de lugar, pero no por eso dejaba de estar presente.

Me estremecí. La vista de Dominga seguía clavada en mí.

—¿Qué miras? —pregunté, cada vez más incómoda.

—A una mujer muerta —dijo en voz baja.

—Hablar es fácil, *señora*. —Sacudí la cabeza—. Las amenazas no significan nada.

—No la provoques, Anita —dijo John, poniéndome la mano en el hombro—. Si ha podido hacer eso con tanta facilidad, quién sabe de qué más será capaz.

—No va a hacer nada más. —El policía ya estaba harto—. Haga un solo movimiento en falso, señora, y le pego un tiro.

—¿Por qué amenaza a una pobre anciana?

—Y no hable.

—Una vez me las vi con una bruja que podía hechizar con la voz

—dijo el otro policía.

Los dos tenían la mano cerca de la pistola. Es curiosa la forma en que la magia altera las percepciones de la gente. Mientras creían que la sacerdotisa necesitaba realizar ceremonias con sacrificios humanos no estaban preocupados, pero había bastado con un truco para que la considerasen peligrosa. Yo lo había sabido desde el principio.

Dominga se quedó quieta y en silencio bajo la atenta mirada de los policías, y de repente caí en la cuenta de que me había distraído con lo que acababa de presenciar. No me había fijado, pero aún no había llegado ni un grito del sótano. No se oía nada.

¿Sería que el monstruo se los había cargado a todos tan deprisa que no habían tenido tiempo ni de disparar? Ni de coña. Aun así, tenía el estómago encogido, y el sudor me resbalaba por la columna.

«¿Seguís enteros?».

—¿Has dicho algo? —preguntó John.

—Sólo estaba pensando —dije mientras negaba con la cabeza.

—Ah. —Asintió como si fuera lo más normal del mundo.

Cuando Dolph entró en la sala, no pude deducir nada por su expresión. Joder con el estoicismo.

—Bueno, ¿qué tenéis? —pregunté.

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—Lo ha limpiado todo. Hemos visto las habitaciones de las que me hablaste. Una de ellas estaba cerrada por dentro, pero la hemos abierto. La habían fregado y tiene pintura fresca. —Levantó una mano manchada de blanco—. Muy, muy fresca.

—No es posible que no quede nada. ¿Qué hay de las puertas tapiadas?

—Parece que las han vuelto a abrir, porque sólo hay habitaciones recién pintadas. Todo apesta a limpiador con olor a pino y a pintura. No hay cadáveres, no hay zombis… No hay nada.

—Tiene que ser una broma —dije mirándolo muy fijamente.

—Sí, por eso me río tanto.

Me levanté y me puse delante de Dominga.

—¿Quién te avisó?

Se limitó a mirarme fijamente, sonriendo. Me apetecía borrarle

la sonrisa de una hostia; sabía que después me sentiría mucho mejor.

—Anita —dijo Dolph—, aparta.

Puede que mi expresión de cólera fuera muy descarada, o puede que los puños apretados le dieran la pista. Estaba temblando de ira y por otro motivo: si Dominga no iba a la cárcel, podría volver a intentar matarme aquella noche. Y todas las noches siguientes.

—No tenéis nada, *chica*. —Sonrió como si pudiera leerme la mente—. Os lo habéis jugado todo a una mano e ibais de farol. —Lo peor era que tenía razón.

—Ni te me acerques —le dije.

—No tengo la menor intención. No es necesario.

—Tu última sorpresita no te salió muy bien. Sigo aquí.

—Yo no he hecho nada, pero estoy segura de que puedes encontrarte con cosas peores.

—¡Mierda! —me volví hacia Dolph—. ¿Ya no nos quedan opciones?

—Tenemos el amuleto, pero eso es todo. —Se me debió de notar algo en la cara, porque me tocó el brazo—. ¿Qué pasa?

—Ha absorbido el amuleto. Ya no está.

Dolph se llenó de aire los pulmones, los vació y se apartó.

—Joder, joder, joder. ¿Cómo?

—Que te lo explique John —dije encogiéndome de hombros—, porque yo tampoco lo entiendo muy bien.

No me gusta reconocer que no sé algo; siempre me ha molestado pasar por ignorante. Pero qué se le va a hacer: no se puede ser experto en todo. Me había esforzado mucho para mantenerme apartada del vudú, y ¿para qué me había servido? Para quedarme como un pasmarote mientras veía a una sacerdotisa vodun tramar mi muerte… Una muerte tirando a desagradable, para más señas.

En fin, de perdidos al río. Volví a acercarme a ella, la miré fijamente y sonreí. Su sonrisa flaqueó un poco, cosa que hizo que la mía se ampliara.

—Alguien te dio el soplo, y llevas dos días limpiando esta ratonera. —Me incliné sobre ella, con las manos en los brazos de la mecedora, de forma que me quedé a poca distancia de su cara—. Tuviste que derribar paredes y desprenderte de todas tus creaciones, o destruirlas. Tuviste que limpiar y encalar tu santuario, tu *humfo*.

Ya no están los *verves*, ni los animales sacrificados… Después de haber pasado tanto tiempo acumulando poder, poco a poco, gota de sangre a gota de sangre, vas a tener que volver a empezar. Tendrás que reconstruirlo todo. —La mirada de sus ojos negros me estremeció, pero me dio igual—. Aunque ya no tienes edad para tanta reconstrucción. ¿Has tenido que destruir muchos de tus juguetes? ¿Dónde los has enterrado?

—Jáctate cuanto quieras, *chica*, pero alguna noche te encontrarás con lo que me queda.

—¿Por qué esperar? Haz lo que sea ahora mismo, a la luz del día. ¿O es que te da miedo enfrentarte a mí?

Se echó a reír, con un sonido tan cálido y amistoso que me sobresaltó. Me incorporé de golpe y casi salté hacia atrás.

—¿Me crees tan idiota como para atacarte delante de la policía? ¡Por favor!

—Tenía que intentarlo.

—Deberías haber aceptado la oferta de colaborar conmigo. Podríamos habernos hecho ricas.

—Lo único que podríamos hacer es matarnos mutuamente.

—Pues que así sea. Si lo que quieres es guerra…

—No la he declarado yo.

Dominga asintió y volvió a sonreír.

Zerbrowski salió de la cocina, y parecía muy animado. Al parecer había pasado algo bueno.

—El nieto acaba de cantar.

Todos los ojos de la habitación se volvieron hacia él.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Dolph.

—Que el *gris-gris* se hizo con un sacrificio humano, y que tenía instrucciones de recuperarlo después de matar a Peter Burke, por orden de su abuela, pero pasó gente haciendo *footing* y no se atrevió a quedarse a registrarlo. Le tiene tanto miedo —dijo señalando a Dominga con un gesto— que quiere verla entre rejas. Está aterrorizado por lo que pueda hacerle por haber vuelto sin el amuleto.

El amuleto que ya no teníamos. Pero teníamos el vídeo y la confesión de Antonio. Las perspectivas empezaban a mejorar.

Volví a mirar a Dominga Salvador, que tenía un aspecto

pavoroso. Parecía haber crecido, emanaba dignidad, y sus ojos negros resplandecían con una luz interior. Estaba tan cerca de ella que notaba su poder en la piel, pero no era nada que no se pudiera remediar con una buena hoguera. La freirían en la silla eléctrica, y después quemarían el cadáver y esparcirían sus cenizas en un cruce de caminos.

—Te tenemos —dije en voz baja. Me escupió, y la saliva, que me dio en la mano, me quemó como si fuera ácido—. ¡Mierda!

—Como vuelva a hacer eso le pegaremos un tiro, y todo eso que se ahorrarán los contribuyentes. —Dolph había desenfundado.

Salí en busca del cuarto de baño para lavarme la mano. Se me había formado una ampolla. Virgen santa, esa mujer podía provocar quemaduras de segundo grado con un escupitajo.

Me alegraba de que Antonio se hubiera derrumbado. Me alegraba de que fueran a encerrarla, y de que fuera a morir. Mejor ella que yo.

Riverridge era una urbanización moderna, o lo que es lo mismo, sólo tenía tres modelos de vivienda. De vez en cuando se veían hileras de hasta cuatro casas idénticas, como galletas en la bandeja del horno. No había ningún río a la vista, y el terreno era llano.

La casa que ocupaba el centro de la zona que estaba registrando la policía era igual que la de los vecinos, aunque de otro color. La casa de la masacre, como la llamaban en los informativos, era gris y tenía los postigos blancos; la que se había librado era azul, también con postigos blancos. Tanto unos como otros eran decorativos: no se cerraban de verdad. La arquitectura moderna está llena de trampas: balaustradas sin balcón, tejados puntiagudos que anuncian la presencia de una buhardilla inexistente, porches tan estrechos que hay que sentarse en fila… Casi se echa de menos la arquitectura victoriana; puede que fuera demasiado ostentosa, pero las cosas cumplían su función.

Habían evacuado toda la urbanización, y Dolph no había tenido más remedio que hablar con la prensa. Es una putada, pero no se puede vaciar una zona del tamaño de una ciudad pequeña sin hacer declaraciones. Había saltado la liebre, y los zombis asesinos ya estaban en boca de todos. Ay.

El sol se hundía en un mar de tonos escarlata y anaranjados, como si hubieran embadurnado el cielo con dos pinturas de cera derretidas. No quedaba ni un cobertizo, ni un garaje, ni un sótano, ni una casa de árbol, ni una caseta de perro, ni nada parecido sin registrar, pero seguíamos sin encontrar nada.

Los periodistas zumbaban como un enjambre alrededor de la zona acordonada. Si no encontrábamos ningún zombi después de evacuar a cientos de personas y registrar sus pertenencias sin orden judicial, nos habríamos metido en un lío.

Pero estaba allí. Sabía que estaba allí. Bueno, estaba casi segura.

John Burke estaba al lado de uno de esos cubos de basura gigantes. Me había sorprendido que Dolph le permitiera apuntarse a la caza del zombi, pero como decía el inspector, necesitábamos tanta ayuda que no podíamos rechazar la de nadie.

—¿Dónde está el bicho, Anita? —me preguntó Dolph.

Me habría gustado darle una respuesta que le arrancara un comentario admirativo en plan «Dios mío, Holmes, ¿cómo dedujo que el zombi estaba escondido en la maceta?», pero no podía mentir.

—No lo sé. La verdad es que no tengo ni idea.

—Como no lo encontremos… —No terminó la frase. No hacía falta.

Si aquello salía mal, yo seguía teniendo el trabajo asegurado, pero él lo tenía más crudo. Mierda. ¿Qué podía hacer para ayudarlo? ¿Qué habíamos pasado por alto? ¿Qué?

Me quedé mirando la calle apacible, demasiado apacible. Todas las luces de las ventanas estaban apagadas; sólo las farolas, con sus débiles halos luminosos, plantaban cara a los avances de la oscuridad.

Todas las casas tenían un buzón en un poste cerca de la entrada, junto al camino. Algunos eran increíblemente barrocos. Había uno con forma de gato sentado, que levantaba la pata cuando tenía correo en la barriga. La familia se apellidaba Catt. Impagable.

Todas las casas tenían al menos un cubo de basura extragrande delante. Algunos eran más altos que yo. Al parecer, el día anterior tocaba sacar la basura. ¿O tocaba aquel día, y la policía había impedido que pasara el camión?

—¡Los cubos de basura! —exclamé.

—¿Qué? —dijo Dolph.

—Los cubos de basura. —Me agarré a su brazo para no caerme por la emoción—. Llevamos todo el día viendo esos putos cubos. Ahí está.

John Burke se me acercó, con el ceño fruncido.

—¿Qué tripa se te ha roto, Blake? —Zerbrowski también se me acercó. Iba fumando, y el extremo de su cigarrillo parecía una luciérnaga rolliza.

—Los cubos son suficientemente grandes para que se esconda una persona.

—¿No se le dormirían los brazos y las piernas?

—Ya ves lo que le importará eso a un zombi. No les circula la sangre.

—¡Todo el mundo a registrar los cubos de basura! —gritó Dolph —. ¡El zombi está en uno de ellos! ¡Venga, a moverse!

Los policías se desperdigaron como si un niño hubiera revuelto su hormiguero con un palo, pero no vagaban sin rumbo fijo. Yo acabé con dos policías de uniforme. En sus placas ponía «Ki» y «Roberts». Un asiático y una rubia. Qué equipo más variopinto.

Nos pusimos manos a la obra sin necesidad de asignar funciones. El agente Ki se acercaba a los cubos y los volcaba, mientras la agente Roberts y yo lo cubríamos pistola en mano, y los tres estábamos dispuestos a avisar a gritos si aparecía un zombi. Probablemente sería el que buscábamos; tendría gracia que saliera otro.

En cuanto avisáramos, un equipo de exterminadores acudiría a la carrera, o eso esperábamos. Aquel zombi era demasiado rápido y destructivo. Puede que fuera más resistente a los disparos, pero preferíamos no averiguarlo. Mejor achicharrarlo directamente y a otra cosa.

No había más equipos en aquella calle, y no se oía más sonido que el de nuestros pasos, el de los cubos que volcaba Ki y el de las latas y botellas que caían. ¿Es que nadie ataba las bolsas de basura?

La oscuridad ya era completa. Sabía que en algún sitio, por ahí arriba estaban la luna y las estrellas, pero no podía demostrarlo: del oeste habían llegado unas nubes densas y oscuras como el terciopelo, y si no fuera por las farolas, no se vería nada.

No sabía cómo estaría Roberts, pero a mí me dolían todos los músculos del cuello y los hombros. Cada vez que Ki empujaba un cubo de basura me tensaba, preparada para actuar, para disparar y salvarlo antes de que el zombi saltara y le desgarrara el cuello. Una gota de sudor le caía por la cara angulosa, y brillaba a pesar de la escasa iluminación.

Bueno era saber que el esfuerzo no me pasaba factura sólo a mí. Claro que yo no era la que tenía que colocar la cara junto al posible escondite de un zombi desatado. El problema era que no sabía si mis acompañantes eran buenos tiradores. Sabía que yo sí, y que podría contener al bicho hasta que llegaran los refuerzos, así que tenía que mantenerme alerta para disparar. Nos habíamos repartido el trabajo de la mejor forma posible. Lo digo en serio.

Se oyó un grito a la izquierda, y los tres nos quedamos paralizados. Me giré hacia el sonido, pero no se veía nada más que casas oscuras y círculos de luz. No se apreciaba ningún movimiento, pero se oían más gritos, agudos y aterrorizados.

Empecé a correr hacia el lugar del que procedían, seguida por Ki y Roberts, con la Browning sujeta con las dos manos y apuntando. Así era más fácil correr; con las visiones de ositos cubiertos de sangre, y con aquellos gritos, no me atrevía a enfundar la pistola. Y menos cuando los gritos empezaron a desvanecerse. Alguien estaba muriendo a poca distancia.

Todo parecía moverse a nuestro alrededor. Los demás policías también corrían hacia allí. Todos nos dábamos prisa, pero todos íbamos a llegar demasiado tarde: ya no se oía nada. Tampoco ningún disparo. ¿Por qué no? ¿Cómo era que nadie había disparado?

Atravesamos varios jardines hasta que llegamos a una verja metálica y tuvimos que guardar la pistola; no podíamos trepar con una sola mano. Mierda. Me las arreglé como pude para pasar al otro lado.

Caí de rodillas en la tierra blanda de un macizo de flores, entre no sé qué plantas altas de verano que medían bastante más que yo arrodillada. Ki aterrizó a mi lado; Roberts fue la única que cayó de pie.

Ki se puso en pie sin sacar la pistola, y yo desenfundé la Browning agazapada entre las flores. Ya me levantaría cuando estuviera armada.

Percibí un movimiento apresurado, pero no veía nada con claridad, por culpa de las plantas. De repente, Roberts se tambaleaba hacia atrás, gritando.

Ki estaba sacando la pistola, pero recibió un golpe y acabó encima de mí. Rodé para zafarme, pero su peso no me lo ponía

fácil.

—¡Aparta, Ki!

El policía se incorporó y empezó a acercarse a gatas a su compañera. Vi la silueta de su pistola recortada contra la luz de las farolas. Estaba mirando a Roberts, que no se movía.

Escudriñé la oscuridad intentando ver algo, lo que fuera. Se desplazaba mucho más deprisa que una persona; tan deprisa como un algul. Los zombis no eran tan ágiles. ¿Me habría equivocado desde el principio? ¿Sería algo distinto, algo peor? ¿Cuántas vidas costaría mi error aquella noche? ¿La de Roberts, por ejemplo?

—¿Está viva, Ki? —Seguí escudriñando, y tuve que contener el impulso de examinar sólo las zonas iluminadas. Reinaban los gritos y la confusión: «¿Dónde está?», «¿Dónde se ha metido?». Los sonidos se alejaban—. ¡Aquí, aquí! —grité. Las voces vacilaron y empezaron a acercarse. Montaban más bullicio que una manada de elefantes artríticos—. ¿Está malherida? —le pregunté a Ki.

—Sí. —Dejó la pistola en el suelo para apretarle el cuello a Roberts con las dos manos, que se llenaban de un líquido oscuro. Virgen santa.

Me arrodillé al otro lado de la agente, con la pistola en la mano y sin dejar de mirar a mi alrededor. Fue cuestión de segundos, pero se me hicieron eternos.

Le tomé el pulso. Era débil, pero algo es algo. Vi que me había llenado la mano de sangre y me la limpié en el pantalón. Ese bicho casi la había degollado.

—¿Dónde estaba? —pregunté. Los ojos de Ki estaban enormes; eran todos pupila. A la luz de las farolas, su piel tenía un tono leproso. La sangre de su compañera le corría entre los dedos.

Algo se movió, demasiado pegado al suelo para ser un hombre, aunque tendría el mismo tamaño. Sólo era un bulto que reptaba a lo largo de la parte trasera de la casa, delante de nosotros. Fuera lo que fuera, había buscado el lugar más oscuro e intentaba escabullirse.

Aquello demostraba más inteligencia de la que cabría esperar de un zombi. Me había equivocado. Me había equivocado. Había cometido un error de la hostia. Y Roberts estaba muriendo por eso.

—Quédate con ella y mantenla con vida —le dije a Ki.

—¿Adónde vas?

—A buscarlo. —Salté la verja con una sola mano. Debía de estar rebosante de adrenalina, porque lo conseguí.

Cuando llegué al jardín, el monstruo ya no estaba. Vi pasar una sombra, sigilosa como un ratón, por delante de la ventana de la cocina. Se movía tan deprisa que lo veía borroso, pero tenía el tamaño de un hombre.

Doblé la esquina de la casa y lo perdí de vista. Mierda. Me alejé de la pared a toda prisa, tanto como pude, con el corazón en un puño mientras imaginaba sus dedos desgarrándome la garganta. Doblé la esquina siguiente con la pistola en las dos manos, apuntando, lista para disparar. Nada. Escudriñé la oscuridad, las balsas de luz. Nada.

Gritos a mis espaldas. Habían llegado los polis. Por favor, que Roberts saliera adelante.

Vi un movimiento cuando algo pasó por una zona iluminada, junto a la pared de otra casa. Oí que me llamaban, pero ya estaba corriendo hacia el bicho.

—Traed exterminadores —grité mientras corría. Pero no me detuve; no me atreví, porque era la única que sabía dónde estaba. Si yo lo perdía, lo perderíamos.

Me adentré corriendo en la oscuridad, sola, detrás de algo que quizá ni siquiera fuera un zombi. No es lo más inteligente que he hecho en mi vida, pero no iba a permitir que se escapara. Ni de coña.

No iba a permitir que le hiciera daño a otra familia, si podía detenerlo. Aquella misma noche.

Atravesé la luz de una farola, lo que hizo que la oscuridad me pareciera más intensa. No veía nada, y me quedé paralizada, esperando a que se me acostumbraran los ojos.

—Qué persssissstente. —Oí un siseo a mi derecha, tan cerca que se me erizó el vello de los brazos.

Agucé la visión periférica, sin moverme. Una sombra más oscura se alzaba entre los arbustos que rodeaban la casa. Se incorporó por completo, pero no atacó. Si quería acabar conmigo, lo conseguiría antes de que pudiera volverme para disparar. Lo había visto moverse y supe que podía darme por muerta.

—No eresss como los demásss. —La voz era sibilante, como si le faltara parte de la boca y tuviera que hacer un gran esfuerzo para

hablar. La voz de un caballero deteriorado por la tumba. Me volví hacia él despacio, muy despacio—. Devuélveme.

Había girado la cabeza lo suficiente para verlo en parte. No veo mal del todo en la oscuridad, y llegaba un poco de luz de las farolas.

Tenía la piel muy clara, de un blanco amarillento. Se le pegaba a los huesos de la cara como cera semiderretida, pero sus ojos conservaban la vitalidad. Me traspasaron con un brillo que los hacía más que ojos.

—¿Devolverte?

—Devuélveme a la tumba. —No podía mover bien los labios; no le quedaba bastante carne en ellos.

Una luz me llenó los ojos, y el zombi se tapó la cara y gritó. No se veía una mierda. El zombi se abalanzó contra mí y apreté el gatillo a ciegas. Creo que oí un gruñido cuando la bala alcanzó su objetivo. Volví a disparar con una mano, mientras me protegía el cuello con el otro brazo y caía.

Cuando conseguí enfocar algo estaba sola e ilesa. ¿Por qué? El zombi me había pedido que lo devolviera a la tumba. ¿Cómo sabía que era capaz? Pocos humanos se daban cuenta. Las brujas lo notaban a veces, y los otros reanimadores me identificaban siempre. Los otros reanimadores. Mierda.

De repente, Dolph estaba junto a mí y me ayudaba a levantarme.

—Dios, Blake, ¿estás herida?

—No. ¿Qué cojones ha sido esa luz?

—Una linterna halógena.

—Pues casi me dejáis ciega.

—No podíamos disparar sin ver nada.

Varios policías pasaron corriendo cerca de nosotros, y se oyeron gritos de «¡Ahí está!». Dolph y yo nos quedamos atrás en compañía de la linterna agresiva, mientras continuaba la persecución.

—Ha hablado conmigo —dije.

—¿Cómo que ha hablado contigo?

—Me ha pedido que lo devuelva a la tumba. —Lo miré mientras lo decía, y me pregunté si estaría como Ki, pálida y con las pupilas muy dilatadas. ¿Por qué no tenía miedo?—. Es antiguo; tiene un siglo por lo menos. En vida tuvo algo que ver con el vudú; eso fue lo que salió mal, y el motivo por el que Peter Burke no pudo

controlarlo.

—¿Cómo sabes todo eso? ¿Te lo ha dicho?

Negué con la cabeza.

—Le he calculado la edad por el aspecto. Al verme se ha dado cuenta de que era capaz de devolverlo a la tumba, y sólo una bruja u otro reanimador me habría reconocido como tal. Yo diría que levantaba muertos.

—¿Y eso cambia nuestros planes?

—¿A cuánta gente ha matado? —pregunté mirándolo a los ojos. No esperé a que contestara—. Vamos a cargárnoslo y punto.

—Tienes mentalidad de policía, Anita. —Viniendo de Dolph, era todo un cumplido, y como tal me lo tomé.

Daba igual a qué se hubiera dedicado en vida. Pues bueno, pues había sido reanimador, o puede que practicara el vudú. ¿Y qué? Era una máquina de matar, y aunque no me había matado, aunque ni siquiera me había hecho daño, no podía permitirme el lujo de devolverle el favor.

Se oyeron disparos a lo lejos. Algún efecto acústico raro del aire de verano hizo que sonaran con eco. Dolph y yo nos miramos.

—Vamos —dije. Aún llevaba la Browning en la mano. Dolph asintió.

Echamos a correr, pero él me sacó ventaja rápidamente; sólo sus piernas medían tanto como yo, y no podía seguirle el ritmo. Puede que fuera capaz de derribarlo, pero nunca alcanzaría su velocidad. Se detuvo y se giró para mirarme.

—¡Corre! —le dije.

Dio un acelerón y se perdió en la oscuridad, sin volver a mirar atrás. Si alguien le dice a Dolph que lo puede dejar solo y a oscuras con un zombi asesino suelto, Dolph lo cree. A mí me creyó, por lo menos.

Sí, me sentía muy halagada, pero allí estaba corriendo sin ver nada por segunda vez en aquella noche. Llegaban gritos de dos lados distintos: lo habían perdido. Joder.

Dejé de correr; no me apetecía toparme a ciegas con el zombi. Aunque él no me hubiera hecho daño de entrada, yo le había pegado un tiro, como mínimo, y hasta los muertos vivientes se cabrean por esas cosas.

Me quedé bajo un árbol. Allí hacía más fresco. Estaba en el

límite de la urbanización, junto a la alambrada de espino que la rodeaba. Más allá se extendían campos de cultivo que se perdían en el horizonte. Por aquella zona habían plantado judías, por lo que el zombi debería tumbarse por completo si quería esconderse. Había varios policías con linternas, buscando en la oscuridad, pero ninguno estaba a menos de cincuenta metros de mí.

Exploraban el terreno, las sombras, porque les había dicho que a los zombis no les gustaban las alturas. Pero no se trataba de ningún zombi normal. Las ramas se agitaron sobre mi cabeza, y un escalofrío me recorrió la columna. Giré en redondo y miré hacia arriba, apuntando con la pistola.

El zombi gruñó y saltó.

Disparé dos veces antes de que me cayera encima. Los dos acabamos en el suelo. Había recibido dos balazos en el pecho y ni siquiera se inmutaba.

Volví a disparar, pero tanto habría dado que me liara a tiros con una pared.

Me gruñó en la cara. Tenía los dientes rotos y negros, y el aliento le olía a tumba recién abierta. Intenté gritar, aunque no me salió ningún sonido, y volví a apretar el gatillo. La bala le dio en la garganta, y se detuvo, intentando tragar. ¿Pretendía tragarse la bala?

Sus ojos resplandecientes me miraron. Tenía alma, como los zombis de Dominga: detrás de esos ojos había alguien. Nos quedamos paralizados durante uno de esos segundos que parecen años. Estaba sentado a horcajadas en mi cintura y me rodeaba el cuello con las manos, pero no apretaba, no me hacía daño, aún no. Yo tenía el cañón de la pistola apretado contra su barbilla. Ninguna de las balas anteriores le había hecho nada; ¿qué me hacía suponer que aquélla sería distinta?

—No quería matar —dijo el zombi en voz baja—. Al principio no lo entendía. No recordaba quién era. —Estábamos rodeados de policías, y Dolph les pedía a gritos que no disparasen—. Necesssitaba carne; la necesssitaba para recordar. No quería matar. Quería passsar por delante de las casssasss, pero no podía. Demasssiadasss casssasss. —Sus manos se tensaron, y las uñas empezaron a clavarse. Le pegué un tiro en la barbilla y se sacudió hacia atrás, pero siguió apretándome el cuello.

Cada vez notaba más presión, y se me empezaba a nublar la vista. La negrura de la noche derivaba hacia el gris. Le incrusté el cañón encima del puente de la nariz y volví a disparar, varias veces.

Ya no veía nada, pero aún era capaz de apretar el gatillo. La oscuridad me desbordó los ojos y se tragó el mundo. Perdí la sensación en las manos.

Me despertaron unos gritos espeluznantes. El hedor de la carne y el pelo quemados se me pegaba a la lengua y me impedía respirar.

Me llené los pulmones de aire, y me dolió. Tosí e intenté sentarme en el suelo, ayudada por Dolph, que tenía mi pistola en la mano. Dejé escapar el aliento poco a poco y volví a toser, tanto que se me quedó la garganta en carne viva. O puede que fuera por el estrangulamiento.

Algo del tamaño de un hombre rodaba por la hierba, envuelto en llamas de un naranja intenso que arrojaban destellos como los del sol reflejado en el agua.

Al lado había dos exterminadores, con sus trajes ignífugos, rociándolo de napalm, como si fuera un algul. El zombi seguía gritando, un sonido agudo y estremecedor.

—Joder, ¿por qué no se muere? —Zerbrowski estaba al lado, con la cara iluminada por el fuego.

No contesté. No quería decirlo en voz alta, pero el zombi no moría porque en vida había sido reanimador. Era algo que sabía sobre los zombis de los reanimadores; lo que no sabía era que salían de la tumba con ansia de carne, que no recuperaban la memoria hasta que comían. Y habría preferido quedarme sin saberlo.

Las llamas iluminaron a John Burke, que estaba sujetándose un brazo contra el pecho y tenía la ropa manchada de sangre. ¿También habría hablado con el zombi? ¿Sabría por qué no moría?

El zombi giró, y el fuego formó remolinos a su alrededor. Era como la mecha de una vela. Dio un paso tambaleante hacia nosotros y me tendió una mano llameante. A mí.

Después cayó hacia delante, lentamente, como un árbol derribado a cámara lenta, aferrándose a la vida, si se podía decir así. Los exterminadores se apartaron. No podía culparlos por no correr riesgos.

Había sido nigromante en otro tiempo. Aquel bulto llameante que incendiaba la hierba había sido lo que era yo. ¿Me convertiría

en un monstruo si me levantaban de la tumba? Mejor no averiguarlo. Había pedido expresamente que me incinerasen, porque no me apetecía que alguien me reanimara para pasar el rato, pero ya tenía otro motivo. Aunque con uno bastaba.

Observé la carne mientras se ennegrecía, se retorcía y se desprendía. Los músculos y los huesos se deshacían en pequeñas explosiones que lanzaban chispas.

Mientras veía morir al zombi me prometí que me encargaría de hacer que Dominga Salvador ardiera en el Infierno por haber hecho aquello. Hay fuegos que duran toda la eternidad; en comparación con ellos, el napalm no es más que una molestia pasajera. Ardería durante toda la eternidad, aunque no me parecía bastante tiempo.

Estaba en una sala de examen de urgencias, tumbada de espaldas y oculta por una cortina blanca. Los sonidos que llegaban del otro lado eran fuertes y desagradables. Me gustaba mi cortina. La almohada era fina, y la camilla, dura, pero todo me parecía limpio y maravilloso. Me dolía al tragar; hasta me dolía un poco con sólo respirar. Pero respirar era importante, y me alegraba de ser capaz.

Me quedé tumbada en silencio: por una vez no estaba mal obedecer. Escuché mi respiración, los latidos de mi corazón. Siempre que estoy a punto de morir me interesa mucho mi cuerpo; me fijo en todo tipo de cosas en las que no me fijo normalmente. Podía sentir la sangre circulando por las venas de los brazos, y notaba en la boca el sabor del pulso regular, como si fuera un caramelo.

Estaba viva. El zombi estaba muerto. Dominga Salvador estaba en la cárcel. Todo marchaba bien.

Dolph apartó la cortina, pasó y volvió a correrla, como quien cierra la puerta de una habitación. Los dos fingimos que estábamos a solas, aunque podíamos ver los pies de la gente al otro lado.

Le sonreí y me devolvió la sonrisa.

—Me alegro de verte viva y coleando.

—No estoy muy segura de la segunda parte —dije con voz ronca. Tosí para intentar aclararme la garganta, pero no sirvió de gran cosa.

—¿Qué te han dicho los médicos?

—Que se me va a quedar voz de tenor. —Al ver su expresión,

añadí—: Pero es pasajero.

—Bien.

—¿Cómo está Burke? —pregunté.

—Le han puesto puntos, pero no tendrá secuelas.

Ya me lo había figurado al verlo por la noche, pero me alegraba de que me lo confirmaran.

—¿Y Roberts?

—Está viva.

—¿Y se va a reponer? —Tragué saliva. Me dolía al hablar.

—Sí, por completo. Ki también recibió un corte en el brazo, ¿lo sabías?

Fui a negar con la cabeza, pero me detuve al ver que era un error. Eso también dolía.

—No lo vi.

—También le han puesto puntos, pero tampoco tendrá secuelas. —Se metió las manos en los bolsillos—. Perdimos a tres agentes, y uno tiene heridas más graves que las de Roberts, pero saldrá adelante.

—Ha sido culpa mía —dije mirándolo fijamente.

—¿De dónde sacas eso? —preguntó con el ceño fruncido.

—Debería haberme dado cuenta de que no era ningún zombi normal.

—Pero era un zombi, así que estabas en lo cierto, y tú fuiste quien cayó en lo de los putos cubos de basura. —Me sonrió—. Y casi la palmas mientras intentabas matarlo, así que creo que has cumplido.

—No lo maté yo; lo mataron los exterminadores. —Las palabras más largas eran más dolorosas de pronunciar.

—¿Recuerdas qué pasó mientras te desmayabas?

—No.

—Le vaciaste el cargador en la cara, hasta que se le salieron los sesos por la nuca, y te quedaste frita. Creía que estabas muerta. —Sacudió la cabeza—. Joder, no vuelvas a hacerme eso.

—Lo intentaré —dije sonriendo.

—Cuando perdió el cerebro se quedó como un pasmarote. Le quitaste las ganas de luchar.

Zerbrowski se acercó a la cama y dejó la cortina entreabierta a sus espaldas. Vi a un niño con la mano ensangrentada, que lloraba

abrazado a una mujer. Dolph corrió la cortina; estoy segura de que Zerbrowski era de los que se dejaban los cajones abiertos.

—Aún están sacando balas del cadáver, y todas son tuyas, Blake. —Lo miré por toda respuesta—. Eres la hostia.

—No tengo más remedio cuando te tengo cerca, Zerbro… —No pude terminar de pronunciar su apellido. Qué raro.

—¿Te duele? —preguntó Dolph.

Asentí con precaución.

—Me van a dar analgésicos, y ya me han puesto la antitetánica.

—En ese cuello tan pálido te está floreciendo una gargantilla de moretones —dijo Zerbrowski.

—Qué poético —dije. Él se encogió de hombros.

—Voy a ver qué tal están los otros heridos, y después le pediré a un agente que te lleve a casa —dijo Dolph.

—Gracias.

—No creo que estés en condiciones de conducir.

Quizá tuviera razón. Estaba hecha una mierda, pero una mierda contenta. Lo habíamos conseguido: habíamos resuelto el caso, y los culpables acabarían entre rejas. ¡Bieeen!

El médico volvió con los analgésicos y miró a los dos policías.

—Bueno. —Me dio un bote con tres pastillas—. Con esto tendrá para pasar la noche y para mañana. Yo en su lugar pediría la baja. —Miró a Dolph—. ¿Entendido, jefe?

—No trabaja para mí —contestó con algo parecido a un ceño fruncido.

—Pero usted estaba al mando, ¿no? —Dolph asintió—. Entonces…

—Trabajo en otro sitio —dije.

—¿Eh?

—Se podría decir que fue una transferencia temporal de otro departamento —dijo Zerbrowski.

—Ah. —El médico asintió—. Pues díganle a su superior que mañana se tiene que tomar el día libre. Puede que lo suyo no parezca tan grave como lo de otros, pero ha sufrido una conmoción considerable y tiene suerte de que no haya daños permanentes.

—No tiene superiores —dijo Zerbrowski con una amplia sonrisa—, pero se lo diremos a su jefe.

Le lancé una mirada de reproche.

—Bueno, pues puede irse cuando quiera, y vigílese los arañazos y el mordisco del hombro, porque podrían infectarse. —Sacudió la cabeza—. Desde luego, los policías se ganan el sueldo. —Después de soltar la frase lapidaria, se marchó.

Zerbrowski se echó a reír.

—Pobre. La cara que habría puesto si supiera que dejamos pringar a una civil.

—Ha sufrido una conmoción considerable —dijo Dolph.

—Digna de toda consideración —dijo Zerbrowski.

Se echaron a reír.

Me incorporé con cuidado y saqué las piernas de la cama.

—Si habéis terminado de cachondearos de mí, a ver si alguien me lleva a casa.

Reían con tanta fuerza que se les saltaban las lágrimas. No tenía tanta gracia, pero los entendía: la risa es mucho más adecuada que las lágrimas para liberar la tensión. No me uní a ellos porque sospechaba que carcajearse dolería un huevo.

—Yo te llevo —acertó a decir Zerbrowski.

No pude evitar sonreír. Verlos así era suficiente para arrancarle una sonrisa a cualquiera.

—No, no —protestó Dolph—. ¿Vosotros dos a solas en un coche? Sólo saldría uno con vida.

—Y sería yo —dije.

—No lo dudo —dijo Zerbrowski.

Bueno era saber que estábamos de acuerdo en algo.

Estaba medio dormida en el asiento trasero del coche patrulla cuando se detuvo delante de mi casa. El dolor punzante de la garganta se había desvanecido en la agradable marea de los narcóticos, y yo estaba abotargada. ¿Qué me habían dado? Me encontraba muy bien, pero tenía la impresión de que el mundo era una especie de película que no tenía nada que ver conmigo, distante e inofensivo como un sueño.

Le había dado las llaves de mi coche a Dolph, que me había prometido encargarse de que alguien me lo dejara aparcado cerca de casa durante el día. También me prometió que llamaría a Bert para decirle que no iría a trabajar, y me pregunté cómo se lo tomaría. También me pregunté si me importaba, pero me contesté que no.

Un policía uniformado asomó la cabeza al abrirme la puerta. Las puertas traseras de los coches patrulla no se abren desde dentro.

—¿Necesita algo más, señorita Blake?

—No se preocupe, agente… —Tuve que entrecerrar los ojos para leerle la placa—. Osborn. Gracias por traerme a casa. Y a su compañero también.

Su compañero estaba al otro lado del coche, con los brazos apoyados en la capota.

—Es un placer conocer por fin a la famosa Ejecutora de la Santa Compaña —dijo con una sonrisa.

Lo miré parpadeando e intenté despejarme lo suficiente para hablar y pensar a la vez.

—Ya era la Ejecutora mucho antes de que existiera la Santa Compaña.

—Perdón, perdón. —Extendió las manos, sin dejar de sonreír.

Estaba demasiado cansada y drogada para preocuparme, así que sacudí la cabeza.

—Gracias de nuevo.

Al llegar a la escalera me di cuenta de que me costaba andar, y me agarré a la barandilla como si me fuera la vida en ello. Nada impediría que me fuera a dormir. Igual me despertaba en el rellano, pero pensaba dormir.

Conseguí meter la llave en la cerradura a la tercera, entré en el piso dando tumbos y apoyé la frente en la puerta para cerrarla. Eché el cerrojo y me sentí a salvo. Estaba en casa. Habíamos acabado con el zombi asesino. Sentí el impulso de echarme a reír, pero se debía a los fármacos. Nunca me río cuando estoy sola.

Me quedé parada, sin apartar la cabeza de la puerta, mirándome la puntera de las zapatillas. Parecían estar muy lejos, como si hubiera crecido desde la última vez que me había mirado los pies. Lo que me habían dado en el hospital era demasiado fuerte. No pensaba tomármelo al día siguiente; no me hacen gracia las cosas que alteran la percepción.

La puntera de unas botas negras apareció al lado de mis deportivas. ¿Por qué tenía unas botas en casa? Empecé a dar la vuelta y me llevé la mano a la pistola. Demasiado tarde, demasiado despacio, mal de cojones.

Unos brazos fuertes y bronceados me aferraron el pecho, inmovilizándome los brazos y sujetándome contra la puerta. Intenté zafarme, pero a buenas horas. Me tenían bien cogida. Eché la cabeza hacia atrás, intentando combatir la puta medicación. Debería estar aterrorizada. La adrenalina hacía su trabajo, pero a algunas drogas les da igual que quien las ha tomado necesite usar el cuerpo: se hacen con el control mientras dura el efecto y punto. Si salía viva de aquello, el médico me iba a oír.

El que me apretaba contra la puerta era Bruno. Tommy apareció a su lado, jeringuilla en mano.

—¡NO!

Bruno me tapó la boca. Intenté morderle la mano y me dio una bofetada. Me ayudó a despejarme un poco, pero el mundo seguía

amortiguado, distante. La mano de Bruno olía a loción de afeitado, un olor dulzón y asfixiante.

—Casi es demasiado fácil —dijo Tommy.

—Venga, date prisa —dijo Bruno.

Me quedé mirando la jeringuilla a medida que se me acercaba al brazo. Si no fuera porque la mano de Bruno me impedía hablar, les habría dicho que ya iba colocada, y les habría preguntado qué pensaban inyectarme y si creían que podía interaccionar con lo que me habían dado. Pero no tuve la oportunidad.

Cuando sentí el pinchazo tensé todo el cuerpo, resistiéndome, pero Bruno me agarraba con fuerza, y me resultaba imposible moverme. No podía escapar. Mierda, mierda y más mierda. La adrenalina empezaba a disipar las telarañas, pero era demasiado tarde. Tommy me sacó la aguja del brazo.

—Lo siento, pero no hemos encontrado alcohol para desinfectarla —me dijo con una sonrisa.

Lo odiaba. Los odiaba a los dos. Y si la inyección no me mataba antes, pensaba matarlos lentamente por asustarme, por hacerme sentir indefensa, por pillarme desprevenida, drogada y embotada. Si salía con vida de aquel error, no volvería a cometerlo. Recé con todas mis fuerzas para salir con vida de aquel error.

Bruno siguió inmovilizándome y tapándome la boca hasta que la inyección hizo efecto. Me sentía somnolienta. Un tipo me sujetaba contra mi voluntad y a mí me entraba sueño. Traté de resistirme, pero no sirvió de nada. Se me cerraban los ojos, por mucho que intentara mantenerlos abiertos. Dejé de intentar zafarme de Bruno y me concentré en no cerrar los ojos.

Miré la puerta, intentando seguir despierta. Los contornos se desdibujaron y parecieron moverse, como si los viera a través del agua. Los párpados se me caían por su propio peso; los subí, pero volvieron a bajar. No podía abrir los ojos. Parte de mí se sumergió en la oscuridad, gritando, pero el resto se dejó llevar, relajado y con una incongruente sensación de seguridad.

Estaba en la tierra de nadie que separa el sueño de la vigilia, cuando se sabe que se ha terminado de dormir pero tampoco se quiere despertar. Me pesaba todo el cuerpo, me iba a estallar la cabeza y me dolía la garganta.

El último pensamiento me hizo abrir los ojos. Tenía delante un techo blanco con cercos de humedad que parecían restos de café. No estaba en mi casa. ¿Dónde estaba?

De repente recordé los brazos de Bruno, que me aferraban, y la jeringuilla. Me incorporé de un salto, y el mundo empezó a dar vueltas en una espiral de colores desvaídos. Me dejé caer en la cama, me tapé los ojos con las manos y me sentí algo mejor. ¿Qué me habían inyectado?

Tenía la impresión de que no estaba sola. Creía recordar haber visto algo parecido a una persona en el torbellino. Abrí los ojos más despacio y me conformé con mirar el techo manchado. Estaba en una cama de matrimonio con dos almohadas, sábanas y una manta. Volví la cabeza con precaución y me encontré frente a Harold Gaynor, que estaba sentado al lado de la cama. No era lo que más me apetecía ver al despertarme.

Detrás de él, apoyado en una cómoda destartalada, estaba Bruno. Las correas negras de su pistolera de sobaco resaltaban, nítidas, sobre la camisa azul de manga corta. Un tocador, a juego con la cómoda e igual de desvencijado, estaba situado cerca de los pies de la cama, entre dos ventanas entabladas con madera nueva de aroma dulzón. El olor de la resina de pino lo impregnaba todo.

Me puse a sudar en cuanto me di cuenta de que no había aire acondicionado.

—¿Cómo se encuentra, señorita Blake? —preguntó Gaynor. Seguía hablando con voz alegre y un poco sibilante, como una serpiente feliz.

—He estado mejor.

—No lo dudo. ¿Sabe que se ha pasado usted veinticuatro horas durmiendo?

¿Sería verdad? Claro que ¿por qué iba a mentir sobre el tiempo que llevaba dormida? ¿De qué podía servirle? De nada, así que probablemente era cierto.

—¿Qué demonios me pusieron?

Bruno se apartó de la pared. Parecía casi avergonzado.

—No nos dimos cuenta de que ya habías tomado sedantes.

—Analgésicos.

—Para el caso. —Se encogió de hombros—. El efecto es el mismo cuando se mezclan con acepromacina.

—¿Me han inyectado un tranquilizante veterinario?

—Tranquila, señorita Blake —dijo Gaynor—. También se usa en las instituciones psiquiátricas.

—Qué bien. Menudo consuelo.

Gaynor me dedicó una amplia sonrisa.

—Si está en condiciones de dar réplicas ingeniosas, también estará en condiciones de levantarse.

¿Réplicas ingeniosas? Bueno, probablemente tenía razón. Me sorprendía no estar atada; me alegraba, pero no lo entendía.

Me incorporé mucho más lentamente. La habitación sólo se tambaleó un poco antes de volver a su sitio. Respiré profundamente, y me dolió. Me llevé la mano a la garganta; tenía el cuello en carne viva.

—¿Cómo se ha hecho esas heridas tan feas? —preguntó Gaynor.

No sabía si decirle la verdad, así que opté por una verdad a medias.

—Ayudando a la policía a capturar a un sospechoso. La cosa se nos fue de las manos…

—¿Y qué ha sido del sospechoso? —preguntó Bruno.

—Está muerto.

Una expresión cruzó su cara, demasiado deprisa para

interpretarla. ¿Podría ser de respeto? Naaa.

—Sabe por qué la hemos traído aquí, ¿verdad?

—Porque quiere que le levante un zombi.

—Un zombi muy antiguo, sí.

—Ya he rechazado su oferta dos veces. ¿Qué le lace pensar que a la tercera va la vencida?

—Bueno, señorita Blake —dijo risueño—, estoy seguro de que a Bruno y a Tommy se les ocurrirá la forma de sacarla de su error. Sigo dispuesto a pagarle un millón de dólares por levantar al zombi. La oferta sigue en pie.

—La última vez, Tommy me ofreció un millón y medio.

—Eso era por venir voluntariamente. No le podemos pagar la tarifa completa cuando nos obliga a correr tantos riesgos.

—¿Como el de ir a la cárcel por secuestro?

—Exactamente. Ya ha perdido quinientos mil dólares por ser tan obstinada. ¿De verdad cree que vale la pena?

—No pienso matar a un ser humano sólo porque a otro le dé por buscar tesoros.

—Ah, sí, mi querida Wanda ha estado largando.

—Es fácil de deducir, Gaynor. He leído un expediente sobre usted en el que se mencionaba su obsesión con la familia de su padre. —Era una mentira descarada. Al parecer, sólo lo sabía su ex.

—Me temo que es demasiado tarde. Sé que Wanda habló con usted. Lo ha confesado todo.

Me quedé mirándolo, intentando interpretar su semblante afable.

—¿Qué quiere decir con eso de que ha confesado?

—Que Tommy se ha encargado de interrogarla. No es un artista de la talla de Cicely, pero hace menos destrozos. No me gustaría que le pasara nada malo a mi Wanda.

—¿Dónde está ahora?

—¿Le importa lo que le pase a una puta? —Me observaba con los ojos brillantes, muy atento. Estaba evaluando mis reacciones.

—La verdad es que me da igual —contesté con la esperanza de que mi expresión fuera tan indiferente como mi voz. No parecían tener intención de matarla, pero si creían que podían usarla para convencerme, quizá le hicieran algo.

—¿Está segura?

—Yo no soy quien se acostaba con ella. Por mí como si se opera.

Gaynor sonrió.

—¿Cómo puedo convencerla para que levante el zombi?

—No estoy dispuesta a cometer un asesinato por usted, Gaynor. No me cae tan bien.

Suspiró, y su cara redondeada adoptó el aspecto de una muñeca repollo tristona.

—No me va a poner las cosas fáciles, ¿eh, señorita Blake?

—No sé cómo facilitárselas. —Me apoyé en la cabecera de madera resquebrajada. Estaba bastante cómoda, pero aún me sentía un poco alelada. Nada demasiado grave, dadas las circunstancias, y siempre era mejor que estar inconsciente.

—Aún no nos hemos puesto serios con usted —dijo Gaynor—. La reacción de la acepromacina con la otra medicación fue accidental; no se la provocamos a propósito.

Podía habérselo rebatido, pero me abstuve.

—Bueno, ¿qué hacemos ahora?

—Tenemos sus pistolas —dijo Gaynor—. Desarmada, tan sólo es una mujer indefensa a merced de dos hombres fuertes.

—Estoy acostumbrada a tratar con abusones, Harry —dije con una sonrisa.

—Llámeme Harold o Gaynor, pero nunca Harry. —Parecía afectado.

—Vale. —Me encogí de hombros.

—¿No la intimida ni un poquito estar en nuestras manos?

—Eso habría que verlo.

—¿De dónde sacará tanto aplomo? —preguntó mirando a Bruno. El gorila no contestó; se limitó a mirarme con sus ojos vacuos de muñeca. Ojos de guardaespaldas: atentos, desconfiados e inexpresivos, todo a la vez—. Demuéstrale que vamos en serio.

Bruno sonrió, con un lento ensanchamiento de los labios que no añadió expresividad a sus ojos. Relajó los hombros e hizo unos estiramientos contra la pared, sin dejar de mirarme.

—Supongo que me toca hacer de saco de boxeo —dije.

—Ni yo mismo lo habría expresado mejor —contestó Gaynor.

Bruno se apartó de la pared, preparado e impaciente. Vaya. Me levanté por el otro lado de la cama; no me apetecía que Gaynor me sujetase. Los brazos de Bruno tenían aproximadamente el doble de

alcance que los míos, y sus piernas eran interminables. Me sacaría más de veinte kilos, todos ellos invertidos en músculo. Iba a salir muy malparada, pero dado que no se habían molestado en atarme, pensaba ponerles las cosas difíciles. Además, me daría por satisfecha si de paso lograba dejarlo maltrecho.

Me aparté de la cama, dejé los brazos colgando, relajados, y adopté la postura ligeramente agazapada que usaba en el tatami. Dudaba que el judo fuera el arte marcial favorito de Bruno; seguro que prefería el kárate o el taekwondo.

Él estaba en una postura rara, a medio camino entre una equis y una te. Daba la impresión de que le habían retorcido las rodillas, pero en cuanto avancé retrocedió rápidamente, como un cangrejo, y se puso fuera de mi alcance.

—¿Jujitsu? —Era una pregunta retórica. Bruno arqueó una ceja.

—Poca gente lo reconoce.

—Ya ves.

—¿Lo practicas?

—No.

—Entonces lo vas a pasar mal —dijo sonriente.

—Lo pasaría mal aunque supiera jujitsu.

—Sería un combate justo.

—Si los contendientes son igual de hábiles, el tamaño importa. El más corpulento tiene todas las de ganar. —Me encogí de hombros—. No es que me haga gracia, pero así son las cosas.

—Te lo tomas con mucha calma.

—¿Me serviría de algo ponerme histérica?

—No —dijo sacudiendo la cabeza.

—Entonces será mejor que pase el mal trago cuanto antes, como un machote, si me permites la expresión.

Bruno frunció el ceño. Estaba acostumbrado a que la gente le tuviera miedo, pero yo no me asustaba. Estaba resignada a encajar la paliza, y aquello me tranquilizaba en cierto modo. Me iban a pegar; no era agradable, pero ya me había mentalizado. Podía soportarlo. No sería la primera vez. Y si tenía que elegir entre llevarme una paliza y realizar un sacrificio humano, me quedaba con lo primero.

—No sé si ya estás lista…

—Pero allá vas. —Terminé la frase por él. Me estaba hartando

de tanta chulería—. Pégame o ponte recto, que en esa postura estás ridículo.

Su puño avanzó hacia mí como un relámpago oscuro, y lo bloqueé con un brazo. Se me durmió. Una de sus largas piernas salió disparada y me dio de lleno en la boca del estómago. Me doblé del dolor, como cabía esperar, mientras se me vaciaban los pulmones de golpe, y su otro pie subió a encontrarse con mi mejilla, la misma en la que me había golpeado Seymour. Caí al suelo, sin saber muy bien a qué parte del cuerpo consolar primero.

Bruno intentó darme otra patada; la intercepté con las dos manos y me puse de pie rápidamente, con la esperanza de atraparle la pierna y dislocarle la rodilla, pero él se zafó de un salto.

Me dejé caer y sentí el rebufo causado por su pierna al pasar por el lugar donde estaba mi cabeza un segundo antes. Por lo menos, esa vez me había tumbado a propósito. Se cernió sobre mí en toda su altura, mientras yo me colocaba en posición fetal.

Cuando se me acercó, con la intención evidente de levantarme, le descargué los dos pies en la rodilla. Para descoyuntar la articulación hay que dar en el punto exacto.

La pierna se le dobló en un ángulo antinatural, y Bruno soltó un grito. Había funcionado. Coño, qué buena soy. No intenté seguir golpeando, ni quitarle la pistola; salí disparada hacia la puerta.

Gaynor intentó agarrarme, pero abrí y atravesé la puerta antes de que él pudiera hacer girar esa silla tan virguera. El pasillo estaba despejado: sólo había unas cuantas puertas, dos esquinas que a saber qué tenían a la vuelta… y Tommy.

Pareció sorprendido de verme. Se llevó la mano a la pistolera, pero le di un empujón en el hombro a la vez que le ponía la zancadilla. Empezó a caer hacia atrás, pero se agarró a mí, de modo que me dejé arrastrar por su caída, apañándomelas para empotrarle la rodilla en los huevos al aterrizar. Aflojó la presa lo suficiente para que pudiera ponerme fuera de su alcance. A mis espaldas se oían sonidos procedentes de la habitación. No volví la cabeza; si iban a pegarme un tiro, no quería verlo.

Estaba llegando a la esquina del pasillo cuando un olor me llamó la atención. Aminoré la marcha: al otro lado había un cadáver. ¿Qué habían estado haciendo mientras dormía?

Me volví para mirar a los hombres. Tommy seguía en el suelo,

con las manos en la entrepierna, y Bruno estaba apoyado en la pared, con la pistola en la mano, aunque no me apuntaba. Gaynor, en su silla, sonreía.

Algo marchaba muy mal.

De repente, ese algo que marchaba muy mal dobló la esquina. No mediría más que un hombre alto, puede que un metro ochenta y poco, pero medía casi un metro y medio de ancho. Tenía dos piernas, o puede que tres; a saber. Su palidez era malsana, como la de todos los zombis, pero tenía al menos una docena de ojos. En el lugar que debería ocupar el cuello había una cara de hombre, de ojos oscuros, atentos y desprovistos de cualquier atisbo de cordura. De un hombro le salía una cabeza de perro putrefacta, que lanzó un mordisco en mi dirección. En el centro de aquel amasijo se veía una pierna de mujer, con zapato de tacón y todo.

La cosa avanzó hacia mí. Se arrastraba con varios brazos y dejaba un rastro babeante, como un caracol.

Dominga Salvador apareció detrás.

—*Buenas noches, chica.*

Si el monstruo me daba miedo, la visión de Dominga sonriente me asustó bastante más.

La cosa se había detenido en el pasillo, más o menos de rodillas, y jadeaba con sus innumerables bocas como si le faltara el aire.

O igual no le gustaba su propio olor; desde luego, a mí no me hacía ninguna gracia, pero no me servía de gran cosa taparme la boca y la nariz con el brazo. Todo apestaba a carne podrida.

Gaynor y sus guardaespaldas heridos se habían quedado en el otro extremo del pasillo. Puede que no les apeteciera estar cerca del animal de compañía de Dominga, y no puedo decir que no los entendiera. Fuera cual fuera el motivo, estaba sola con el monstruo y ella.

—¿Cómo has salido de la cárcel? —Mejor ocuparme primero de los problemas fáciles; en los incomprensibles ya pensaría después.

—Pagando la fianza.

—¿Así de deprisa, con una acusación de asesinato y el agravante de brujería?

—El vudú no es lo mismo que la brujería.

—La ley no hace distinciones en casos de asesinato —dije. Dominga se encogió de hombros y me dedicó una sonrisa beatífica.

Era la versión pesadillesca de una abuelita encantadora—. Has coaccionado al juez.

—Mucha gente me tiene miedo, *chica*. Deberías tomar nota.

—Ayudaste a Peter Burke a levantar al zombi para Gaynor. —Dominga no contestó; se limitó a sonreír—. ¿Por qué no lo levantaste tú misma?

—No quería que una persona con tan pocos escrúpulos como Gaynor me viera hacer un sacrificio humano; podría chantajearme.

—¿Y él no sabía que tenías que matar a alguien para hacerle el *gris-gris* a Peter?

—Exactamente.

—¿Has escondido aquí tus abominaciones?

—No todas. Me obligaste a destruir gran parte de mi trabajo, pero esto lo conservé. Entenderás por qué. —Pasó una mano por aquella piel pringosa.

Me estremecí. Sólo con pensar en tocar aquella quimera me entraban escalofríos. Sin embargo…

—¿Cómo lo has hecho? —La curiosidad me podía. Evidentemente, Dominga sabía más que yo de mi profesión.

—Supongo que puedes reanimar fragmentos de cadáveres.

—Sí. —Pura casualidad: no conocía a nadie más que fuera capaz.

—Pues resulta que he descubierto la forma de unir esos fragmentos.

—¿Unirlos? —Me quedé mirando horrorizada el bicho que tenía delante.

—Soy capaz de crear seres que no existían.

—Fabricar monstruos.

—Me da igual lo que pienses, *chica*. El caso es que he venido a persuadirte para que levantes el zombi de Gaynor.

—¿Por qué no lo levantas tú?

Me giré al oír la voz de Gaynor a mi espalda, y me puse contra la pared para poder verlos a todos, aunque no tenía claro que me sirviera de mucho.

—El poder de Dominga fracasó una vez, y esta es mi última oportunidad, la última tumba que tengo identificada. Prefiero no correr riesgos.

Dominga entrecerró los ojos, y sus manos apergaminadas se convirtieron en puños. No le hacía gracia que dudaran de sus aptitudes; eso sí que lo entendía.

—Le aseguro que ella lo haría mejor que yo, Gaynor.

—Si estuviera de acuerdo con usted, ya la habría matado: no la necesitaría.

Vaya. En eso no había caído.

—En fin, ya le ha pedido a Bruno que me ablande. ¿Qué viene ahora?

—Que una chica tan pequeña haya derribado a mis dos guardaespaldas… —Gaynor sacudió la cabeza.

—Ya le dije que con ella no funcionarían los métodos de persuasión tradicionales —dijo Dominga.

Observé el monstruo que tenía al lado. ¿Aquello era algún tipo de tradición?

—¿Y qué propone? —preguntó Gaynor.

—Un hechizo de instigación. Tendrá que obedecer mis órdenes, pero con alguien tan poderoso como ella llevará su tiempo. Si supiera más de vudú, sería imposible. Por suerte, aunque se le dé bien levantar zombis, no sabe casi nada.

—¿Cuánto tardaría?

—No creo que llegue a dos horas.

—Más vale que funcione —dijo Gaynor.

—No se atreva a amenazarme.

Mira qué bien. Con un poco de suerte, se matarían entre ellos.

—Con lo que le pago podría fundar un país, así que espero resultados.

—Es cierto que paga bien. —Dominga asintió—. No le fallaré. Además, si consigo que Anita realice un sacrificio humano, también podré obligarla a que me eche una mano en el negocio de los zombis, e incluso a que me ayude en la reconstrucción de lo que me hizo destruir. No deja de ser irónico, ¿no le parece?

Gaynor sonrió como un elfo demente.

—Me gusta la idea.

—Pues a mí no —dije.

—Harás lo que se te diga. —Me miró frunciendo el ceño—. Has sido muy mala.

¿Mala? ¿Yo?

Bruno se había acercado y estaba apoyado en la pared, apuntándome al pecho con pulso firme.

—No me importaría matarte ahora —dijo con la voz distorsionada por el dolor.

—Una rodilla dislocada duele que te cagas, ¿verdad? —pregunté con una sonrisa. Prefería que me pegaran un tiro a convertirme en sierva de la reina del vudú.

Rechinó los dientes, y la pistola vaciló un poco, pero creo que fue más por la rabia que por el dolor.

—Será un placer acabar contigo.

—No se te dio muy bien la última vez. Creo que los árbitros me habrían declarado ganadora.

—Aquí no hay arbitro que valga, y te voy a pegar un tiro.

—Bruno —dijo Gaynor—, la necesitamos sana y salva.

—¿Y después de que levante al zombi?

—Si se convierte en sierva de la señora, no deberás hacerle daño. Pero si falla, podrás matarla.

Bruno enseñó todos los dientes, como los perros cuando quieren amenazar.

—Espero que no funcione.

—No deberías anteponer tus deseos a nuestros intereses comerciales, Bruno —lo amonestó su jefe.

—De acuerdo. —Tragó saliva. No parecía que le hiciera gracia decirlo.

Enzo apareció por la esquina y se quedó detrás de Dominga, tan lejos de su «creación» como le fue posible.

Así que Antonio había perdido el trabajo de guardaespaldas. No estaba mal: le encajaba mejor el de soplón.

Tommy se acercó por el otro lado, aún encorvado, pero con una Magnum enorme en la mano. Tenía la cara amoratada por la cólera, o puede que por el dolor.

—Voy a matarte —siseó.

—Ponte a la cola —le dije.

—Enzo, ayuda a Bruno y a Tommy a atarla a una silla, en la habitación. Es mucho más peligrosa de lo que parece —dijo Gaynor.

Enzo me cogió del brazo, y no me resistí: con él me sentía mucho más a salvo que en manos de los otros dos. Tommy y Bruno me miraban impacientes, como si estuvieran esperando a que

intentara algo. Creo que no tenían muy buenas intenciones.

—¿Siempre tenéis tan mal perder, o es porque soy una chica? —les pregunté cuando pasaba junto a ellos acompañada de Enzo.

—Le voy a pegar un tiro —masculló Tommy.

—Después —dijo Gaynor—. Después.

Me pregunté si lo había dicho en serio. Si el hechizo de Dominga funcionaba, me convertiría en una marioneta, a merced de su voluntad. Si no funcionaba, Tommy y Bruno me matarían lenta y dolorosamente. Esperaba que existiera una tercera opción.

La tercera opción consistía en estar atada a una silla, en la habitación en la que me había despertado. Era un poco mejor que las otras dos, pero eso no era decir nada. No me gusta que me aten: significa que mis opciones han pasado de pocas a ninguna. Dominga me había cortado un mechón de pelo y unas cuantas uñas para el hechizo de instigación. Mierda.

Era una silla vieja de madera. Me habían atado las muñecas al respaldo, y cada tobillo a una pata. Las cuerdas estaban muy apretadas. Forcejeé, con la esperanza de encontrar la forma de zafarme, pero no hubo suerte.

No era la primera vez que me ataban, y siempre fantaseaba con emular a Houdini y conseguir aflojar las cuerdas lo suficiente para liberarme. Nunca funciona: cuando se ata a alguien, sigue atado hasta que lo sueltan.

El problema era que no pensaban soltarme antes de que me hiciera efecto el hechizo, de modo que tenía que escapar antes, aunque no se me ocurría cómo.

«Dios, por favor, que pase algo».

En respuesta a mi plegaria se abrió la puerta, pero no era nadie que fuera a ayudarme.

Entró Bruno con Wanda en brazos. La mujer tenía un lado de la cara lleno de sangre seca, procedente de un corte en la frente, y un cardenal enorme en la mejilla, al otro lado. También tenía el labio inferior hinchado, y le sangraba. No sabía si estaba consciente; tenía los ojos cerrados.

A mí me dolía la cara en el lugar donde había recibido la patada de Bruno, pero eso no era nada en comparación con lo de Wanda.

—¿Y ahora qué? —pregunté.

—Te traigo compañía. Cuando se despierte, pregúntale qué más le ha hecho Tommy, a ver si eso te convence para levantar al zombi.

—¿No habíamos quedado en que ya se encargaba Dominga?

—Gaynor no confía demasiado en ella, después de la cagada de la última vez —contestó encogiéndose de hombros.

—Y supongo que no concede segundas oportunidades.

—Desde luego que no. —Dejó a Wanda en el suelo, cerca de mí—. Será mejor que aceptes su oferta, chica: un millón de dólares por matar a una puta.

—Piensa usar a Wanda para el sacrificio. —Mi voz me sonó cansada hasta a mí.

—Lo dicho: no hay segundas oportunidades.

—¿Qué tal tienes la rodilla?

—He vuelto a colocármela —dijo con un gesto de dolor.

—Tiene que haber dolido un huevo.

—Pues sí. Si no ayudas a Gaynor, averiguarás cuánto exactamente.

—Ojo por ojo —dije.

Asintió y se puso en pie a duras penas. Me pilló observándole la pierna.

—Habla con Wanda y decide cómo prefieres terminar. Gaynor habla de dejarte paralítica y quedarse contigo de juguete. No creo que te gustara.

—¿Cómo puedes trabajar para él?

—Paga muy bien —dijo con indiferencia.

—El dinero no lo es todo.

—Será que nunca has pasado hambre.

Ahí me había pillado. Me quedé mirándolo, y él me devolvió la mirada durante largo rato. Por fin atisbaba algo de humanidad en sus ojos, aunque no acertaba a interpretar su expresión. Fuera lo que fuera, no era nada que yo pudiera entender.

Se volvió y salió de la habitación.

Bajé la vista hacia Wanda, que estaba tumbada de lado, inmóvil. Llevaba otra falda larga de muchos colores, y una blusa blanca con

cuello de encaje, desgarrada, que dejaba ver un sujetador color ciruela. Estoy segura de que llevaba las bragas a juego antes de que Tommy se encargara de ella.

—Wanda —dije en voz baja—. ¿Puedes oírme, Wanda?

Movió un poco la cabeza y abrió un ojo, alarmada. La sangre seca le mantenía cerrado el otro. Se lo restregó, frenética. Cuando consiguió abrir los dos, me miró parpadeando. Tardó un momento en enfocarme y ver quién era. ¿Qué esperaría ver durante los primeros momentos de pánico? Mejor no saberlo.

—¿Puedes hablar? —le pregunté.

—Sí. —Hablaba en voz baja, pero con claridad.

Quería preguntarle cómo estaba, pero podía imaginarme la respuesta.

—Si puedes acercarte y desatarme, conseguiré que salgamos de aquí.

Me miró como si me hubiera vuelto loca.

—No podemos. Harold nos matará. —Hablaba con una convicción absoluta.

—No me gusta darme por vencida. Desátame y ya se me ocurrirá algo.

—Si te ayudo, me hará daño.

—Tiene intención de usarte de sacrificio para levantar a su antepasado. ¿Crees que puede hacerte mucho más daño?

Me miró desconcertada, pero sus ojos empezaban a despejarse. Como si el pánico fuera una droga y Wanda se esforzara por librarse de su influencia. O quizá la droga fuera Harold Gaynor. Sí, eso tenía sentido. Era una yonqui de Harold Gaynor, y estaba dispuesta a arriesgar la vida por otra dosis. Pero yo no compartía la adicción.

—Desátame, Wanda, por favor, y conseguiré que salgamos de ésta.

—¿Y si no puedes?

—No estaríamos peor que ahora.

Mientras Wanda daba vueltas a mis palabras, agucé el oído. Si Bruno volvía mientras intentábamos huir, las cosas se pondrían feas.

Wanda se incorporó sobre los brazos y empezó a avanzar arrastrando el peso muerto de sus piernas inmóviles. Pensé que tardaría mucho, pero se movió deprisa: tenía los músculos de los

brazos en forma, y en poco tiempo estuvo a mi lado.

—Qué fuerza tienes —dije con una sonrisa.

—Los brazos son lo único que tengo; claro que son fuertes. —Empezó a pelearse con la cuerda de mi muñeca derecha—. Está demasiado apretada.

—Ánimo, sigue. —Siguió forcejeando con los nudos y, al cabo de lo que parecieron horas pero probablemente fueron cinco minutos, noté que la cuerda se aflojaba. Estaba cediendo. ¡Bien!—. Casi lo tienes, Wanda —dije con entusiasmo.

Oímos unos pasos que se acercaban por el pasillo. Wanda dirigió hacia mí la cara magullada, con el terror reflejado en los ojos.

—No tenemos tiempo —susurró.

—Vuelve adonde estabas. Date prisa. Ya terminaremos después.

Wanda se arrastró hasta el sitio donde la había dejado Bruno, y cuando se abrió la puerta estaba más o menos en la misma postura. Fingía seguir inconsciente; no era mala idea.

Tommy apareció en la puerta. Se había quitado la chaqueta, y lucía las correas negras de la pistolera sobre el polo blanco. Unos vaqueros negros le marcaban la estrechísima cintura. Tenía cuerpo de culturista.

Había añadido a su atuendo un complemento: un cuchillo. Lo hizo girar, como una *majorette* con el bastón, arrancándole un resplandor rítmico. Oh, cuánta destreza manual.

—Así que sabes usar un cuchillo —dije con tranquilidad. Sorprendente.

—Tengo un montón de talentos —contestó con una sonrisa—. Gaynor quiere saber si has cambiado de idea sobre lo de levantar al zombi.

—No pienso hacerlo. —No era una pregunta exactamente, pero contesté de todas formas.

—Esperaba que dijeras eso. —Su sonrisa se agrandó.

—¿Por qué? —Ni que no conociera la respuesta.

—Porque me ha encargado que te convenza.

—¿Con un cuchillo? —No pude evitar mirarlo. Brillaba.

—Con otra cosa larga y dura, aunque no tan fría.

—¿Pretendes violarme? —La última palabra pareció quedarse suspendida en el aire caluroso e inerte.

Asintió con una sonrisa digna del puto gato de Cheshire. No me

importaría que desapareciera todo menos su dentadura; lo que me preocupaba estaba en otro extremo de su cuerpo.

Tiré de las cuerdas, impotente. La que me sujetaba la muñeca derecha cedió un poco más. ¿Habría conseguido Wanda soltarla lo suficiente? Virgen santa, más me valía.

Tommy se cernió sobre mí. Lo miré de abajo a arriba, y lo que vi en sus ojos no tenía nada de humano. Hay muchas formas de convertirse en un monstruo, y Tommy había dado con una de ellas. En su mirada no había nada más que avidez animal. Ya no era una persona.

Puso una pierna a cada lado de la silla y me plantó el vientre liso en las narices. La camisa le olía a colonia cara. Eché la cabeza hacia atrás, procurando evitar el contacto.

Con una carcajada, me hundió los dedos en el pelo. Traté de apartarme, pero me sujetó del pelo y me echó la cabeza hacia atrás.

—Esto me va a gustar —dijo.

No me atreví a seguir forcejeando con las cuerdas. Si liberaba la muñeca, lo vería. Tenía que esperar a que estuviera suficientemente distraído para no darse cuenta. Se me hizo un nudo en la garganta al pensar en lo que tendría que hacer, o lo que tendría que permitir que me hiciera, para distraerlo. Pero lo principal era seguir con vida; lo demás era accesorio. No es que me lo creyera del todo, pero lo intentaba.

Se sentó a horcajadas encima de mí, apoyando todo el peso en mis piernas. Tenía el pecho apretado contra mi cara, y yo no podía hacer nada para evitarlo.

—Puedes acabar con esto cuando quieras. —Me pasó la hoja del cuchillo por la mejilla—. Basta con que accedas, e iré a decírselo a Gaynor. —Su voz sonaba cada vez más pastosa. Se le estaba poniendo dura; lo notaba en la tripa.

La idea de que Tommy me utilizara así casi me daba ganas de acceder. Casi. Tiré de las cuerdas, y la de la derecha cedió un poco más. Otro tirón y podría liberarme. Pero sería una mano mía contra las dos de Tommy, que además tenía una pistola y un cuchillo. No tenía muchas probabilidades, pero tampoco confiaba en que se presentase ninguna oportunidad mejor.

Se inclinó a besarme y me metió la lengua en la boca, por la fuerza. No le devolví el beso, porque él no se lo habría tragado.

Tampoco le mordí la lengua, porque quería tenerlo muy cerca. Si sólo tenía una mano, cuanto más cerca, mejor, para hacerle todo el daño posible. Aunque ¿qué podía hacerle?

Me acarició el cuello con una mano y me hundió la cara en el pelo. Ahora o nunca. Tiré con todas mis fuerzas y conseguí soltarme la muñeca derecha. Me quedé paralizada, segura de que se había dado cuenta, pero estaba demasiado ocupado chupándome el cuello para fijarse en nada. Con la mano libre, la que no tenía el cuchillo, se dedicaba a amasarme una teta.

Me besaba la parte derecha del cuello con los ojos cerrados. No podía quitarle el cuchillo, pero tenía que arriesgarme. No había más remedio.

Le acaricié la mejilla y se frotó contra mi mano, antes de reaccionar y abrir los ojos al darse cuenta de que me había desatado. Le hundí el pulgar en el ojo y noté como estallaba.

Soltó un grito y se echó hacia atrás, tapándose el ojo. Le agarré firmemente la mano del cuchillo, por la muñeca. Si seguía gritando iba a conseguir que llegaran refuerzos. Mierda.

Unos brazos fuertes rodearon la cintura de Tommy y tiraron de él hacia atrás. Soltó el cuchillo, y lo atrapé al vuelo. Tommy se debatía para liberarse de Wanda, pero al parecer, el dolor era tan intenso que le hizo olvidar la pistola. Que a alguien le salten un ojo debe de ser más doloroso y terrorífico que una patada en los huevos.

Mientras cortaba la cuerda que me sujetaba la otra mano, me hice una herida en el brazo. Si me descuidaba, acabaría abriéndome las venas. Tuve más cuidado al cortar las cuerdas de los tobillos.

Tommy había conseguido zafarse de Wanda, y se puso en pie sin dejar de taparse el ojo. La sangre y un líquido transparente le chorreaban por la cara.

—¡Te mataré! —dijo mientras se llevaba la mano a la pistola.

Cogí el cuchillo por el filo y se lo lancé. Se le clavó en un brazo, aunque yo había apuntado al pecho. Volvió a gritar. Levanté la silla y se la estampé contra la cara. Wanda lo sujetó por los tobillos y lo derribó.

Seguí golpeándolo con la silla hasta que se hizo añicos, y seguí dándole con una pata cuando su cara se había convertido en una pulpa sanguinolenta.

—Está muerto —dijo Wanda, que me tiraba de la pernera de los pantalones—. Está muerto. Vámonos de aquí.

Solté el trozo de silla ensangrentado y caí de rodillas. No podía tragar. No podía respirar. Estaba pringada de sangre. Era la primera vez que mataba a alguien a golpes, y la verdad era que me había sentido bien. Sacudí la cabeza. Ya me preocuparía por ello más tarde.

Wanda me pasó un brazo por los hombros, y yo la sujeté por la cintura. Cuando nos enderezamos me di cuenta de que pesaba mucho menos de lo que debería. No quería ver qué había debajo de aquella falda tan bonita. Estaba claro que no eran unas piernas acordes con el resto de su cuerpo, pero en aquel momento resultó un alivio: era más fácil cargar con ella.

Cogí la pistola de Tommy con la mano derecha.

—Necesito tener esta mano libre, así que agárrate bien. —Wanda asintió. Estaba muy pálida, y el corazón le latía a toda velocidad. Le notaba el pulso en las costillas—. Saldremos de ésta.

—Sí, claro —dijo con voz temblorosa. No sé si me creyó. Tampoco sé si yo misma me creí.

Wanda abrió la puerta y salimos.

El pasillo era tal como lo recordaba: largo, despejado y con dos esquinas al final. No se veía qué había a los lados.

—¿A la izquierda o a la derecha? —le pregunté a Wanda en voz baja.

—No sé. Esta casa es un laberinto. Creo que a la derecha.

Torcimos a la derecha, porque por algún lado teníamos que ir. Lo último que debíamos hacer era quedarnos cruzadas de brazos esperando a que volviera Gaynor.

Oímos unos pasos a nuestra espalda. Empecé a girarme, pero el peso de Wanda me ralentizaba. El disparo resonó en el pasillo, y noté un golpe en el brazo con el que sujetaba a Wanda por la cintura. Las dos caímos al suelo.

Acabé de espaldas, con el brazo izquierdo atrapado bajo el cuerpo de la mujer. Había perdido la sensación en él.

Cicely estaba al final del pasillo, con una pistola de calibre pequeño en las manos y las piernas interminables separadas. Parecía saber lo que se hacía.

Levanté la 357 y la apunté, aún con la espalda en el suelo. La explosión de sonido me ensordeció, y el retroceso me lanzó el brazo hacia arriba. Tuve que hacer un esfuerzo considerable para evitar que se me cayera el arma. Si hubiera tenido que disparar por segunda vez, no habría tenido tiempo. Pero no hizo falta.

Cicely se había desmoronado en mitad del pasillo, con la parte delantera de la blusa pringada de sangre. Estaba inmóvil, pero eso no significaba nada. Seguía agarrando la pistola firmemente,

aunque con una sola mano. Quizá estuviera haciéndose la muerta, dispuesta a pegarme un tiro en cuanto empezáramos a alejarnos. Tenía que asegurarme.

—¿Puedes quitarte de encima?

Wanda no dijo nada, pero se incorporó y conseguí verme el brazo. Aún lo tenía en su sitio. Bien. Estaba sangrando, y la insensibilidad cedía el paso a una punzada de dolor intenso. Me gustaba más cuando no notaba nada.

Hice lo posible por no prestarle atención mientras me levantaba y caminaba hacia Cicely, apuntándola con la Magnum y dispuesta a volver a disparar al menor movimiento. La minifalda se le había subido, mostrando un liguero negro y unas bragas a juego. Pobre, qué postura más indigna.

Me incliné sobre ella para examinarla y vi que no podría moverse, al menos por sí misma: tenía la blusa de seda empapada de sangre, y un agujero por el que podría meter el puño en mitad del pecho. Estaba muy, muy muerta.

Por si acaso, aparté la pistola del 22 de una patada; cuando hay vudú de por medio, nunca se sabe. He visto levantarse a gente con heridas peores. Pero Cicely siguió tumbada en su charco de sangre.

Había tenido suerte de que le gustaran las pistolas para nenas; si me hubiera disparado con un arma de más calibre, me habría arrancado el brazo. Me guardé su pistola en la parte delantera de los pantalones, porque no sabía qué otra cosa hacer con ella, pero antes le puse el seguro.

Era la primera vez que me pegaban un tiro. Me habían mordido, apuñalado, golpeado y quemado, pero no me habían disparado hasta entonces. Lo que me asustaba era que no podía saber hasta qué punto sería grave. Volví con Wanda, que estaba muy pálida y con los ojos marrones muy abiertos.

—¿Está muerta? —me preguntó. Asentí—. Te sale mucha sangre. —Se arrancó un jirón de la falda—. Será mejor que te haga un torniquete.

Me arrodillé para que Wanda me anudara la tira de tela multicolor por encima de la herida. Antes me limpió la sangre con otro trozo de falda, y vi que no tenía tan mala pinta. Si no fuera por lo que sangraba, parecería un arañazo.

—Creo que sólo me ha rozado —dije. Era una simple herida

superficial. Me ardía y, a la vez, la notaba muy fría. Puede que el frío se debiera a la impresión. ¿Iba a entrar en *shock* por un simple arañazo de bala? Ni de coña.

—Tenemos que salir de aquí. Seguro que los disparos atraen a Bruno.

Me alegré de notar dolor en el brazo: significaba que había recuperado la sensación y que podía moverlo. El brazo protestó cuando agarré a Wanda por la cintura, pero no tenía otra forma de transportarla y seguir teniendo libre la mano de la pistola.

—Vamos hacia la izquierda —dijo Wanda—. Puede que Cicely entrara por ahí.

Tenía su lógica. Dimos media vuelta y nos dirigimos hacia el cadáver de Cicely.

Seguía tumbada, con los ojos azules increíblemente abiertos. Los muertos recientes no suelen tener cara de espanto; es más de sorpresa que de otra cosa, como si la muerte los hubiera pillado desprevenidos.

Wanda miró hacia abajo cuando pasamos a su lado.

—Nunca creí que fuera a morir antes que yo.

Al doblar la esquina nos encontramos cara a cara con el monstruo de Dominga.

El monstruo estaba en mitad de un pasillo estrecho que probablemente recorría toda la parte trasera de la casa. Una pared estaba llena de ventanas con vidriera dividida por las que se veía el cielo nocturno, y en mitad del pasillo había una puerta que daba al exterior. El único obstáculo del camino a la libertad era el bicho.

Casi nada.

La montaña de trozos de cadáver se arrastró hacia nosotras trabajosamente. Wanda gritó; no podía culparla. Levanté la Magnum y apunté a la cara humana del centro. El ruido del disparo fue atronador.

La cara estalló como un aspersor de sangre, carne y huesos, pero el olor fue peor aún. Me sentía como si me hubieran metido un trozo de piel podrida por la garganta, con pelos y todo. Las bocas gritaron como un animal herido, pero la cosa siguió avanzando. Parecía desconcertada. Me pregunté si me habría cargado el cerebro dominante, en caso de que lo hubiera. A saber.

Disparé tres veces más y volé otras tantas cabezas. El pasillo estaba lleno de sesos, sangre y cosas peores. El monstruo seguía reptando hacia nosotras.

Volví a apretar el gatillo, pero sólo se oyó un *clic*. Lancé la pistola descargada contra el bicho, que la desvió con una zarpa. No me tomé la molestia de sacar el arma de Cicely; si una Magnum no detenía al monstruo, ¿qué podría hacer con un 22?

Empezamos a retroceder; no podíamos hacer otra cosa. El monstruo se nos acercaba, con el mismo sonido húmedo y viscoso

que habíamos oído Manny y yo en el sótano de Dominga. Aquello era lo que tenía enjaulado.

Los trozos de piel humana y animal estaban unidos limpiamente, sin costurones a lo Frankenstein ni nada parecido. Era como si se hubieran derretido y se hubieran fundido entre ellos.

Tropecé con el cadáver de Cicely. Estaba tan concentrada en el monstruo que había dejado de mirar por dónde pisaba. Caímos al suelo, y Wanda gritó.

El monstruo nos alcanzó, y unas manos contrahechas me cogieron por los tobillos. Me defendí a patadas mientras intentaba encaramarme al cadáver de Cicely para apartarme de aquello. Una zarpa se me clavó en los vaqueros y tiró de mí; creo que yo también grité entonces. Lo que había sido una mano de hombre me aferró el tobillo.

Me agarré al cuerpo de Cicely, que seguía caliente. El monstruo nos arrastró a las dos sin inmutarse por el peso adicional. Extendí las manos en el suelo vacío; no tenía nada a lo que aferrarme.

Volví la cabeza para mirar al monstruo, lleno de bocas podridas que intentaban morderme con avidez. Dientes rotos y manchados, lenguas descoloridas que parecían serpientes pútridas… Virgen santa.

Wanda me cogió por el brazo, intentando sujetarme, pero sin piernas con las que hacer fuerza sólo consiguió que la cosa también la arrastrara.

—¡Suelta! —le dije.

—¡Anita! —gritó ella mientras me soltaba.

—¡No! ¡Quieto! ¡Quieto! —grité hacia el monstruo con todas mis fuerzas, aunque más para canalizar el poder que para subir la voz. A fin de cuentas, sólo era un zombi, y si no había recibido órdenes precisas, me obedecería. Era un zombi más y sólo eso: nuestra supervivencia dependía de mi convicción—. ¡Para ahora mismo! —Estaba al borde de la histeria, a punto de ponerme a berrear sin control. Pero el monstruo se detuvo, justo cuando iba a llevarse mi pie a una de las bocas inferiores, y me miró expectante con su colección de ojos. Tragué saliva e intenté hablar con calma, aunque al zombi le daría igual—. Suéltame.

Me soltó.

Con un nudo en la garganta, me tumbé en el suelo mientras

recordaba cómo se hacía eso de respirar. Cuando levanté la vista, el monstruo seguía allí, esperando a que le diera más órdenes, como un buen zombi.

—Quédate aquí y no te muevas —le dije.

Me miró fijamente, con la obediencia de los muertos. Se quedaría allí hasta que alguien le diera una orden que refutara la mía. Menos mal que todos los zombis son iguales.

—¿Qué pasa? —preguntó Wanda, con la voz distorsionada por los sollozos. Estaba a punto de desmoronarse.

—No pasa nada —dije mientras me arrastraba hacia ella—. Ya te lo explicaré después; ahora no tenemos tiempo que perder. Tenemos que salir de aquí.

Wanda asintió. Las lágrimas le corrían por la cara magullada.

La ayudé a incorporarse una vez más y caminamos a duras penas hacia el monstruo. Wanda intentó apartarse, y el tirón me castigó el brazo herido.

—No pasa nada. Si nos damos prisa, no nos hará daño.

No sabía dónde andaría Dominga, y no me apetecía que le diera órdenes nuevas al bicho mientras estábamos cerca de él. Pasamos tan deprisa como pudimos, pegadas a la pared, mientras los ojos de la espalda de aquella cosa, si se podía decir que tuviera espalda, seguían nuestros movimientos. El hedor de las heridas abiertas era insoportable, pero ¿qué son unas náuseas entre amigos?

Wanda abrió la puerta que conducía al mundo exterior, y un viento tórrido nos echó el pelo contra la cara. Una sensación maravillosa.

No entendía por qué no habían acudido al rescate Gaynor y los demás; era imposible que no hubieran oído los disparos y los gritos. Como mínimo, los disparos tenían que haber atraído a alguien.

Bajamos a trompicones la escalinata de piedra y llegamos a un camino de grava. Escudriñé en la oscuridad y pude ver las colinas cubiertas de hierba alta y las lápidas descuidadas del cementerio Burrell. Estábamos en la casa del guarda. No quería pensar qué habría hecho Gaynor con él.

Estaba llevando a Wanda a la salida del cementerio, en dirección a la carretera, cuando me detuve en seco. Acababa de averiguar por qué no había acudido nadie.

El cielo negrísimo estaba tachonado de estrellas, tan numerosas

que daba la impresión de que se podían pescar con red, tan intensas que opacaban el brillo de la luna. Un viento cálido recorrió el cementerio, y noté que me aferraba como si tuviera manos. Tiraba de mí. Dominga Salvador había terminado de realizar el hechizo. Me quedé mirando las hileras de tumbas y supe que tenía que ir en su busca. Tal como el zombi me había obedecido, yo tenía que obedecerla a ella. No había forma de evitarlo, ni un resquicio de esperanza. Así de fácil había sido pillarme.

Me quedé inmóvil en el camino de grava. Wanda se agitó entre mis brazos y se volvió para mirarme, con la cara enormemente pálida a la luz de las estrellas. ¿Estaría yo igual de pálida? ¿Se me notaría la conmoción en la cara? Intenté dar un paso al frente para poner a salvo a Wanda, pero no pude. Me esforcé hasta que me temblaron las piernas, pero era incapaz de seguir.

—¿Qué pasa? —preguntó Wanda—. Tenemos que salir antes de que vuelva Gaynor.

—Ya lo sé.

—Entonces, ¿qué haces?

Tragué saliva, y fue como si también estuviera tragando algo frío y duro. El corazón me golpeaba en el pecho.

—No puedo irme.

—¿Qué quieres decir? —preguntó con un atisbo de histeria.

Histeria; buena idea. Me prometí un ataque de nervios completo si conseguíamos salir con vida, si lograba librarme de aquello. Estaba luchando contra algo que no podía ver ni tocar, pero que no me soltaba. Si no dejaba de resistirme, mis piernas acabarían por ceder, y ya teníamos bastantes problemas en ese apartado. Ya que no era capaz de avanzar, tal vez si retrocediera…

Di un paso atrás y luego otro. Sí, eso podía hacerlo.

—¿Adónde vas? —preguntó Wanda.

—Al cementerio.

—Pero ¿por qué?

Era una buena pregunta, aunque no estaba segura de poder

darle a Wanda una respuesta que pudiera entender, si no lo entendía ni yo. ¿Qué podía decirle? No conseguía marcharme, pero no sabía si tenía que volver con ella, o si el hechizo me permitiría dejarla donde estaba.

Decidí hacer la prueba. La dejé en la gravilla sin ningún esfuerzo. Uf, aún tenía elección en algo.

—¿Por qué me dejas? —Se aferró a mí, aterrorizada. Yo también los tenía de corbata.

—Intenta llegar a la carretera.

—¿Arrastrándome con las manos?

Razón no le faltaba, pero ¿qué podía hacer?

—¿Sabes usar una pistola?

—No.

¿Debería dejársela, o debería llevármela por si se presentaba la oportunidad de cargarme a Dominga? Si el hechizo funcionaba de forma parecida al control de un zombi, podría matarla, salvo que me lo prohibiera expresamente; aún tenía voluntad propia, o algo parecido. En cuanto me tuvieran en su poder enviarían a alguien a buscar a Wanda, porque ella era el sacrificio.

Le di la pistola de Cicely y le quité el seguro.

—Está cargada y lista para disparar. Como no sabes nada de armas, mantenla escondida hasta tener a Enzo o a Bruno justo encima, y dispara a bocajarro. Así es imposible que falles.

—¿Por qué me dejas sola?

—Porque me han hechizado.

—¿Qué quieres decir? —Abrió los ojos desmesuradamente.

—Me ordenan que vaya con ellos, y me prohíben alejarme.

—Joder.

—Ya. —La miré con un intento de sonrisa despreocupada. Mentira cochina—. Intentaré volver a buscarte.

Se quedó mirándome como si fuera una niña y sus padres la hubieran dejado a oscuras antes de que se marcharan los monstruos. Aferró la pistola con las dos manos y no dejó de mirarme mientras me alejaba.

La hierba larga y seca me rozaba los vaqueros. El viento la agitaba, formando olas. Las lápidas sobresalían aquí y allá, como si fueran las aletas de monstruos marinos. No necesitaba pensar adónde iba; mis pies parecían saberlo de sobra.

¿Sería así como se sentían los zombis cuando los convocaban? No; para que los zombis obedezcan, tienen que oír las órdenes. No es posible llamarlos a distancia.

Dominga Salvador estaba en la cima de una colina, con la silueta recortada contra la luna. Aún era de noche, pero ya quedaba poco; pronto amanecería. Aunque la oscuridad seguía siendo absoluta, el viento cálido ya estaba impregnado del aroma del amanecer.

Si resistía hasta que clarease, ya no podría levantar al zombi, y quizá, de paso, se desvaneciera el hechizo de instigación. Aunque no confiaba en tener tanta suerte.

Dominga ocupaba el centro de un círculo oscuro, y tenía un gallo muerto a los pies. Ya había trazado un círculo de poder; lo único que tenía que hacer yo era entrar en él y sacrificar a un ser humano. Por encima de mi cadáver, si era necesario.

Harold Gaynor estaba en su silla de ruedas eléctrica, fuera del círculo, a salvo. Enzo y Bruno estaban con él, también a salvo. Sólo Dominga se había atrevido a entrar.

—¿Dónde está Wanda? —me preguntó.

Intenté mentir, decirle que la había puesto a salvo, pero mis labios dijeron la verdad sin que pudiera evitarlo.

—En el camino de la casa a la carretera.

—¿Por qué no la has traído?

—Porque no puedes darme varias órdenes a la vez. Me has ordenado que viniera, y he venido.

—Curioso. Hasta hechizada sigue siendo cabezota. Enzo, vete a buscar a la chica. La necesitamos.

Enzo se alejó por la hierba seca y susurrante sin decir una palabra. Esperaba que Wanda acabase con él. Esperaba que le vaciara el cargador… O mejor no. Mejor que reservara alguna bala para Bruno.

Dominga tenía en la mano derecha un machete con el filo ensangrentado.

—Entra en el círculo, Anita —dijo.

Intenté resistirme, no entrar. Me quedé en el borde, casi tambaleándome, pero no pude evitar cruzarlo. Aunque el círculo me erizó la piel de la espalda, me di cuenta de que no estaba cerrado. No sabía qué había hecho Dominga: el caso es que parecía sólido, pero seguía abierto. Estaba esperando el sacrificio.

Se oyeron unos disparos en la oscuridad. Dominga se sobresaltó, y yo sonreí.

—¿Qué ha sido eso?

—Creo que acabas de oír como mordía el polvo tu guardaespaldas.

—¿Qué has hecho?

—Dejarle una pistola a Wanda.

Me dio una bofetada. No debería haberme dolido demasiado, pero fue a darme en la misma mejilla en la que ya me habían golpeado Bruno y el otro, como se llamara. Tres veces en el mismo sitio; no estaba mal. No quería ni pensar en cómo se me iba a poner.

Dominga miró hacia algo que había detrás de mí y sonrió. Supe qué era antes de verlo.

Enzo subía por la colina con Wanda al hombro. Mierda. Había oído varios disparos. Probablemente, a la chica le había entrado el pánico, había disparado antes de la cuenta y había malgastado la munición. Joder.

Wanda gritaba y descargaba puñetazos inútiles en la ancha espalda de Enzo. Si seguíamos con vida al amanecer, le enseñaría a usar mejor los puños. Estaba paralítica, no desvalida.

Enzo entró con ella en el círculo; hasta que se cerrara, cualquiera podía cruzar la línea sin deshacer la magia. Dejó a Wanda en el suelo y le sujetó los brazos con una llave dolorosa. Ella seguía debatiéndose y gritando; no podía culparla.

—Que la sujete también Bruno —dije—. La muerte tiene que ser instantánea.

—Sí. —Dominga asintió y le hizo una seña a Bruno para que entrara en el círculo.

El gorila vaciló, pero Gaynor le ordenó que obedeciera, y avanzó sin rechistar: las órdenes del jefe eran incuestionables. Sujetó a Wanda por un lado, mientras Enzo se encargaba del otro. A pesar de que tenía un hombre para cada brazo y no podía usar las piernas, seguía moviéndose demasiado.

—Poneos de rodillas y sujetadle la cabeza —dije.

Enzo fue el primero en agacharse, y plantó una manaza en la cabeza de Wanda, inmovilizándola. Wanda rompió a llorar. Bruno también se arrodilló, y le sujetó un hombro con la mano libre. Era

importante que muriese con el primer tajo.

Dominga sonreía. Me entregó un tarro de ungüento blanco, con un olor muy intenso a clavo. Yo le pongo un montón de romero, pero el clavo tampoco estaba mal.

—¿Cómo sabías qué necesito?

—Le he preguntado a Manny qué sueles usar.

—No me creo que te haya dicho nada.

—Diría lo que fuera para proteger a su familia. —Se echó a reír —. Oh, no pongas esa cara. No te ha traicionado, *chica*. Creía que sólo sentía curiosidad por tus poderes. Y eso también es verdad, ¿sabes?

—Pues pronto vas a presenciarlos.

Asintió brevemente.

—Ponte el ungüento donde sea.

Me unté la cara con la crema viscosa. Estaba fría, y con tanto clavo tenía un olor que me recordaba los caramelos. También me puse un poco sobre el corazón, y por último, me llené las manos y restregué la lápida.

Ya sólo faltaba el sacrificio.

—No te muevas —me dijo Dominga.

Me quedé en el sitio, paralizada por arte de magia. ¿Seguiría el monstruo paralizado en el pasillo, como yo en aquel momento?

Dominga dejó el machete en la hierba, al borde del círculo, y salió.

—Empieza a reanimar, Anita —me ordenó.

—Por favor, antes hazle una pregunta a Gaynor. —Tanta educación resultó dolorosa, pero cumplió su cometido.

—¿Qué quieres que le pregunte? —dijo mirándome con curiosidad.

—Si este antepasado suyo también fue sacerdote vodun.

—¿Qué importa eso? —preguntó Gaynor.

—¡Estúpido! —Dominga se volvió hacia él con los puños cerrados—. Eso fue lo que salió mal la primera vez, y usted empeñado en que habían sido mis poderes.

—¿Se puede saber de qué habla?

—A veces, cuando se levanta a un sacerdote vodun o a un reanimador, las cosas se tuercen —expliqué.

—¿Por qué? —preguntó él.

—La magia de su antepasado interfirió con la mía —dijo Dominga—. ¿Está seguro de que este de aquí no dominaba el vudú?

—Que yo sepa, no.

—¿Sabía lo del primero?

—Sí.

—¿Y por qué no me lo dijo? —El poder de Dominga rugió a su alrededor como una tormenta. ¿Tendría intención de matarlo, o el dinero le importaba más?

—No pensé que tuviera nada que ver.

Creo que a Dominga le rechinaban los dientes, y no me sorprendía en absoluto. Aquella omisión le había costado la reputación y una docena de vidas; claro que a Gaynor le daba igual. Pero no lo fulminó; pudo la codicia.

—Siga con esto —dijo Gaynor—, ¿o no quiere el dinero?

—¡No me amenace!

Huy, qué pena, los malos se peleaban entre ellos.

—No la estoy amenazando, *señora*; simplemente, no pienso pagar si no levantan el zombi.

Dominga respiró profundamente, se enderezó y se volvió hacia mí.

—Haz lo que te he ordenado: empieza a reanimar.

Abrí la boca mientras intentaba dar con otra excusa que me permitiera ganar tiempo. Faltaba poco para el amanecer.

—Basta de retrasos. ¡Empieza ahora mismo, Anita! —Era una orden incontestable.

Tragué saliva y caminé hacia el borde del círculo. Quería atravesarlo, salir de allí, pero era incapaz. Me apoyé en la barrera invisible; era como una pared que me retenía, aunque no podía verla ni tocarla. Seguí en el sitio hasta que me tembló todo el cuerpo, y respiré profundamente.

Recogí el machete.

—No, Anita, por favor —dijo Wanda.

Se debatió en vano. Matarla resultaría muy fácil; más que decapitar a un gallo con una mano. Y eso era algo que hacía casi a diario.

Me arrodillé delante de Wanda. La mano de Enzo le sujetaba la cabeza firmemente, impidiéndole moverse, pero ella gimió con un sonido desesperado y gutural.

Dios, ayúdame.

Le coloqué el machete debajo del cuello y miré a Enzo.

—Sostenle la cabeza en alto, para que no falle.

Enzo se llenó la mano de pelo y le dobló el cuello hacia atrás. Eso tuvo que doler. Los ojos de Wanda casi estaban en blanco, y hasta con la luz de la luna le veía el pulso en el cuello.

Le puse el machete en la garganta y noté el contacto de la carne sólida con el filo del cuchillo. Lo aparté, vacilé un momento y descargué un tajo en el cuello de Enzo. Se lo rebané con una sola cuchillada, y la sangre oscura salió a borbotones.

Todos los demás se quedaron paralizados durante un instante, pero yo no interrumpí el movimiento y hundí el machete en el pecho de Bruno. Echó mano a la pistola, pero no llegó a cogerla. Me apoyé en el machete y lo levanté hacia su garganta. Las vísceras salieron en un torrente cálido.

El olor de la muerte reciente saturó el círculo. La sangre me cubría la cara, el pecho, las manos, todo el cuerpo. Era el último paso que se necesitaba para cerrar el círculo.

Lo había hecho miles de veces, pero no era comparable: el estallido de poder fue tan intenso que me dejó sin aliento. Era como si una corriente eléctrica me recorriera de pies a cabeza, tensándome la piel tanto que hasta dolía.

Wanda, tirada en la hierba y rebozada de sangre ajena, tenía un ataque de histeria.

—¡Por favor! —gritaba—. No me mates, por favor, no me mates.

No necesitaba matarla. Dominga me había ordenado que empezara a reanimar, y pensaba hacer justamente eso.

Los sacrificios de animales no provocan una sensación tan potente. Sentía un cosquilleo en todo el cuerpo, y el poder ascendía de la tierra y se concentraba en mí. Pero no abarcaba sólo la tumba rodeada por el círculo; tenía demasiado poder para un solo muerto, para un puñado de muertos. Se extendía a mi alrededor como las ondas por el agua, cada vez más lejos. Percibí todas y cada una de las tumbas que había recorrido cuando visité el cementerio con Dolph, excepto las de los fantasmas, porque la nigromancia no funciona cuando quedan vestigios de alma.

Era consciente de todas las tumbas, de todos los cadáveres. Notaba cómo se recomponían el polvo y los huesos, cómo volvían a

la vida.

—Muertos que oigáis mi llamada, levantad de la tumba. Levantad y quedad a mi servicio.

En circunstancias normales no habría podido reanimar ni siquiera a uno sin mencionar su nombre, pero no podían resistirse al poder de dos sacrificios humanos.

Los cadáveres empezaron a alzarse, como nadadores que surgieran del agua. El suelo se agitó bajo mis pies.

—¿Qué haces? —preguntó Dominga.

—Reanimar. Ya he empezado.

Puede que me lo notara en la voz, o puede que lo presintiera. En cualquier caso, empezó a correr hacia el círculo, pero no llegó a tiempo.

Unas manos brotaron de la tierra, sujetaron a Dominga por los tobillos y la derribaron entre los matojos. La perdí de vista, pero seguía controlando a los zombis.

—Matadla —les ordené.

La hierba se agitó y pareció hincharse, mientras el ruido de los músculos arrancados llenaba la noche. Los huesos crujían al romperse, y en medio de aquello se oían los chillidos de Dominga.

Con un último sonido húmedo, espeso y nauseabundo, la mujer dejó de gritar. Me di cuenta de que le habían desgarrado la garganta. La sangre salpicó la hierba como si saliera de un aspersor.

El hechizo se desvaneció, pero ya no necesitaba que me instigaran; el poder se había adueñado de mí, y lo remonté como un ave llevada por el viento. Me sujetaba, me permitía alzarme. Me hacía sentir muy sólida y a la vez liviana como el aire.

La tierra seca de la tumba sobre la que me encontraba se resquebrajó, y de la grieta salió una mano cadavérica, y después, otra. El zombi se abrió paso hasta la superficie. La apertura de otras tumbas antiguas rasgó el silencio de la noche. Tal como quería Gaynor, su antepasado se había levantado.

Gaynor seguía en la silla de ruedas, rodeado de muertos en la cima de la colina. Docenas de zombis en distintos estadios de descomposición se arremolinaban a su alrededor, pero aún no les había dado la orden. No le harían daño si no se lo pedía.

—Pregúntale dónde está el tesoro —gritó Gaynor.

Me volví hacia él, y todos los zombis me imitaron, pero no

entendió lo que sucedía. Como muchos millonarios, confundía el dinero con el poder. Y no, resulta que no son lo mismo.

—Matad a Harold Gaynor —dije en voz suficientemente alta para que el viento no se llevara mis palabras.

—Te pagaré un millón de dólares por haberlo levantado, da igual que encuentre el tesoro o no —dijo Gaynor.

—No quiero tu dinero.

Los zombis avanzaban desde todos los lados, lentamente, con las manos extendidas, como en cualquier película de terror al uso. Y es que, mirad qué cosas, los de Hollywood aciertan a veces.

—¡Dos millones! ¡Tres! —La voz le temblaba por el miedo; había presenciado la muerte de Dominga desde una localidad mejor que la mía, y sabía qué le esperaba—. ¡Cuatro millones!

—No es bastante —dije.

—¿Cuánto? —gritó—. ¡Pide lo que quieras!

Lo había perdido de vista; los zombis me lo tapaban.

—No quiero dinero, Gaynor. Me basta con tu muerte.

Empezó a emitir gritos inarticulados. Pude notar las manos que lo desgarraban, los dientes que se le hundían en la carne.

—No le hagas nada, por favor. —Las manos de Wanda me agarraron las piernas.

Me quedé mirándola. Recordé el osito de peluche cubierto de sangre de Benjamin Reynolds, la mano con el estúpido anillo de plástico, la habitación ensangrentada, la manta de bebé.

—Merece morir —dije con una voz distante que pareció reverberar. No se parecía en nada a mi voz.

—No puedes matarlo por las buenas —dijo Wanda.

—Huy que no.

Intentó trepar por mi cuerpo, pero la traicionaron las piernas y cayó a mis pies, sollozando.

No entendía cómo podía suplicar por su vida después de lo que le había hecho. Por amor, supongo. Al final iba a resultar que lo quería de verdad, y puede que aquello fuera lo más triste de todo.

Cuando Gaynor murió, lo supe. Los muertos se detuvieron cuando casi todos tenían en las manos o en la boca un trozo de su cuerpo. Se volvieron hacia mí, en espera de nuevas órdenes. Seguía henchida de poder; ¿me quedaría bastante para ponerlos a descansar a todos? Eso esperaba.

—Volved a las tumbas y yaced en la tierra plácida. Volved, volved.

Se revolvieron como agitados por el viento y, uno a uno, se dirigieron a sus sepulturas. Se tumbaron en la tierra seca y agrietada, y las tumbas se los tragaron enteros, con la magia que las convierte en arenas movedizas. La tierra se estremeció bajo mis pies, como un durmiente que intentara acomodarse mejor.

Había reanimado a varios cadáveres tan antiguos como el del antepasado de Gaynor, y eso significaba que no necesitaba ningún sacrificio humano para alzar a un muerto de trescientos años. Bert se pondría contento. Los sacrificios humanos parecían ser acumulativos: con dos había vaciado un cementerio. No era posible, pero lo había hecho de todas formas. Quién lo iba a decir.

La primera luz del alba despuntó en el horizonte oriental, apaciguando el viento. Wanda estaba acurrucada en la hierba manchada de sangre, llorando. Me arrodillé a su lado.

Cuando la toqué, se apartó bruscamente. Supongo que no podía reprochárselo, pero me molestó de todas formas.

—Tenemos que salir de aquí. Tiene que verte un médico —dije.

—¿Qué eres? —Levantó la cabeza para mirarme.

Por primera vez, no supe contestar a aquella pregunta. No creía que bastara con decir que era una simple humana.

—Reanimadora —dije al fin.

Siguió mirándome en silencio. Yo tampoco me habría creído. Pero me dejó ayudarla a levantarse; algo es algo.

Sin embargo, no dejó de observarme de reojo. Me consideraba un monstruo más, y quizá tuviera razón.

De repente abrió mucho los ojos y contuvo la respiración.

Me volví muy despacio. ¿Sería otra vez la quimera?

Jean-Claude salió de entre las sombras, y me quedé a cuadros. No me lo esperaba.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

—Tu poder me ha convocado, *ma petite*. No ha habido un solo muerto en toda la ciudad que no lo haya percibido. Y esta ciudad es mía, así que he venido a investigar.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Te he visto matar a esos hombres y reanimar a todo el cementerio.

—¿Y no se te ha ocurrido echarme una mano?

—No necesitabas ayuda. —La luna iluminó débilmente su sonrisa—. Además, ¿no habrías sentido la tentación de triturarme a mí también?

—No es posible que me tengas miedo. —En respuesta, Jean-Claude puso cara de circunstancias—. ¿O es que temes a tu sierva humana? ¿A la pequeña y desvalida *moi*?

—No es miedo, *ma petite*; sólo precaución.

Así que me tenía miedo. Casi hacía que toda aquella mierda hubiera valido la pena.

Ayudé a Wanda a bajar la colina; no quería que Jean-Claude la tocara. Pero la pobre tuvo que elegir entre dos monstruos.

Dominga Salvador no compareció en su juicio, mira tú.

Cuando Dolph se enteró de que Dominga había salido bajo fianza, fue a buscarme a casa, pero se encontró el piso vacío. Después, cuando me preguntó dónde me había metido, no quedó nada convencido con mis evasivas, pero no tuvo más remedio que aceptarlas.

Encontraron la silla de ruedas de Gaynor, pero ni rastro de él. Es uno de esos misterios que se cuentan alrededor de las hogueras: la silla ensangrentada en mitad del cementerio. En la casa del guarda aparecieron fragmentos de cadáveres variados, tanto de animales como de personas: el poder de Dominga había mantenido la cohesión de la quimera, que se deshizo con su muerte. Menos mal. Se barajaba la teoría de que el monstruo hubiera matado a Gaynor, aunque nadie parecía saber de dónde había salido. La policía recurrió a mí en busca de explicaciones para la presencia de los restos, y así fue como supo que habían estado unidos.

Irving estaba empeñado en averiguar qué sabía yo realmente de la desaparición de Gaynor, pero me limité a sonreír y hacerme la enigmática. Estaba seguro de que había tenido algo que ver, pero sólo tenía conjeturas, y hace falta algo más para escribir un reportaje.

Wanda trabaja en un restaurante del centro. Jean-Claude le ofreció trabajo en El Cadáver Alegre, pero ella lo rechazó, y no de buenas maneras. Había ahorrado bastante con su trabajo anterior, y aunque no sé si saldrá adelante, ahora que Gaynor no está, al menos

puede intentarlo. Era una adicta cuya droga había muerto; qué mejor rehabilitación.

Cuando se celebró la boda de Catherine, el único rastro de mi herida de bala era una venda en el brazo, pero las magulladuras que tenía en la cara y el cuello habían adquirido un tono amarillo verdoso que se daba de hostias con el vestido rosa. Le ofrecí a Catherine la posibilidad de no participar, y la organizadora de la boda no pudo estar más de acuerdo, pero mi amiga se negó tajantemente. Me maquillaron y tuvimos la fiesta en paz.

Tengo una foto en la que salgo con ese vestido espantoso, abrazada a Catherine. Las dos estamos sonrientes; la amistad tiene esas cosas.

Jean-Claude me mandó una docena de rosas blancas al hospital. En la tarjeta ponía: «Acompáñame al *ballet*. No como mi sierva, sino como mi invitada».

Pero no fui. Ya tenía bastantes problemas sin necesidad de salir con el amo de la ciudad.

Había realizado sacrificios humanos… y había disfrutado. El recuerdo del subidón de poder se parecía al del sexo doloroso: parte de mí deseaba repetir. Quizá Dominga Salvador estuviera en lo cierto; quizá el poder atrajera a todo el mundo, hasta a mí.

Soy reanimadora y soy la Ejecutora. Pero ahora sé que también soy otra cosa, la que más temía mi abuela materna: soy nigromante. Los muertos son mi especialidad.



LAURELL K. HAMILTON nació en 1963 en Heber Springs (Arkansas, EE.UU.), creció en un pequeño pueblo de Indiana y reside en las proximidades de San Luis (Misuri). Entre sus primeras lecturas recuerda una recopilación de relatos de Robert E. Howard, y siempre ha sentido especial predilección por los géneros fantástico y terrorífico.

Después de llegar al género con la novela *Nightseer* y varios libros para franquicias, saltó a la fama tras la publicación de las primeras entregas dedicadas al personaje de Anita Blake, serie que la ha convertido en habitual de las listas de éxitos, incluido el codiciado primer puesto del *New York Times*. Como complemento a las novelas de Anita, ha empezado a publicar otra serie dedicada a Meredith Gentry, detective privada y princesa feérica, también de ambientación contemporánea con elementos fantásticos. Ambas series comparten una imaginería sexual cada vez más notoria, y no rehúyen contenidos que tradicionalmente se consideran ofensivos.